

ALFAGUARA

# Manuel Longares

## Nuestra epopeya



ALFAGUARA



Manuel Longares

Nuestra epopeya

**Aldea**

El cazador sale al amanecer, cuando las alcobas conservan el calor del nido y los establos duermen. En el silencio de la hora, atraviesa la plaza del ayuntamiento con la escopeta al hombro y baja por la carretera que cruza la aldea, donde las chimeneas más diligentes tributan sacrificios de cocina.

Nadie encuentra a su paso, y sólo la furgoneta de Valladolid descarga el suministro en la tahona. Con la obsesión del olor dulce, el cazador rebasa la mole del casino, apuntalada por vigas, se interna por el desfiladero y en la rotonda del pilón sin agua descubre la ruina del convento de las monjas.

—Antes una pastelería que un convento —dice al esqueleto de su arquitectura.

Alcanza así las afueras, abiertas al descampado de Castilla, y a la claridad del alba recobra el paisaje de su niñez: el latifundio del indiano y el sendero de huertas y cereales, la olmeda, la cueva del herbolario, el molino de Damián y Asunta y el puente de piedra sobre el río donde se ahogó el pobrecito. En el horizonte, la cadena de montañas con su espuma de nubes.

Pedalea un ciclista por el arcén con la tartera en el transportín. Por el roce de las llantas sobre la arena identificaba el padre de Adela a los viajeros de comercio. Después de la guerra civil de 1936, esas bicicletas trasladaron a canteros y albañiles a las obras de la autopista y, en una decadencia ilustrativa de la frivolidad con que arraigó el progreso en rincones tan olvidados de Dios como éste, acabaron de distracción de los veraneantes.

—Toda la noche en blanco —el cazador se recuesta en un árbol—. Ya no lo aguanta el cuerpo.

Nace el día de otoño de 1986, estrenando el mundo. La brisa arras tra un redoble de campanas y el cazador busca el sonido a su espalda. Desde su perspectiva, las casas del pueblo trepan hasta la torre parroquial divididas por la cicatriz de la carretera.

Por ella asciende cada semana el autobús de línea difundiendo su resonancia de asmático a la manera de las trompetas del juicio, como si fuese reclamando puerta por puerta a los supervivientes de nuestra epopeya.

Hace tantos años que ni los ancianos recuerdan haberlo oído, esta aldea ocupaba una posición estratégica en el mapa de la Península, ya que en ella se bifurcaba la ruta procedente de Madrid que, tras remontar la sierra de Guadarrama y las rectas de la meseta castellana, se desviaba a Galicia o se dirigía al Norte.

Esa servidumbre de tráfico determinaba su estructura, porque en vez de apiñarse en torno a la jerarquía de la iglesia como el ganado con su mayoral, ofreciendo el aspecto gregario, y quizá amurallado, de otras aldeas, se partía por la mitad, igual que un melón, para acoger a los viajeros por la herida practicada en sus entrañas.

—En este pueblo el forastero es primero —protestaban los miembros del casino—; y al paisano, por el ano.

Con más tolerancia afrontaban este inconveniente las beatas de misa diaria.

—Si penetran con buen fin —declaraban sin rubor—, crecemos y nos multiplicamos.

La población se repartió a ambos lados de la calzada y el que trataba de confraternizar arriesgaba la piel. Un peligro asumido por los vecinos con tanta altura de miras como falta de visión, pues preferían estar separados de los suyos por un vulgar carruaje —y triturados entre sus ruedas y rebozados por los excrementos de los animales del tiro— que envueltos en la carbonilla de un mercancías.

—Tiene alma de fogonero —decían las beatas del destinado a las calderas del infierno.

En la era de la revolución industrial, estos hidalgos —con su trigal o su renta y mucha apacible ignorancia en su mente heroica— estimaban saludable para su tren de vida la carencia de ferrocarril y no creían amenazado su bienestar porque desde la remota Corte unos ingenieros del Ministerio de Fomento, asociados a capitalistas de rumbo, les excluyesen de la red ferroviaria española.

—El humo es señal de civilización —oponían en el casino—. El futuro echa chispas.

Mas las beatas despreciaban ese invento con la ceguera de la fe:

—Es tan sucio que pasará de moda.

Ya en el siglo veinte, el sembrado de raíles que repoblaba Castilla de locomotoras de vapor y apeaderos con marquesina absorbió gran parte del comercio que circulaba por carretera, abocando a sus clientes a un

desabastecimiento inexorable, aunque tan lento, que apenas inquietó a las beatas.

—Este mal no durará siempre —aseguraban a los que decidían emigrar—. En cambio, la naturaleza es eterna.

Marginada de las áreas de prosperidad promovidas por el ferrocarril, la aldea perdió importancia como nudo de comunicaciones y dejó de recaudar los ingresos de quienes se detenían en ella para arreglar una avería de su vehículo, evacuar en algún corral o endulzarse con la repostería de las monjas.

—El que no venga por este pueblo lo lamentará —desafiaban las beatas.

—Y lo pagaremos nosotros —respondían en el casino.

Disminuyeron los huéspedes de la fonda, unas familias se arruinaron y otras mudaron de actividad. Eran víctimas de la penuria que tras la contienda de 1936 —en que esta zona fue retaguardia y no campo de batalla— expulsó a los mozos del lugar a las ciudades españolas o del extranjero.

—¿Habéis ido al cementerio? —se chanceaban en el casino—. Ni muertos hay.

La construcción de la autopista del Noroeste satisfizo a los paladines de la meseta incontaminada y empleó a los disponibles. Mas con ella cayó en desuso la encrucijada que había dado lustre a la localidad —y luto a los parientes de los atropellados por los coches que, ni aun así, renegaban de este medio de locomoción.

—Donde el demonio pone un tren —se empecinaban las beatas—, la hostia se mancha.

A cinco kilómetros de la desviación marcada en la autopista del Noroeste, en una ondulación del terreno que constituye una extravagancia —algo similar a un forúnculo— en la llanura de la meseta, se alza este poblado de un millar de habitantes.

—Para subir nuestra cuesta —es la frase socorrida— necesitas dos pulmones.

En la cima del repecho, ahí donde se bifurcaba la antigua carretera de Madrid tras haber introducido su cuña en el bloque de casonas, las campanadas de la parroquia despiertan al vecindario en esta mañana de otoño de 1986.

—Aquel cura —rememora el cazador— pelaba a golpes la nuca del monaguillo Cástor.

Sucedía hace cincuenta años. Cerca de la iglesia estaba la escuela del padre de Henar y, más abajo, la plaza del ayuntamiento con su cortejo de soportales. En el centro, la picota, donde saltaban a la comba Vega, Zarza y Raquelín; a un extremo, la casa de Acacio y, al otro, la tienda de sus primos Celi, Mauro y Adela.

—Melindres —chistaban al perro emboscado en las profundidades del establecimiento.

El edificio del casino todavía resiste, con las ventanas tapiadas, pero no el convento de las monjas pasteleras que se camuflaba detrás, en la rotonda del pilón vacío donde Jonás predicaba contra la gula y Sacri suplicaba morir entre infieles.

—En el puchero de los negritos —matizaba.

Desapareció la taberna de Visi, y la carbonería de Braulio se transformó en tahona.

—¿Y la fonda?

Se hallaba junto al casino. Ahí paraba el servicio de línea y Cande, con su mínimo rebaño de ovejas, sacaba la lengua al turista. El deterioro de la fachada desfigura lo que fue pabellón de castigo durante la guerra civil de 1936.

—Ya no alberga personas —informaban los instruidos—. Sólo víboras y ratones.

—Si te propones descansar —ratificaban las beatas—, no consigues pegar ojo.

Cesan las campanadas, y su eco se prolonga por los dominios del indiano, la olmeda y el entorno del río, donde murió el infeliz.

—Aquí se cortó la coleta la tonadillera Luchini Berbén —anunciaban los eruditos.

—Aquí se respira pureza —y las aldeanas sorteaban el escape del autobús de línea.

Estos méritos no desviaban de su trayectoria a los excursionistas del románico castellano.

—Al cabo de medio siglo —el cazador enciende un pitillo—, nada de lo que se recuerda vive.

Una iglesia de piedra tostada con su reloj y su sombrero de cigüeñas, una olmeda rodeada por un río manso y una picota caída en desgracia, pues no la regaba la sangre del hereje sino el orín de los perros, eran las glorias del pueblo cuando el cazador lo conoció, en los años treinta del siglo veinte.

—Una aldea de postal —resume en esta mañana de 1986—. Tranquila, pobre y contenta de su simpleza.

Destacaba también esa industria de la confitería que tan esquivada se mostraba con el que se desplazaba desde cualquier municipio de España, Portugal o América, atraído por su renombre. Porque tras recorrer Castilla en una camioneta abarrotada de aves de corral y pernoctar en posadas con chinches y escaldarse con ollas y empedrados que desencadenaban colitis crueles, cuando vislumbraba el fin de su viaje e incluso se chupaba los dedos al imaginar los productos de aquel emporio del gusto, veía retrasado su anhelo y el término de su expedición por las maniobras que ejecutaba el chófer en la majestuosa avenida principal de la aldea para no arrollar a los que organizaban la tertulia delante de sus casas y se resistían a interrumpir su coloquio, levantarse de la silla y ceder la calle al vehículo.

—¡Gira! ¡Endereza! ¡Arrea! —orientaba al conductor el ayudante espontáneo.

Superado ese obstáculo, el viajero desembarcaba en el apeadero de la fonda convencido de que su odisea tendría recompensa. Y al encaminarse a su objetivo de prisa —ya que la parada del autobús era breve—, desbarraba en aquella tierra de promisión, peor que un ciego sin lazarillo, por la endiablada ubicación de ese convento donde, a través del torno que ejercía de celestina entre el cenobio y los fieles, las religiosas despachaban sus labores.

—Es precio fijo más la voluntad —y la calderilla caía en la cunita del Niño Jesús.

Unas labores cuyos secretos de fabricación se transmitían en la clausura desde la época del Santo Oficio, cuando los condenados por sentencia regia a la picota de la plaza, antes de ser pasto del verdugo y para irse de esta vida con buen sabor de boca, solicitaban esos hojaldres a los que un suspiro desmoronaba su arabesco, esas yemas con olor a santidad, los mazapanes del Gólgota, las filigranas del rosario, los badajos de canónigo, las obleas de la bruja pava, los rijosos canutillos con su corona de crema o esos empiñonados melifluos que por sus repercusiones en la dentadura del consumidor se



fabricaban de año y vez, en la conmemoración de la Virgen de agosto.

—¡Nuestro obispo se relame! —ensalzaban las beatas cuando no las oía el párroco, celoso de las esposas de Cristo.

—Al indiano le aburren —rumoreaban en el casino—, pero su gente se sacia.

Muchos de los que intentaban localizar esa artesanía de las monjas se extraviaban por los terraplenes y desmontes de las inmediaciones sin haber encontrado la fisura, casi una rendija, que a un tiro de piedra de donde aparcaba el autobús de línea se abría entre la fonda y el caserón anejo.

—Es un callejón tan angosto —enfaticaban los socios del casino— que el gordo adelgaza y la embarazada aborta.

Pero lo que criticaban esos satanases significaba para las beatas el peaje de la virtud.

—Sólo quien sufre estrecheces gana el cielo —insistían.

Y acertaban, porque el que traspasaba ese purgatorio —de perfil y prácticamente emparedado por sus asfixiantes tabiques— accedía al paraíso del goloso en aquella glorieta sin árboles y con un pilón seco donde Sacri imploraba la palma del martirio cristiano y Jonás aconsejaba al transeúnte:

—Elogia el dulce, pero no lo cates. Lo mismo que Mamblona el mudo.

La clausura lindaba con el casino —pues en aquel pueblo las ideologías opuestas tenían sedes contiguas— e impresionaba su solidez de cárcel. Mas se borraba ese efecto cuando las religiosas rezaban a coro porque, a semejanza del trino del canario enjaulado, su mensaje salvaba los muros de su fortaleza y, prendido del aire, se colaba con afán apostólico en el reducto de los impíos.

—*Domine in adjuvandum me festina* —modulaban las esclavas del Señor.

Sobre esa música celestial, los descreídos encabalgaban una estrofa laica:

—Soria pura, cabeza de Extremadura.

Y algunos de los que pretendían regalarse el paladar en el recinto sacro seguían tan extasiados el contrapunto de voces blancas y negras que regresaban a la camioneta cuando terminaba la audición sin haber probado las delicias de las monjas, pero empalagados como si lo hubieran hecho.

Más allá del convento, frente al latifundio del indiano, las ruedas de los carros y las pisadas crearon una vía paralela a la carretera, entre los cultivos

de cereal y huerta, que el cazador frecuentó de pequeño junto al tipo del que contaban fantasías en el casino y en la parroquia.

—Grumete —le decía.

Y ese niño evocado por el cazador en esta mañana de 1986 recogía con aquel hombre la flor medicinal.

—Anarquía es salud —le oía decir cuando bebía más de la cuenta.

—Y la enfermedad, dinero —completaba la tabernera Visi, anotando su deuda en una pizarra.

Parecía un vagabundo y le llamaban mangante, pero no robaba ni pedía limosna. Dormía en la cueva próxima al molino de Damián y Asunta y lo mismo en verano que en invierno vestía una blusa raída con un pañuelo encarnado al cuello bajo la cortina de barbas de estopa que le tapaba el pecho y con el pantalón pescador sobre unas alpargatas sin calcetines.

—Fornica con el lucero del alba —denunciaban las beatas—. Por eso va como Adán.

—Es un sabio majareta que desdeña protocolos —disculpaban en el casino.

El herbolario acudía al latifundio con remedios contra las dislocaciones o el reuma y el administrador Pedroche le recibía con una deferencia que los maliciosos del casino achacaban a su relevancia en el contrabando y las castas beatas, a la tercería erótica.

—Es honrado para el matute —opinaban en el casino—. Pero no de alcahuete.

—Las mujeres que proporciona —avisaban las beatas— están pochás y reparadas.

En una de estas visitas, el herbolario coincidió con ese niño de cuatro años al que compadecían los trabajadores del latifundio por ser hijo de soltera y haberse criado en la compañía de zarzuela y revista de su madre, Luchini Berbén.

—Peor educación, imposible —se escandalizaban las beatas—: Con bailes macabeos.

—Su madre era seductora —ponderaban en el casino—. Y le vino Dios a ver.

Comenzaba el año 1931. El crío estaba sentado a la lumbre de la cocina, demasiado dócil para su edad. La esposa del administrador Pedroche lo vigilaba mientras cosía. El herbolario fue hacia él y dobló las rodillas para ponerse a su altura.

—Grumete —le dijo.

Y del bolsillo de la blusa sacó el trébol de la suerte, que cobijó en su manita.

—Inocente —susurró la esposa del administrador Pedroche—. Te mereces mejor padre.

Un mulato locuaz había trasladado al latifundio en el automóvil del indiano a Luchini Berbén y su hijo desde la pensión vallisoletana donde se alojaban los actores que representaban *La gatita blanca* y otras obras disolventes por capitales y pueblos de Castilla la Vieja.

—Soy una *gatita blanca* / que al quererla acariciar...

Luchini Berbén se consagró con esta copla que el indiano recitó de bienvenida. Con el sombrero en el entrecejo y el cigarro en el labio, el dueño de aquel terreno y de casi toda la comarca sonrió a la mujer, pero no al niño.

—Mientras estuve con él —reconoce el cazador—, ni vi su cara ni me habló.

Por amor a ese indiano —que le doblaba la edad y había prometido tapizarla con billetes del Banco de España si lo aceptaba en matrimonio—, Luchini Berbén, que tanta avena loca cosechó en tierras de pan llevar con las picardías de *La corte de faraón*, abandonaba su carrera artística y su séquito de liviandades y, como acontece en estos procesos, se distanciaba de su hijo.

—Angelito —decía de él para situarlo en el espacio.

Por orden del administrador Pedroche, durante su estancia en el latifundio la madre se hospedó en la residencia del indiano y el chico, en el pabellón de la servidumbre, como si fuera familiar de un criado que debiera reponerse de una enfermedad.

—¿Dónde está mamá? —preguntaba los primeros días a la esposa del administrador.

La mujer se asomaba a los ojos grandes del crío y le tiraba de las orejas.

—En el cine la verás —le contestaba.

Juguete de los campesinos, el niño creció entre cerdos y cabras. La madre venía por las noches a su cama con la fragancia del sueño. Por las tardes le besaba en la mejilla antes de pasear por la olmeda en el carruaje de caballos nerviosos. En el fondo del asiento se agazapaba el indiano, que evitaba relacionarse con el hijo de la tonadillera para que las beatas no le atribuyeran

su paternidad. En el pescante, un tipo más muerto que vivo tensaba la fusta y, a modo de latigazo, emitía por su boca desdentada:

—¿Cuál es el colmo de la col?

Espantados de la proposición arrancaban los caballos envolviendo en su polvareda a la berlina.

—Mentira podrida —descalificó Adela anoche—. Mientes más que el Bizco en su carro.

Y su intemperancia alteró la armonía de la cena entre el cazador y los dos primos en la cocina de Adela, encima del almacén donde Sisinio vendía a las beatas estambre o azafrán.

—Tú con la edad disparatas —continuó Adela—. ¿Desde cuándo los caballos entienden de adivinanzas?

Sisinio apoyaba la riña de su prima con semblante hosco, como si obligara al cazador a retractarse.

—En este pueblo no ocurrían esas cosas —añadió Adela—. Te lo inventas de pe a pa.

Receloso de las infidelidades de la memoria, el cazador se calló. Por un rato murmuró la lumbre —enroscada sobre la parrilla con chuletas de cordero — hasta que le asedió Sisinio:

—¿El cochero siempre decía lo mismo?

El cazador respondió con una evasiva:

—La voz del cochero movía a los caballos, y yo pude inventarme la letra.

Por huertas y trigales galopaba el carruaje en el limpio atardecer de Castilla y a medida que se alejaba del latifundio sosegaba su trote. La mula del contrabando, de temperamento patético, resoplaba por su ausencia.

—Constanza —y en esta mañana de otoño el cazador la recuerda de corazón blando y cabeza dura.

Era el latifundio del indiano la primera extensión de los contornos y la menos fértil, ya que el dueño la tenía sin labrar en un gesto de arrogancia.

—La tierra sólo da desdenes —decía a su administrador Pedroche—. Es tontería mimarla.

En aquella explanada salpicada de encinas, dos pabellones para animales y siervos escoltaban el edificio señorial, encalado como los cortijos andaluces.

—Eso ya lo sabemos —se impacientó ayer Adela—. Está a dos pasos de

aquí...

En él habitaba el responsable de aquella incuria, un indiano que volvió rico de las colonias americanas, y al que se mencionaba con el respeto derivado de su fortuna y la dificultad de asignarle un rostro, algo que excitaba la curiosidad de las gentes pues no se lo habían echado a la cara ni para el saludo de a la paz de Dios.

—Tampoco vemos a Nuestro Señor y está en todo —argumentaban las beatas al retirar la suma que el administrador del indiano depositaba los viernes sobre la peana de san Antonio, a la izquierda del altar mayor de la parroquia.

—No debe importarnos su pinta sino su renta —recomendaban en el casino.

Y sostenían que, al contacto con esa limosna, el santo de Padua practicaba finos bailes de salón, no ya por agradecer el obsequio, sino para prevenir las varices.

—Pasodoble y fox con preferencia —detalló el cazador—. Y por saudade, el fado.

La estampa de la escayola danzando en su plataforma por prescripción facultativa desconcertó a los primos.

—No nos tomas en serio —Adela se enfadó con el cazador—. ¿Dónde hay estatuas que bailen?

Ante la fascinación de aquel niño, el santo alzaba el borde del hábito con una mano y sujetaba con la otra la corona para que no rodara con el zapateado.

—En la iglesia de este pueblo, por ejemplo —reaccionó el cazador—. Tan cierto como que te veo ahora.

Y citó de testigos del portento al monaguillo Cástor y a la postulante Sacri.

—Échales un galgo a éstos —menospreció Adela—. Emigrantes sin retorno.

Desazonado por las palabras del cazador, Sisinio medía a zancadas las baldosas de la cocina.

—Las beatas dicen que san Antonio nunca está quieto —objetó a su prima—. En cuanto se lo permite el culto, va de un lado a otro para recuperar lo que pierden sus fieles.

Adela escuchaba con resignación a Sisinio, que rastreaba la huella del santo por los rincones.

—En aquellos años —prosiguió el cazador— era más fácil ver a san Antonio que al indiano.

De ahí que, a falta de retrato, los aldeanos le identificaran por sus alardes: la berlina de dos caballos que al mando de la momia sin dientes partía todas las tardes de excursión por las afueras; y el automóvil del piloto mulato con el que el indiano peregrinaba por los teatros de la provincia en las fiestas de guardar a la celeridad de su ansia por la carne de vicetiple.

—Volando va, volando viene —se maravillaban las beatas ante los remolinos—. Igualito que el arcángel mensajero.

—Es el rey del putiferio —chismorreaban en el casino—. Le empalman las rellenitas.

De él constaba, pues, el inmovilizado de sus hectáreas y esa ráfaga suscitada por sus desplazamientos que desquiciaba a los pasmados. Modelo de disimulo, se le suponía en tránsito incesante o en descanso eterno. No asistía a la misa del cura celoso, sino al convento de clausura, no alternaba con los cazadores en los soportales de la plaza, no intervenía en los debates del ayuntamiento, nunca pisó el casino ni rezó en la fiesta de la Virgen y no se le conocían parientes ni alivios de su soltería.

—Pero a un caballero de su posición —se santiguaban las beatas— siempre le calientan la cama.

Por ello le endosaban varias novias y un bastardo de la raza con la que debió de confraternizar en Cuba, al que internaban en un colegio de París o Londres para explicarse que no hubiera aparecido por las posesiones que iba a heredar. Mas en el casino desconfiaban de que un cacique como el indiano, que no se preocupaba de sembrar su suelo, se interesara en cultivar a su hijo, e imaginaban al mozo puliéndose el fondo de reptiles en los reservados del Madrid canalla de entreguerras con botellas de champán y descaradas de aúpa.

—¿Qué lega un señorito a la humanidad, sino ma los ejemplos? —se interrogaban en el casino.

—Una confesión general de sus pecados *in articulo mortis* —rebatían las beatas.

Todos aludían al descendiente del indiano, pero ni juzgados ni consulados ni parroquias documentaban su existencia. Adela y Sisinio se lo garantizaron al cazador anoche, mientras la lumbre doraba la parrilla con las chuletas de lechal:

—Con un padre invisible —dedujeron—, el hijo es un fantasma.

Todavía en el otoño de 1930, ya con la monarquía de Alfonso XIII en el alero, en la sala del casino débilmente calentada por la leña de Braulio coleaba la polémica sobre la predilección del indiano por las desvergonzadas sin ropa que actuaban en los escenarios de Castilla la Vieja procedentes del Madrid risueño y, algunas, hasta de París.

—Preciosidades de porcelana —secreteaban los sibilinos—, con cutis de plata y caderas de perfidia.

—Aspiradoras seminales —exaltaban los visionarios—, de vanguardias astifinas y popas salerosas.

Mas la estrella que llegó al latifundio en las Navidades de 1930 desde una modesta pensión vallisoletana no era la frívola que adoraban sus devotos. Porque Luchini Berbén, tras renunciar a las lentejuelas y a la dedicación maternal para consagrarse en cuerpo y alma al indiano, no se presentaba ante sus vecinos a pecho descubierto, sino encorsetada y con velo.

—Se arrepintió la Magdalena —aplaudían las beatas—. Otra delicadeza de san Antonio.

—El dinero hace milagros —valoraban los agnósticos—. La corte celestial se forra.

En sobremesas e insomnios, la nostalgia de sus hechuras magnificaba espejismos.

—Como campanas las tiene —calculaban los aviesos—. Orondas y repicantes.

—En la fosa de su retaguardia —presumían los infames— hundimos nuestra reputación.

Pero las beatas impugnaban estas divagaciones con una tesis contundente:

—Es tan honesta que da reparo mirarla.

En la transformación de la cupletista había influido el administrador Pedroche, un hombre sin estudios ni maneras, aunque con dotes y credenciales para imponer su criterio.

—Si quiere chupar del frasco —dijo de Luchini Berbén en la taberna de Visi—, se me pondrá de rodillas.

—Ya nos dirás si traga —demandaban los asiduos a las casas de tolerancia.

En este Pedroche al que los vallisoletanos avecindaban en Burgos y los de

Burgos, en Valladolid, pues nadie lo quería en su patria chica —ni en el chamizo donde vio la luz—, juraron vengarse los enardecidos con el derrocamiento de la Monarquía borbónica. Pero, en aquel abril de 1931, estos entusiastas se limitaron a ondear la bandera republicana por las ventanas del autobús de línea.

—Libertad, libertad —proclamaban, si acaso, y con la consideración debida a las instituciones.

Y es que nadie de este enclave bucólico se amparó en el nuevo Régimen para arrasar las pertenencias del indiano, empalar al cura o quemar el convento de las fomentadoras de diabetes. Pero, por el resquemor típico de los periodos convulsos, las personas de peso predecían en cualquier inocentada un motín.

—¡La rebelión de las masas! —y los geranios del casino se sonrojaban con la profecía.

—¡Satán es tricolor! —acusaba el párroco con las sienes humedecidas por cataplasmas que el monaguillo Cástor compraba en la tienda del padre de Adela.

Ante los rumores de desórdenes propagados por los que no iban a padecerlos y aunque ningún subordinado suyo reivindicaba matanzas, incautaciones o revisión de jornales, el indiano mantuvo la decisión que había adoptado al caer la Monarquía y, después de amarrar su fortuna, quiso salvar el pellejo.

—Cruzaremos la frontera —adelantó a Luchini Berbén—, y quizá el charco.

—¿Sin mi angelito?

Colgaba el cigarro de los labios del hombre.

—Será nuestra luna de miel.

No lo lamentaron las beatas, porque continuaron recibiendo su donativo los viernes en la peana de san Antonio, a la izquierda del altar, donde el santo se contorsionaba al contacto con las monedas. Y cuando los enterados del casino se percataron de que llevaban varios días sin oír el trote de la calesa por la orilla del río, ya estaba el indiano en un hotel de Lisboa con esa mujer de veintitrés años que se esforzaba tanto como él en pasar desapercibida.

—Regala sus tierras a la República y repudia a su heredero —se asombraron los librepensadores.

Pero las beatas insistían en que no le desterraban de España los incidentes



políticos, sino los líos de faldas. Y con admirable sagacidad femenina confirmaban sus sospechas cada vez que encontraban juntos al niño y al herbolario:

—Se largó con la querida y deja al hijo con su padre.

De madrugada y con sigilo, el indiano y su favorita se marcharon en el automóvil guiado por el mulato parlanchín sin despedirse del pequeño, para no malograr la estrategia de altos vuelos diseñada por el administrador Pedroche:

—Restableceremos al rey destronado —pronosticó en la taberna de Visi—. Y en España empezará el amanecer.

Durante el día el cazador no echó de menos a su madre, porque no participaba en sus juegos. Pero cuando la reclamó a la hora de dormir, la esposa de Pedroche le contó que había dos clases de viajes, de unos se regresaba y de otros no, y su madre estaría antes con él que esas criadas que al decirle adiós con el hatillo al hombro le pellizcaban los carrillos como si extrajeran jugo.

—Mientras falte tu madre —y apretó el timbre de su nariz—, seré tu madrina.

Mas no aceptaba que el crío la designara de ese modo, sino por el diminutivo de su nombre.

—Di Rosita, que me quitas años.

Al ritmo dictado por el indiano desde el exilio a la red del contrabando —donde la mula Constanza descollaba por su pericia y el herbolario, por su galbana—, Pedroche prescindió de operarios y de parte del ganado. La medida provocó destemplanzas verbales y conatos de sindicación. Como Rosita hubo de realizar la faena de los que se iban, nadie cuidaba de aquel chico.

—La soledad no estimula el ingenio —comentó anoche el cazador—. Te amarga la vida.

Una tarde, se adentró en la cuadra muerto de miedo. Intentaba subir al carruaje donde su madre paseaba con su amante. Lo halló imponente, con el picaporte a una altura inaccesible. Ya lo agarraba cuando la puerta de la calesa se le venció y desde el negro fondo de asientos le requirió el cochero con su boca desdentada:

—¿Cuál es el colmo de la col?

Temblaron las paredes del establo con el galope figurado de los que aborrecían los acertijos.

—El colmo, digo.

El bamboleo de una carreta por el adoquinado de la plaza encrespó la lumbre de la cocina.

—¿Y qué hiciste? —le solicitó Adela, intrigada por lo que había desacreditado antes.

El cazador aplazó su relato mientras hubo ruido.

—La mula Constanza me libró del enredo —desveló—. A topetadas me sacó de allí.

Este desenlace decepcionó a Adela.

—¿Era tan inteligente Constanza? —se burló—. ¿Más que la mula Francis?

El cazador aportó la opinión de sus usuarios:

—Una mula sensible —decían con ojos rendidos—, pero borrica.

No había cumplido un mes la República cuando Pedroche convocó al herbolario en el pabellón del servicio. Éste, temeroso de una encerrona, propuso incorporar a la reunión al grumete de cuatro años. Pero su capricho no prosperó.

—Cuando mi esposa y yo nos vayamos —le informó Pedroche—, te encargarás del chaval.

Y agregó guasón:

—Como si fueras su padre.

—Encima de cornudo, apaleado —gruñó el herbolario.

—Aquí ya sabes quién manda —subrayó el administrador con un puñetazo sobre la mesa.

Salió al campo a orinar, y aunque la mula Constanza procuró retrasar su vuelta para evitarle el disgusto, cuando regresó al pabellón con la vejiga desahogada y la piel lamida, el espectáculo de su deshonor le arrugó el ceño.

—Lo hago por el inocente —justificaba la mujer de Pedroche ajustándose la pañoleta.

—Anarquía es salud —mascullaba el herbolario peinando sus barbas de estopa.

—Y la República, vicio —concluyó Pedroche.

El herbolario había abandonado la cantina sin abonar su vaso, según anotó

Visi en la pizarra. Pero su propósito de castigar los abusos de los poderosos, que en la etapa republicana afectaba a los desvalidos igual que una epidemia, no se consumó. Porque al ser sorprendido en adulterio con Rosita, en vez de aprovechar la estupefacción de Pedroche para pegarle cuatro tiros o escarbar en sus intestinos con un cuchillo jamonero, prefirió arrojar a su cara, como un guante de duelista, el puñado de yerbas que tenía en el bolsillo de la blusa.

—Tacaño —alegó.

Pedroche esquivó los proyectiles con la flexibilidad de un bailarín y prometió a quien le convertía en blanco de su ira:

—Ya ajustaremos cuentas.

No era concesión, sino amenaza, por lo que Rosita y el herbolario dialogaron:

—Hazme madre.

—No puedes.

—Hazme artista.

—No vales.

—Hazte cargo del inocente.

—No jodas.

Fue lo último que captó aquel crío de cuatro años desde la pila del lavadero, donde espiaba a los adultos. Buscando el consuelo de la mula Constanza vagó por el latifundio hasta que el herbolario finalizó su entrevista con Pedroche. Entonces corrió a él con la agilidad de sus cortas piernas.

—¡Mangante!

Y aunque apenas le había tratado, se refugió en sus brazos.

—¿Dónde está mamá?

El herbolario le familiarizó con sus greñas y su olor a mosto, le secó las lágrimas y, en prueba de amistad, le permitió que tocara durante mucho rato sus barbas.

—¿Has perdido el trébol?

Sin recoger agua del río en una concha y mojarle el cogote, el herbolario le llamó Florentino. Y el cazador asumió el nombre con la autoridad del bautismo, porque al escucharlo acudía con la lealtad de los perros.

—Tino, Florentino.

Aún conmueve al cazador la gentileza de su amigo Mauro, que hace más

de veinte años —el 15 de agosto de 1963— le saludó en este mismo tramo de carretera, agitando la mano por la ventanilla de su furgoneta reluciente.

—¿Cuándo te estrenas? —le preguntó al verle con escopeta pero sin caza.

Tino se encogió de hombros y Mauro le recordó:

—Comemos donde la Visi...

—Dentro de una hora —ratificó Tino.

Alguien avisó:

—Nos vemos, Robinsón.

Pero en aquel paraje de carrascas y sembrados no se mostró el propietario de la voz.

—Adiós, Robinsón.

Eso añadió el personaje invisible, y el conductor de la furgoneta le corrigió:

—Soy Mauro.

Y para desvincularse del apodo que le delataba a la policía de Cardenal, cantó golpeando el volante:

—Robinsón, Robinsón, tiene ideas de masón.

En este día de otoño de 1986 todavía retumba el disparo en los oídos del cazador, aunque él no pulsó el gatillo.

—Estábamos en fiestas —concretó anoche Adela con la manía de la exactitud.

—Lo tengo tan presente —admitió el cazador—, como si acabara de producirse.

Aquel jueves de agosto de 1963, picaba el sol, reverberaba el asfalto y ni un soplo de aire despeinaba la olmeda.

—Una furgoneta recién comprada —sonrió Adela—; con un montón de letras.

—Tan rápida como un tren —ponderó Sisinio—. O más, carretera abajo.

La leyenda de su velocidad estremeció la lumbre de la cocina al modo de un huracán.

—Mauro tenía cuarenta años —anunció Adela.

—Yo, algunos menos que tu hermano —coqueteó el cazador.

—Cinco, para ser justos —apuntó Sisinio, contagiado del rigor de su prima.

Adela retiró la fuente de ensalada y los hombres, los platos de chuletas.

—Hoy todos tenemos veinte años más —resumió Adela—. Incluso los

fallecidos.

En el transcurso de la noche, la melancolía inspiró las referencias al ausente.

—Con la cara como un incendio —resaltó el cazador—. De milagro no ardía.

—Generoso como nadie —se enterneció Adela—. Con lo asustado que era...

—Más que un primo, fue mi hermano —reconoció Sisinio—. Mejor que el mío verdadero.

Aquel 15 de agosto de 1963, Mauro no habló con quien gritaba su mote de guerra en el latifundio:

—¡Robinsón!

Pero, cuando arrancó la furgoneta, le dijo:

—Acacio, ¿quieres mujeres?

Adela se extrañó al oírlo y el cazador la retó:

—¿Me dejarás contártelo?

**Limbo**

En 1931, cuando Tino, el cazador, contaba cuatro años, Mauro tenía nueve y Acacio, doce. Fascinado por la grandeza del indiano, Acacio hacía novillos en la escuela para ir al latifundio. Se ganó a los vigilantes y a sus canes temibles, pero no consiguió ver al dueño, pues aunque estiraba el cuello cuando la calesa desfilaba a su lado en el paseo vespertino a la olmeda, las cortinas de la ventana o la rapidez de los caballos se lo impedían.

—El indiano va de prisa —denunciaban los viajeros del muestrario— para escapar de sus acreedores.

—No paga ni un alfiler —criticaban en el casino.

—Ni lo paga ni lo gasta —puntualizaban las beatas—. Y tampoco lo devuelve.

Acacio pensó que la marcha del indiano a Lisboa le abría las puertas de su propiedad. Inquieto como las ardillas, encomendó a su primo Mauro quebrar la valla de alambre, desmontar las trampas contra los rateros y serenar a los mastines. Pero Mauro, por una prudencia que brillantaba su rostro, eternamente colorado, recelaba.

—Hay guardas.

—Se fueron —desmentía Acacio.

—Y perros.

—Ya no ladran.

—¿Y si nos pescan?

—Volamos.

Acacio no consultaba sus planes con Mauro ya que, por ser tres años mayor, lo llevaba a todas partes como un zarandillo. Mas para este proyecto reclamó su colaboración porque necesitaba unas herramientas de la tienda de sus padres.

—Que resistan a las balas —y simulaba la confrontación con los defensores de la finca.

En esa tienda, situada en una esquina de la plaza del ayuntamiento, había de todo, desde cacerolas y lápices a fruta, tubos neumáticos y faldas. La madre atendía a los clientes, pero desde que dio a luz a Adela —el 14 de abril del triunfo electoral republicano— confió el despacho a su marido para poder

dedicarse al bebé en la vivienda familiar del piso superior.

—La niña sólo me tiene a mí —explicó—. Pero del público se encarga cualquiera.

Esa decisión equivalía a cerrar el comercio porque el padre de Adela no se molestaba en vender el surtido. Como si no fuera su misión, daba largas a los parroquianos o les emplazaba a volver cuando su esposa se liberase de las cadenas de la maternidad. Y si alguno le apremiaba, elevaba la cabeza y, más por halagar al latoso que para serle útil, voceaba a las telarañas del techo:

—Araceli, Araceli.

Si Araceli andaba atareada con Adela o con las faenas domésticas, delegaba en su primogénita Celi, de la misma edad de Acacio. Pero si Adela estaba pacífica y lo demás en orden, Araceli la arropaba en el faldón, bajaba con ella la escalera que comunicaba su hogar con el almacén y la exponía a la adoración de las beatas, que venían de la iglesia edificadas por el brío con que el cura celoso castigaba las torpezas del monaguillo Cástor.

—Me duele la mano de enderezarte —le reprochaba el sacerdote tras dejarle señalado.

Mientras Araceli tramitaba los asuntos que no había resuelto su marido, éste se colocaba junto a la jarra de las monedas y efectuaba las transacciones al buen tuntún, como más de una vez le advirtió el apoderado de la Caja.

—¿Lo recordáis? —preguntó anoche el cazador a Sisinio y Adela.

Era el jinete que recorría la comarca invitando a los aldeanos a que ingresaran en su banco el dinero que tenían en casa.

—Salud y reales —se anunciaba.

Y descabalgando de su montura, penetraba en el local de los padres de Adela como el heraldo del porvenir.

—Nos preocupamos de sus ahorros igual que usted de su hijita —manifestaba el bancario a Araceli.

Y su horrible mueca de confraternización desencadenaba el llanto de Adela.

—Pero esta niña es mía —Araceli la acunaba en sus brazos—, y ese dinero no es suyo.

Sin vivacidad para la réplica, el desairado abanicaba con su sombrero el ambiente enrarecido.

—La primera, en la frente —podía pensar el hombre, mientras Araceli parecía decirle:



—Chúpate ésa.

Con afán de concordia, el padre de Adela tendía la petaca al bancario.

—Ser ilustrado —le adulaba— es arriesgado.

Y su interlocutor se sinceraba:

—Un financiero no da dinero.

Echaba humo el especulador de la moneda y la esencia de las colonias americanas invadía el establecimiento cuando el padre de Adela, al olor del tabaco ultramarino, tarareaba la habanera de las fumadoras de *Los sobrinos del capitán Grant* que Luchini Berbén, descalza y masticando una cachimba, había bordado sobre las tablas:

—*Si es en el hombre un vicio el de fumar / en la mujer es gracia particular.*

El bancario medía el compás con el cuerpo o formaba coro con el tendero en la creencia de que este homenaje a la fibra patriótica del indiano atraería a la Caja los bienes del latifundio.

—*Y con un cigarrito, válgame Dios, / cada mujer chilena vale por dos.*

La voluptuosa melodía quitaba hierro al saco de legumbres castellanas, desatascaba la cintura de las beatas e insinuaba en la pintura de san Antonio de Padua, entre los pliegues de su capote de anacoreta, la tentación onanista.

—*Se siente un mareíto, / ay, / que da placer...*

Y cuando la embajada del trópico se perdía mar adentro con un calderón sostenido, en los secarrales del Cid Campeador las beatas rodeaban a la recién nacida.

—No perfumes a tu cría —aconsejaban a Araceli—. No hay mejor colonia que el agua bendita.

Y el bancario reanudaba su propaganda, aunque con la cautela motivada por la aversión de Araceli.

—Somos el correccional de las pesetas —planteaba—. Con nosotros, se tornan de provecho.

—¿Cuál es el secreto? —se interesaba el padre.

—¡La matemática simple y el reglamento de la Benemérita!

Araceli cortaba el trato.

—Hasta el día del juicio, galán.

Y para desautorizar a su esposo como negociador, añadía:

—En el seminario sólo le enseñaron latín.

Se retiraban el bancario y las beatas, Araceli subía al piso con Adela, Celi

perfilaba su trenza con ojos soñadores y Mauro se ubicaba bajo el mostrador donde nadie violentaba su timidez. Arrastrando las zapatillas avanzaba el padre a la salida. Con las manos en los bolsillos de la bata contemplaba las evoluciones en la picota de Vega, Zarza y Raquelín. Y con la melancolía del recluso cuando divisa el horizonte desde las rejas de la prisión, confirmaba entre bostezos:

—La Caja nunca trabaja. Le sobra con lo que cobra.

El médico que recetaba sin lentes atravesaba los soportales de la plaza con su maletín sanitario. Vega, Zarza y Raquelín le abordaban con el requerimiento de su boca abierta. El médico se asomaba al disparadero de la enfermedad y repartía la nostalgia de sus caramelos de aroma.

—*Juventud, divino tesoro* —exclamaba el padre de Adela—, *que te vas para no volver*.

Luego lanzaba un vistazo a la centenaria oferta de los anaqueles, desde botas de vino y una guadaña al cuadro de san Antonio de Padua, que era copia de la imagen venerada a la izquierda del altar de la parroquia, donde las beatas recogían la limosna semanal del administrador Pedroche. Y con el desencanto del preso al retornar a su cel da, regresaba a su rincón del mostrador recitando:

—*Pobre Carolina mía / nunca la podré olvidar / ved lo que el mundo decía / viendo el féretro pasar*.

Educado en la retórica de los curas, el padre de Adela conservaba el sentido sacramental de la rima y un oído absoluto para discernir, entre la respiración del coche de línea y el trotecillo de la calesa del indiano, ese anuncio diferente al arrullo de los olmos y al aleteo de las migratorias que le rescataba de su desidia.

—Ya está aquí el pájaro —se alborozaba.

E impetuosamente salía al encuentro de su cuñado, que había cubierto a golpe de pedal el itinerario que le marcaban sus jefes por los pueblos de la provincia.

—*Ritorna vincitore* —le recibía irguiendo el brazo, como el faraón de la zarzuela.

Y aquel soplo de velocidad que el padre de Adela había percibido a distancia se extinguía de un frenazo que grababa la rueda trasera de la bicicleta sobre la arena y aturdía a Vega, Zarza y Raquelín en la plaza del ayuntamiento.

—¿Es cierto que se rompe España? —acuciaba al cuñado.

Entre la admiración de los niños, las beatas y los jornaleros recostados donde la picota al acecho de una peonada del administrador del indiano, el peregrino desmontaba del sillín y apoyaba en la pared el manillar de la máquina.

—¿Se rebelan las masas? —porfiaba el padre de Adela—. ¿Tendremos que comer República?

Lentamente, el mensajero desabrochaba la gorra con orejeras, fijaba en la coronilla sus gafas, soltaba las pinzas de sus pantalones y se sacudía el polvo de los caminos.

—¿Alborota la milicia? —se desesperaba el tendero ante la falta de contestación—. ¿Se encampana la Iglesia?

Con cauto silencio calificaba su interlocutor el comportamiento de las fuerzas vivas, y sólo al desembarazarse del atuendo deportivo y recuperar su personalidad civil, el padre de Acacio —y del futuro Sisinio— aplacaba la inquietud de su cuñado.

—Sin novedad en el frente —decía sobando las guías de su bigote, como un veterano de la Gran Guerra.

Y por el pasadizo formado con los recipientes de judías, patatas y garbanzos accedía al mostrador donde, como cualquier viajante, era obsequiado con un dedal de coñac. Pero antes de servirle, y a veces teniéndolo con la copa en alto, a la espera del líquido, la voz de Araceli retumbaba en el primer piso a la manera de Nuestro Señor cuando truena:

—Cuñado, ¿sigues de huelga?

Araceli mantenía esta insidia desde que su hermana Sara engendró a Acacio.

—La huelga es la locomotora del desamparado —enfaticaba el padre de Acacio.

Pero Araceli le prohibía deslizarse por senderos de emotividad sindical.

—No te hagas el longuis, cacho perrucho —recriminaba—. ¿Cuándo tienes otro hijo?

El interpelado dibujaba el gesto de espantar una mosca y derrumbaba su fatiga en una silla. Sacaba del jersey una libreta con albaranes y en el trasiego se le caía alguno. Corría Celi a entregárselo sujetándose la trenza y el hombre mojaba sus dedos en la lengua para clasificarlo entre los demás según la fecha de cabecera.

—Estoy medio apalabrado con la Caja —declaraba para encelar a su cuñada con otros objetivos.

Desde su refugio barruntaba Mauro que entre su madre y su tío habría bronca.

—Pues ya puedes esmerarte —persistía Araceli sin mostrar el rostro—, que la Sara no es eterna.

El padre de Acacio mareaba la copa, daba un sorbo de tanteo y agarraba la petaca de su cuñado. Destapaba la funda, curioseaba su contenido y lo olía. Tomaba luego una hoja del librillo, la extendía sobre la mano y volcaba en ella una raya de picadura. Desentendiéndose de la regañina de su cuñada, liaba parsimoniosamente el cigarro, lo sopesaba y prensaba y lamía el borde del papel. Una vez pegado y prieto, lo colgaba del labio. Con la chispa del cordón lo encendía. Y mientras Araceli hervía de enojo en el piso superior — y su tremendo remover de sillas y banquetas reflejaba la magnitud de la cólera celestial—, el hombre aspiraba el tabaco con la vista perdida y, cuando lo consideraba suficientemente saboreado, desprendía el cigarro de la boca con los dos primeros dedos de la mano izquierda y, tras cobijarlo en el hueco de la palma, arrojaba el humo sobre la punta para librarla de ceniza.

—Si esperas a hacerte rico —despotricaba Araceli—, la engañas miserablemente.

Y anoche Adela se lo escuchaba al cazador en la misma cocina donde su madre lo dijo medio siglo antes.

—Tal como funciona el mundo —filosofó Sisinio—, ningún pobre se hace rico.

—Es que para hacer rico a un pobre —respondió el cazador—, hay que cambiar el mundo.

Adela se animó:

—Siempre se dijo que un pobre se hacía rico cuando heredaba de América.

—Porque si robaba un mendrugo —indicó el cazador—, le calentaban en el cuartelillo y se pudría preso.

—La suerte —proclamó Adela— era no tener hambre ni enfermedades que impidieran trabajar.

—La suerte pasa una vez en la vida —matizó Sisinio—. Y mi hermano la pescó.

—Tu hermano Acacio no sirve de ejemplo —rebatía el cazador—. En esta vida no todo vale.

—Tus padres no le educaron así —aseguró Adela—. Él solo se metió en el lío.

Un desazonado Sisinio buscaba en los bolsillos del pantalón la fortuna que nunca tuvo.

—Antes no existía el despilfarro de ahora —observó el cazador—. Se miraba mucho la peseta.

—El ahorro envejecía en las casas —recordó Adela—. El de la Caja predicaba en desierto.

—Entonces nadie era rico y ahora nadie es pobre —dictaminó el cazador.

Al fin Sisinio extrajo un billete del bolsillo, lo aireó al trasluz y lo arrimó a la lumbre de la cocina.

—Tú juega con fuego —le previno Adela.

La llama se envanecía con el billete, como la culebra ante la flauta del hechicero.

—Con doscientos como ése —señaló Adela al cazador— compras la mejor casa de aquí.

—¡Magia potagia! —reía Sisinio, contento de ser protagonista.

Sin contradecir a la madre de Adela, que continuaba criticando a su cuñado, los hombres preparaban la ceremonia del verso: mientras el padre de Adela con las manos en las sienes repasaba en el cuaderno de hule las mercancías a reponer, el padre de Sisinio, como no necesitaba pregonar las bondades de un catálogo inalterable desde el Paraíso de Adán y adherido reciamente a la memoria de su clientela, hilvanaba columnas y espirales de humo, ajeno a la zarabanda que promovían beatas, escolares de vacaciones, jornaleros en paro y usuarios del coche de línea, convocados por la diversión que ofrecían los padres de Adela y Sisinio desde años atrás.

—Tienen más envidia que los títeres de la feria —alababan en el casino.

—San Antonio les inspira —sugerían las beatas a espaldas del cura celoso.

—Para cuando yo nací no actuaban —Sisinio se embolsó el billete—. Otra cosa que me perdí.

—Yo era tan chica que ni me acuerdo —dijo Adela—. Pero ¿de verdad lo hacían tan bien?

—Lo nunca visto ni oído —elogió el cazador—. Con la gracia por arrobas.

Callaba el auditorio cuando el padre de Adela despertaba de su concentración. Ante su ademán de poeta, enmudecían los perros del contorno, paraban sus martillazos zapateros y herreros, reprimían su queja las bestias apaleadas, se inhibía el cazador aunque le saltase la perdiz y algún motor que serpenteaba por la cuesta espaciaba su jadeo o se calaba, sumiso.

—¿Se impacienta el respetable? —sondeaba el padre de Adela.

El apoderado de la Caja calculaba la rentabilidad del acto al precio de un céntimo por barba. Y temblaba por el porvenir del negocio cuando el padre de Sisinio concedía:

—El respetable se solivianta.

Frenaban su peregrinación las nubes y el sol sesteaba aunque no fuese hora. Reposaba la mano del labrador, descansaba el andarín, aliviaban las lavanderas su reverencia, suspendían las monjas las avemarías con que aquilataban sus refinamientos de cocina y el herbolario alertaba a las plantas curativas del veneno de la belleza:

—Oído, pitusas.

La expectación erizaba los bigotes del monarca en los retratos del ayuntamiento y del casino, congelaba la labor en el latifundio del indiano, cortaba las carreras en la plaza de Vega, Zarza y Raquelín y ondeaba los visillos de la sacristía de la iglesia igual que si se personara el arcángel de las alturas, con gran enojo del cura celoso que añoraba una devoción análoga en sus beatas o en su monaguillo Cástor cuando sermoneaba desde el púlpito.

—¿Atenta la compañía? —reiteraba el padre de Adela.

A manotazos, el padre de Sisinio expulsaba de su ropa las pavesas de su cigarro.

—Atenta está.

Se apaciguaban los guardias del cuartelillo. Se limpiaba el detenido la sangre del interrogatorio.

—Te sitúo en la primera fila, Florentino —fantaseó Adela anoche—, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo ibas a verme —objetó el cazador— si siempre estabas dormida?

El padre de Adela se remangaba la bata y aclaraba la garganta. El padre de Sisinio abría la libreta y chupaba la punta del lápiz. Cerraba Braulio la carbonería y Visi la taberna. La mula Constanza retenía el aliento y en los corrales...

—Por lo que más quieras, Florentino —interrumpió Adela—. No la menciones...

—¿Otra vez esa copla? —reprochó Sisinio.

—No la valoráis porque no la sufristeis —se anió Adela—. Pero, cuando la citan, se me revuelve la bilis...

—Obdulia —voceó Sisinio mientras Adela se tapaba las orejas—, Obdulia. El cazador había olvidado lo que azoraba a Adela.

—¿Quién era Obdulia?

Adela se estremeció:

—Mi gallina.

Afilaban sus antenas los insectos, se calmaban los establos, concertaban una tregua Cande y sus ovejas y amortiguaban su zumbido moscas y avispas.

—¿Adelante con los faroles? —preguntaba el padre de Adela.

Sacri y Jonás aplazaban sus demandas y Mauro y Acacio se ovillaban debajo del mostrador, donde las palabras de sus padres resonaban como en una caracola.

—Arrieros somos —contestaba el padre de Sisinio.

El padre de Adela acomodaba a su vista la relación de pedidos y carraspeaba con la solemnidad del clarín que inicia la tarde de toros. El padre de Sisinio adormilaba el cigarro a la sombra de su bigote y con las pestañas entornadas, como cuando se deleitaba con las sicalípticas de las ferias, anotaba en la libreta lo que le dictaba el dueño del comercio:

—Las lentejas, que sean viejas.

—No habrá quejas —el padre de Sisinio se contagiaba de la rima.

—El bacalao, bien salao. Las alubias mejor rubias, que las pintas son distintas al olfato.

—Todo barato.

—Si no es barato no hay trato. Y pido más.

—Tú dirás.

El padre de Adela ahuecaba la voz para enumerar la retahíla de subsistencias:

—Para la cocina, gelatina, sal marina, harina fina y cecina bien curada.

—Ahí es nada.

—Cortinas de muselina para la cantina.

—De propina.

—Ajos, tasajos, estropajos...

—Y refajos.

Reía tanto el público con esta referencia a la ropa femenina como con los equívocos de *La corte de faraón*.

—Abajo con los refajos —y la travesura prolongaba la juerga—. Regaderas...

—¿Con agujeros o enteras?

El padre de Adela desdeñaba la broma.

—Camisones, pañales, jabones, delantales...

—¿Basta un par?

—Me va a faltar.

Completada la lista de artículos, el padre de Adela concluía:

—Chocolate para el petate y, de remate, un tomate.

Todos celebraban estos pareados con olés que apuñalaban de celos el corazón del cura. El padre de Sisinio se zarandeaba en la tempestad de su tos, pero aguantaba las contorsiones sin retirar el cigarro de la boca ni dejar de escribir en la libreta que, al terminar la sesión poética, metía entre el jersey y la camisa.

—Mi cuñado Mauro —ponderaba a sus colegas de la provincia— tiene más cerebro que Maura.

Seco el cigarro y apurada la copa, el padre de Sisinio atusaba las guías de su mostacho y abandonaba el establecimiento. Desde la ventana de la cocina le incordiaba Araceli:

—Mima a mi hermana, iscarote.

Y presagiaba:

—Cualquier día me lo pringa una tunanta.

Las beatas se compadecían:

—Es picaflor, como el indiano.

El padre de Adela lo justificaba:

—Un culo inquieto no está sujeto.

El padre de Sisinio chascaba la lengua para alejar de la bicicleta a los chavales y se dirigía a su casa a pie, empujando el manillar. Mas si sorprendía a su hijo Acacio en la picota peleándose con Vega, Zarza y Raquelín, le sentaba en la barra de la bici y le permitía abrasar a timbrazos a Cande cuando, al frente de su rebaño, le sacaba la lengua de envidiosa. Luego, en la taberna, le hacía beber de su vaso y declamaba ante unos labradores sobrecogidos por el hechizo de la consonancia:



—Quien se priva de legumbres no tiene buenas costumbres. Pero el que come garbanzos llega ligero a Betanzos.

Y mientras las beatas engalanaban a la madre de Acacio con abalorios de Zamora o Ávila —que el padre de los gemelos de Peñafiel traía en su taxi con la celeridad de los mensajeros olímpicos—, el padre de Acacio desvelaba a los asiduos de la cantina de Visi el misterio de su desgana conyugal, esa historia de una correría por las posadas de la francachela nocturna que imbuía en sus oyentes la fascinación de las metrópolis:

—Yendo una vez a Villalón de Campos, donde se juntan las vías de Valladolid y Palencia...

Con estas lecciones de su padre, Acacio despuntaba vivaracho y con diabluras de consentido, por lo que pensó su madre que la presencia de un hermanito, al repartir el cariño que Acacio absorbía, sería más eficaz para enderezarlo que los apólogos del maestro, el sacramento de la penitencia o los empiñonados de las monjas.

—Todo el mundo quería que nacieras —dijo ayer Adela a Sisinio—. No fue un descuido.

Con el apoyo de su hermana Araceli y la reticencia del cura celoso, Sara lució ropa elegante. Pero sus esfuerzos por seducir a su cónyuge no cuajaron hasta que, derrocada la República de trabajadores de toda clase, las tropas nacionales españolas alcanzaron sus últimos objetivos militares en abril de 1939.

—Con la paz —profetizaba Araceli a su hermana— tendréis un soldadito...

Un año después del último parte de guerra, mientras el Ejército vencedor desfilaba por la Castellana madrileña entre vítores y grímpolas y todos los rebaños de la España grande y libre balaban las consignas del Caudillo, Sara, que se creía desahuciada por la biología y sin gancho sexual, recibió a su esposo y concibió un varón.

—En el mejor sanatorio y con los mejores médicos —subrayó Adela a Sisinio—. Más deseado que un príncipe.

Adela fue su madrina, el cura celoso lo cristianó y la mujer del administrador Pedroche entonó la jota:

—*Por bailar el pingacho, madre...*

Acacio, que vivía en Madrid, no estuvo en el acto, aunque abrió a su hermano una cartilla en la Caja.

—Con dinero no me calla —Sisinio rescató un pitillo del fondo del

pantalón—. Nunca se lo perdonaré.

En aquel tiempo, los más jóvenes del pueblo habrían considerado primogénito a Sisinio de no desengañarlos las beatas de la parroquia con su memoria histórica.

—Esa familia tiene otro hijo —susurraban—. Pero no vive aquí por las cosas que pasan en los pueblos.

—De padre zascandil y hermano odiado —Sisinio descendió a la planta del comercio—. ¡Bonita herencia!

El cazador curvó el cuerpo para prender el pitillo en el ascua de la lumbre.

—Al menos sabes quién es tu padre.

Adela subió las piernas al asiento de la mecedora.

—Sisinio se queja de haber nacido —explicó al cazador—. Tiene delito la cosa.

Ascendía la palabra de Sisinio desde la ultratumba del establecimiento.

—En este maldito pueblo —Sisinio revolvía en los anaqueles— no importa lo que hagas tú, sino lo que hicieron los tuyos.

Al otro lado de la ventana, la plaza de la picota conservaba la memoria de un horror que no borraba la noche.

—Este primo mío dice lo mismo siempre —comentó Adela al cazador—. No se gusta nada.

Sisinio depositó en la mesa una caja de galletas y se encaró con su prima:

—Vale, pero ¿y las mujeres? ¿Quién entiende el razonamiento de las mujeres?

Adela le desafió:

—¿Qué es lo que no entiendes de nosotras, primo?

Sisinio meneó la cabeza con la broma que tensaba los labios, a punto de la risa.

—Lo de la gallina y tú.

Adela se envaró:

—Si dices gallina no le das importancia —y tomó una galleta del surtido—. Llámala por su nombre y notarás un pellizco.

—¡Obdulia! —gritó Sisinio.

Adela se tapó las orejas. El cazador preguntó:

—¿Tan mala era?

Adela ratificó:

—Envenenaba el corral.

Diez años antes de que naciera Sisinio, cuando Adela empezaba a vivir, el indiano ordenó desde Lisboa que Pedroche y Rosita se marcharan del latifundio.

—Que se las apañen los rojos —decretó.

Terminaba la primavera de 1931. Rosita lavó al cazador en el barreño de agua templada por el carbón de Braulio y lo peinó con raya a la izquierda y fijador de aceite.

—Eres el rey de todo esto, Tino —enfaticó—. ¿Qué harás si te lo quitan los malos?

El cazador arañó el aire con el gesto bufo de los cómicos de *La gatita blanca*.

—Inocente —se enterneció la mujer—, ¿cuánto quieres a tu Rosita?

Tino la abrazó.

—Qué coplero...

Entre tanto, Pedroche se presentaba en la cueva del herbolario a lomos de una Constanza irritada por la orfandad del niño.

—¿Irritada dices? —Adela se arropó con una manta—. Si los animales no tienen espíritu.

El cazador sopesó sus palabras:

—Esa mula, sí.

Con la misma seriedad amenazó Pedroche al herbolario:

—Si no vienes conforme, irás a rastras.

—Tacaño.

—No voy a poner la cama —declaró con la inquina del engañado sentimental.

Y lo condujo a la taberna de Visi —el herbolario a pie; Pedroche, asaeteado por su montura— para fijar ante testigos las condiciones de la contratación:

—A las monjas, ni verlas.

El herbolario tragó coñac.

—De Luchini Berbén te olvidas.

El herbolario tragó ginebra.

—Y lo primero y principal...

El herbolario tragó saliva.

—A mi esposa la respetas.

El herbolario no se tragó la contestación:

—Los imposibles, a Santa Rita.

Con el índice de la mano derecha Pedroche contuvo la algazara del auditorio.

—Para cornudos, tú.

Bostezó la mula Constanza, aunque pareció carcajada, y, del susto, el herbolario regó sus barbas de anís.

—Deja conmigo al cochero —suplicó al administrador—. Me hará compañía...

Pedroche descartó al desdentado conductor de la calesa.

—Está mojama.

El herbolario se ilusionó:

—Si la comuna triunfa...

Pedroche anticipó:

—Te abro en canal.

Tocaban al ángelus cuando los hombres regresaron al latifundio. El herbolario predicaba:

—Anarquía es salud.

Víctima de la indocilidad de Constanza, que a cada desnivel intentaba tirarlo, Pedroche respondía:

—Y la enfermedad, dinero.

La satisfacción de haber logrado un acuerdo sobre el hijo del pecado les incitaba a un diálogo sin prejuicios que los indiscretos reprodujeron en la cantina de Visi:

—Las mujeres, Pedroche...

—Doma la lengua.

—... Nos adornan la frente.

—Y el indiano a ti.

Resbaló Constanza y Pedroche se agarró a un clavo ardiendo:

—¿Qué tuviste con la Berbén?

—¡Amor al arte!

—¿Y ese chaval?

—Un espontáneo.

Se sublevó Constanza y Pedroche se vino al suelo. Entre ayes, reveló:

—Si Berbén renuncia a su hijo, hay boda.

—¿Qué será del grumete?

—Lo que decidas tú.

No pestañeó el herbolario.

—¿Habrá dinero?

—Para parar un tren.

El herbolario desconfió:

—Tacaño.

Ávida de información, Constanza se negaba a recluirse. Un maltrecho Pedroche la increpaba:

—Cuádrate.

Mientras Pedroche forcejeaba con la mula, el herbolario homenajeara a Rosita en el pabellón de la servidumbre.

—Piel de pétalo —se extasiaba—, carne de leche.

Mas la mujer desahogaba otro deseo:

—¿Te recuerdo a la artista?

El herbolario se pronunció:

—Ni borracho.

Decepcionada, Rosita se volcó en el niño.

—Lo tendrás guapo mientras yo no esté —encargó al hombre—. O te mando donde el carro del Bizco.

El herbolario mostró la perdiz:

—Hoy, banquete.

Rosita acarició la barbilla de Tino:

—Di tus años a este señor.

Tino movió los dedos de la palma.

—Cuando cumplas más —Rosita se emocionó al besarlo—, vendré con tu madre.

Se llevaba el automóvil del indiano a Pedroche y Rosita, cuando Tino repitió lo que le habían dicho:

—Yo soy el rey.

El herbolario guardó la perdiz en el zurrón.

—Pero ahora hay República.

Aunque no comprendió la frase del herbolario, Tino intuyó que venían otros tiempos y no quiso ir a la escuela, como si fuera rico y no necesitara la instrucción del maestro, un viudo derrotado por la soledad.

—Sin estudios no hay persona —le argumentaba el hombre—. Nosotros te espabilaremos.

Pero, antes que la aritmética o la historia, Tino prefería aprender las plantas con el herbolario.

—Un cornudo y un angelito —decían las beatas al verlos por la plaza—. Menuda pareja.

—Son la cola de la opulencia —desdeñaban en el casino—. Seres insustanciales.

En las expediciones por la meseta, al almorzar del zurrón o cuando de noche sentía la nostalgia de la madre en el pabellón del servicio del latifundio, Tino ni pedía la luna ni se quejaba de cansancio, porque, si lo hacía, el herbolario le reñía y a veces le pegaba. No por maldad ni porque lo repudiase, sino porque así se educaba entonces.

—Grumete —disertaba el herbolario mientras empinaba la botella—: Quien de niño llora, de hombre lo año ra.

Entrenado a aguantar el sol de agosto, la picadura de la avispa y el escozor de las ortigas, Tino resistió una tarde la fuerza bruta del hermano de Sisinio.

—¡Ladrón! —aullaba Acacio—, ¡bastardo!

En la piel del cazador resbala aquella violencia que le sepultó en un montón de trigo. Sobre el fondo de risas infantiles concitadas por su descalabro, respira la crueldad de esa iniciación.

—Ya, grumete —le tranquilizó el herbolario al liberarlo del sepulcro de cereal y desprender las espigas de su blusa.

E inmediatamente, esa mano docta en yerbas se transformó en honda que, con mal pulso y peor puntería, arrojó una piedra al agresor de Tino.

—Bellaco.

Acacio lanzó el insulto que las beatas dirigían al herbolario desde que el indiano se emparejó con Luchini Berbén:

—Cornudo.

Para consolar a Tino de la paliza, el herbolario le permitió palpar sus barbas y le compró un pastel en el convento de las monjas, que el paladar del niño rechazó.

—A los críos les gusta el dulce, pero tú eres amargo —dedujo de su

desagrado—. Saliste a mí.

Jonás les acosó con la vista en el pastel.

—Ni lo cates ni lo huelas —apercibía a Tino—. Igual que Mamblona el mudo.

En la plaza del pilón sin agua, Sacri se deleitaba con tormentos sicalípticos.

—Ay, ba... ay, ba... —tarareaba—, *ay, babilonio que marea...*

De niño todo extraña y sólo de adulto se acepta que el ojo, por muy abierto que esté, no abarca sino un trozo del universo. Aunque, cerrado y en sueños, salva las fronteras y domina la creación de Dios.

—Más lejos de esas montañas —decía el maestro a Tino— la gente se aburre tanto como en este pueblo.

Pero incluso cuando la imaginación capta mares y tierras inapresables por la vista, el mundo es menos amplio que el misterio que lo envuelve. Porque no existe nada más imponente que el secreto por averiguar.

—Para distraerse de verdad —reafirmaba el maestro— no hay nada como uno mismo.

De este modo ha discurrido la vida del cazador, prisionero del laberinto de su origen que le hunde en un túnel donde sólo vislumbra claridad a su término.

—Ven a la escuela —le proponía el maestro si el herbolario iba al contrabando con la mula Constanza.

Y, para atraerlo, construía con dos dedos de su mano derecha un charlot que imitaba a Cande, la pastora, cuando se burlaba de los pasajeros del autobús de línea.

—Conocerás países y cálculos —se exaltaba el hombre—, idiomas y talentos.

Pero Tino despreciaba la oferta y escapaba por el sendero de trigales que cubrió la carretera.

—Atención —se dice el cazador en esta mañana de otoño de 1986, cuando la bandada sobrevuela la aldea.

Pulsa el gatillo y un pájaro se descuelga. El cazador insta al perro que murió hace medio siglo:

—Ve por él.

Así sonó el disparo aquel jueves 15 de agosto de 1963 en que Mauro le

saludó desde la furgoneta recién estrenada:

—Tino, Florentino.

—Mauro estaba endeudado hasta la coronilla —recalcó Adela anoche—. Con un montón de letras.

—Si hubiera pillado el tesoro del latifundio —sonrió el cazador.

—Eso de hacerse rico —aseguró Sisinio— le importaba más a mi hermano.

De ahí que Acacio, en el verano de 1931, insistiera en reclamar a Mauro las herramientas de su tienda.

—Después de utilizarlas —le prometía— las devolvemos.

Pero Mauro objetaba:

—Pesan.

Un día, Acacio contraatacó:

—Iremos en la bici de mi padre.

Y el rostro escarlata de Mauro resplandeció.

—¿Conduciré yo?

—Sí.

A Mauro le intimidaba que sus padres o su hermana Celi le sorprendieran robando tenazas o cuerdas del negocio familiar. Pero el aliciente de la bicicleta se sobreponía a sus escrúpulos y a las dificultades de la misión.

—¿Y daré a los pedales?

—Y al timbre.

Acacio le aconsejó que se apoderara de las herramientas cuando Celi subía al desván a medir en el armario de dos lunas la trenza que colgaba por su espalda.

—Muchas coletas y pocas tetas —opinaba Acacio de su prima.

Pero Celi decía de Acacio:

—Tiene ojos de artista.

Y delante de su hermana Adela —tumbada en la yerba de la olmeda sobre un mantel— hablaba de novios y de vestidos con Henar, la hija del maestro viudo, mientras Acacio y Mauro cazaban lagartijas y trepaban a la encina soñadora, una encina tan espesa que ocultaba las intenciones de los que la frecuentaban.

—Los chicos son brutos —decían ellas.



—Las chicas son tontas —decían los primos.

Desde los juncos del río, Mauro y Acacio espiaban los devaneos de Damián y Asunta en el molino. Regresaban empapados y Henar y Celi oían a Acacio:

—Anda sobrado el mozo.

La flaca de Henar se reía, mientras Celi, abrasada por los ojos de Acacio, disimulaba:

—Qué calor.

Y agitando el abanico de las cigarreras sevillanas de su abuela, exigía compostura a la hija del maestro.

—Es que me troncho —justificaba Henar.

Y bamboleaba la melena, que no quería recoger en trenza para diferenciarse de su amiga.

—Alfeñique —la provocaba Celi.

—Teatrera —replicaba Henar.

Desde la cueva del herbolario Tino se moría de ganas de jugar con ellos.

—Eres pequeño y no te ajuntan —suponía.

Y envidiaba a los chavales que besaban la mano del cura, trasladaban el maletín aromático del médico que recetaba sin lentes y se extasiaban con la labia del representante de la Caja.

—El dinero crece en familia —exhortaba el bancario—. ¡Honradlo como a padre y madre!

—¡Menos murgas y más compras! —le voceaba Araceli.

Un viernes por la tarde, el monaguillo Cástor le introdujo en la iglesia. Estaba lóbrega y despoblada, pues únicamente Sacri, arrodillada a la izquierda del altar mayor, solicitaba a la imagen de san Antonio el martirio de los antropófagos. Tino y Cástor tiraron de sus coletas con la complacencia de la afectada por obtener tan pronto la gloria.

—*Tómalo, tómalo* —rezaba Sacri—. *Tuyo es, mío no.*

Al rato, avanzó por el pasillo central un hombre con barbas de estopa y una perdiz en el zurrón. De forma rutinaria, puso unas monedas en la peana del santo de Padua, que se retorció en un espasmo, al modo del baile de san Vito, y pareció cantar el himno que retumbó en la conciencia de Tino:

—*Madre a la puerta hay un niño / más hermoso que el sol bello...*

Ayer Adela desacreditó el relato.

—Ya me lo puedes jurar, que no te creo. Ni las mulas piensan ni los santos bailan.

El cazador porfió:

—Restregaba su santo culo en la pared, como en el twist. Y se sujetaba la corona para que no se cayera.

Absorto en el milagro, no se dio cuenta de que se había quedado solo en la iglesia. Alarmado, corrió tras el hombre con el que compartía cueva, caminatas y comida, el hombre que abría sus ojos grandes de niño a los secretos de la botánica.

—¡Mangante!

Tan desazonado cruzó la plaza del ayuntamiento que Vega, Zarza y Raquelín se preguntaron en la picota:

—¿Dónde va?

—¿Qué le dio?

—¿Quién le acusa?

Cande comunicó a sus ovejas:

—El bastardo es ladrón.

Tino rebasó la carbonería de Braulio y el convento de las monjas, alcanzó el puente de piedra sobre el río donde se ahogaría el pequeño y quizá hubiera proseguido viaje y escalado las montañas del confín, pero le chistaron desde la cueva:

—¡Grumete!

Y la garantía de tener en casa al herbolario calmó la angustia que había espoleado sus piernas.

—Mangante.

En su espalda sintió el abrazo del hombre y, por encima de su cabeza, el consuelo:

—Tu madre volverá.

En este punto de su historia, calló el cazador anoche. Lo reemplazó el rumor de la lumbre y Adela bromeó para relajar los ánimos:

—Dices que en este pueblo bailaba san Antonio... Y que los caballos odiaban las adivinanzas...

—Y que las gallinas aterraban a las niñas —intercaló Sisinio.

—No hablamos del mismo pueblo —se incomodó Adela—. ¿Quién te contó esos embustes, Tino?

Apremian los policías, pero el detenido calla.

—Mamblona el mudo.

En esta mañana de otoño de 1986, limpia ya del toque de campana, el cazador culpa al perro difunto de que la bandada se pierda en el horizonte.

—Ni para esto sirves.

En la pieza que ha cobrado reproduce el pregón de los vendedores madrileños:

—¡Pajaritos fritos!

Y por una rendija de la memoria se le cuela, entre el olor a aceite y la música de organillo de la verbena de san Antonio de la Florida, el descaro de la castiza a la que propuso:

—¿Vienes al río?

Y ella contestó:

—*No voy contigo al pinar / porque tienes sabañones / y me los vas a pegar.*

Aquel primer verano de la República, los escolares practicaron pasatiempos didácticos: en una zona discreta de la olmeda, sobre el cuerpo del molinero Damián, cuya piel brillaba ante los que se iniciaban en la malicia, los chicos ganaron caramelos del médico que recetaba sin lentes aprendiendo el itinerario de las venas y el encaje de los músculos y las articulaciones.

—Esternocleidomastoideo —deletreaba el médico; y los niños se reían de la complejidad.

Por primera vez en treinta años, en aquel antiguo nudo de comunicaciones no salía al atardecer la calesa del indiano. Para explicarlo, el maestro contaba la historia del reparto de la tierra, convirtiendo los dedos de sus manos en muñecos de guiñol, y un gran silencio tornaba transparente su discurso hasta que el demagogo del púlpito se personaba en la olmeda demandando respeto para la Iglesia de Roma. Traía la sotana ceñida al cuello, un pañuelo húmedo sobre la tonsura, el paraguas desplegado para protegerse del sol y un cojín de borlas que el monaguillo Cástor colocaba bajo sus rodillas durante el rezo.

—Ave María Purísima —saludaba con la pompa de una procesión.

Y meneaba la mano de bendecir, pero crispaba el puño ante los brazos femeninos desnudos. Para sosegarlo, las beatas le aplicaban cataplasmas en

las sienas mientras él pelaba a mojicones la nuca de su monaguillo Cástor.

—Esto es un valle de lágrimas —bramaba—. No una República.

Santificaba el día del Señor con los bocaditos regalados por las familias: matanza, queso blando, pan de lujo, tortilla de muchos huevos y vino sin aguar. Y una vez repuesto, convocaba a las sesiones de evangelización que en aquel periodo laico impartía la noche de los domingos en el atrio de la parroquia y a las que las mujeres llevaban la silla de casa para no sentarse en el suelo.

—No es de precepto, pero se ganan indulgencias —apostillaban las beatas.

—Las supersticiones del sexo débil —sostenían en el casino— benefician al indiano.

Por tradición, los hombres no iban al acto piadoso, sino a la cantina, o hacían tertulia al raso, en la grandiosa avenida de la aldea donde el autobús de línea, sin holgura para circular, maniobraba arduamente.

—Si prohíben las películas y los bailes —diagnosticaba el médico que escribía las recetas sin gafas—, no iremos al infierno.

—¿Dónde nos meterán?

—Donde diga Unamuno.

El maestro sentenciaba:

—Cada vez veo a Dios menos católico.

Y, más sentimental que el médico, se encrespaba con las arengas del cura celoso.

—No es palabra de Dios, sino propaganda barata.

Le disgustaba que el sacerdote descalificara a los republicanos delante de su hija Henar.

—¡La indispone con el progreso y con la felicidad de la vida!

—El clero es el cáncer de España —corroboraba el médico—. Un dolor sin anestesia.

Pero la homilía no coartaba los deseos de las jóvenes. Porque mientras el cura celoso se desgañitaba contra las relaciones sexuales, Henar susurraba a su amiga:

—¿Te casarías con un actor de cine?

Celi acogía con naturalidad la hipótesis.

—¿Español o extranjero?

—Americano —forzaba Henar.

Celi respondía de carrerilla:

—Si está bautizado, no hay impedimento.

Uno de estos domingos en que se despoblaban las casas —los hombres, a la taberna de Visi o al casino; las mujeres, con la silla en la mano a la parroquia—, Mauro escondió en el corral las herramientas que le pedía Acacio.

—Y Obdulia, ni pío —añadió el cazador anoche.

—¡No asustaba ni a Mauro! —resaltó Sisinio—. Esa gallina es un invento.

Adela se dolió:

—Me picaba.

El cazador insistió:

—¿Tan mala era?

Adela estimó:

—Peor que un nublado.

—Sólo contigo era mala —incordió Sisinio—. Los demás no la padecieron.

—Mauro tenía otros temores —el cazador encauzó el relato—. Por eso Acacio se hartó de prórrogas.

—Si no vienes conmigo —le planteó un día—, olvídate de la bici.

Y el emplazamiento tentó a Mauro como la serpiente del Edén. Porque asedió a su primo:

—¿Daré a los pedales?

—Te lo juro.

—¿Y tocaré el timbre?

—Hasta morir.

Mauro se ruborizó:

—Trato hecho.

Acacio proyectó la expedición al latifundio en una noche de domingo y durante el sermón del cura celoso para evitar espías o encuentros indeseados.

Y con una fantasía estimuló a su primo:

—¡El tesoro es nuestro!

—¿Tendré para una bici?

—Y mil.

Con la vista en las cigüeñas del campanario, Mauro profetizó:

—Seré el amo de la Caja.

Sisinio interrumpió la narración del cazador.

—Siempre se dijo que las encinas del latifundio no dan bellotas, sino

billetes.

Y Adela denunció:

—Eso sí que es falso.

El día señalado, Mauro y Acacio no presenciaron la gimnasia erótica de Damián y Asunta ni pidieron caramelos al médico ni escucharon al maestro la historia del reparto de la tierra ni arrebataron el cojín de borlas que transportaba el monaguillo Cástor para las rodillas del cura celoso. En la encina soñadora estudiaron un plano del territorio del indiano con la misma concentración que sus padres el catálogo de suministros. Y, tras romperlo en pedazos que entregaron a la mansa voracidad del río, se citaron en los soportales de la plaza después de que el reloj de la parroquia diera las diez.

—No olvides las herramientas —le reiteró Acacio al separarse para cenar.

—Ni tú la bici.

—Acacio era un carácter, pero mi hermano, no —Adela probó otra galleta—. Tan corto como su perro.

El cazador ha olvidado esta mañana el nombre de aquella muchacha de la verbena de san Antonio de la Florida.

—Todavía defenderás a Acacio —acusó Sisinio a Adela.

Vivaracha y espontánea era aquella actriz de la compañía de su madre, en la frente el fanal del clavel y la silueta embutida en el disfraz de chulapa.

—Lo hago por ti, cacho bobo —declaró Adela a su primo—. Que mucho rencor es malo.

El cazador engancha el cordel con el pájaro en el cañón de la escopeta.

—*La primera verbena que Dios envía* —recuerda— *es la de san Antonio de la Florida.*

—Acacio fastidió a todos —apuntó Sisinio anoche—. Incluso a Celi, que tanto le quería.

Un 13 de junio de los años cincuenta, sudor en las manos que prenden los alfileres de la suerte...

—Celi le aguantó desdenes —admitió Adela—. Pero los sufría con gusto.

Aquella actriz —ni un roce ni un beso en el baile de la Bombilla— buscó novios menos sosos en otra ciudad, quizá.

—Aire —se despidió desde la plataforma del tranvía.

Y al perderla de vista, se fue de la memoria del cazador.

—Después de una noche en blanco —piensa Tino—, la cabeza no funciona.

Ayer Sisinio, en la cocina de Adela, una y otra vez:

—¿Te peleaste con mi hermano?

Daba vueltas en torno suyo, como cuando fuerzan la delación de un preso.

—¿Se guardó tu herencia?

El cazador se encogía de hombros, con un puñetazo sancionaba la policía de Cardenal este desdén. Para quitárselo de encima, aconsejó:

—Pregúntale a Obdulia.

Se espantó Adela y Sisinio comentó:

—Con la fama que tienen las gallinas...

Aquella castiza del Manzanares, hoy golondrina errante o en manos de otro cazador. Sin juventud o tal vez muerta.

—Treinta años hace...

Tras sonar las horas en el reloj de la iglesia, Acacio silbó y Mauro desenterró las herramientas del corral sin que rechistase Obdulia.

—Se encelaba conmigo, no con los demás —rezongó Adela—. Una bestia parda.

Hasta los soportales de la plaza, donde le esperaba Acacio, arrastró Mauro el zurrón.

—¿Y la bici? —extrañó.

—Pinchada.

—Pues no voy.

Acacio le contuvo.

—Dame la carga.

Al trote enfilaron la carretera hasta la sombría extensión del latifundio.

—¡Centinela! —previno Mauro.

Ni un soplo de aire ni un atisbo de vida en aquella propiedad desmantelada.

—Al abordaje —ordenó Acacio.

Mauro esgrimió las tenazas, pero otros ya habían roto el alambre de la valla.

—No te fíes —receló Mauro.

La oscuridad difuminaba las distancias. Con pulso loco y pisada cauta los

primos avanzaron por el páramo. En la cuadra resopló la mula Constanza y Mauro se sobresaltó:

—¡El hijo del indiano!

Sin intimidarse por el canto de sirena, Acacio situó a su primo frente al pabellón principal.

—Menuda joya —alabó, depositando el fardo en el suelo.

Mauro extrajo el rollo de cuerdas para descolgarse por la chimenea al interior. Pero la puerta cedió al palpar Acacio la pared.

—¿Y si disparan? —alertó Mauro.

Del acceso franco a la vivienda deducía Acacio que se les habían anticipado los ladrones o que el indiano se llevó sus bienes a Lisboa.

—Por última vez —y cedió una palmatoria a Mauro—, como sigas miedoso, te largas.

Ni en los armarios de la planta alta ni en la bodega hallaron el botín. Otros se les habían adelantado y ya lo disfrutaban. Acacio reprochó a Mauro su tardanza en decidirse, pero éste, atento a su obsesión, dio la alarma.

—¡Socorro!

El temblor de su mano apagó la palmatoria. El pánico heló sus palabras.

—¿Dónde estás, Acacio?

Mauro percibía el murmullo de un líquido con el que su primo contravenía las normas de urbanidad.

—¿Tienes el zurrón?

En la explanada voceó el herbolario:

—¿Quién anda ahí?

Por la chimenea descendió la contestación:

—En el cine lo verás.

El cantazo peinó la cresta de Mauro.

—¡Anarquía es salud!

El manto de la noche amparó a Acacio y Mauro, que extraviaron en su fuga la palmatoria y el zurrón.

—¡Bellacos!

Cuando el herbolario se aburrió de tirarles piedras, agarró la palmatoria para revisar la residencia del indiano en compañía de Tino.

—Inocentes —resumió al no apreciar robo—. No ganan nada y regalan la



herramienta.

El cazador nunca había estado en la zona donde vivía su madre. Caminaba fascinado entre lámparas y esculturas cuando el herbolario le advirtió:

—Falta lo mejor.

En un rincón del primer piso, el hombre removió el zócalo y obtuvo una llave.

—Secreto —demandó a Tino.

Y entraron en un dormitorio con chimenea y cortinas en las ventanas. A diferencia de otros cuartos, todo estaba en su sitio, primoroso y listo para usarse. Había un armario y, en la cabecera de la cama, el retrato de una mujer.

—¿A que es guapa?

Tino sintió la calidez de la mano materna, pero no se delató. El hombre escogió varios trajes del armario.

—*¡La gatita blanca!*

Se vistió de tonadillera y dio dimensión teatral a aquel ámbito íntimo con su interpretación del cuplé.

—*Un gatito muy travieso / quiso conmigo jugar / y me puso tan nerviosa / que le tuve que arañar.*

El niño convertía su mano en garra felina.

—*Y tuvo unos juegos / el muy picarón / que el muy sinvergüenza / me hizo un chichón.*

Constanza zascandileaba en la cuadra.

—*Y cuando aquel bulto llegó a deshinchar / con unos cuantos gatitos nos pusimos a jugar.*

La palmatoria a la cabecera de la cama simulaba el resplandor de las candilejas.

—Luchini no es una mujer —se estremeció el herbolario—, ¡es un imperio!

Así piropeó a la ausente y enseguida lamentó la deshumanización del arte:

—Tu madre ya no canta verdoladas.

El herbolario y Tino durmieron en la cama conyugal y por la mañana trasladaron los vestidos a la cueva.

—Esos ladroncetes —repetía el herbolario— se arrepentirán de su audacia.

Esa tarde, al cerciorarse de que no estaba el herbolario, Acacio irrumpió en la cueva.

—Ladrón —insultó a Tino.

Rescató la palmatoria y reclamó el tesoro del indiano y el zurrón con las herramientas.

—Lo tenéis aquí.

Pero en su búsqueda sólo descubrió los trajes de la cupletista.

—¿Tu madre?

Tino no se cohibió ante un rival ocho años mayor.

—La tuya.

Y echó a correr. Acacio le atrapó en los sembrados y lo cabalgó apretándole el cuello.

—¿Qué dices de mi madre, bastardo?

Impresionaba a Mauro la barbarie de Acacio sobre su contrincante de cuatro años.

—¿Dónde está el tesoro? —porfiaba Acacio.

Si un adulto observaba:

—Es el angelito de la Berbén...

Acacio rebatía:

—Ni su madre lo quiere.

Otros niños del pueblo jaleaban a los luchadores o permanecían callados.

—Robó en la tienda de mi primo —argumentaba Acacio.

Cande ponía caras de susto.

—Confiesa.

Sacri le pellizcaba.

—Devuélvelo.

Vega, Zarza y Raquelín volaron hacia la picota, donde coincidieron con el herbolario que venía de colocar la limosna del indiano en la peana de san Antonio.

—Lo tortura.

—Lo machaca.

—Lo atufa.

Y mientras el santo bailaba un tanguillo y Sacri solicitaba morir por la fe, el herbolario ahuyentó a pedradas al agresor de Tino.

—Grumete, no llores.

Medio siglo después, nadie cultiva el terreno donde Acacio castigó al

cazador.

—Púdrete —le había dicho Acacio al hundirlo en el trigo.

En ese lugar, la voz anónima invocó a Mauro por su apodo aquel 15 de agosto de 1963:

—Robinsón.

Sin descomponerse, Mauro arrancó la furgoneta y, antes de tomar la curva dibujada a unos trescientos metros, cambió de velocidad para afrontar con soltura la pendiente del pueblo.

La furgoneta subía gallarda, y Mauro tocó la bocina ante la tahona de su hermana Celi.

—Dos, tres toques —recordó Adela anoche—, para avisar de su presencia.

Era su costumbre. A veces tamborileaba sobre el volante mientras cantaba:

—Alabín, alabán, panadera dame pan.

—Algo busca ése —renegó Celi aquel 15 de agosto—. Algo busca, y no precisamente santo.

Adela depositó sobre el mostrador la bolsa blanca de tela.

—Mete pan doble.

Y anoche lo justificó:

—Celi tenía invitados, y para que preparase el cordero la sustituí en la panadería.

Sisinio señaló por la ventana de la cocina:

—Ahí aparcó la furgoneta.

Fue en la esquina de la cuesta con la plaza, ante la casa donde Mauro había nacido: en la planta alta, el desván, con el armario de dos lunas y el baúl secreto; en el piso inferior, su jergón, junto a la lumbre de la cocina, y los dormitorios de sus padres y sus hermanas; y al nivel de la calle, el corral y la tienda, de donde surgió Sisinio como un perro alborozado:

—Está Tino.

Con menos júbilo anunció Celi a Acacio:

—Ha venido Mauro.

Sin interesarse por la noticia, Acacio se acomodó en su rincón predilecto.

—También está Tino —insistió Celi—. No había amanecido, y lo vi por la carretera como un alma en pena.

Y añadió lo que le quemaba en la boca:

—Ni me saludó, el angelito.

Adela pagó con un billete.

—Unos madrugan y otros trasnochan. No sé de qué te extrañas.

Celi devolvió unas monedas a su hermana.

—A saber dónde iba —dijo a Acacio.

Acacio callaba, ensimismado en liar un cigarro. Por lo que Celi subrayó:

—Tenía arma, pero no perro.

Adela restó importancia al hecho.

—Para dos cochinos pájaros...

—Es que no va de caza, Adela —se acaloró Celi—. Porque, sin mochila ni animal, ¿qué pinta a esas horas con la escopeta?

Acacio afinó el cigarro y, antes de colgarlo de sus labios, resolvió la disputa.

—Está claro lo que intenta.

—Como para andarse con bromas —y Celi ofreció un cenicero a su primo.

Acacio habló entre bocanadas de humo:

—En el día de la Virgen se cita con Mauro.

—De ése no esperes ayuda —atajó Celi.

—Y el tonto de mi hermano —Acacio meneó la cabeza— le hospeda sin consultarme.

—Es su casa —le defendió Adela.

En la plaza engalanada, Sisinio acariciaba la carrocería de la furgoneta.

—¿La estrenamos?

Mauro aludió al personaje invisible que había pronunciado su nombre de guerra:

—Es Acacio o la policía de Cardenal...

Sisinio se burló:

—Son los curas de Celi.

Las beatas requerían a Sisinio para las adquisiciones de rutina: botones, patatas, aceite...

—Ni en fiestas me dejáis.

Pero antes de que se retirara a despachar, Mauro le convocó al almuerzo.

—Tino, tú y yo —detalló—. En la taberna de Visi.

Luego limpió el rastro de Sisinio en la furgoneta mientras recitaba la cantinela:

—Acacio, ¿quieres mujeres?

Terminó el verano de 1931 y Mauro se negaba a recoger las herramientas abandonadas en el latifundio cuando huían de las pedradas del herbolario.

—Ahora nos pescan —repetía a su primo.

Esta resistencia enfadaba a Acacio porque desde la cuna le había considerado su juguete: lo bañó y acunó, lo vistió y le dio de comer, aplacó sus llantos, celebró sus sonrisas y se valió de su veteranía para engancharlo en la exploración de la naturaleza.

—Tú hazme caso —le indicó cuando apenas andaba—, que te irá bien en la vida.

Y Mauro había seguido ciegamente sus explicaciones sobre el pueblo, sus alrededores pintorescos y el firmamento radiante o cubierto de nubes que, al fondo de la superficie de cereales, coronaba las montañas.

—Esos primos siempre están juntos —criticaban las beatas—, ni que fueran siameses.

—Si los padres son poetas —coreaban en el casino—, los hijos a hacer puñetas.

En los oscuros domingos de frío, mientras sus padres probaban la matanza en la cocina con los vecinos, ellos se agazapaban bajo el mostrador del comercio, que en los días peores ni se abría, o en la bodega de Acacio, donde relucía la bicicleta del viajante. Y, al calor de la leña de Braulio, Acacio le contaba esos deslices de la ciudad que su padre refería en la taberna de Visi.

—Son mujeres como tu madre y tu hermana —precisaba Acacio—, pero fuman y gastan colonia.

—También tu madre gasta colonia —replicaba Mauro, recordando su afición a la moda.

—Ni compares, chavalín.

Cuando la primavera despejaba las rutas cegadas por la nieve, Acacio le guiaba por el territorio de sus fantasías invernales.

—Piensa en Robinsón Crusoe —y en la llanura ilimitada potenciaba su facundia.

Acacio le había enseñado el instinto de los animales de compañía, el crecimiento de árboles y plantas, el cometido del molino y cómo los jornaleros construyeron el puente de piedra sobre el río. Y apasionadamente le describió el penacho de humo de las locomotoras a fin de que Mauro

compartiera su desazón cuando el automóvil del indiano le sobrepasaba dejando el resentimiento de su estela.

—¿Cómo sabes de trenes, Mauro? —el maestro le interrogaba—. Si no se ven por aquí.

—Me lo dijo mi primo —aclaraba Mauro con un orgullo que enrojecía su rostro.

Aquel incondicional se había convertido en un indolente que, atrincherado en el mostrador, confiaba en traer las herramientas desde el latifundio con sólo llamarlas.

—Cuerdas, tenazas, martillo...

Acacio perdió la paciencia.

—Me sobran ayudantes —le amenazó un día.

Y Mauro intuyó que se desmoronaba su sueño.

—¡La bici!

Tras nueve años sin separarse de Acacio, cuando Mauro lo veía en la soledad de los héroes le apetecía acompañarlo. Mas si le proponía cazar en la olmeda o bañarse en el río o inventar historias en la copa de la encina soñadora como antes de que rompieran su relación, Acacio lo rechazaba:

—Me sobran ayudantes.

Pero la verdadera razón de que Acacio se comportara tan despegado no la supo Mauro hasta una mañana de septiembre de 1931 en que su madre lavaba en el barreño a Adela y su padre ordenaba el baúl del desván, que no se permitía abrir a los niños. Mauro estaba con Celi en la tienda cuando captó el mensaje de los ciclistas.

—Ya está aquí el pájaro —se ilusionó.

Con el zurrón rescatado del latifundio, Acacio atravesaba la plaza donde Tino y el herbolario buscaban yerbas junto a la picota.

—Ojito con robarme, bellaco —y el herbolario levantó la vista.

—Ojito —Tino agitó la vara de azotar matorrales.

Acacio empujó a Tino:

—No te metas.

Entró en el establecimiento sin saludar a Mauro, descargó las herramientas sobre el mostrador y rebañó de la petaca y del coñac de los viajeros.

—¿Ya eres rico? —le preguntó Celi.

—Tú eres mi tesoro —respondió Acacio.

Rompió el idilio de los primos la exigencia del herbolario a la puerta del comercio:

—El zurrón, bellaco.

Acacio le retó:

—Ven por él.

Y antes de que avanzara, le descalbró de una pedrada.

—Cornudo.

El herbolario protegió con su cuerpo a Tino.

—Bellaco.

—Bellaco —coreó Tino.

Acacio se fue, riéndose de su víctima, y el herbolario se refugió en la tienda de Mauro con el rostro de la perdiz machacada.

—Anarquía es salud.

—Salud —corroboró Tino.

Celi se despreocupó del rival de su primo, pero Mauro corrió al desván a prevenir a su padre.

—¡Un accidente!

Con el sobresalto, el padre no cerró el baúl y Mauro avistó su secreto. Sintió el vértigo de la sima y Celi lo notó:

—No me mires así —le advirtió mientras alineaba en los anaqueles las herramientas recuperadas—, porque no tienes años.

Mauro se había enterado del contenido del baúl y de que su hermana lo desplazaba en el afecto de su primo.

—Las chicas son tontas —sostenía.

El padre taponaba con un paño la frente ensangrentada del herbolario. La madre ordenó a Mauro:

—¡Avisa al doctor!

No se movió Celi, que manipulaba su trenza junto a la jarra de las monedas.

—Unturas de yerbaluisa —imploraba el herbolario—. Son mano de san Antonio.

Había angustia en los ojos de Tino:

—¿Te duele, mangante?

—Nadie más egoísta que mi hermana —Adela balanceó la mecedora—. Ni en este pueblo ni en el mundo.

Y se acordó de cuando Celi se tiznó la cara con una pieza de la carbonería de Braulio para que los ojos de artista de su primo no la pusieran en evidencia.

—¡Fogonera! —le reñía Adela en su media lengua, tan alterada como ante los picotazos de Obdulia.

Acacio encendía en Celi el fuego del infierno que el cura celoso atizaba en el púlpito.

—Mi primo me revuelve las tripas —manifestaba a Henar—. Igual que un purgante.

—¡Teatrera! —desmitificaba la hija del maestro barriendo el aire con su melena.

Cuando comenzaron las obras de la autopista del Noroeste, Braulio se jubiló y el administrador Pedroche cambió la función de aquel establecimiento de carbón y leña para cubrir una carencia del pueblo desde que las monjas clausuraron el obrador. Se eliminaron de su superficie los dados de antracita y una cuadrilla de albañiles plantó unas estanterías en las que se agrupaba la mercancía elaborada en un horno muy confortable para los parroquianos y para la misma Celi, que, arrullada por una tibieza insólita en su vida, donde todo había sido blanco o negro, despachaba el pan y el viático de su palabra sin dejar hablar a nadie.

—Sólo ha tenido ojos para lo suyo —incidió Adela anoche—. Un egoísmo que parece de cine.

—¡Enamorada! —ridiculizó Sisinio con los ojos en blanco y las manos en el esternón.

A los dos días de su pelea con el herbolario, Acacio regaló a Celi un ramo de las margaritas que bordeaban la residencia del indiano.

—Para ti, preciosa.

Celi se sonrojó.

—Si en algo más puedo servirte...

Y dijo a Henar al contarle la escena:

—Si me lo pide, soy suya.

Con esa idea empezó a probarse en el dormitorio de sus tíos los trajes de



las firmas de León o Salamanca que transportaba al pueblo el taxi de los gemelos de Peñafiel, y ya no sólo se contemplaba la trenza, sino todo el cuerpo.

—Ponme arriba la cintura —mandaba a Henar, como si fuera su modista—. ¿Me combina con los zapatos de hebilla?

Henar se resignaba a que, por ser tan delgada, la confundieran con un chico.

—Nunca tendré novio —decía a su amiga.

Celi le adoctrinaba sobre los hombres:

—El amor es magia.

Y confesaba estar mejor compenetrada con su tía Sara que con su madre.

—Es mi tía, pero también mi suegra —indicaba a Henar—. Nos une el amor de su hijo.

—Pero ¿se te ha declarado?

Celi palidecía:

—Se lo noto.

Henar ondeaba la melena:

—¡Teatrera!

Y Celi, endemoniada:

—¡Patas de alambre!

Celebraban las mujeres la ceremonia de la moda en la alcoba de la tía Sara —con Adela siempre dormida, incluso si le probaban gorritos—, cuando Mauro destripó el baúl del desván. Como en la escapada al latifundio con Acacio, le ardía el rostro y se le disparaba el corazón.

—Cauto a más no poder —valoró Adela anoche—. Si no, no sería mi hermano.

Mauro tenía la operación muy ensayada de tanto imaginarla, pero por los nervios falló el primer golpe. Más importante que el éxito de su empresa era no alertar a su padre rayando la madera del mueble.

—*San Antonio de Padua* —rogó—, *que en Padua naciste y en Portugal aprendiste...*

Extremando el celo, repitió el intento y al fin saltó el candado. Con la cara encarnada alzó la tapa y la fantasía emergió de aquel pozo. Su padre coleccionaba libros de espadachines, de detectives, de pistoleros, de marinos y de amores procaces. En el que hojeó al azar, leyó:

—Perillán.

Hundió la mano en el montón, repasó las ilustraciones y eligió la portada de la esclava mora.

—Rayos y truenos —dijo, con la forma de expresarse que hallaría en los libros.

Disponía del instrumento para reconquistar a Acacio. Y, al encontrarse con su primo en la plaza, le susurró lo que escondía en su pecho para no pervertir a Vega, Zarza y Raquelín:

—Tengo mujeres. Mujeres desnudas.

Acacio lo desdeñó:

—Eso es para hombres.

Mauro se resarcía con los libros de la ingratitud de Acacio. Había tantos que su padre no notaba la merma. Los leía en la olmeda durante el verano o bajo el mostrador en invierno, y le enojaban las interrupciones de su madre.

—Sapristi —protestaba con el lenguaje de las novelas—. ¿Por qué a mí?

Su madre le aguardaba en la tienda con unos pantalones gastados del padre y la caja de costura.

—Porque somos pobres. Aviva.

Mauro se moría de vergüenza de que Acacio lo viera sin ropa.

—Nadie viene —tranquilizaba su madre mientras le tomaba las medidas.

Y con los alfileres en los dientes, le cantaba:

—*Ay qué contentillo estoy / que me está haciendo mi madre / unos pantalones nuevos / de unos viejos de mi padre...*

Inopinadamente, su tía Sara se adentraba en aquel colmado con un vestido burgalés de arabescos.

—Mira qué vainicas, qué frunces —exigía a su hermana. Y al instante, la reprendía—: ¿Otra vez agachada? Te repetirá el dolor.

—Olvídate de mi tripa —contestaba Araceli—. ¿Y la tuya?

—A la paz de Dios, hermana.

Araceli se cebaba en su cuñado calavera.

—¡Será perrucho!

Sara se inclinaba sobre Adela, tendida en la cuna que habían usado Celi y Mauro.

—Qué pide mi reina —decía a la niña, aunque había nacido con la República.

Y trataba de forzar su sonrisa mientras Araceli marcaba el corte con la tiza y doblaba el pantalón por la línea trazada.

—¿Lo ves largo, Sara? —y, al enderezarse, Araceli calmaba con la mano el mordisco del estómago.

Sara se lo pensaba bastante para mortificación de Mauro, que acababa experimentando lo que había temido: las beatas invadían el local después de la misa y terciaban en la controversia de las hermanas. Se fijaban en la prenda, no en la cara colorada del modelo, y sólo alguna, al tocar la tela, deslizaba la broma:

—Déjaselos bombachos, que ya es mocito.

En las vacaciones escolares del verano de 1932, Celi y Henar tenían trece años y estaban todo el día juntas: por la mañana, en la tienda; durante la siesta, en el dormitorio de la madre de Acacio, convertido en escaparate de la elegancia provinciana; los domingos por la tarde, en la olmeda; y por la noche, en el atrio de la parroquia con el sermón del cura celoso y luego en la plaza del ayuntamiento, donde los del somatén daban concierto de guitarras.

—¡Alambre! —le decía Celi.

—¡Teatrera! —replicaba Henar.

El maestro, alarmado, comentaba al médico:

—Este cura cada día prohíbe más cosas. Usted debería examinarle la cabeza.

El médico respondía, flemático:

—¿Y si encuentro a Dios?

El padre de Henar ponía a caminar sus dedos.

—Le toma el pulso.

Cuando el cura abandonaba la olmeda con su séquito de monaguillo y beatas, Celi y Henar se agarraban de los hombros y, para que las viese Acacio, bailaban al compás de lo que tarareaba Celi con el engolamiento de las monjas pasteleras.

—Déjate llevar, sosa —ordenaba Celi.

Adela intentaba gatear por la yerba para imitar a las mayores, pero se derrumbaba y volvía a dormirse.

—Me haces cosquillas —se reía Henar.

Acacio fingía desinterés por las chicas hasta que reptaba como un lagarto para indagar en sus faldas. Henar y Celi juntaban las piernas o se alejaban chillando:

—Acacio, demonio.

Encaramado a la encina soñadora, Mauro leía. Sólo dejaba el libro para acechar las maniobras amorosas de Damián y Asunta en el molino. Cuando los amantes sosegaban, se arrimaba a la pandilla de Celi y, para impresionar a su primo, refería lo que había visto con un arrojito sorprendente en su timidez:

—La saca y la mete, la saca y la mete.

—Y qué saca y mete —le preguntaban.

—Es un secreto.

Con sus ínfulas de primogénita, Celi le desprestigiaba.

—Vives en el limbo, hermano.

—¿Y eso qué es?

—Babia.

Mauro se descalzaba las sandalias encharcadas y remoloneaba alrededor de la pandilla con el rostro brillante. Si nadie le prestaba atención, reanudaba la lectura desde la encina. Pero la suspendía cuando Acacio describía los tesoros del indiano como si relatara la novela de Robinsón Crusoe. Y no mentía, porque empezó a traer testimonios de aquel lujo que Celi arrojaba en servilletas de hilo en el armario del desván.

—Nuestro ajuar —se prometía, llorando de simpleza.

Una tarde de sol, Mauro siguió a su primo sin disimular su sombra. A la altura del latifundio, Acacio giró.

—Dame tu fortuna —y registró en sus bolsillos—. Te la devolverá la Patria.

Del cacheo no surgieron monedas ni billetes, sino el libro de portada atrevida que encerraba Mauro en el pecho.

—Mujeres desnudas —se ruborizó Mauro.

Acacio menospreció:

—¡Pecadoras!

Entró en la finca del indiano como si fuera propia y Mauro tuvo que retirarse sin haber averiguado lo que Celi le imputaba manejando el abanico de su abuela:

—Milita en el somatén.

Pero lo confirmó la noche en que fue a buscar al médico porque a su madre le arañaba el estómago. Mauro se veía sin rivales para trasladar el maletín de las medicinas y atracarse de caramelos aromáticos cuando creyó distinguir a su primo cerca del casino.

—Mil diablos —exclamó.

La figura se amparó en el pasadizo del convento de las monjas. Mas le traicionó la luna, y Mauro no dudó de que era Acacio el receloso que se mantenía a la expectativa del taxi de Peñafiel.

—Arriba España —saludó a los pasajeros del coche.

Y se acopló en el asiento trasero con un perrito blanco idéntico al que ofreció a Celi al día siguiente.

—Me lo pediste —recordó a su prima.

Y sostuvo que esa clase de perros estaban preparados para proteger la propiedad privada porque ladraban con entusiasmo en los mítines de Gil Robles.

—Prefiero un can a un ganapán —se resignó el padre de Adela.

—Es camada del indiano —elogió Acacio.

Adela lloró tanto con su blancura como al pintarse Celi de negro en la carbonería de Braulio.

—Si no muerde, tonta —le decían, igual que cuando Obdulia la perseguía.

Ayer, Adela rezongó:

—Esa gallina me amarga la noche.

—¿Cuándo la comiste? —preguntó el cazador.

Un silencio religioso creó el ambiente adecuado para la confesión criminal.

—Nunca.

—¿Vive contigo?

—Es mi pesadilla.

Para sorpresa de todos, desde que se le confió la seguridad del establecimiento aquel perro renunció a su pedigrí de valiente y se comportaba pusilánime y espantadizo.

—Un perro miedoso no es provechoso —reiteraba el padre de Adela.

La pastora Cande le sacaba la lengua.

—Vete donde el carro del Bizco —y le tiraba piedras.

Pero Mauro le sintió afín en el santo temor del mundo.

—Melindres —le bautizó.

Y en esta mañana de otoño de 1986 el cazador reverencia al animal más cobarde del universo, que gracias a caer en la jurisdicción de un medroso tuvo mejor suerte de la que por su carácter le hubiera correspondido.

—Este perro todo lo valora —meditaba Jonás en la plaza del pilón—, aunque de lejos y sin catarlo.

Mauro le justificaba:

—Es melindres.

Y Jonás concretaba:

—Igual que Mamblona el mudo.

Mauro lo lucía en la olmeda para atraer a Acacio, pero éste prefería deslumbrar con su oratoria a Celi y Henar.

—Vamos, Melindres, que aquí no nos quieren —se condolía Mauro.

Y no lo apostaba en los juncos del río porque sus ladridos desbarataban el trajín amoroso de Damián y Asunta, ni en la explanada del convento para no distraer a Sacri de sus demandas de suplicio, ni en los soportales de la plaza porque no disfrutaba con las guitarras del somatén ni con las bravuconadas de los cazadores ni con las bicis de los viajeros de comercio ni con el taxi de Peñafiel, y tampoco en la picota, porque se mareaba con los juegos de Vega, Zarza y Raquelín, sino en lo alto de la encina soñadora que, por tupida, ocultaba su timidez.

—Yo con la cara tan roja y tú tan blanco —le compadecía Mauro.

Agachaba el animal la cabeza, y a la atalaya frondosa subía como una emanación de la tierra la palabra de Acacio, que, sentado al pie de la encina y con el cigarro en los labios, al estilo de su padre cuando anotaba los versos del pedido de mercancías, desvelaba a Celi y Henar las fuentes de la riqueza.

—El indiano tiene oro en los árboles —anunciaba Acacio—. Y quien los toca sin permiso muere.

Anoche Sisinio avaló la opinión de su hermano:

—En vez de bellotas, billetes. Por eso era tan rico.

Adela lo desaprobó:

—¡Más falso que Judas!

Las fantasías de Acacio sobrevolaban la olmeda a la manera de las mariposas acosadas por Tino con su garfio de gatito en la cueva del herbolario. Celi y Henar las escuchaban como si las dijera Dios, aunque para las beatas procedían del demonio porque ni a los republicanos de Madrid se les ocurrían tales disparates. Y se lo comunicaban a Araceli cuando reposaba de los correteos de Adela:

—Tu sobrino tiene alma de fogonero.

Araceli transmitía a su hermana el mensaje de las beatas y Sara planteaba

otra inquietud:

—El maestro no puede con él.

Menos explícito era el padre de Acacio cuando regresaba de recorrer la provincia. Con la copa de coñac en la mano, parecía modular tras los bigotes de tunante:

—Cuídamelo, Celi.

Pero de un trago ahogaba su debilidad, y con un latigazo de la lengua en el cielo de la boca que vibraba con la resonancia de un petardo, manifestaba:

—Ni Dios lo mete en cintura.

No le replicaba su cuñado, enfrascado en el cuaderno de existencias, ni tampoco Celi, encandilada en su silueta. El padre de Acacio se levantaba a estirar las piernas, como decía, y lanzaba la interjección de cuando se le caían los albaranes:

—¡Me robó la bici!

Mauro se imaginaba con su primo pedaleando a tumba abierta por la meseta castellana.

—*Esa bicicleta corre más que el tren* —cantaban las beatas.

—Tiene las intenciones de Caín —criticaban en el casino.

El padre de Acacio confeccionaba con manos solemnes el cigarro de picadura.

—El indiano le quiere escopeta —informaba—. Y el chaval se entrena pelando olmos.

Acacio apuntaba a un árbol cualquiera. Mauro se tapaba las orejas. Y si Acacio lo despellejaba de un disparo, Mauro aplaudía.

—No queda uno sano —el padre de Acacio encendía el cigarro entre toses—. Ayer me lo contó el alcalde.

Los cazadores se quejaban de que Acacio lapidaba a los perros, cortaba el rabo de las lagartijas y asfixiaba a los escorpiones en un círculo de llamas.

—Acuérdate de cuando descalabró al mangante —se escandalizaba Araceli.

El padre de Acacio sorbía la calada y desahogaba el humo con un pensamiento fijo:

—¿Por qué me salió así?

—Por tarambana —explotaba Araceli sin morderse la lengua—. Como no le diste hermanos...

—Nadie con dos dedos de frente lo entiende —Sara defendía a su esposo

—. Ni la gente de estudios ni la gente de misa.

Terminaba el ejercicio de tiro. Acacio sentaba a Mauro en la barra de la bici y volvían al pueblo. Tino inspeccionaba los daños.

—Tino, gorrino —aullaba Acacio.

En la plaza del convento de las monjas Acacio y Mauro robaban unos hojaldres.

—No los catéis que pecáis —les exhortaba Jonás—, lo mismo que Mamblona el mudo.

Y se llenaban los bolsillos con los frutos colgados de las encinas del latifundio.

—¿Jugáis con el hijo del indiano? —les sugería Pedroche.

Por laberintos diferentes a los de su experiencia anterior accedían a un aposento ilimitado como el mar, donde unas máscaras reunidas en torno a una gigantesca mesa redonda consumían las monedas de oro desprendidas del techo.

—Anarquía es salud —proclamaba un personaje con barbas de apóstol.

—Y la enfermedad, dinero —añadía un angelito.

Todos mordían las monedas como si fueran nueces y a sus labios afloraba la sangre. Con ese sabor despertaba Mauro a medianoche y en la inconsciencia de la duermevela proponía a su primo:

—¿Quieres mujeres?

Y Acacio se burlaba:

—Ya tengo a tu hermana.

Adela recuadró en el calendario de pared la fecha del jueves 15 de agosto de 1963.

—Con escopeta y en la madrugada —Celi aludía al cazador—. Como para asustar al miedo.

Acacio se aproximó a la puerta de la tahona con el cigarro colgado del labio.

—Ni su madre lo quiso —reiteró Celi.

Acacio apartó la cortina y penetró el sol del mediodía. Petardeó una motocicleta.

—El angelito creció a su aire —continuó Celi—, más solo que ninguno, siempre estaba de non.



Adela discrepó:

—Hizo amistad con Mauro.

—Se reía cuando Mauro le montaba en la bici —matizó Celi—, vaya par de bobos.

—Milagro sería que hablaras bien de tu hermano —señaló Adela.

—Ni bien ni mal. Hoy Mauro está con uno y mañana con otro. Antes Acacio, ahora Tino, cualquiera le trae y le lleva, es un insustancial.

—Si te lavaras la lengua...

Acacio volvió lentamente a su rincón.

—Le dije a Celi que vigilara el cordero —recordó ayer Adela al cazador y a Sisinio—. Iba corto de agua.

—Todo es inútil con él —Celi seguía hablando de Mauro—. No se corrige.

Como un trueno se desencadenó el alboroto: desde lo alto de la iglesia, los caballos de la Benemérita ganaban velocidad conforme bajaban la cuesta. Por las blancas paredes de la panadería parpadeó su carrera y en las conciencias de los testigos retumbó su amenaza.

—Traen ganas —dijo Acacio en la penumbra.

Se remansaba la polvareda del desfile. Algún visillo se desplegaba tardío y se recogía defraudado.

—Se aprende a palos —murmuró Celi.

Desde la tiniebla de su rincón, Acacio calificó al cazador:

—Tiene el rencor de los vencidos. Como te descuides, te manda al otro barrio.

Celi se ofreció:

—En lo que pueda servirte...

—Se hubiera crucificado por él —Adela se abrigó con la manta—. Una pasión de cine.

—Lo digo por mi hermano y el angelito —especificó Celi a Acacio—. El jaleo es por la tarde.

Y entregó el delantal a Adela diciendo:

—Hasta después.

Dejó su marcha un silencio que Adela rompió enseguida:

—Está en todo, menos en lo que debiera.

Había descubierto, olvidada en una esquina del mostrador, la bolsa del pan.

Celi caminó hacia casa protegiéndose del aire revuelto por el escuadrón.

—Veleta —refunfuñó, al ver sentado a su hermano en las escalinatas de la picota.

Y aunque Mauro agitó el brazo, Celi fingió no haberle visto y atajó por el corral.

—Reverenda Madre —dijo Mauro avanzando.

Pero le detuvo la capa de polvo que la galopada de la Guardia Civil había depositado en la furgoneta.

—¡Recién estrenada! —se irritó.

Y sacó la gamuza de la guantera. Por la ventana de la cocina aparecía y desaparecía Celi, en un trajín superfluo.

—Ven —ordenó.

Mauro se demoró en la limpieza de la furgoneta y sonrió a Sisinio en la tienda. Al final de la escalera, Celi realizaba aspavientos:

—Te lo digo aquí porque no es propio de la calle: Florentino ha vuelto.

Mauro se hizo el tonto:

—Qué Florentino.

—Florentino, Tino —en Celi había ansia—. El hijo de Luchini Berbén, el angelito.

—Menuda novedad —Mauro dudaba dónde ubicarse—. Me crucé con él en la carretera.

—Y llevaba escopeta.

—Parecía de caza.

Celi se cercioró de que no espiaba Sisinio. Luego presumió:

—Yo sé a qué ha venido.

Mauro miró por la ventana de la cocina. Un niño desnudo corría por los soportales.

—Y la policía de Cardenal.

Como si no le hubiera oído, Celi afirmó:

—Quiere la herencia del indiano. Por ser hijo de su madre, su único mérito.

Rió Mauro y Celi se picó:

—Por las buenas, Acacio es un cielo. Pero, por las malas, no suelta ni una peseta.

Mauro buscó el paquete de tabaco.

—Tú sabrás si te conviene la amistad de Tino. Pero ya te advierto que no

estoy para disgustos.

—¿Te he pedido opinión?

Celi habló por boca de Acacio:

—Te la doy, porque vas por la vida sin discernir y Florentino guarda el rencor de los vencidos.

Tocaron las campanadas del ángelus que Tino oyó mientras retornaba de su expedición cazadora por las afueras.

—¿Me meto en tus cosas, reverenda?

Celi empuñó la escoba igual que una vara.

—Pues sí que tendrás queja de mí —continuó al cesar las campanadas—, que no doy una voz más alta que otra, ni te reprocho si te marchas ni tu actitud cuando me ves, que no será por la alegría que sientes, porque estás a mi lado y ni un beso siquiera. ¡A tu hermana!

—No das ocasión.

—Para el cariño la hay siempre, no me contradigas. Anda a tomar el aire, que me incordias ahí parado.

—Si acabo de sentarme...

Celi figó en el horno la evolución del cordero.

—A las dos te veo.

—No me esperes, Celi.

—¿No comes con nosotros? —estaba decepcionada—. ¡Si viene el ecónomo!

—Un beso, reverenda.

Celi hurtó la mejilla.

—Dáselo a quien te arruinó la vida, que no será porque no te lo previne.

Mauro se azaró:

—¿También la has invitado?

Celi se condolió:

—Está de morros.

Sisinio medía en el mostrador el largo de una falda mientras dos beatas se quejaban de la juventud descreída.

—Te espero donde Visi —insistió Mauro a su primo.

Celi le reiteró desde la ventana de la cocina:

—Persigue a Acacio con la escopeta. Lo mismo que Caín a Abel.

Pero Mauro no escuchaba a su hermana. Había visto a Tino y fue a saludarlo.

La olmeda, cuajada de guaridas para los tesoros, perdió la fascinación de la niñez. En esta mañana de otoño de 1986, es un reducto de árboles ancianos y el río se ha convertido en una charca, increíble que ahí se ahogara el pobrecito.

—El cuerpo protesta cuando no duerme.

El curioso de raza negra que ayer estaba en la tienda de Sisinio le interpela:

—Poca caza hay.

Fatigado de la noche en blanco, el cazador apoya la espalda en el tronco de una encina.

—Ni para el Melindres.

Ante la respuesta de Tino, la dentadura de su interlocutor resplandece:

—¡Ay, Melindres!

Y Tino dice:

—¡Ay, Mustafá!

En el mismo tono, Mauro bajó desde la plaza recitando su nombre aquel 15 de agosto de 1963.

—¡Tino! ¡Tino!

Se palmearon la espalda y penetraron en la taberna de Visi, sombría y fresca.

—Celi te llama Caín —le informó Mauro.

—Será por la escopeta... ¿Y quién es Abel?

—Acacio.

El cazador le ofreció un pitillo y Mauro se lo colgó de la oreja, para después del vino.

—El amor ciega —disculpó el cazador.

Como cuando asentaba al Melindres en la plataforma de la encina soñadora, Mauro sostuvo:

—Las mujeres son tontas.

Al otro lado de la barra, Visi ni preguntó ni sonrió.

—La mejor palabra es la que está por decir —y regó de tinto los dos vasos chatos—. No me comprometáis con quien sabéis.

Mauro se mojó los labios y empezó a fumar. Aún con el eco de la galopada, comentó al cazador:

—Arrasa la Benemérita.

Cada nuevo cliente aportaba al local penumbroso el ardor del mediodía.

—Hoy nos pescan —respondió Mauro con el mismo tono que cuando se lo decía a su primo—. ¿Y esa escopeta?

—De tu tienda.

La aldea bucólica disimulaba su peligro: el terreno, removido por las obras de la autopista, se ondulaba y hundía.

—Una ensalada de palos —vaticinó el cazador.

—Una ratonera —aceptó Mauro.

Veinte años después, en la olmeda, la blanca dentadura del negro se esfuerza en masticar la palabra:

—Melindres.

Tino le despide:

—Adiós, Mustafá.

Y descansa la cabeza en la encina. El negro se aleja por la orilla del río, siguiendo la ruta del paseo del indiano.

—La calesa caminaba gustándose —rememora el cazador en esta mañana de otoño—. Como un policía chulo.

La calesa permaneció en el latifundio mientras el indiano y Luchini Berbén estuvieron en Lisboa. Desde allí —era el año 1933—, la red del contrabando trajo a lomos de Constanza una moneda para el angelito y una carta que el herbolario leyó.

—Tu madre vuelve.

Al amparo de la noche acarrearón los trajes de la cupletista desde la cueva al pabellón del indiano.

Y al día siguiente, el herbolario le encargó:

—Grumete, toma el mando.

—¿Dónde vas?

—En el cine lo verás.

Sólo cuando Constanza resopló de pena porque el herbolario abandonaba el latifundio, Tino acudió a la residencia del indiano, subió al primer piso, sacó la llave del zócalo, abrió el dormitorio de los señores y con el armario de par en par, se tumbó en la cama para deleitarse con el vestuario completo de su madre.

—*Soy una gatita blanca / que al quererla acariciar...*

Sus labios recitaban los cuplés cuando hubo ruido en la planta baja. Tocó la moneda de su madre para darse suerte y repitió la consigna del herbolario:

—Anarquía es salud, ¿quién vive?

Tronante le contestaron:

—El hijo del indiano.

Tino no se atrevió a enfrentarse con Acacio, pero desde el rellano de la escalera le observaba.

—Te odio, Acacio —murmuraba tan tenue que ni él se oía.

Tino confiaba en que Acacio se fuera o que el herbolario lo expulsara a pedradas. Pero antes llegaron el administrador del indiano y su mujer.

—Ese cornudo me las paga.

Pedroche estaba tan enfurecido por el desorden y la suciedad de la vivienda que estrelló una silla contra el suelo.

—No ha agarrado una escoba ni un paño ni ha limpiado los cristales.

Rosita suplicaba:

—No te congestiones.

Pedroche se envalentonó:

—Y como te disloque, lo capo.

La violencia de Pedroche estimuló a Acacio.

—¿Te doy de hostias, bastardo?

Tino se resistía a ceder la posición, pero la mujer del administrador se lo pidió:

—¿Ya no te acuerdas de Rosita?

Tino metió en el pantalón la moneda de su madre y desnudó la garra de fiera para expresar su edad.

—¿Cinco cumpleaños?

Tino mostró seis dedos y Rosita se ablandó.

—¡Inocente!

Tino preguntó:

—¿Cuándo viene?

El niño aludía al herbolario, pero Rosita intuyó que se refería a su madre.

—En el cine lo verás.

Dos años había estado ausente el indiano, y aunque no adelantó su regreso a las fuerzas vivas, con el desdén propio de quien las designa y destituye,

todos se enteraron de su presencia por la actividad que cobró el pueblo.

—Ya está el indiano en su trono —mortificaron las beatas al cura—. Las virginidades tiemblan.

—Tiene aspiraciones de diputado —propagaron en el casino—. La Berbén intriga.

Una cuadrilla reconstruyó la valla de alambre, donde los mastines reanudaron su intimidación. Ovejas y cerdos volvieron al pabellón de los animales. El cochero cadavérico trajo los caballos de la calesa con gran contento de la mula Constanza. Y dos criadas readmitidas pellizcaron los carrillos de Tino y le besaron sonoramente.

—Cuánto has crecido.

Rosita lavó a Tino en el barreño de cinc, lo peinó con raya en la izquierda y le vistió con un pantalón de gala.

—¿Y si no viene?

Tino aludía a su madre, pero Rosita pensó en el herbolario.

—Nadie se lo impide.

El indiano descendió del automóvil, se cubrió el rostro con el sombrero y se alejó a su residencia solo, como si nadie viajara con él.

—¿Dónde está mamá? —pensó Tino.

Al rato, salió afligida del vehículo.

—Él no te quiere.

Con sus manos de seda le ajustó el pantalón y retrocedió para apreciar la figura.

—¿Cinco años ya?

Derretía a la mula Constanza el amor entre madre e hijo.

—Seis —corrigió Tino.

La lengua de Cande retorció su burla cuando el apoderado de la Caja descabalgó.

—¿Ahorras, mala pieza?

Brilló en la palma de Tino la moneda de su madre.

—Te presto.

Ahora, además de la excursión vespertina en la calesa conducida por la momia de los acertijos, la madre de Tino iba por las mañanas en el automóvil del mulato dicharachero a la misa de la parroquia y confesaba con el cura

celoso.

—Comulga con la cara tapada —ensalzaban las beatas—. Lo mismo que las moritas.

—Si tampoco enseña la cara —bromeaban en el casino— es que imita al indiano.

Pronto se organizaron en el latifundio unas veladas similares a las que el indiano y Luchini Berbén habían celebrado en el hotel lisboeta de su exilio, de conspiración contra la República.

—Asiste la trama negra del capital, la milicia y el clero —destacaban en el casino.

—Son fiestas del señorío —disculpaban las beatas—. Hay mundo, demonio y carne.

Los automóviles paraban junto a la cerca escoltados por falangistas jóvenes que montaban guardia en el erial, bajo los luceros.

—Actúa Luchini Berbén —se envanecían las beatas—. Un premio para los sensibles.

—Ya no interpreta cuplés —lamentaban en el casino—, sólo himnos patrióticos.

Las reuniones del indiano se conocían en toda la comarca, aunque no se comentaban. Las envolvía un misterio que Tino percibió una vez, cuando acompañó a Cástor a la tienda de Adela para un recado del cura celoso y escuchó decir al padre de Acacio mordiendo los bigotes alambicados:

—Castilla está dispuesta. Sólo ignoramos la fecha.

Y con el énfasis de tenorio que le distinguía, ensartó más palabras que nunca.

—Con catorce años —añadió sin reparar en que le escuchaban niños—, este hijo mío se va de casa sin pedir permiso. Si le pregunto, no responde y, si levanto la voz, me la eleva. Y su madre, mientras, con la epidemia de los trajes, como si no supiera en qué mundo vive.

—Es un héroe —se oyó a Celi.

Sonó a desautorización la evasiva de su padre:

—La Caja anda a la baja.

El padre de Acacio, entre bocanadas de humo, se vanagloriaba de los méritos de su hijo:

—El mejor tirador en mil leguas a la redonda. Por eso alterna con los militares y los obispos y los banqueros, como si fueran de su sangre.



No le secundaba el padre de Adela, ensimismado en las evoluciones de Vega, Zarza y Raquelín.

—Antes veremos la cara del indiano que su dinero —dijo.

El monaguillo Cástor había pedido cataplasmas para el cura cuando Araceli anunció en lo alto de la escalera que le dolía la tripa. Inmediatamente, el padre de Acacio tiró el cigarro y montó en la bicicleta para avisar al médico.

—Sólo le pongo un defecto —meditaba Araceli ante la reacción de su cuñado—: Zángano conyugal.

No había acabado la frase cuando el médico entró repartiendo caramelos. Antes de examinar a la enferma en el dormitorio del matrimonio, se calzó las gafas.

—Entérate de lo que tiene —ordenó el padre a Celi con un temor que Mauro identificó como propio.

Pero Celi estaba empeñada en evocar a Acacio en la olmeda, cuando liaba el cigarro entre sus manos de hombre, se lo colgaba del labio, lo encendía y fumaba cerrando los ojos de artista.

—¿Sabes qué hacen los conspiradores? —preguntó a Mauro, desde su altivez de marisabidilla.

Mauro situó a su primo en las fiestas nocturnas del indiano con otros personajes de la historia de España de los que hablaba en clase el padre de Henar. Y dijo a Celi:

—Se reparten el oro de los árboles.

Celi charlaba con Acacio algunas noches —ella en la ventana del desván, él en la calle— y Mauro los espiaba desde el almacén, con un repique en el pecho derivado del miedo de que sus padres descubrieran vacío su jergón en la cocina.

—Atento, Melindres.

Acacio fanfarroneaba:

—Ni Borbones ni República.

—Entonces ¿qué?

—El Imperio.

Mauro coincidía con Celi:

—Es un conspirador.

Pero, en una ocasión, Acacio arrinconó la política para desnudar sus sentimientos:

—¿Sabes lo que más me gusta de Luchini Berbén?

Celi anticipó:

—Su prenda dorada.

El estupor paralizó a Acacio.

—Lo que os pierde a los hombres —alardeó Celi—. Por lo que daríais oro, incienso y mirra.

Estaba tan satisfecha de su perspicacia, que le desilusionó la respuesta de Acacio:

—Cuando canta a la bandera.

Mauro saboreó la anécdota.

—Así de lista es mi hermana —advirtió en la taberna de Visi aquel 15 de agosto de 1963—. No la aguanta ni Dios.

El cazador apagó el pitillo.

—Acacio, sí.

Quizá Tino acoplaba su sueño al rumor de los invitados a la fiesta porque le despabiló la bravata:

—¡Arriba España!

Cruzaba aún la frontera de la duermevela cuando cantó Luchini Berbén:

—*Bejarana, no me llores / porque me voy a la guerra.*

Con esa orientación dejó la cama y se adentró en el espacio tenebroso. Pero, confuso por el despertar brusco, no supo conducirse a donde cantaba su madre.

—Constanza.

La mula le guió por la explanada de la finca con las mañas adquiridas en el contrabando para eludir el control que en esas noches de fiesta se redoblaba. Y en una fogata alimentada por el cochero de la calesa en la valla de entrada, Tino recuperó a quien echaba de menos.

—¡Mangante!

El herbolario blandía una botella.

—¡Tu madre vale un imperio!

Tino inició una tanda de reproches. El herbolario le tapó la boca con la mano.

—El bellaco de Acacio me largó —y se tocaba la cicatriz de la descalabradura—. No nos quiere juntos.

Le sentó entre sus piernas y al beber de la botella le regó.

—Anarquista, me dice.

Se aplaudió la actuación de Luchini Berbén y Constanza alabó el reencuentro del herbolario y Tino con resoplidos vehementes.

—No te vayas, mangante.

Tino se había abrazado a su olor a mosto, a sus greñas y a sus barbas de estopa.

—Si Acacio nos pilla...

—Yo te defiendo.

El cochero desdentado desenredaba un acertijo como si chupara un caramelo.

—Si me libro de Acacio —porfiaba el herbolario—, me mata Pedroche.

—Quédate conmigo.

El herbolario no hallaba el trébol de la suerte en los bolsillos de su blusa.

—Grumete, con lo mayor que eres.

Para evitar que Tino aprendiera las lecciones del maestro sobre el reparto de la tierra que tanto enfadaban al cura y a las beatas, su madre encomendó a Rosita que le enseñara cálculo y lectura. La clase se desarrollaba en la mesa de la cocina y, al terminar, Tino se marchaba a la cueva del herbolario, mas ya no con un pito y una vara, como cuando era crío, sino con el trébol de la suerte en un bolsillo del pantalón.

—Nunca lo pierdas, grumete.

Si el herbolario estaba en el contrabando con Constanza, Tino inventaba escondites para las monedas de su madre o cazaba mariposas en la cueva. Pero cuando Mauro asomaba con el Melindres por el puente de piedra se le unía, pues aunque fuese primo de Acacio no le daba miedo.

—Todo lo que leo se lo cuento a este bobo —le decía Mauro rascando el blanco cogote del animal.

Tino se enteraba a la vez que el Melindres de los argumentos de las novelas del baúl, salvo si Mauro se instalaba con el perro en la encina soñadora, porque en tan alta tarima no le oía. Tampoco si la brisa agitaba la olmeda, ya que Mauro solía callarse para que sus palabras no se las llevase el viento. Pero cuando el carricoche del indiano avanzaba a la hora acostumbrada por el sendero de trigales y Mauro exhortaba al perro:

—La conspiración, Melindres.

Tino repetía avisado:

—La conspiración.

Al mando del cochero macilento, el carruaje aplastaba yerbas y petunias, acallaba las conversaciones de la olmeda, alborotaba el curso del río y retraía los desahogos de Damián y Asunta en el molino.

—Atiende, Melindres —gesticulaba Mauro en lo alto de la encina soñadora.

—Atiende —susurraba Tino debajo.

Doblemente prevenido, el perro encogía su blanco lomo y aguzaba las orejas sin ladrar ni gruñir, que a tal punto había asimilado el manual del conspirador.

—Si miras al indiano —y Mauro cerraba los ojos—, te quedas ciego, Melindres.

—Ciego —coreaba Tino, apretando los párpados.

—Por eso nadie ha visto su cara —Mauro reiteraba las palabras de su padre.

—¡La cara del indiano! —recalcaba Tino.

La berlina bordeaba el curso del río y regresaba al latifundio al ponerse el sol. Pero otras veces se desviaba de este recorrido para dirigirse a la cueva del herbolario.

—Mi madre me busca —se ufanaba Tino con corazón saltarín.

Paraba la calesa y bostezaba el cochero. Se abría la cabina, pero nadie descendía.

—Quién vive —desconfiaba Tino.

Y del interior del carricoche no surgía la palabra del indiano, sino una invitación de su madre:

—¿Vienes, rey?

Tino se negaba con la frase del herbolario:

—Ahora hay República.

Una mano blanquísima le entregaba una moneda. Tino la escondía en la cueva. Y el herbolario, aunque no hubiera averiguado su importe, exclamaba invariablemente:

—¡Tacaña!

—Mi madre no era tacaña —dijo el cazador anoche en la cocina de Adela—. Daba limosnas, hacía caridades de artista.

Y se remontó a veinte años atrás, cuando avaló a Mauro la compra de la furgoneta.

—¿No la financiaste tú? —se sorprendió Adela.

Sisinio subió de la tienda una caja de rosquillas y un paquete de café aromático.

—Fue mi madre, pero no quiso que Mauro lo supiese después de lo que había pasado entre ellos. Para tu hermano, el avalista era yo.

Por eso Mauro le aseguró aquel 15 de agosto de 1963 en la taberna de Visi:

—No te voy a fallar, Tino, y la furgoneta tampoco.

La radio de Visi transmitía una canción muy popular entre la golfería masculina de la época:

—*Acomodador / chis, chis / haga usted el favor / chis, chis / de volver a echar / chis, chis / el jabón de olor...*

Y sin que Tino lo incitara, Mauro recordó aquella tarde de julio en que Celi y Henar esperaban a Acacio en la olmeda, Adela intentaba trepar a la encina soñadora, aunque se rasgase el vestido, y los ladridos del Melindres interrumpían la conversación entre el médico y el maestro...

Gateaba Adela y ladraba el Melindres en la tarde del 17 de julio de 1936.

—¿Nos hablará de la cara del indiano? —especuló Celi con el éxtasis que le provocaba su primo.

Mauro preparó al Melindres para revelaciones extraordinarias.

—Una cara igual que otra —desestimó Henar—. No le veo el misterio.

Celi y Henar chapotearon con Adela en la orilla del río, pero volvieron enseguida porque no se aliviaban del calor.

—Algo tiene en la cara para que no la enseñe —porfió Celi—. Si fuera como todas, la veríamos.

El maestro y el médico analizaban con apasionamiento el panorama político.

—Nada importa su cara —desdeñó Henar con lenguaje de su padre—. Lo que nos diferencia es la riqueza.

Celi desplegó el abanico de las cigarreras sevillanas y Henar propuso citarse en la escuela, porque estaba más acogedora que la olmeda.

—Sacaremos el bastidor y bordaremos una rosa.

En la tertulia del maestro y del médico sonó la alarma cuando Celi exigió a Henar:

—La rosa, no. La torre de la iglesia.

El Melindres rompió con sus ladridos la calma del aire.

—Sólo es un rumor —animó el médico al maestro—. Un pronunciamiento más.

El herbolario llamó con ansiedad a Tino.

—No lo creo —rebatió el maestro—. Los militares están hartos de los civiles.

Tino brotó de los juncos, donde acechaba las filigranas de Damián y Asunta.

—¿Y un barco con piratas?

Celi respondió a Henar:

—En Castilla no hay piratas.

Por el sendero de los trigales venía Acacio, con la escopeta de cazador a la espalda.

—¿Tu primo irá a la guerra? —preguntó Henar.

La calesa del indiano le seguía.

—Si es para defenderme —soñó Celi.

El herbolario tendió al sol la blusa mojada de Tino.

—Párate, Acacio.

Eso le gritaba Pedroche con el cuerpo fuera de la ventanilla de la calesa. Pero Acacio no le atendía.

—El indiano se vengará de la República —pronosticó el maestro—. Y eso que nadie le tocó las tierras.

La calesa se colocó al lado de Acacio con la majestad que imprimía a los caballos la momia del pescante.

—No olvide al cura y sus feligreses —advirtió el médico—. Legión de fanáticos.

Inesperadamente, la calesa se cruzó delante de Acacio, impidiéndole caminar.

—Calla, Melindres.

Al cesar los ladridos, Mauro escuchó el bamboleo de la cabina, el desperezo de los caballos y una especie de ronquido que era la adivinanza del cochero.

—Lo más famoso de este pueblo —proclamó Celi en el súbito silencio— es la torre de la iglesia.

Pero a Henar le interesaba la discusión de Acacio con el administrador Pedroche.

—Mira, tu primo.

Reverberaban en la candente tarde de julio los olmos despellejados por Acacio.

—No lo veo.

Henar se reía de la torpeza de Celi.

—¿Tan ciega te pone? Sigue mi dedo.

Repicaron las campanas de la parroquia y el maestro dedujo:

—Ha triunfado el golpe.

La intranquilidad se apoderó de Mauro, más que en su expedición al latifundio con su primo.

—En aquel momento —confesó al cazador treinta años después, en la taberna de Visi—, la cara me quemaba.

Y parecía haber contagiado su recelo a Acacio, que rehuía el apremio del administrador.

—Ese bellaco terminará mal —auguró el herbolario.

Pedroche tomó de un brazo a Acacio y, resueltamente, le sentó en el pescante.

—Estás para obedecer —afirmó.

El herbolario subrayó a Tino:

—¿No te lo dije?

Al cazador le impresionó el abatimiento de Acacio, con la escopeta entre las piernas.

—La cara más blanca que la cal —describió a Mauro en la taberna de Visi—. Un presidiario...

El cochero sin dientes desgranó un acertijo que no espoleaba a los caballos.

—Si se alegra el cura —apreció el médico—, es un día triste.

Tenso captaba el Melindres las campanadas de la parroquia.

—Otro cuartelazo —se desfondó el maestro.

Arrancó la calesa y se disparó el corazón de Celi.

—Voy con Acacio, corro su suerte.

Henar la retuvo.

—¿A la guerra? Tú estás loca.

Desviándose de su trayectoria habitual, la calesa fue a la cueva del herbolario.

—Qué solo está —lloraba Celi sobre la melena de Henar—, qué sola me deja.

Al llegar la calesa, el herbolario ordenó a Tino:

—Tú conmigo, grumete.

Pero Pedroche adujo:

—Lo reclama su madre.

Y Tino se rindió, como si le regalaran una moneda.

—Me echarán de la escuela —aventuró el maestro.

—Resista —le alentó el médico.

—Mi hija es una niña...

—Resistan.

Tino mostró el trébol de la suerte por la ventanilla del coche.

—No lo pierdas —le aconsejó el herbolario.

El cochero incentivó al carruaje:

—¿Cuál es el colmo de la col?

Mauro susurró al Melindres:

—¿Ves lo que yo veo?

El herbolario corría detrás de la calesa ondeando la blusa de Tino.

—Se secó, grumete.

Pero la polvareda del galope le ocultaba a los pasajeros.

—¿Dónde va ese hombre? —preguntó el médico.

El maestro repitió el rumor de las beatas:

—Es la fuerza de la sangre.

Se despedía el sol, se espesaba la olmeda y el río murmuraba en el claroscuro. Tras la controversia entre Acacio y el administrador Pedroche, Mauro temía que el latifundio del indiano, esa ilusión de Acacio, fuera su cárcel.

—Cárcel de lujo —puntualizó el cazador aquel jueves de agosto de 1963.

—En ella sigue —afirmó Mauro.

Sofocaba su palabra la canción desvergonzada de la radio de Visi.

—El latifundio es suyo —recalcó el cazador—. Y media Castilla.

—Estoy sorda y no me entero —Visi llenó los vasos—. Pero se os oye en



Pekín.

—Son verdades, Visi —objetó Mauro.

—Serán verdades, pero se os oye. Y como me quite la licencia...

En este punto Adela cortó el relato del cazador.

—Guarda esas galletas, Sisinio, que me las como.

—Nos costaba charlar de aquello —explicó el cazador a los primos tras una pausa.

Aquel 15 de agosto de 1963, Tino y Mauro brindaron por la decoración y el mobiliario de la taberna; por el gato arzobispal; por la cocinera y los parroquianos; por las bombillas y las estanterías de botellas; y siempre coreaban entre dientes:

—¡Libertad!

Visi les reprobaba con muecas.

—Fue él quien arrancó a hablar —admitió anoche el cazador.

Cuando Mauro regresó de la olmeda aquel 17 de julio de 1936, con el Melindres cosido a sus piernas, estaban cerradas puertas y ventanas, no había tertulias ni paseantes ni tráfico de coches y no jugaban en la picota Vega, Zarza y Raquelín.

—Un cementerio de vivos —describió al cazador.

Su madre suspiró al verle y su padre se apresuró a correr el pestillo de la tienda. E inmediatamente, requirió su ayuda para transportar al desván un aparato de radio que su madre deseaba regalar por sus servicios al médico. En principio, lo depositaron encima del baúl, pero el padre cambió de opinión y lo situaron en el suelo.

—Mejor prudencia que ciencia —le aleccionó, como si participase del secreto del baúl.

Y no accedió al capricho de Mauro de permanecer junto al Melindres para serenarlo.

—No te separes de tu madre —le indicó; y quizá por primera vez no le hablaba en verso.

Cayó la noche, y su padre renunció a la cena en familia para oír la radio en el desván. Dieron las horas en el reloj de la iglesia, y mientras su madre fregaba los platos en el barreño y Celi enseñaba a su hermana el funcionamiento del bastidor, sobrevolaba sus cabezas el zumbido de las

ondas.

—Acacio está con el indiano —manifestó Mauro ruborizándose.

Y Celi, orgullosa:

—Como si fuera su hijo.

La madre se alteró:

—¿No ha vuelto a casa?

Celi se alzó:

—Voy a enterarme.

Pero la madre sólo le permitió vaciar el barreño en el corral. Y debió de acordarse de la gallina Obdulia, porque antes de reunirse con el padre en el desván, encargó a Celi:

—No te separes de Adela.

El padre preguntó:

—¿Y el de la Caja?

La madre se sulfuró:

—Fijo que ha huido.

Mauro se amodorró en el jergón de la cocina con el rumor de la radio. Cuando la camioneta trepó por la cuesta, se extrañó:

—De noche no hay servicio.

—Me inquietó verla allí —coincidió Tino.

Estaba la camioneta a la entrada del latifundio, y esa incertidumbre de su emplazamiento insólito la acentuaban sus ocupantes con el desasosiego de los que tardan en partir.

—¿Tordesillas?

Pedroche preguntaba su procedencia a los voluntarios con escopeta que formaban corrillos en la explanada.

—¿Peñafiel?

Azuzando el aspaviento de los mastines, la calesa del indiano atravesó la finca hacia el pabellón de la servidumbre, donde la madre de Tino se sorprendió:

—¿Tu camisa?

Constanza escapó del establo como si rehuiera alistarse.

—Mojada.

El alboroto de los que perseguían a Constanza se sumaba al ajetreo en los

pabellones.

—¿Qué tienes ahí?

En el puño de Tino estaba el trébol.

—La suerte.

La mano blanquísima que le había dado la moneda le acarició el mentón.

—¡Ya eres un hombre, angelito!

—¿Cantarás?

El herbolario se presentó en el latifundio sin resuello. Preguntó:

—¿Dónde está el grumete?

—Enseguida lo sabrás.

Constanza regresaba a la cuadra sin rechistar. El herbolario reiteró:

—¿Os subleváis?

—En el cine lo verás.

Ya de noche, la camioneta se lo llevó sin haber devuelto la blusa del niño. Y en vez de los cuplés de *La gatita blanca*, Tino escuchó el clamor de los voluntarios:

—Viva Luchini Berbén. Nuestra madrina de guerra.

Por la ventana de la cocina de Mauro, abierta al calor de julio, atronó la camioneta.

—Casi ninguno del pueblo —confesó Mauro a Tino—. De la provincia o de Madrid.

El Melindres rompió a ladrar, asustado de que fueran ladrones, cuando vibró la consigna:

—Muera la República.

La madre bajó a ciegas del desván y se detuvo donde el jergón de Mauro, por si la requerían para despachar.

—Viva Luchini Berbén.

Retumbaban las voces masculinas y Mauro atrapó la mano de su madre:

—Me lo hago.

El padre apagó la radio y cargó la escopeta.

—Son los nervios —tranquilizó la madre.

Y apretó la mano de Mauro hasta que las cuadrillas se alejaron sin llamar a la tienda.

—¿Viste al de la Caja? —indagó el padre.

—Échale un galgo —contestó la madre.

Volvió a sonar la radio y la madre pasó al cuarto de las hijas.

—Acacio me necesita —planteó Celi—. Ya es hombre.

La madre amenazó:

—Si te vas, no vuelvas.

Lloró Adela y la madre regresó a la cocina a preparar unos fomentos. En la noche se orientaba igual que de día.

—Está el ayuntamiento como un ascua —ponderó.

—¿Y Acacio? —preguntó Mauro.

—Con su resplandor vería un ciego —añadió la madre.

Acunada por el vaivén de la cama sobre las baldosas desniveladas, Adela se durmió. Celi y su madre mantuvieron la charla con el fondo de la radio. Luego la madre volvió al desván con el padre, y Mauro percibía su cuchicheo y el golpeteo de la cama de Adela, que Celi impulsaba por inercia. Con él se rindió Mauro al sueño por poco rato, porque le despabilaron los ruidos de la calle.

—Los forasteros —dedujo.

—Son del contrabando —aseguraba la madre.

El Melindres refunfuñó, pero no se atrevió a ladrar.

—¿Ves al de la Caja? —asedió el padre.

—En la tumba —dijo la madre.

Trascendió el diálogo de los que arrastraban las alpargatas por la carretera:

—¿Y el indiano?

—Donde las monjas.

Mauro siguió sus voces con la vista en el techo.

—Traen presos —comunicó Celi desde la ventana de la cocina.

En la plaza, acostumbrada a las risas de Vega, Zarza y Raquelín, el herbolario cantaba los cuplés de *La gatita blanca* al modo de los borrachos en Nochebuena:

—*Que se acuesta siempre / cuando sale el sol / y me aburro por las noches / sin el chuzo ni el farol.*

Tino se despertó con la incertidumbre de si la camioneta continuaba aparcada donde la había visto. Saltó de la cama, pero no traspasó el pabellón del servicio porque Rosita, que estaba con las criadas en la mesa de la cocina,

se lo impidió.

—¿Qué se te ha perdido, inocente?

—Tengo frío.

—Con este calor...

Una criada le midió la temperatura. Colgaba el rosario del bolsillo de su delantal.

—¿Y tu blusa?

Transmitía la casa el desasosiego de un campamento a punto de levantarse.

—¿Y mi madre?

—Con las monjas.

—¿Voy a la guerra?

Y quiso sentarse en las rodillas de Rosita.

—Cuánto mimo tienes.

Sonó una campanada.

—¿Vas a la guerra?

Constanza resopló en la cuadra.

—Te lo digo mañana.

—¿Y él?

Tino aludía al herbolario y quizá por eso Rosita concluyó:

—A dormir.

A persuadirle acudió el chófer mulato, más dicharachero que nunca.

—¿Quieres que te cuente el cuento del que soy y seré, quieres que te lo cuente otra vez?

—No se callaba ni dentro del agua —reconoció Tino a Mauro en la taberna de Visi.

—Por Visi y su pata chula —brindó Mauro antes de reanudar su narración.

Bostezó el gato arzobispal.

—Libertad —respondió Tino.

Visi se mosqueó.

El murmullo de los viajeros de la camioneta se imponía a la canción del herbolario en la plaza. Acodada en la ventana de la cocina, preguntó la madre:

—¿Aquél es el doctor?

Celi dijo:

—Está con el padre de Henar.

—¿Quién es el otro?

—Damián.

El padre, desde el desván:

—¿Y el de la Caja?

La madre, exasperada:

—Mal rayo le parta.

Celi demandó:

—¿Por qué están presos?

Chirrió la tapa del baúl y empezó un ruido intermitente que comentó la madre:

—Tu padre lo paga con las novelas.

Se encendió la cara de Mauro. Celi observó:

—No está el primo.

La calesa del indiano ascendió la cuesta. Celi in tuyó:

—Ahí va Acacio.

El padre siseó:

—No digáis nombres.

El carruaje paró junto a la picota y la expectación se adueñó de la plaza.

—Míralo —cuchicheó la madre.

Mauro se incorporó del jergón y por la ventana de la cocina vio al grupo que rodeaba a tres hombres con los ojos vendados y las manos atadas.

—El de más allá es el médico —señaló la madre—; el del centro, el maestro y, este de aquí, Damián.

Junto a la calesa del indiano, Pedroche alentaba al mozo de la escopeta:

—Demuestra que vales.

Mauro no necesitó pronunciar el nombre de ese mozo que le fijaba al paisaje de la picota con una ansiedad que debían compartir los padres de Acacio desde su casa y los testigos de la escena desde el ayuntamiento iluminado o entre los visillos de las habitaciones oscuras, ese nombre que identificaba a su primo.

—Acacio —exclamó Celi.

Y esta vez el padre no recriminó a su hija, como si deseara que el aludido la escuchase.

Hastiado del cuento sin fin del chófer mulato, Tino enseñó sus manos a Rosita, que, siguiendo el juego que ambos se traían, le tapó un dedo para expresar su edad.

—Cuatro más que yo —Adela coqueteó con el cazador—. No es tanta diferencia.

—Yo diez menos que tú —dijo Sisinio a su prima.

—Eso es demasiado —se defendió Adela.

Y rescató del aparador tazas, platos y cucharillas. En la cocina, olía a café.

—En julio de 1936, Vega, Zarza, Raquelín y el monaguillo Cástor tenían diez años. Y Sacri y Cande, doce.

—¿Y Celi? —preguntó el cazador.

—Como Henar y Acacio.

—Diecisiete —calculó Sisinio.

—Cuando empezó la guerra —insistió Adela—, mis padres y mis tíos andaban por la treintena.

Treinta y dos contaba Rosita. Era más joven que su marido, y éste, más que el indiano, cuya edad suscitaba tantas conjeturas como su rostro.

—¿Y el maestro? —preguntó el cazador.

—El maestro y el médico, de la edad de mi padre.

—Damián, más joven.

—Alrededor de treinta y uno.

—Si mi prima te dice treinta y uno —a Sisinio se le apagó el pitillo—, es que son treinta y uno.

—Y uno menos su mujer, Asunta.

—Como mi madre.

—Perdona, Florentino —dijo Adela—, pero tu madre te tuvo con diecinueve, así que en 1936 cumplía veintiocho.

Bruscamente rompía el silencio de la noche de otoño el rodar de un vehículo o un ladrido lejano.

—Anda que no acordarte de la edad de tu madre —sonrió Sisinio—. Una mujer tan famosa...

—Ella tampoco acertaba con la mía —argumentó el cazador—. Siempre se equivocaba en más o en menos.

Treinta años tenía el herbolario, aunque su aspecto de profeta le hacía tan mayor como el cura, que superaba los cuarenta. Pero también las beatas parecían más viejas, por sus trajes de luto. Y en este sentido, nadie tan

equivoco como el patibulario conductor de la calesa, un hombre de treinta y cinco años —los mismos del chófer parlanchín—, al que la carencia de dentadura avejentaba.

—Mi prima se sabe el cementerio —Sisinio fumaba plácido—. Tiene el pueblo en la cabeza.

En la ventana de la cocina indicó Adela, con el azucarero en la mano:

—Desde aquí lo vieron mis hermanos y mi madre. Yo estaba en la cama. Y mi padre, en el desván.

—Eso me contó Mauro —dijo el cazador.

El refinamiento del aroma desbordaba las tazas de café.

—Cincuenta años hace —precisó Adela.

En la noche del 17 de julio de 1936, con diecisiete años, Acacio se abrió paso entre los voluntarios que rodeaban la camioneta y dirigiéndose a los presos se echó la escopeta a la cara, como cuando despellejaba los olmos.

—Alumbra —exigió al cochero de la calesa.

Y acercando el arma al prisionero más próximo, que por tener los ojos vendados ni tembló al contacto, disparó a su corazón, y el clamor de los testigos se mezcló con el aullido del Melindres en su guarida.

—¡Lo ha matado! —se escandalizó la madre.

Y cerró la ventana como para negar entrada al pánico de los que, ligados por una cuerda y privados de visión, se estorbaban y chocaban cuando trataban de huir.

—A la cama —impuso a los hijos.

Mauro la obedeció, aturdido. Sonó otro disparo y Celi dijo a su madre:

—Es el padre de Henar.

La madre rompió a llorar con un encono desconocido para Mauro.

—El doctor y el maestro —balbucía.

Y se desplazaba sin rumbo en la oscuridad de la cocina, abrumada por la tormenta que proyectaban en el desván las maldiciones del padre y la radio indescifrable.

—Se ha vuelto loco —resumía la madre—. Delante de sus padres, delante de su casa.

Mauro sintió el orín por sus piernas cuando el tercer disparo le emplazó frente a los tendidos en la picota.



—Pobre Damián —dijo la madre.

Acacio levantó el arma a la luz del farol sostenido por el conductor de la calesa.

—¡Pólvora en la cartuchera! —balbució Mauro, marcado por las novelas del baúl.

Rezongó el Melindres y la madre implicó a Mauro:

—Cállalo.

Pero un personaje atronó la cocina:

—Bellaco.

Resaltaban las barbas del herbolario entre los testigos congregados en la plaza.

—¿Dónde va el mangante? —dijo la madre.

Pedroche aulló:

—Fuera.

El herbolario desafió:

—¿Qué guerra es ésta?

El indiano replicó dentro de la calesa:

—La tuya, cornudo.

El herbolario ondeó la blusa de Tino.

—Anarquía es salud.

Intercedió el cochero cadavérico:

—Si está borracho...

Pero la falta de dientes convertía en un silbido sus palabras. Pedroche instó a Acacio:

—Mátalo.

Como un muñeco cayó el herbolario y el indiano afirmó:

—Te vengaron, Pedroche.

El cochero se abalanzó sobre Acacio para quitarle la escopeta, pero tropezó en los cadáveres.

—A ése —apremió Pedroche.

El cochero se escabulló en las sombras. Pero los pasajeros de la camioneta le impedían la fuga formando con su resistencia el círculo sin escapatoria del toro en el ruedo.

—Fuera, fuera —decían.

Viéndose perdido, el cochero se aferró a las piernas de su verdugo para no dar campo a su arma. Su calavera emitía gruñidos sin significado.

—¡El chiste, el chiste! —pedían algunos.

Acacio lo desplazó de un empujón y falló el tiro. Todos le abuchearon y Pedroche criticó su torpeza.

—Esmérate, chaval.

El cochero buscaba entre los muertos el hueco que los vivos no le permitían, pero Acacio lo cazó boca arriba y, clavándole el cañón en el pecho, lo reventó.

—No puede ser —se atormentó la madre.

El indiano asomó por la ventana del carruaje con el sombrero en las cejas y la diestra en alto:

—Arriba España.

Los voluntarios montaron en la camioneta y el administrador, en el carricoche. Acacio recogió unos caramelos donde el cadáver del médico.

—Delante de sus padres —gemía la madre—. Y el ayuntamiento, como un ascua.

No esperaba que Adela revolviera en su falda, porque la alzó del suelo, alarmada:

—¿Qué haces despierta?

La camioneta tomó la carretera de la bifurcación. En sentido contrario, Acacio condujo la calesa al latifundio sin que se le ocurriera mirar a la ventana de su tía y sus primas. Pero Adela, por rutina, meneó la manita a su paso.

—No habrá fiesta de la Virgen —anticipó el padre.

Y mientras su madre y sus hermanas se adormecían con el murmullo patriótico de la radio, Mauro recordaba la resistencia de Acacio a Pedroche, el pueblo desierto, el miedo de su padre, el llanto de su madre, la rebeldía del herbolario, el motor de la camioneta, los libros del baúl rotos y la procesión de los condenados por las calles del pueblo en la madrugada de julio en que su primo hizo historia junto a la picota donde en otros siglos ajusticiaron herejes y ahora saltaban a la comba Vega, Zarza y Raquelín.

—Mejor mover las muelas que la lengua —Visi ofrecía a Mauro y Tino un plato de cecina.

Por la mañana temprano, el carbonero Braulio inspeccionó a los fusilados: les quitó la venda de los ojos, los estiró y alineó y, al cabo, trajo a la viuda del

médico, que blandamente apoyó en su regazo la cabeza de su esposo y le limpió la cara. Y como una niña absorta en su juguete permaneció en los escalones de la picota mientras Braulio avisaba en la escuela.

—Bastó un toque —dijo Mauro, mordiendo el embutido de Visi.

Desde la ventana de la cocina vio a Henar, más flaca que nunca, que corría hacia la plaza bailándole la melena. Ante la viuda del médico vaciló, como si no se atreviera a enfrentarse al cadáver de su padre. Ascen, que venía tras ella, se arrimó al caído, palpó su rostro y le acarició los dedos de contar historias.

—Cierra la ventana, Mauro —la madre atizaba el fogón.

Lloraban Ascen y la viuda del médico. Pero Henar no quiso quedarse con su padre ni participar del llanto de las mujeres. Tocó con la mano en la puerta de Acacio y, casi simultáneamente, con una fuerza exagerada para su cuerpo consumido, dio un puntapié a la madera.

—Criminal —gritó.

Como no le contestaban, Mauro temió que recurriera a Celi. Pero antes de que se lo confirmara el ladrido del Melindres, le reclamó su padre para transportar el baúl desde el desván a la cocina, y cuando volvió a la ventana no estaba Henar en la picota sino Asunta, abrazada al cuerpo de Damián.

—Acabemos —exhortó la madre al padre.

Y soltó la trampilla del fogón. El calor del horno abrasó la cocina en la mañana de julio. Tosió Adela en su cama. El padre vació el baúl en las baldosas y, antes de arrojar las novelas al fuego, miraba las portadas.

—Aviva —urgió Araceli.

Arrancó de la plaza el carro de Braulio con los cadáveres del cochero y del herbolario en el espacio donde almacenaba el carbón. La sangre del herbolario había manchado la blusa de Tino. Al verlo, Mauro se aterró:

—¡Lo ha matado!

En el atrio de la iglesia estaban el cura y Cástor con el cojín de borlas. El carro de Braulio no se detuvo a recibir el responso ni el cura se lo mandó. Mauro dio la espalda a la ventana y anunció a sus padres:

—El primo ha matado a Tino.

La madre metía libros en el fogón y el padre cerró la ventana de la cocina.

—No digas nombres —le ordenó.

Eran cuatro mujeres para tres cadáveres y al no poder trasladarlos a hombros, como se estilaba en los entierros del pueblo, tiraron de ellos como

de una soga. Salieron de la plaza encorvadas, agarrándolos del cuello para no arrastrar la cabeza. Desfilaron delante de la casa de Acacio, encararon la rampa de la bifurcación, la iglesia y la escuela y, sin compañía ni ayuda, llegaron al cementerio. La esposa del médico, por recoger a su marido en sus brazos, tropezó y cayó encima de él. En el accidente, le rompió las gafas.

—¡Acacio ha matado al angelito! —susurró Mauro al Melindres.

Y el perro se abrazó a sus zapatillas porque se resistía a orinar en el corral.

—Pues aquí me tienes —y el cazador apuró su vaso—. Treinta años después.

Esa mañana del 18 de julio le despertó una claridad diferente. Sin que se interpusieran Rosita o las criadas, y como si circulara sobre nubes, cruzó el pabellón del servicio y los establos en medio de un silencio que reforzaba la sensación de propiedad dismantelada. Pero en las inmediaciones de la residencia del indiano le inquietó la palabra de su madre:

—Asesino.

Y el indiano:

—Es la guerra.

Su madre, tajante:

—No cuentes conmigo.

Y el indiano, áspero:

—Chitón.

Huyendo del enfrentamiento que conmovía sus oídos, Tino abandonó la finca.

—¿Nos iremos?

Resplandecía la mañana. En la cueva del herbolario comprobó que las monedas brillaban en su escondite y jugó a cazar mariposas pero se aburrió.

—Asesino —repetía su madre.

Sorprendía ver deshabitada la olmeda, en contra de lo habitual en verano. Asfixiado de calor anduvo por la carretera. No circulaban vehículos, estaba apagado el casino y sin clientes el convento de las monjas. Entró en la plaza cuando se alejaba la procesión fúnebre de las mujeres y, por instinto, se amparó en los soportales.

—Es la guerra —y se acordó del herbolario descalabrado por la pedrada de Acacio.

El olor encarnado de la sangre le guió al cementerio entre la censura de los hogares cómplices o medrosos. En el atrio de la iglesia Cástor se protegía de la furia del cura con el cojín de borlas. Rodeada de sus ovejas, Cande le insultó:

—Bastardo.

La tierra cubrió a los muertos y los deudos se retiraron sin condolencias públicas, como si la pena por sus familiares fuera proscrita.

—Ni te acordabas del mangante —subrayó Mauro.

—Le creía en el contrabando. No era la primera vez que se iba sin avisarme.

Tocaron al ángelus de mediodía. Unas mujeres fregaban el reguero sangriento. Aplanaba el aire en la temperatura de horno.

Tras los visillos, los espías de la plaza le vieron agachado frente a la tienda de Mauro.

—Melindres.

Le sabían huérfano pero no se atrevieron a hospedarlo. Tino rascó la madera con el dedo índice.

—¿Tienes miedo?

El Melindres gruñía, y no se mostraba dispuesto a rebasar ese límite de la comunicación.

—Yo no.

Tino golpeó con los nudillos y, al no obtener contestación, llamó de nuevo.

—¿Es el de la Caja? —insistió el padre.

Alguien afrontaba el espacio de anaqueles con mercancías. Tino sondeó:

—Mauro.

Y rayó la madera con la uña.

—Mauro, soy yo.

Nadie respondía.

—¿Vas a la guerra?

Cerca de su aliento respiraba quien le enseñó las mañas de los conspiradores.

—No podía creerte —dijo Mauro treinta años más tarde—. Me hablabas muerto.

Remontaba la pendiente el automóvil del indiano. Tino murmuró:

—La conspiración.

Y se parapetó en los soportales, como si jugara al orí. En el bolsillo del pantalón acariciaba el trébol del herbolario.

—Asesino —oía a su madre.

—Es la guerra —replicaba el indiano.

El vehículo se detuvo ante la casa de Acacio. Celi se destacó en la ventana de la cocina. Tino pisó unas gafas sin cristales. Sentía sobre su cabeza la ansiedad de Celi.

Desde su observatorio, Celi había identificado a los ocupantes del coche; y para consolarse de que el muchacho del asiento de atrás no la saludase, dijo a Adela:

—El primo está de incógnito.

—Acacio permaneció en el coche —indicó ayer Adela mientras olía el café — y el chófer abrió a su madre la puerta del vehículo.

Sara se introdujo en el automóvil, vigilada por el padre de Acacio desde la ventana del dormitorio donde Celi había vestido la moda provinciana.

—¿Negociarán mi boda? —preguntó Celi a Adela, que jugaba con la leña en la cocina.

La entrevista terminó enseguida. Sara metió en casa la escopeta que había usado su hijo aquella noche. El coche partió a la bifurcación y el padre de Acacio colocó su mano derecha en la sien y luego la extendió, temblorosa.

—¿Ya no vuelve? —se interesó Adela.

Celi cerró la ventana de la cocina con una violencia que expulsó a Tino a los soportales.

—De la guerra no se vuelve.

Y derrumbada en su cama maldijo el automóvil que se llevaba a su primo.

—Sin despedirse —gemía.

Tan asustada como cuando vio a su hermana pintada de negro, Adela lloraba también.

—En este pueblo, nadie preguntaba a mi tía por su hijo —Mauro brindó por el gato arzobispal de Visi—. No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

El cazador consultó el reloj.

—La relación de mis padres con mis tíos también cambió —añadió Mauro.

—Se retrasa Sisinio —lamentó el cazador.

—En cambio mi madre y mi tía congeniaban, aunque no estuvieran de acuerdo.

—No calláis ni con cecina —reprochó Visi.

—El más infeliz de todos fue el pobre Sisinio, que no había nacido y ya era culpable.

—Dejo la escopeta en la tienda —resolvió Tino— y me lo traigo de una oreja.

—Pero la que más sufrió fue mi hermana Celi —continuó Mauro—. Aunque la suya era otra guerra.

En guerra el territorio nacional —aunque en áreas como la controlada por el indiano no hubo batalla sino exterminio del enemigo—, Acacio fue a la Capitanía de Valladolid con recomendaciones de peso, y de ahí a un campamento de voluntarios en el que se le dotó de uniforme y mejor arma que su escopeta de caza.

—No le tengo de soldado —en la noche de 1986, Adela hojeaba el álbum de fotos—. Pero Acacio nunca fue un pincel.

En aquel páramo de la meseta castellana donde el frío y los calores no registraban matices, Acacio perfeccionó su instrucción militar hasta que sus jefes le juzgaron apto. Y en una camioneta que había conducido reses al matadero se dirigió al frente de Madrid por la carretera del Noroeste, aunque por estrategias de Estado Mayor tardarían en arrebatar la capital al gobierno de la República.

—No había cumplido veinte años —dijo Adela con modesto orgullo—. Imagínatelo moreno, despechugado y chuletilla.

Durante el viaje, perturbado por los desniveles de un terreno propio de cabras, Acacio rozaba el hombro de sus compañeros de epopeya y en las curvas chocaban las manos. Un aire de otoño enaltecía sus canciones de gesta, pero aturdía cuando callaban.

—*Yo te daré, te daré niña hermosa...*

Acacio lo describió en una carta a sus padres sin prever que ese testimonio apresuradamente redactado iba a escandalizar a su madre y a su tía por una

alusión a Celi que parecía contraria a la moralidad de la época.

—Dime que estás bien —sondeaba Araceli a su hija.

Si Acacio hubiera designado madrina a su prima, su madre y su tía se habrían maliciado los motivos, pero no habrían penetrado en el ámbito que les desvelaba la carta.

—Qué hubo entre vosotros.

Con un silencio que podía denotar soberbia pero no la desazón de estar delatada, Celi no se amparó en la complicidad femenina para declarar las consecuencias de alguna fogosidad cometida con Acacio en la olmeda, a imitación de las que abiertamente practicaban Damián y Asunta en el molino.

—Lo sé todo aunque no me lo digas —advertía su madre—. Pero te lo quiero oír.

Una actitud que Celi no varió en este tiempo de requisitoria, cuando aprovechaba las ausencias de su padre para ir al desván con su hermana y retirar del armario de dos lunas las servilletas de hilo con los regalos de su primo, que su madre sometía a una fiscalización agobiante.

—No me engañas por más que te empeñes —le decía Araceli—. Porque cuando tú vienes yo estoy de vuelta.

En aquel recinto presidido por el aparato de radio que ya no escucharía el médico, Celi no hallaba su estampa en el espejo de dos lunas que tanto sabía de su trenza, sino los ojos de Acacio.

—Se ha perdido y me ha perdido —y le sofocaba la idea.

No se recibieron nuevos mensajes de Acacio, lo que provocó a sus padres doble incertidumbre: sobre su supervivencia —y esa falta de noticias era tan dolorosa como la hipótesis de su muerte—, y sobre el grado de intimidad con su prima. Una aclaración que Celi se resistía a facilitar, como si ambos se hubieran confabulado en mantener el secreto.

—Más pronto o más tarde hablarás.

Se lo auguraban su madre y su tía, y para minar su terquedad le comentaban los partes de la radio, convencidas de que acabarían provocando esa confianza que no desistían de obtener.

—Lo que no pueda una mujer —recitaba la tía Sara—. Y más, embarazada.

Pero Celi callaba ante ellas, y a la hora de la siesta escapaba de casa para apostarse como una mendiga en la valla de alambre del latifundio, agobiada por los perros.



—¿Qué buscas? —la interpelaban los guardias.

Solicitaba el paradero de Acacio para responder a su carta o, si la censura prohibía facilitárselo, que desde el latifundio le hiciesen llegar su contestación. Pero nadie le proporcionó sus señas ni le invitó a salvar la valla y exponer su pretensión al indiano, como ingenuamente aspiró en principio.

—Sabe Acacio que me tiene toda —se resignaba por la noche mientras deshacía su trenza.

Rendida al acoso familiar, fue al médico de la iguala comiéndose el orgullo, y cuando su madre y su tía celebraron la desaparición de sus sospechas, Celi les dio la espalda.

—Os castigaré Dios —pensó con una rabia acrecentada por la felicidad que les producía el resultado de la prueba.

Nunca les perdonaría que hubieran envilecido su alianza con Acacio, ese sentimiento que tornaba más puro el cielo y más radiante la olmeda y con el que se recreaba su mano al escribir mil veces el nombre de su adorado en los cuadernos escolares.

—No te me mueras, bonito —lloraba cuando la radio del desván mencionaba bajas.

Concedía a su compromiso con Acacio la solvencia de un testamento elaborado entre bombas y obuses, cuando la inminencia del riesgo no tolera frivolidades. Y temía que esa pasión mutua, que ella sentía acrecentarse por las restricciones de su entorno, se enfriara en Acacio sin este incentivo.

—No me olvides, no me olvides —reiteraba, suscitando la imitación burlona de Adela.

Lo imaginaba en una tregua, cuando se le invitara a la confraternización del cigarro, la merienda o la canción que se contagiaba de una boca a otra y él fuese con sus compañeros tan distante y taciturno como ella con su madre y su tía.

—Me casaré contigo —prometía delante de Adela—. Y si no, me meto monja.

Y al proyectarse con él a un futuro de color de rosa, igual que cualquier novia de su edad, tenía presente que ese amor la separaba de su familia y la alejaba del pueblo, porque aunque Acacio volviese de la guerra convertido en héroe, otros le considerarían un criminal. Pero prefería seguir la estrella de su primo contra viento y marea y compartir día y noche la infamia de Caín, que abandonarlo por el mundo sin afecto ni cobijo, como el apestado que suplica

al primero que encuentra en su camino la caridad de anticiparle la muerte.

—Desconsolada por su recuerdo —se entristeció Adela cerrando el álbum.

La noche de la aldea se adentraba en la madrugada con la complicidad del sueño.

—Locura de amor —descalificó Sisinio.

Por los terrenos de cabras que utilizaron las bicicletas de los comisionistas para reunir al tendero y al abastecedor en la compraventa que engrasa la maquinaria mercantil del universo, patrullaban ahora los soldados con el mosquetón y el petate. Y ese reemplazo del paisano por el militar, o de la bicicleta por la camioneta del Ejército, certificaba la erradicación de las costumbres civiles.

—Impresionaba el silencio —recordó Adela anoche—. En casa hablábamos como en misa.

No les visitó durante la guerra el apoderado de la Caja, y sólo el advenedizo, confiado en el rótulo de la tienda, golpeaba con los nudillos en la ventana. Ni el Melindres se atrevía a responder, y si nuevos golpes delataban la firmeza del propósito, la madre activaba con un requerimiento la demanda del importuno, el capricho de un rollo de cuerda o una aceitera y no por ejemplo una lata de comida, porque en esa etapa excepcional cada uno satisfacía la necesidad con lo que tenía a mano —cosecha o matanza— o con lo que repartían los hombres de Pedroche a la entrada del latifundio.

—Veré si hay —manifestaba Araceli desde el interior de la cocina, sin mostrarse.

Y escoltada por el Melindres, penetraba en la deliberada umbría de aquella desolación que fue un colmado. Sin atreverse a prender la palmatoria, enloquecida por el tufo de ese espacio sin ventilar, tanteaba como una ciega en los cajones o baldas, desplegando el instinto del dueño que fía a la larga convivencia con los objetos la posibilidad de encontrar el que busca. Y después de hurgar sin fruto, echaba la llave y decía a quien la había obligado a sumergirse en aquel pudridero de mercancías que desde la fecha del Alzamiento ni circulaban los intermediarios ni suministraban los proveedores.

—Con las fábricas requisadas —dijo Adela al cazador— muchos estábamos de más.

Y tras ese dictamen, la madre se desentendía del que quedaba al albur en esa plaza de la picota donde aún resonaba la escopeta de su sobrino en la memoria del pueblo y retornaba a la cocina como una mensajera de ultratumba, porque emergía del depósito funerario en que se había convertido el establecimiento.

—De cría te marca ese silencio —apuntó Adela—, y la severidad de las caras.

Era una pesadumbre independiente de las vicisitudes bélicas, que podían encarnizarse o extinguirse en sus diversos frentes peninsulares sin concernir a la aldea, donde las armas callaron tras la matanza dispuesta por el indiano en la noche de la sublevación contra la República. Paz sembrada como cal viva sobre la plaza de la picota, absorta en el suceso que había albergado. Lo sabía mejor que nadie esa persona que rehuía los parlamentos de las beatas y la fiscalización del casino y penetraba por el corral sin alertar al Melindres, esa mujer enlutada en la que era imposible reconocer a la perfumada y mundana de antes.

—¿Estás ahí, Araceli?

—Hola, Sara.

Sara pellizcaba el carrillo de Adela y, como si le quemara la lengua, refería que su marido pasaba las tardes en el latifundio asesorando a los capitanes del Generalísimo sobre la geografía castellana —pues por su experiencia de viajante de comercio pocos la conocían mejor—, y que la obligación del secreto de Estado le impedía contar lo sustancioso de las reuniones.

—Él no me lo dice, pero monta en bicicleta con Franco.

—¿El Caudillo es ciclista?

—El primer pedal de España —se exaltó Sara—. ¡Invicto por la gracia de Dios!

—¡Por las rutas del Imperio!

Hubo un silencio ponderativo y desde algún resquemor de la conciencia preguntó Araceli:

—¿Y está cariñoso?

Adela no quitaba ojo de su tía.

—¿El Caudillo?

Araceli acusó el mordisco de su estómago.

—¡Tu marido, pánfila!

Sara se turbó.

—Mujer, si estamos en Cruzada.

Araceli maldecía:

—Cacho perro...

Sara se abanicaba el sofoco.

—Meterme en la cama con Franco... No se le ocurre ni al que asó la manteca.

Pero, impulsada por la incredulidad de Araceli, añadió:

—Aunque cuando esto termine y vuelva el niño del frente no te digo yo que no.

—Anda ya.

—Porque voy sin lujos, pero impresiono a los hombres.

—Es la guerra, mujer.

Y Mauro levantaba la cabeza al desván, donde suponía a su padre absorto en configurar las trincheras del bando amigo con la atención que había otorgado a las bicicletas de los viajeros y ahora dispensaba al aparato de radio que iba a ser del médico y que no se regaló a su viuda.

—Atención, españoles...

Con el rumor de la emisora de Burgos se dormía Mauro en el jergón de la cocina mientras su padre concretaba en un mapa de la Península las zonas conquistadas por las tropas nacionales, macerándose los nudillos para desquitarse del frío canalla que se apoderaba del desabrigado desván cuando limpiaba el vaho de la ventana con las manos enrojecidas por los sabañones y elevaba en sus brazos a Adela para explicarle el mundo al que la había traído:

—*El sol sale para todos, / peninsulares y godos, / pero la luna lunera / no se le muestra a cualquiera.*

De pocas más distracciones disfrutaba el hombre desde que la madre escondió su escopeta de caza entre los enseres del colmado para reprimir el heroísmo que las bélicas trompas pudieran promover en su sensibilidad de poeta.

—*Don Cagancho / prueba el rancho / y dice a Franco / me reengancho.*

Mauro repetía a Adela esos versos de su padre para aliviar la tensión en la cocina cuando Sara, después de exaltar la conducta de Acacio en la picota aquella noche de julio, perdía empaque y, crucificada a la vileza de su hijo como el tórax de la mariposa al alfiler del coleccionista, decía con el pañuelo en los ojos:

—El indiano le obligó, él es inconsciente.

Y la madre acompañaba en el sentimiento a su hermana con los arañazos de su estómago que ya no iba a curar el médico asesinado por su sobrino.

Cuando Mauro supo que su tío se reunía con los militares en el latifundio y que su tía permanecía con su madre en la cocina hasta la hora de la cena —o aún más tarde si a su madre le molestaba la tripa—, se propuso aprovechar la oportunidad.

—Estaba loco por ella —aseguró a Tino en la taberna de Visi—. Era mi ilusión.

Había concebido un plan, pero al ponerlo en práctica sintió el pánico de cuando acompañó a su primo a la finca del indiano con el zurrón de las herramientas.

—Si me viera Acacio... —se decía.

En el rigor de la canícula, merodeó por la casa de sus tíos para comprobar que no era espiado.

—¡Al abordaje!

Saltó al corral y, por la ventana de la bodega, al sótano. Cómodamente se desenvolvía en aquel escenario familiar.

—*Avanti, popolo.*

Con corazón nervioso y pisada leve se acercaba a su deseo cuando golpearon en la puerta. O era un confundido o algún chismoso que le denunciaba por ladrón.

—Cáspita.

No se atrevió a moverse del hueco de la escalera. Se acaloraba cuando el visitante rasgaba la madera con las uñas. Su insistencia desquiciaba al más templado.

—Valor —se arengó.

Con tacto adelantó el cuerpo para reconocer al importuno. Pero un ruido en el interior de la casa le retrajo.

—¡Maldición!

Contra lo que suponía, su tío no estaba en el latifundio con los militares, sino en su cama. Y de su alcoba salió, con el sopor de la siesta interrumpida.

—No te expongas, cúbrete —susurró Mauro.

Su tío se detuvo ante la puerta, como si recopilara fuerzas para abrirla, y arrojándose a la madera tosió.

—La contraseña...

Y sin pensárselo dos veces se lanzó a la calle.

—La conspiración...

Por los soportales de la plaza su tío caminaba tras la mujer del administrador Pedroche.

—¡Reuniones secretas!

Ella ocultaba su rostro en un sombrero de segadora. Él afilaba sus bigotes espectaculares, como si fuera un artista de circo y no un consejero bélico. Al doblar la esquina hacia el descampado, él y ella se abrazaron.

—Adivina —dijo Mauro a Tino.

Visi se interpuso:

—¿Coméis hoy o mañana?

Tenía el campo libre para gozar de su ilusión. Recostada en la pared, se le ofrecía tentadora. Respetuosamente Mauro adelantó las manos, acarició su silueta y la sostuvo en sus brazos. No le incomodaba la dulce carga.

—Mariposa de colores...

Cruzó la puerta de la casa a cara descubierta. No le importaba el reproche de los vecinos ni que fueran con el cuento a sus padres. Y en esa disposición accedió a la plaza con un sol inclemente, convencido de que iba a disfrutar sin trabas de la bicicleta de su tío.

—Tenemos los macarrones que le gustan a quien sabéis...

Mauro despertó de su ensueño.

—Con poco tomate, Visi...

—¿Te crees que nos sobra?

—Voy por Sisinio —dijo Tino.

Y con la escopeta al hombro enfiló la carretera. Quemaba el mediodía del 15 de agosto de 1963.

Treinta años antes se dirigía por este mismo tramo a jugar con el Melindres cuando un ruido que cortaba como un cuchillo en la densidad de la siesta le hizo reparar en el pájaro que se precipitaba sobre él en vuelo rasante.

—Más rápido que un aeroplano —evocó el cazador en la cocina de Adela.

Se apartó para no ser arrollado por el que pedaleaba entre los resplandores del cromado de la bicicleta y se perdía hacia la olmeda o más lejos.

—Ssssss —remedó el deslizarse de las ruedas.

En la sobremesa del día siguiente volvió a la plaza, y sólo cuando avistaba la superficie enmarcada en los soportales distinguió a Mauro en la picota. Encaramado al sillín de la bicicleta y con una mano muy próxima al timbre desgarrador, parecía aguardar su presencia, porque al divisarlo arrancó.

—Ssssss —pronunció Tino.

Desde esa tarde coincidieron en la plaza cuando la picota ardía y brotaba fuego de las casas. Si Mauro afrontaba la cuesta hacia la bifurcación, Tino le escoltaba a pie, con el trotecillo del perro tras el carro. Pero si Mauro elegía la dirección contraria, que era de bajada, como Tino no podía acoplarse a su velocidad, se limitaba a reproducir desde los soportales el rodar de la bicicleta:

—Ssssss.

Tino continuaba imitando el sonido aunque Mauro se borrara de su vista. Mas si frenaba en algún punto y desmontaba para enderezar el manillar o revisar el funcionamiento de la cadena o la presión de las ruedas, Tino corría al lugar de las operaciones.

—Es el piñón —decretaba Mauro.

Y Tino corroboraba:

—El piñón.

Una tarde de cielo encapotado, Mauro premió sus servicios sentándolo en la barra de la bicicleta.

—¿Vamos a la olmeda?

Eso le preguntó Mauro, y a Tino le sonó como cuando su madre le invitaba desde la calesa del indiano. Pero quiso cerciorarse.

—¿Eres mi amigo?

—¿Y qué te dijo? —se interesó Adela anoche.

Tino había colocado las manos en el centro del manillar, caía en su nuca la respiración de Mauro, y como había jurado no menearse ni temblar aunque volaran, cerró los ojos ante el vertiginoso descenso hacia el convento de las monjas. Mas pronto captaron el asma de la camioneta de línea.

—La conspiración —afirmó Mauro.

Y Tino tragó aire al repetir la frase como un eco de obediencia jerárquica:

—La conspiración.

Precipitadamente se arrojaron a la cuneta y trataron de camuflar la bici y sus cuerpos.

—No mires —ordenó Mauro cuando la camioneta les envolvió en su peste.

Y para compartir su miedo, Mauro describió al oído de Tino el desfile de la camioneta rumbo a otros pueblos, con el jadeo del motor que suscitaba revolotear de visillos y el apagado súbito de la radio del desván. Aunque a veces, y lo mismo podía ser de noche que de día, la camioneta paraba en la fonda y las milicias de camisa azul reclamaban casa por casa a los que iban a ser castigados, y algunos eran golpeados porque se resistían, y otros suplicaban clemencia en vano, porque finalmente se filtraba el trueno de la descarga mortal en el paredón de la iglesia o en el territorio del latifundio.

—Le darán el paseo.

Eso aventuró la madre de Mauro cuando la hija del maestro fusilado por Acacio cruzó la plaza con las manos atadas en dirección a la cárcel de la fonda.

—No digáis nombres —repitió su padre desde el desván.

Mauro se atolondró:

—Ahí va Henar.

Y avisó a Celi, pero su hermana se había atrincherado en su cuarto con Adela.

—Después de su padre, ella —resaltó la madre.

Y esa angustia por la muchacha detenida que Mauro percibió en las palabras de su madre y transmitió a Tino en la cuneta, la revive el cazador en esta mañana de otoño de 1986.

—Celi pudo denunciarla —reitera subiendo la pendiente—. Para ganarse a Acacio.

—Lo decían las beatas —indicó anoche Adela—, pero nunca se comprobó.

No le había gustado que el cazador involucrase a su hermana en la represión. Y Sisinio la respaldó:

—Eso es más falso que Judas.

—Como los caballos adivinos y los bailes de san Antonio —remachó Adela—. Juicios temerarios.

Aquella tarde, Tino esperaba a Mauro para jugar con la bicicleta. Pero, en vez de Mauro, vio a Celi y, por instinto, se cobijó en los soportales.

—La conspiración —supuso.

Le intrigó que Celi no se dirigiera al latifundio como de costumbre, sino en sentido opuesto, aunque antes de alcanzar la bifurcación golpeó en la ventana



de la escuela, cubierta por el visillo.

—Henar.

Celi la llamaba y Henar no respondía. Tino era testigo desde el árbol más próximo y se acordaba del día del entierro de los ejecutados, cuando sintió respirar a Mauro en la tienda, pero no contestar a su apelación.

—Henar —repetía Celi—, soy yo.

Y ni temblaba el visillo ni se abría la ventana ni se entornaba la puerta que daba al azulejo del aula donde aquel verano trágico las amigas proyectaron trasladar el bastidor.

—Está presa —pensó Tino acordándose de que Mauro la había visto detenida.

Pero la voz de Henar traspasó las paredes de la escuela:

—¿Qué tripa se te ha roto?

Celi porfió:

—¿Vienes?

—No me apetece.

En la casa preguntaron:

—¿Quién está contigo?

Henar mintió:

—Nadie, tía Ascen.

Celi exigió franqueza:

—¿Ya no me quieres?

Fue un aldabonazo la evasiva de Henar:

—Estudio francés.

Por el atrio de la iglesia circuló el cura con el monaguillo Cástor, abrazado al cojín de borlas.

—¿Francés?

Al ver a Tino espiando, Cástor se distrajo y el cura le manoteó en la nuca para que tocara la campanilla del viático. Henar confirmó:

—Francés.

Y sin descubrir el rostro, sacó la mano por la ventana y entregó a Celi el trozo de tela donde había comenzado a bordar la rosa.

—Termínalo —propuso.

Celi se enfadó:

—¿Y me dejas sola cuando más te necesito porque se me ha ido a la guerra?

Ante la alusión al que había matado a su padre, Henar descorrió el visillo y se quitó el pañuelo que enmarcaba su cara. Celi retrocedió, como cuando la rechazaban los vigilantes en la valla del latifundio.

—¿Qué te ha pasado?

La estampa calva de Henar remitía a las desnutridas de los hospicios.

—Los piojos —confesó.

Regresaba Celi a la plaza con el retal dado por Henar, cuando Tino le anunció:

—Es una roja.

Pero, en vez de agradecer la información, Celi se asustó.

—¡Cotilla!

Y a la tarde siguiente, cuando Tino iba a reunirse con Mauro y la bicicleta, Celi estaba apostada en la ventana de la cocina.

—Angelito —dijo al verle—, que ni sé cómo te dice mi hermano.

Tino escapó por la carretera, copiando los juegos de Vega, Zarza y Raquelín en la picota.

—Espérame.

Desalado corrió Tino por el terreno de trigales y huertas hacia la cueva del herbolario.

—Tengo algo para ti.

Con la mano en el bolsillo donde despellejaba el trébol de la suerte, Tino desafió a Celi con la prevención de un prófugo.

—Quién vive.

Celi oteaba en la enredadera de los juncos y en la encina soñadora para descubrir su escondite.

—Ven, que no muerdo.

Como si lo citara su madre desde la berlina del indiano para darle una moneda, Tino asomó primero la cara, luego el cuerpo, y con recelosa lentitud echó a andar. Celi se hizo la muerta y, a traición, le atrapó de la mano.

—Se terminaron las contemplaciones.

Lo arrastró a la olmeda, y al pie de la encina soñadora se sentó con él, remetiéndolo la falda entre las piernas.

—Hablemos en serio.

Tino contaba diez años y Celi, diecisiete. Al cabo de medio siglo, el

cazador no ha olvidado aquella mano que limpiaba su blusa de yerba o tierra con el ademán de sacudir el colchón de la cama o cualquier operación similar que se ejecuta de forma mecánica, sin perder por ello el hilo de lo que se refiere.

—Dime la verdad.

Por la memoria de Tino desfilaron las manos de seda de su madre y las más toscas del herbolario cuando le quitó las espigas.

—Tú sabes dónde está mi primo —planteó Celi—. En tu casa lo saben el indiano y tu madre...

Discutían su madre y el indiano, la madre amenazando con irse y el indiano exigiéndole obediencia.

—Dime dónde está.

Cuando su madre lloraba, Pedroche prohibía a Rosita que la consolara.

—En la guerra.

Celi se impacientó.

—En la guerra, claro, pero en qué parte. Porque no es lo mismo Guadalajara que Valladolid.

Tino reflexionó.

—En el infierno, dice mi madre.

Celi cambió de postura y, con la cabeza de Tino en su regazo, le acarició las orejas, al modo de Rosita cuando se las lavaba.

—Hagamos un trato —y balanceó su trenza—. Si tú me dices dónde está mi primo, yo te digo dónde está el mangante.

Tino irguió la cabeza.

—En la guerra también.

—¿Quieres saberlo?

La ansiedad iluminó la cara de Tino: las barbas de apóstol, el olor a mosto...

—El mangante fue a la guerra —concedió Celi como si contara una aventura.

—¿Y dónde está?

Celi se lo pensó antes de declarar:

—Con los angelitos.

Treinta años después, Celi estaba tan pendiente del cazador aquel mediodía

de agosto de 1963, como cuando le preguntó en la olmeda por el paradero de Acacio.

—Florentino —dijo desde la ventana de la cocina—, mi hermano te busca.

Y el cazador recordó el bálsamo de la mano femenina por su cara y sus orejas.

—Raro que no os hayáis tropezado —apremió Celi—. Acaba de irse, veleta que es.

—Y nos hemos tomado unos vinos —pudo detallar el cazador; pero optó por la obviedad:

—Aquí tiene la furgoneta.

Celi afirmó:

—Para sus cosas va a pie.

E inmediatamente matizó:

—Sus cosas, no. Lo que tú y yo sabemos.

Los excursionistas vagaban por comercios y soportales, abrumados de calor.

—Yo sé poco de todo —comentó Tino—, y de tu hermano, menos.

Entró en la plaza la pareja de la Guardia Civil procedente de la encrucijada.

—No tengo papeles —pensó el cazador.

Y forzó la despedida, pero Celi lo entretuvo.

—Pues a enredar y malmeter en las obras de la autopista, como si lo viera, nada te descubro.

Ganaba terreno la pareja y Celi pronunciaba palabras comprometedoras.

—Algún comunista le calienta la cabeza —decía— y él, como es veleta, se ofusca.

Parecía empeñada en convocar a los guardias, por que añadió con medio cuerpo fuera de la ventana de la cocina:

—En lo que os traigáis los dos no me meto. Yo de política no entiendo...

—Pero ya no era yo su interlocutor —explicó anoche el cazador a Adela y Sisinio—, sino la pareja de guardias civiles.

El cazador se había refugiado en la tienda mientras Celi reiteraba:

—Mauro no me dijo nada y yo tampoco pregunto. Algo vuestro, pienso yo.

—Todavía hablaba de mí cuando te entregué la escopeta —recordó el cazador a Sisinio.

Sisinio empezó a pasear.

—Luego te ofrecí tabaco —especificó el cazador— y tú lo rechazaste con

un argumento:

—Si Adela me pilla fumando a esta hora de la mañana, dirá que tengo alma de fogonero.

—¡Alma de fogonero! —exclamó Adela.

Y motivada por la mención, recordó después de encender un pitillo:

—Estábamos solos en la panadería, yo en el mostrador y Acacio en su rincón de siempre, cuando le dio un arrebató, agarró la bolsa de pan y se fue sin despedirse.

—Es que me había visto con la escopeta por la cuesta —dedujo el cazador.

Aquel 15 de agosto de 1963, algunos balcones lucían colgaduras y las cadenas adornaban la plaza.

—Celi estaba aquí —dijo el cazador anoche señalando la ventana—. Y, en la calle, Acacio y los guardias. Y lo que Celi les decía de mí lo oímos, ¿no te acuerdas, Sisinio?

Sisinio se obstinaba en recorrer la cocina a zancadas.

—Me aburre esa historia.

—Lo recuerdas perfectamente, Sisinio —acució el cazador—. Tú y yo lo oímos en la tienda.

El cazador se situó en la ventana.

—Desde aquí —enfaticó mirando a Adela—, Celi me denunció a la Guardia Civil.

Adela buscó la manta y balanceó la mecedora.

—Dices que Celi denunció a Henar y también a ti... Pues hizo horas extras.

El cazador acusó el golpe:

—¿Por qué iba a mentirte?

—Mentir propiamente no —y Adela le sostuvo la mirada—. Pero la edad te pasa factura.

—Sabré yo si tu hermana me denunció...

—Sabré yo lo que hace mi hermana...

Sisinio agarró la mano de su prima, como para darle ánimo.

—Adela es la memoria del cementerio —aseguró—. También sabe lo que no dice.

Carraspeó la lumbre de la cocina.

—Es tan falso lo de mi hermana —dramatizó Adela— como que de las encinas del latifundio caen los billetes.

Aquella tarde de 1963 sonaría el disparo que en esta mañana de otoño de

1986 continúa grabado en la conciencia del cazador.

—La gente quiere olvidar —piensa de las palabras de Adela—. Pero quien borra un recuerdo niega a su víctima.

La tropa de fusil y correa que abarrotaba los camiones con destino al frente, cuando paraba en el latifundio dormía sobre colchonetas en el pabellón del servicio o en la cuadra de Constanza y desencadenaba una actividad frenética en la cocina. Los soldados coronaban con el casco a Tino y le enseñaban a disparar con una escoba.

—Es la guerra —se decía Tino.

Rosita celebraba los disfraces del niño, pero no los señores, que se sentaban muy separados en la calesa durante la excursión de la tarde. Y Luchini Berbén se disgustaba tanto que algunas noches ni despedía el sueño de su hijo.

—O él o yo —había oído Tino a su madre.

Una mañana llegó el cura celoso en el automóvil del chófer charlatán. En la mesa de la cocina donde Rosita le enseñaba el alfabeto, le expuso unos misterios que Tino nunca había escuchado al herbolario. Levantó una vez la mano a la nuca del niño y en la cuadra se alzó el clamor de Constanza que Rosita apoyó:

—Ni se le ocurra, ¿me oye?

Cuando el cura se marchó, Tino preguntó a Rosita:

—¿Voy a la guerra?

—Si eres bueno, sí.

Le repitieron esa promesa siempre que venía el cura celoso o tenían que probarle ropa o enseñarle modales. Aprendió sin dolor las oraciones que Cástor había asimilado a golpes y cuando notaba en los mayores un quiebro en la voz o un borbotón de lágrimas tensaba su alerta, la que había desarrollado por su cuenta al no obtener satisfacción a sus inquietudes, ni siquiera de las personas de confianza.

—¿Dónde están los muertos?

—En el cementerio.

—¿Y los angelitos?

—En el cielo.

Huyendo de un soldado que le gastaba una broma, sorprendió una tarde en

la cocina a su madre y Rosita en actitud funeral.

—Su delito fue conocerme —sollozaba su madre con el recuerdo del herbolario.

Rosita puntualizó:

—Conocernos.

Se asombró su madre:

—¿Tú?

Rosita, desmoralizada:

—Era inofensivo y lo mataron.

Por primera vez, su madre le citó en el dormitorio donde el herbolario había cantado los cuplés de *La gatita blanca*.

—Nos vamos, rey.

—¿A la guerra?

Era 1939 y empezaba a reír la primavera.

—Ya no hay guerra.

Juntos se marchaban del latifundio, pero volvían a separarse: él estudiaría en un internado de Valladolid y ella residiría en Madrid.

—¿Cantarás?

—En el cine lo verás.

La víspera de su partida, Rosita le acompañó a la cueva del herbolario a recoger sus monedas. Regresaban por donde Acacio lo sepultó en un montón de trigo, cuando Tino preguntó si el herbolario estaba con los angelitos, como le había dicho Celi.

—¿Dónde si no? —y las manos de Rosita limpiaron de pesadillas sus ojos.

—¿Y cuándo vuelve?

Rosita le enseñó el mecanismo del correo.

—Si me escribes, te lo diré.

Tino regaló a Rosita el trébol de la suerte y Rosita paladeó la palabra desusada:

—Grumete.

Cargados de bultos se fueron Tino y su madre entre las quejas de Constanza, la ausencia del indiano y el frío respeto del administrador Pedroche.

—El indiano y mi madre dejaron de verse —dijo el cazador anoche en la cocina de Adela—, pero nunca cortaron la relación.

Insistió Sisinio:

—¿Mi hermano se guardó tu herencia?

El reloj parroquial dio una sola campanada.

—No hubo herencia.

El automóvil del indiano desfiló por el casino y la fonda del escarmiento y en la plaza no provocó la reacción del Melindres, pero sí de Vega, Zarza y Raquelín que detuvieron sus juegos en la picota, y fue Vega quien espantó con la mano derecha la polvareda de la velocidad.

—¿Se va?

—En el cine lo verás.

—Por delante y por detrás.

A la altura de la escuela Tino reconoció al ciclista que abnegadamente ascendía por la rampa. El coche lo adelantó sin avisarle con la bocina y Tino gritó para sobreponerse al zumbido del motor:

—¡Mauro!

Pendiente de su esfuerzo, Mauro no reparó en Tino. Mas sí Cande, que resguardaba del sol a su rebaño en el atrio de la iglesia. Impresionada, corrió hacia el coche y posó la mano en el cristal de la ventanilla.

—Tino.

Por primera vez utilizaba su nombre, pero Tino contestó sacándole la lengua:

—Bastarda.

—Mauro quería ser ciclista —y el cazador ofreció rosquillas a Sisinio y Adela.

Se ejercitaba en la cuesta de la bifurcación con el pensamiento de participar en alguna prueba. No contaba con que aquella tarde inolvidable Henar interrumpiera su entrenamiento.

—¿Me das una vuelta?

Le llamaba tras el visillo de su ventana, a la manera de las monjas del convento en el torno.

—Y Mauro consiguió lo que no había logrado Celi —añadió el cazador—: Ir a la olmeda con Henar.

Apareció delgadísima, enlutada y con un pañuelo en la cabeza, sin rastro de su melena abundante.

—Nada de correr —ordenó Henar—. O se lo digo a tu hermana.



La bici adquirió impulso y Henar tocó el timbre.

—Arretez, Mauro, arretez.

—Calla, cagueta.

Se acomodaron en la plataforma de la encina soñadora, donde Mauro se desenvolvía con el Melindres. Y Henar, nada más sentarse, soltó la vehemencia:

—Piel roja.

Se colorearon las mejillas de Mauro.

—Qué.

A Henar le tembló la voz, pero no lloró ante el primo de su enemigo.

—Cuando vuelva, lo mato.

Y refirió la odisea de su padre durante la noche en que no hizo falta desalojarlo de la escuela porque se puso a disposición de los que le reclamaban para un servicio. Eso le dijeron, y quizá él barruntó la trampa cuando uno de los raptos se colocó a su espalda. Y si él no se engañó, tampoco lo hicieron ella y su tía Ascen, que desde ese momento confirieron al oído lo que no veían y compartieron las conjeturas disparadas por ese silencio de la cuadrilla que se adivinaba feroz y tan dilatado que sólo mucho después de padecerlo ambas se quebró a una distancia que su impotencia se esforzaba en concretar —«están en la fonda», «no, en el convento de las monjas», «te digo que han ido a la plaza»— con el estampido de la escopeta de Acacio.

—Actuó a sabiendas —ratificó Henar—. Se lo pagaron bien.

Una acción inducida por quien jamás había dado la cara en el pueblo, mas no por ello impune ni exenta de la premeditación que Henar y su tía Ascen atribuían al ejecutor de la sentencia desde que elevó el arma a su hombro y, ante el grupo de maniatados que se le ofrecían igual que cachivaches de tómbola, ladeó la cabeza para acoplar la vista a la mirilla; y mientras el índice de su mano derecha acariciaba el gatillo, prendió su atención del cuerpo de aquel maestro que al ignorar quién le daba muerte por tener vendados los ojos no se fue de este mundo amargado por la deriva de sus enseñanzas.

—Y en cuanto pise el pueblo, le digo: te voy a hacer lo que hiciste a mi padre, pero no como tú, a traición y sin que te viera, sino con tus ojos bien abiertos para que sepas por qué te mato, te mato y te mato.

Con una fuerza impensable en su endeblez batía la palma de la mano sobre el tronco de la encina soñadora. Y Mauro, intimidado por su encono, se la

figuraba sorteando ríos y montañas para adentrarse en la zona donde su tía ubicaba a Acacio.

—En el Alto del León —repetía Sara en la cocina, arrugando entre sus manos el pañuelo.

Y sin amedrentarse por la alambrada, asaltaba la posición de Acacio y abordaba uno a uno a los soldados que la defendían para encontrar esos ojos de artista que quería cerrar para siempre.

—Lo mato, piel roja.

Y le quebró la rabia.

—Lo mato y me pierdo.

Desde el frente de batalla Mauro regresó a la olmeda y murmuró con recelo:

—A mí qué me dices.

Henar aproximó su rostro al de Mauro, como para convencerse de que no se había equivocado de persona.

—Se lo dices a él, cuando le veas.

Y desanudó el pañuelo que cubría su cabeza, alfombrada de negras púas diminutas.

—Y esto también se lo dices.

Mauro preguntó, como Celi en su momento:

—¿Qué te ha pasado?

Y Henar repitió:

—Los piojos.

A las puertas del internado de Valladolid Tino recibió una peseta de su madre. Era un billete con el dibujo de la nave castellana que conquistó América.

—No la gastes —le aconsejó—, que la he pasado por san Antonio.

—¿Y ha bailado?

—El *Cara al sol*.

El contrahecho apostado en el zaguán del colegio —Hermano Portero— registró su visita con un campanazo. Y por corredores solitarios de ventanales altos accedieron al despacho del superior.

—Bienvenidos a la casa de la Virgen —les dijo.

Al cabo de cuarenta años, aún desazona al cazador ese gabinete gélido y

tenebroso, con una mesa y un sofá, cuadros de piedad y dos tallas. El superior y la madre coparon el sofá, Tino permaneció de pie al lado del sacerdote y, por ser el centro de la conversación, de vez en cuando buscaba en el bolsillo el billete regalado y lo palpaba para que le dispensara la suerte del trébol que tenía Rosita.

—Si vuelves a tocarte, te arranco la mano.

Eso le comunicó el superior con la severidad de Acacio cuando le hundió en el trigal. Y al reanudar la charla con su madre, subrayó:

—Los hijos del pecado dan más problemas que los legítimos. Sólo por caridad nos hacemos cargo de ellos.

Ante estos curas expertos en rehabilitar estudiantes retrasados, Tino dio por concluida su época dorada. Ya no cazaría mariposas ni montaría en la bici de Mauro ni alertaría al Melindres de la conspiración de la calesa. Ya no podría negarse a ir a la escuela, como con el padre de Henar, ni volvería a ser el protegido de Rosita y de la mula Constanza ni disfrutaría de la amistad del herbolario, que había cambiado la cueva de la olmeda por el paraíso de los angelitos.

—¡Mangante!

A través de la ventana de aquel despacho persiguió sus barbas de estopa por los tejados de Valladolid y, por inercia, buscó en el bolsillo el billete de su madre. El superior, ante la desobediencia de Tino, giró el cuerpo y de un revés le marcó los dedos en la cara.

—Confirmado.

Cayó al suelo la peseta de papel y el superior la examinó a la claridad mortecina del cuarto.

—Los malos ejemplos crean rebeldías.

Temerosa de que no admitieran a su hijo, la madre no dudó en humillarse.

—Soy otra mujer, padre —se arrodilló, como ante el confesionario—. De comunión diaria y afiliada al Movimiento.

—No hay contrición sin penitencia —respondió el cura guardándose la peseta de Tino.

Centelleó su madre con la osadía de cuando se presentaba como Luchini Berbén.

—Pues he gastado una fortuna en misas.

Con la bofetada del cura, aquel niño evocado por el cazador perdió el pelo de la dehesa. No entendía el lenguaje de su verdugo, pero había sufrido su

comportamiento. Se lo escribió a Rosita, y no se cursó su carta porque escogió de cartero al contrahecho Hermano del zaguán.

—Sin disciplina no hay hombre —recalcó el superior.

Había finalizado la audiencia y tendió su mano justiciera para que la besaran.

—Cuídate, rey —sollozó su madre.

Y en el automóvil del indiano tomó la carretera de Madrid. Al menos por un periodo tan extenso como el del exilio en Lisboa, ella no acudiría a su cabecera antes de dormirse.

—Que vele esta noche —ordenó el superior.

En el pabellón de muchas camas depositaron su maleta y él entró en la capilla. Con frío, en tinieblas y asustado por unas imágenes que no había en la parroquia del cura celoso, Tino intuyó que sin el trébol de la suerte y la peseta de su madre tendría que espabilarse para sobre vivir.

—Aquí no baila san Antonio —pensó.

A los pocos días, caminaba su madre por la calle Hortaleza de Madrid entre camionetas de patriotas con los fusiles en ristre, cuando un automóvil frenó y el copiloto voceó por la ventanilla:

—¡Viva Luchini Berbén!

Desfigurado por el uniforme de Falange, la vitoreaba Acacio. En el vehículo viajaba su alto mando en las trincheras, el coronel Demetrio Barragán, que no participaba de la alegría de la victoria porque un obús —de los miles que sus baterías enviaban desde la Ciudad Universitaria a la población civil— había penetrado por la ventana de su cocina de la calle Sandoval, destrozando su hogar y enloqueciendo a su esposa para los restos.

—Fu, fu —decía ella desde entonces.

Su vecina Priscila la había acogido para hacerse perdonar por los vencedores que hubieran fusilado a su hermano en la aldea castellana donde tenía la escuela. Barragán no quiso mantener esta situación y recluyó a su mujer en un centro de beneficencia regentado por monjas. El edificio, arruinado por la aviación franquista, lo reconstruyó la inmobiliaria El Alcázar, fundada por Barragán, Acacio, el indiano y Luchini Berbén. Y, en recompensa a sus desvelos con la mujer del coronel, Priscila fue encargada de vestir a los asilados.

—La dolencia de mi esposa Carmelita —justificaba el coronel— es más larga que un día sin pan.

Priscila formó un equipo de costureras y propuso a su hermana y a su sobrina que se marcharan del pueblo donde habían matado a su familiar y compartieran su piso de Madrid.

Los voluntarios de la camioneta golpearon con los fusiles la puerta de la escuela, abrió Ascen y asaltaron el cuarto donde Henar bordaba en el bastidor no la torre de la parroquia, sino la rosa. Por este dato, que añadían a la acusación que la implicaba, ataron sus manos y, escoltada por los que bien pudieron haber acompañado a su padre en el último paseo, fue a la fonda.

—Desde mi casa te vi —dijo Mauro.

Muerta de miedo por los que la acosaban, pero con la altivez de la desesperación.

—Me salvó doña Luchini —informó Henar—. Una hermana de mi tía Ascen fue costurera en su compañía de teatro.

Se lo contaba mientras regresaban de la olmeda andando por el sendero de trigales. Mauro agarraba la bici del manillar.

—Es mi tía Priscila —detalló Henar—. Cuando nos lo diga, iremos con ella a Madrid.

Mauro silbó de admiración:

—¡Madrid!

La hija del maestro fusilado tendría en Madrid una tarea diferente a bordar en el bastidor.

—¿Tú entiendes el francés de Franco?

El rubor de la ignorancia tiñó el rostro de Mauro. Subían la cuesta del pueblo.

—Franco habla en francés por la radio —expuso Henar—. Y doña Luchini quiere enterarse de lo que dice.

Henar creció a los ojos de Mauro tanto o más que el campanario de la iglesia.

—¿Y estarás con ella?

—A su servicio.

A la altura de la fonda Henar se adelantó a Mauro, como si no quisiera que los vecinos les viesan juntos. En la plaza distraía a los chiquillos el taxi de los

gemelos de Peñafiel. Henar gritó para que Celi la oyese:

—Lo mataré.

Celi se mostró en la ventana de la cocina y Mauro temió una disputa entre ellas. Sin despedirse de Henar, tumbó la bici en el corral, y en el descansillo de la escalera le abrumó el beso de Celi.

—No lo matará, milady —tranquilizó—. A Henar se le va la fuerza por la boca.

Por encima del hombro de su hermana vio el coro de beatas en el dormitorio de su madre. Alarmado, se separó de Celi, se aproximó a la cama, resbaló su desconcierto por aquella rigidez sin vitalidad y, al percatarse de lo que había ocurrido, se arrojó sobre el cadáver besando con las lágrimas de su infancia las mejillas que ya no dibujarían la sonrisa hechicera, más bonita que cualquier otra.

—¿Ha sido Acacio? —y la blusa ensangrentada de Tino y los cadáveres de la picota inspiraron su pregunta.

Celi le secó las lágrimas, y con un beso en la mejilla —más ardiente y quemada que nunca— le invitó a reunirse con su padre y Adela en el desván.

—¿Franco habla en francés por la radio? —preguntó Mauro, ya más distendido.

Los gemelos de Peñafiel Tricinio y Cancio, acompañados de su padre, daban el pésame, torpes. De vez en cuando, Cancio vigilaba el taxi a través de la ventana de la cocina.

—No hables de lo que no sabes —le reprendió Celi—. Franco no es francés.

—Francés —alardeó Mauro ante los gemelos de Peñafiel—. La lengua del espionaje internacional.

Ladró el Melindres, temblaron los peldaños y Henar surgió en el último escalón, desencajada por la noticia que cantaban en la plaza Vega, Zarza y Raquelín:

—Difunta.

—De repente.

—Sin confesar.

Vaciló, como para pedir autorización. Y cuando Celi la miró, Henar se abrazó con quienes ya eran tan huérfanos como ella.

—Qué pronto nos llega lo malo —dijo Henar.

Por los golpes del cura celoso en la nuca de Cástor repicaba irregularmente

la campanilla de los óleos.

—Acacio no ha sido —aclaró Mauro al sacerdote—. Y Cástor tampoco.

Cuando murió su madre, Mauro tenía diecisiete años. Conocía la cartilla y los rudimentos del cálculo, las clases de árboles y las especies de cereal, los milagros de Cristo, la geografía de España y la epopeya del Cid. Distinguía el habla de las aves y el rumbo del viento, medía el paño y el aceite, montaba en bici y explicaba al Melindres las novelas del baúl. Pero no hablaba francés y apenas latín.

—Los hijos —afirmaban las beatas— no aprenden de sus mayores.

—Para vender una escoba no se necesitan diplomas —rebatían en el casino.

Estaba previsto que no estudiara y su porvenir se le antojaba como las rectas de Castilla, sin término ni alteraciones en su trazado.

—Tenía la vida resuelta —comentaban las beatas—. Nadie le obligó a buscarla.

—Le tocaba un pasar modesto —decían en el casino—. Acertó en irse del pueblo.

Por su carácter, Mauro no se imaginaba lejos de su lugar de nacimiento, sino ligado a una muchacha de los contornos y a una ocupación más relacionada con el comercio paterno que con la disposición ambulante de su tío.

—¿Ya había cascado Obdulia? —preguntó Sisinio anoche.

Adela apuró el café:

—Me enterraré.

Celi se hizo cargo de la casa y de la familia. A Mauro se le cosió un brazalete negro en la manga del jersey para que clientes y proveedores no olvidaran su desgracia, y al padre se le exoneró de atender al público para que alimentara sus fantasías en el desván, donde no encendía la radio por duelo. Y excepto una vez por semana en que se limpiaba aquella leonera, nadie le incordiaba en el refugio de su misantropía, más respetado por su extravagancia que por su autoridad. Pero Mauro no poseía la aureola paterna, y si zascandileaba por la cocina o las habitaciones, hasta la mocosa de Adela le recordaba que sobraba entre aquellas paredes —de mañana, porque había limpieza y a la tarde, porque no convenía ensuciarlo.

—Un hombre en casa estorba más que rinde —sentenciaban las beatas.

—Así les gusta a las mujeres para mandar a sus anchas —precisaban en el casino.

Sara quiso ejercer de tutora de sus sobrinos, pero fue rechazada por Celi, que se vengó de las humillaciones derivadas de la despedida de Acacio.

—Ya avisaré, tía.

Sara espiaba a sus familiares desde donde Celi se había probado la moda. Y se conmovía cuando distinguía a su cuñado en el desván o Adela atravesaba la plaza vestida de oscuro y con un lazo luctuoso en las coletas.

—Celi se cree una princesa —razonaba—, pero mi hijo ha ganado una guerra.

Las más veces hablaba sola —siguiendo a través del visillo el trajín de la plaza—, porque su marido regresaba del latifundio de noche.

—Todas alternan con Franco menos yo —le reprochaba desplegando sobre la cama el vestuario provinciano.

No reaccionaba su marido ante la exhibición de ropa y ella oía a su hermana en el cementerio:

—¡Será perrucho!

En la primavera de 1939 la aldea despertó a la España victoriosa que colgaba del balcón del ayuntamiento la bandera bicolor. Acacio transmitió a Pedroche que deseaba costear una placa a los Caídos, porque la generosidad de los vencedores de la contienda era tan dilatada como la mar oceánica, y había prometido a san Antonio no estar con los suyos hasta que el mármol decorara la fachada de la iglesia.

—Ese gesto vale por mil caridades —elogiaban las beatas.

—Arrepentidos los quiere Dios —podía escucharse en el casino, pero no se identificaba a quien lo decía.

Constanza volvió a las rutas del contrabando que habían transitado camionetas y soldados. El sonido de los ciclistas sustituyó al de las balas, pero el padre de Adela tardó tanto en percibirlo como Acacio en visitar la aldea. Fue una mañana de luz gloriosa de 1940 cuando halagó sus oídos la bicicleta de su cuñado y se precipitó a la calle con el orgullo del verso.

—Las lentejas.

El padre de Acacio arrimó la máquina a la pared y mientras soltaba las



pinzas de sus pantalones, contestó:

—Que sean viejas.

Ante el impetuoso descenso de su padre por la escalera, Celi consultó en el armario de dos lunas el tamaño de su trenza.

—Acacio viene a inaugurar la placa de la parroquia —oyó decir a su tío—. Con gente de tropa.

Celi se ensimismó en la carretera donde había buscado noticias de su primo durante la guerra.

—Cuatro años sin él —y el padre de Acacio tensaba sus bigotes de seductor.

En el fondo expurgado del baúl, ahora permanentemente abierto, estaba la llave del almacén. Celi la lanzó por la ventana de la cocina, la recogieron los hombres, saltó el candado, empujaron la puerta, que rayaba el suelo, y al introducir el alegre amanecer de España en aquella fermentación tenebrosa, del comercio desatendido huyó una rata.

—Misa concelebrada por el párroco y el señor obispo —encomiaban las beatas.

—Discursos patrióticos y pasodoble de banda —ensalzaban en el casino.

Celi trajo la botella de coñac y varias copas —la botella desenterrada de otra época, las copas recién fregadas—. Limpió el mostrador con una bayeta y, alzando la cabeza para que se le escuchase en el piso de arriba, lo mismo que su padre a su madre cuando los clientes le apremiaban, convocó a Mauro.

—Veleta —se enfadó al no encontrarlo.

Mauro, que jugaba por las afueras con el Melindres, regresó con la información de Jonás:

—Los militares están en el convento de las monjas.

El padre de Acacio ponderó con latiguillo comercial:

—Los mejores dulces del mundo.

Y con la mano izquierda en alto, como un director de orquesta, animó a su cuñado al son de la rima:

—¡Mazapanes!

—¡Flanes! —replicó el padre de Adela.

—¡Empiñonados!

—¡Helados!

—¡Esas yemas!

Y no continuó el verso porque Celi bajó por la escalera con una falda de

terciopelo y con los zapatos de hebilla repicando en los peldaños. Traía de la mano a Adela, también enlutada.

—La Celi me puso sus medias —y ayer Adela se venció de risa sobre el hombro de Sisinio—. Negras como un fogonero.

—Nos servimos —el padre de Acacio enarbolaba la botella de los viajeros—. Y cuando venga el héroe, que se sume.

Mareaba su copa el padre de Acacio y hurgaba el padre de Adela en la jarra tras alguna moneda de la República que pudiera coleccionar el apoderado de la Caja.

—¿A cuántos mató? —preguntó Adela.

Con renovado esplendor se acercó la tía Sara. Esparcía un perfume de flores ajadas y descargaba sobre su pecho, hundido como las comisuras de un desdentado, el enorme abanico de varillas con el dibujo de la tabacalera oriental.

—En el convento dan vermú —y se adentró en la penumbra del local de su cuñado—. Vermú de misa.

Su marido rectificó:

—De misa, pero vermú.

Y el padre de Adela:

—Vermúúúúú.

Vibró la idea en el padre de Acacio.

—¿Cómo hace la vaca?

—Muuuuu —voceó el padre de Adela.

—¿Y el perro?

Ladraba sin pausa el Melindres.

—¿Y el gato?

—Miau.

Sara cortó la retahíla.

—Más consideración a mi hermana, inconscientes, que bajo tierra se sulfura.

Ahogó su indignación la camioneta que apagó el motor en la picota. Los cazadores, de tertulia en los soportales, introdujeron en el ayuntamiento las sillas y me sas que transportaba.

—Para el banquete de acción de gracias —informó Sara.

El Melindres agitó las orejas y Mauro lo arrinconó en el mostrador.

—Perillán.

El padre de Adela vislumbró en los anaqueles la amenaza de la escopeta.

—La meteré en el baúl —confesó a su cuñado—. Cuanto menos la vea, mejor.

—Pues Sara quiere exponer la nuestra en el ayuntamiento —se envalentonó el padre de Acacio—. Como un trofeo.

Sara les interrumpió.

—Quítate esa estantigua —ordenó a su esposo.

Tan dócil como cuando le reñía Araceli, el padre de Acacio se retiró a su casa con la bici.

—Hoy conmemoración de la Victoria —pregonaba—. En Madrid, desfile triunfal.

Y dudaba si saludar al modo castrense o fascista.

El automóvil del indiano aparcó en la plaza y de él desembarcó Acacio con camisa azul y una boina roja que sacó del ojal de la hombrera para calársela después de desplegarla al aire transparente de la meseta. Ante la expectación de Vega, Zarza y Raquelín, merodeó por la picota como para tomarle el pulso o recuperarlo. Y sin reparar en su familia —una mancha a la puerta de la tienda—, entró en el ayuntamiento con los militares que le acompañaban.

—Mano a mano con el alcalde —se jactó su padre—. ¿Cuándo se ha visto algo semejante?

E inmediatamente acusó la extrañeza de su cuñado sobre su labio superior.

—No es la moda del Imperio —y tocó el sitio del bigote rasurado.

Terminó la reunión, y los militares y el alcalde se marcharon al latifundio en el automóvil del indiano. Quedó Acacio dueño de la plaza que le había convertido en héroe. Mauro temió que su primo, por ser importante, no le dirigiera la palabra. Pero Adela rompió el protocolo y se adelantó a abrazar a Acacio, el único de la familia sin luto.

—Madre, qué guapo vienes —dijo Sara apretándole la cara.

Vega, Zarza y Raquelín corrieron a contar en sus casas el encuentro del hijo pródigo con los suyos.

—Cuatro años sin verte —repetía el padre.

Ardió la piel roja de Mauro cuando su primo le empujó en el esternón bromeando como camaradas. Con el ademán ensayado hasta la saciedad en el armario de dos lunas, Celi permanecía con las manos atrás para que su primo

la apreciase a sus anchas. Sara vio en su sobrina el botín de la batalla y aconsejó a su hijo:

—Piénsalo antes.

Acacio avanzó hacia su amor adolescente. Sara se abanicó nerviosa. Pero Celi ya había intuido que no era la deseada del vencedor cuando le ofreció sus mejillas al roce de sus labios y se acarició el lacito de la trenza para realzar la colina del pecho.

—Nosotros, sin novedad —Celi le dio el parte—. ¿Y tú?

En el atrio de la iglesia donde el cura celoso predicaba sus sermones antirrepublicanos, estaba la placa. Como no había otros Caídos en el pueblo que los eliminados por Acacio o por las patrullas de la retaguardia, y de éstos no se hablaba, se consignaron en ella los fallecidos durante los tres años de guerra, como la madre de Celi.

—Que por mi martirio me incluyan —rogaba Sacri a la estatua de san Antonio, que con el nuevo Régimen evitaba corresponder a las limosnas con bailes.

Al acto no asistió el indiano. Disertaron el cura y el alcalde, Cástor estrenó un cojín bordado por las monjas pasteleras, los del somatén tocaron la guitarra y Rosita abordó la jota:

—*A la gala de la buena moza, / a la gala del galán que la espera...*

El padre de Acacio se empeñó en bailar y Pedroche le amonestó:

—Estás de luto.

La referencia a su cuñada le contuvo, pero cuando la rondalla comenzó el himno nacional, se obstinó en cantarlo, con letra inventada.

—No le pego una hostia —comentó Acacio— porque es mi padre.

A una indicación suya, los del somatén lo alejaron del atrio.

—Soy íntimo del Caudillo —alegaba el padre en el forcejeo—. Geógrafo omnisciente.

Y para que no se dudase de su lealtad, disparaba la mano al cielo y a la sien.

Al banquete del ayuntamiento acudieron los seleccionados por el cura celoso, que cortó las protestas de los excluidos batiendo el puño sobre sus cuerpos, igual que el ángel del Paraíso la espada, antes de sentarse al lado de Acacio, que representaba en aquel festejo al indiano, ausente conforme a su

costumbre.

—La España escurialense —dijo Acacio como si recitara una lección— cuaja en los redaños de El Pardo, entre cervatillos y balidos...

En aquella época del hambre, se probó la mejor carne, el mejor vino y el postre más esmerado del convento de clausura que dio tanta fama al pueblo como su estratégica ubicación en el mapa español de caminos, canales y puertos.

—Amamantada por la leche de Las Navas, forjada en la garrapiñada alcaláina y entibiada por los melones de Villaconejos y las exquisiteces del Real Sitio...

Muchos agradecieron esta abundancia, pero otros, como Cástor, vomitaron el atracón.

—Arroja, sinvergüenza, arroja —decía el cura celoso manoseándole el cogote.

A la hora del café-café, Acacio salió a tomar el aire al balcón, cubierto por la bandera encarnada y amarilla. Acodado en la baranda, vio a sus padres que entraban en casa amartelados.

—De tanto comer —Mauro se colocó al lado de su primo con más sofoco que nunca— me duelen las tripas...

Y se calló porque por la cuesta de la bifurcación bajaban Henar y Ascen, de luto riguroso y agobiadas por el peso de unas maletas.

—*Mejor quisiera estar muerto...*

Entre palmas flamencas y olés de los comensales se filtraba el regocijo del alcalde en el salón del banquete.

—... *que verme toda la vida / en este penal del Puerto...*

Adela aceptó un pitillo del cazador.

—¿Cantaba eso?

—Eso dijo Mauro.

Aferrado a la balconada del ayuntamiento y abombando el pecho cubierto por la camisa azul de falangista, con el primor de la boina colorada prendida del hombro, y el puro entre los dedos índice y central de su mano izquierda, Acacio elevó sus ojos de la tierra para ensalzar la vida sana y generosa.

—*Montañas nevadas, / banderas al viento...*

Con la carga de las maletas, Henar y Ascen bordearon la casa de los padres de Acacio y continuaron por los soportales de la plaza sin fijarse en el balcón del ayuntamiento, con la misma indiferencia con que se cruza por un lugar

frecuentado sin reparar en el monumento que lo distingue. Pero Acacio las reconoció, y Mauro le vio aferrarse a la barandilla como si fuera a dar el salto.

—*Puerto de Santa María...*

Henar golpeó en la persiana de la tienda de Celi. Desde su oscuridad refunfuñó el Melindres.

—*Voy por rutas imperiales* —Acacio transmitía optimismo al cielo cárdeno— *caminando hacia Dios...*

Con la angustia del que anticipa una desgracia, Mauro adivinó la reacción de Henar, que, al no recibir respuesta de Celi, barrió con su vista la plaza. Fue entonces cuando encontró en el balcón al héroe que la había dejado huérfana.

—*Merde* —dijo.

Mauro se aterró.

—¡Córcholis!

—*La mirada clara y lejos* —se entusiasmaba Acacio con el presagio de tormenta— *y la frente levantada.*

Henar —un alambre con ojos— soltó la maleta donde encerraba su parco patrimonio...

—*Centinela, centinela...*

... y arrancó hacia el ayuntamiento con el furor de cuando dio un puntapié en la puerta de Acacio para vengar la ejecución de su padre.

—Que viene, que viene —y Mauro se apartó de la plataforma, como quien evita que algo le salpique.

—*Que pase la noche en vela...*

Ascen echó a correr detrás de su sobrina para abortar cualquier irreverencia contra el escuadrista.

—*Quiero levantar mi patria* —Acacio se encomendaba a las alturas como si rezase a san Antonio.

Ascen retuvo del brazo a Henar y, tras murmurar a su oído, le obligó a dar la vuelta.

—Henar dice que Franco habla francés —balbució Mauro.

Acacio interrumpió su himno, aunque no desvió su atención de las nubes.

—Franco no habla el idioma de las democracias.

—De las democracias y de los espías —matizó Mauro influido por las novelas paternas—. ¿Conoces las aventuras de Ronda Murray?

Con la pesadumbre de las maletas, Ascen y Henar se perdían por la

carretera hacia la parada del coche de línea.

—*Adónde irá este barquito* —insistía el alcalde— *que cruza la mar serena...*

—Se van de este pueblo —informó Mauro a su primo—, con una costurera...

—Se llevan mi ejemplo —sentenció Acacio.

Adela se introdujo entre su hermano y su primo para contemplar por las rejas de la balconada la picota y los tejados de la aldea donde había nacido nueve años antes.

—*Unos dicen a Almería / y otros que a Cartagena...*

Acacio alzó la voz para sobreponerse al barullo. Pero esta vez no cantó.

—Roja de mierda —dijo al firmamento encapotado; y era imposible que la distante Henar le oyese.

—Mierda —coreó Adela.

Sin desclavar las manos del balcón, Acacio carraspeó. Y con marcial estilo, escupió al suelo de la plaza.

**Penal**



Después de muchas horas de viaje porque el autobús se detenía en todos los pueblos del trayecto, la hija y la hermana del maestro fusilado por Acacio arrastraron sus maletas por la capital de España entre mozos de cuerda, mutilados de guerra y vendedoras de pan blanco. Henar cubría su cabeza con un pañuelo y Ascen, sus ojos con unas gafas de sol.

—¡Cuánto descuidero! —y Ascen apretaba el brazo de Henar—. No te sueltes.

Un guardia les indicó el tranvía que acercaba al domicilio de Priscila, en la calle Sandoval. Hasta la parada les siguió un manco que tiraba de un carro. Como no se separaban de él, cruzaron los raíles a ciegas, y evitó su atropello el mismo del que escapaban: era el recadero de Luchini Berbén, encargado de recoger su equipaje.

—Hay que distinguir a la gente —protestó el hombre con la respiración convulsa.

En una farmacia calmaron a Ascen, que accedió a trasladarse con las maletas en el carro del recadero. Iba sentada en la parte de atrás, con las piernas colgando y una mano de visera. Henar caminaba a su lado, disfrutando de la animación de Madrid: silbaba el afilador, aturdían los pregones y los chavales acosaban al pasajero del haiga.

—Una perra, señorito.

Henar había confiado en una bienvenida más cálida de su tía Priscila tras su mediación en la cárcel de la fonda. Pero estuvo seca y sin diplomacia.

—De tu padre, ni mu —le advirtió—. ¿Me entiendes lo que te quiero decir?

Henar no colocó su retrato en la mesilla de noche —donde Ascen puso las estampas de la Virgen de Fátima y san Antonio—, aunque cada cierto tiempo prometía:

—No me olvido de ti, papá —y meneaba la cabeza rapada como si ondeara la melena.

Ascen pagaba todos los gastos, pero parecía mantenida de Priscila porque prefería aparentar pobreza a que le robaran por rica. Le encantaba depender de la voluntad de su hermana mayor, y eso Priscila no lo aguantaba.

—Es cargar con una muerta —decía.

Y para que espabilase, la enviaba a buscar gangas o a la cola del racionamiento. Desde el balcón del saloncito, Priscila vigilaba su marcha por la acera —Ascen colgada del brazo de Henar como si fuese menor que ella, aunque le llevaba veinte años— hasta que giraban a san Bernardo o Fuencarral. Entonces se retiraba a la cocina, que en invierno constituía el único espacio cálido, y consultaba su futuro en la baraja española.

—Si me tocara la lotería...

En estas excursiones por la ciudad demolida que Ascen asumía como un purgante, algún niño se hería con una granada de mano extraviada en un solar, junto al azulejo de un retrete, y el espanto se comentaba en el mercado igual que la cogida de un torero.

—Cualquier día nos pasa una desgracia —temblaba Ascen—. Nosotras, que ya sufrimos lo nuestro.

A Ascen le asustaban los golfos de los billares que anunciaban estraperlo en los edificios desconchados por las bombas. Sorteaba tabernas, peluquerías y cafés para no contagiarse de las enfermedades de los tratantes de dientes de oro y se protegía con sus gafas negras de las cigarreras de las esquinas. Vestía de luto y no soltaba el monedero.

—Habla tú —instaba a Henar si les preguntaban por una calle o un dispensario.

Ascen y Henar aviaban a primera hora el saloncito donde por las mañanas trabajaban las costureras para el asilo de Luchini Berbén y por la tarde acudían vecinos a que les leyeran las cartas. Priscila les recibía con hábito de penitencia por los mártires de la Cruzada y con anillos en los dedos de las manos.

—El granero de mi vejez —pensaba de su labor de pitonisa.

Mientras Priscila se ocupaba de los clientes, Ascen y Henar lavaban o cosían la ropa propia al rescoldo de la cocina hasta que la noche se anticipaba al fin de las restricciones de luz. Paraban entonces y se entretenían con los rumores del patio donde, en horas de electricidad, atronaba el radioteatro con sus episodios de heroísmo y mala ventura.

—Adonis, príncipe de Bizancio —proclamaban las ondas—, el amor de la malagueña Guirnalda.

Por echar las cartas, Priscila cobraba unas monedas que guardaba en su cuarto, donde dormía sola. Ascen y Henar compartían la cama de la

habitación contigua. Cuando terminaba el consultorio, Henar frotaba la espalda de Priscila con un unguento que preparaban en la farmacia de la glorieta de Quevedo.

—Tengo los riñones al jerez —se dolía Priscila.

Luego rezaban el rosario y, ya con luz, cenaban las sobras del almuerzo o lo que hubiese. Henar fregaba los platos mientras Priscila cuchicheaba con su hermana:

—Duermes conmigo y alquilamos ese cuarto.

—¿Y la nena?

—A volar.

—Si te oyera su padre...

—Ni lo nombres.

Henar cerraba el grifo de la pila, pero en vez del diálogo de sus tías, le desgarraba la radio del patio.

—La huérfana del penal —alarmaba el locutor—. Acogida por la caridad cristiana...

Una noche, abrazada en la cama con Ascen para darse calor, Henar desahogó sus dudas.

—Tía, ¿Franco habla francés?

—Sólo piensa en España.

—¿Y Luchini Berbén me recuerda?

—La intemerata.

—¿Y cuándo me necesitará?

—San Antonio lo sabe.

Los pobres, heridos y operados que pedían limosna a Priscila eran remitidos a Luchini Berbén, en la calle Almagro, que estaba a dos estaciones de metro.

—Lo que aquí nos falta —se les decía— allí abunda.

Habían sido oficinas del Ejército de Tierra, pero, con la paz, fue el botín de la victoria que el coronel Demetrio Barragán Mínguez donó a la cupletista.

—Una estrella de las candilejas como tú reclama un palacio —estimó el coronel.

—Cocinera y dos criadas para todo —exigió ella, acostumbrada a la esplendidez del indiano—. Secretaria y recadero.

La inmobiliaria El Alcázar transformó la oficina en *suite*, mas no eliminó sus incomodidades. Habitar aquella vivienda de pasillo largo, altos techos y con una gran chimenea en el salón era residir en la Antártida, y la leña que aportaba diariamente el asistente del coronel no calentaba las paredes. Pero compensaba estos sinsabores la sensación de quedar aislados entre nieves perpetuas en un país borrado de los mapas. Por eso Barragán consideraba el domicilio de la calle Almagro una sucursal del paraíso y Luchini Berbén sólo sentía frío cuando él no estaba.

—*Encima de las montañas tengo un nido* —le encandilaba Luchini Berbén.

Al atardecer, en ese ventisquero abierto a todas las corrientes, el militar y la tonadillera charlaban de lentejuelas. Ella quería recorrer con un elenco deslumbrante y una orquesta de postín los cuarteles de la Península y las plazas de soberanía y los escenarios amigos del Portugal melancólico.

—*Por qué, por qué se maravilla quien te ve...*

—Con mi nombre como aliciente —propugnaba Luchini Berbén—. Sigo en el corazón de los públicos.

Y Barragán deseaba complacer sus caprichos porque ella le enseñaba los deleites del amor sin descanso ni reserva.

—¡Lucerito! —le decía el castrense.

En aquel ambiente polar se infiltró un tipo correoso. Accedía al inmueble por la entrada subalterna y pretendía alcanzar el gabinete de Luchini Berbén, pero le frenaba Claudia en la cocina.

—Soy Cheste.

En su apellido cifraba el hombre la posibilidad de devolver la memoria a la artista.

—Cheste Codina.

Forrado con un traje áspero y unos zapatos hercúleos, transportaba farmacia en una cartera de mano.

—Tres aplicaciones al día y adiós al prurito —recetaba—. Está en el vademécum de Su Excelencia.

Claudia consultó con sus superiores en las profundidades del piso.

—Es un sacamuelas —se oyó a Barragán.

Claudia tradujo:

—La señora no recibe.

Cheste reiteró:

—Me conoce de antes de la guerra.

Y, para demostrarlo, cantaba:

—*Soy una gatita blanca / que al quererla acariciar...*

Su voz de cazalla estremeció a Claudia.

—¡Frescales!

Un día, entre las costureras que llegaban a casa de Priscila, se coló una muchacha con la pierna cortada por la rodilla y una muleta apoyada en el sobaco que, al ver a Henar, la insultó:

—Roja piojosa.

Y huyó por las escaleras sin justificar su enfado.

—Es Susi —sospechó Priscila—, que te tiene tirria porque le has quitado el puesto.

Y explicó que había estado a su servicio hasta que perdió la pierna en el asedio.

—Me quiere como a una madre —presumió Priscila acariciándose los riñones—. Criatura...

—La cara es de vieja —criticó Ascen.

—No ha cumplido veinte.

Susi se presentó otras veces en el domicilio de la calle Sandoval y amagaba con la muleta o maldecía con los ojos muy encarnados. Pero, en una ocasión, Priscila abrió la puerta y Susi lloró su miseria:

—Vivo en la calle como una fulana y paso la noche donde las cocheras de los tranvías.

De día brujuleaba por el cementerio de Arapiles con los falangistas del barrio.

—Y escoltas al Caudillo, me han dicho —añadió Priscila.

A trancas y barrancas engrosaba, brazo en alto, procesiones católicas y paradas bizarras.

—Me tira la Patria, con su destino universal.

Pero el orgullo de Susi escondía la aflicción de las cañerías herrumbrosas.

—Me muero de hambre, señorita Priscila, y soy portadora de valores eternos.

Su voz se sobreponía a los lamentos de Guirnalda en la radio del patio.

—Se lo pido por el Generalísimo Franco y nuestra Revolución Nacional Sindicalista.

Priscila le dio unos céntimos y un plato de sangre frita.

—Marmolillo —se ablandaba al verla comer en la cocina—, si la envidia fuera tiña.

Susi señaló con la muleta la zona inferior de la pila, surcada por el tubo del desagüe.

—Mi cama.

Plegó la pierna sana sobre el muñón, reclinó la cabeza en el pecho y se incrustó en el hueco.

—Mejor que el Papa.

—Búscate un circo —se reía Priscila.

—No tire las sobras de la costura, ahora me apaño con un calcetín solo.

Priscila se estiró la faja.

—¿Aprovechas el cementerio?

—Ni los rabos.

Ascen profetizó:

—La vamos a tener hasta en la sopa.

Priscila averiguó en las cartas que Susi era espía del Caudillo. Y Ascen dedujo:

—Nos la envía Acacio.

—Estuvo en la boda de mi hermano —Adela repasaba el álbum de fotos—. Menudo elemento.

Y con el índice de la mano derecha la destacaba en el grupo formado ante la iglesia del padre Galicia.

—No se me despinta —recordó el cazador.

Era el 26 de julio de 1951 cuando se casó Mauro y, pese a la cara de vieja que denunciaba Ascen, Susi debía de sentirse tan guapa con la mantilla prestada que no le avergüenza sonreír sin algunos dientes ni, muy posiblemente, achicharrarse, porque en pleno verano Susi agarra un misal y un rosario con unos guantes blancos de primera comunión que pudo afanar en la sacristía.

—Viéndola tan tranquila —reflexionó Adela—, nadie hubiera adivinado

sus intenciones.

Cerca de Susi se halla Priscila y, detrás de ésta, Ascen, que juega a esconderse del fotógrafo ambulante. A su lado, las costureras; en el centro, los novios, el cura Galicia y los padrinos; y, al otro extremo, Sisinio y Acacio, que ha reemplazado el uniforme falangista por un atuendo civil.

—Mírale la mano —indicó el cazador a Sisinio.

Entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda, Acacio sostiene un pitillo de mejor calidad que los que elaboraban las presas de Ventas y ofrecían las cigarreras en las salas de fiestas a los vencedores de la Cruzada, cuando rompía el amanecer y las descargas del pelotón de fusilamiento en las tapias de la Almudena excitaban al elefante en la Casa de Fieras del Retiro.

—Tu hermano taladraba la piel con el pitillo —murmuró el cazador—. Igual que un clavo.

La denuncia no obtuvo reacción en Sisinio, que escrutaba a los retratados.

—Estás muy puesto, Tino.

—Tenías veinticuatro años —calculó Adela—, ¿seguías interno?

—¡Quia!

En el internado de Tino había crucifijos en la cabecera de las camas y una escayola de la Purísima en la sala de estudio; el lavabo, empotrado en la pared, goteaba en la palangana de debajo; los gigantescos armarios se cerraban a empujones y se abrían tirando con energía del pomo; por el pasillo de azulejos los estudiantes caminaban en fila rezando el rosario o burlándose del más débil cuando el profesor se despistaba; el patio, con piso de arena para la pelota de fútbol, disponía de urinarios donde Tino hizo ronda de fumadores; y en las aulas de techo remoto, pizarra y esfera planetaria, estuvo desde el principio entre los candidatos a repetir curso a causa de su deficiente nivel.

—La sinalefa de Tales —decía para consternación de sus maestros y algazara de sus camaradas.

No le enderezaron los castigos, hasta el punto de convencer a todos de su torpeza, y sólo brilló en las actividades recreativas. Como palomas que vinieran a comer de su mano, acudían los versos a su lengua y los recitaba con inesperados movimientos, graciosos y precisos, aprendidos en el entorno zarzuelero de su madre. Durante el primer trimestre, ella no le visitó, pero sus

remesas desembarcaban con regularidad en la portería del Hermano contrahecho y Tino se enorgullecía tanto con el paquete entre sus brazos como cuando la pasajera de la calesa del indiano le daba una moneda.

—En fila india —ordenaba a los demás internos—. El que no tenga cartilla, ayuna.

Poseer provisiones confería la autoridad de distribuir las. Pero cuando faltaban, Tino quedaba involucrado en las peleas que se desarrollaban en el dormitorio colectivo ante la apatía de los cuidadores. Luego, en la alta noche y ya el colegio en silencio —con la solemne cadencia de las horas en el campanario de la catedral—, le perseguía el jadeo de una camioneta como la que se les vino encima aquella tarde en que montaba en la bicicleta de Mauro.

—¡La conspiración! —pensaba, con nostalgia de Mauro y de la libertad.

La lucha sin cuartel, el llanto reprimido y la herida con sangre eran manifestaciones de esa aspereza masculina que los religiosos proponían como modelo heredado de los conquistadores de América y bendecido por la Virgen Capitana. Mas, fuera de aquellos muros, carecía de atractivo, como se apreciaba en la tarde de fiesta, cuando los colegiales paseaban por el Campogrande en la hilera sumisa de los pasillos del internado, y quizá por ostentar una higiene descarnada en aquel invierno abrupto, con los cráneos desnudos por la máquina del peluquero para desterrar los piojos, no inspiraban en las familias vallisoletanas la admiración de Hernán Cortés.

—Esa santa empresa de la evangelización de América se reúne en un volumen con el *nihil obstat* de la jerarquía eclesiástica...

—¿Y la farmacia, Codina?

La interpelación de Claudia cortó la perorata del vendedor.

—Llámeme Cheste.

Conservaba el traje áspero, mas no los zapatos hercúleos, sino sandalias.

—Los señores quieren farmacia —siguió Claudia—. El suplicio de los sabañones.

Cheste metió en la cartera el libro religioso.

—La lectura es la pomada del alma.

Claudia suspiró:

—¡Un sacamuelas!

Cheste arrinconó la cartera y en la nuca de Claudia vertió la copla de *La*



*corte de faraón:*

—*Cuando te miro el cogote / y el nacimiento del pelo...*

Tonillo encanallado, palmas secas y taconeos con las sandalias baratas.

—... *se me sube, se me sube, se me baja / la sangre por todo el cuerpo...*

Claudia reía, con la mano en la boca.

—Venga el jueves, Codina.

—Cheste.

—Pero mejor vestido, ¿eh?

Una mañana iba Henar a comprar carrete a la mercería de la calle Fernando el Católico, cuando Susi la abordó con una calavera del osario de Arapiles.

—Mira a tu padre —se burló con la saña de la pastora Cande.

E intentó desnudarle la cabeza para comprobar el parecido. Henar se zafó y, sin atreverse a afrontar su cara, dijo como si Guirnalda la inspirase:

—*Parlez-vous français?*

Susi se paralizó. Mas cuando Henar se alejaba, le lanzó la muleta con un aviso:

—Que te rompo la cara, lista.

Los peatones miraban sin intervenir y hasta un taxi se detuvo. Susi recobró la muleta y arrimó a Henar su olor a monte y la calentura de sus ojos.

—Págame un boniato, madán.

Henar logró desasirse y se refugió en la mercería, donde el radioteatro congregaba parroquianas. Susi se apostó a la entrada, con la calavera de reclamo, y unas loteras celebraron sus burlas hasta que un guardia se incautó de la calavera y disolvió el grupo.

—Me ha destronado la paleta —imploraba Susi a la autoridad—. Igual que a la Guirnalda esa.

Cuando Henar contó el incidente a sus tías, Priscila se centró en lo importante.

—Estás libre de milagro —consideró—. Cuanto menos aparezcas, mejor para todas.

Y, tras marear los naipes, adoptó una resolución.

—No sé si me estaré equivocando —especuló a la mañana siguiente, cuando repicó el timbre.

Había pensado que Susi ayudase a Ascen en la cocina y Henar a las

costureras en el saloncito.

—No me vengas con subastas —se santiguó Ascen ante la calavera que traía Susi.

—Es mi ángel custodio.

Desde el principio no congeniaron. Ascen la reprendía y se quejaba a Priscila:

—Vaya una joya. Pordiosera y lagarta.

Priscila argumentaba:

—Si la echamos, nos denunciará.

Y cuando salía del saloncito a poner paz entre Susi y Ascen, las costureras incordiaban a Henar:

—¿Eres huérfana, gorrión? ¿Por qué te tapas la cabeza?

Henar respondía al interrogatorio sin aquella altivez de vengadora de su padre.

—La huérfana del penal —modulaba con la humildad de Guirnalda—, acogida por caridad.

Priscila premió su modestia invitándole a formar pareja con ella por las tardes.

—Verás qué exitazo.

Priscila ocupaba el trono de la mesa camilla y Henar de pie, con el conjunto enlutado que trajo del pueblo y un sombrero de antes de la guerra, de cuando Priscila viajaba como costurera de la farándula de Luchini Berbén.

—Mi sobrina usa la lengua diplomática —ensalzaba Priscila a sus clientes—. Una educación de sangre azul.

Y Henar vertía al francés los augurios de su tía sobre salud, riqueza y matrimonio o desfilaba por el saloncito como las modelos de Balenciaga.

—¡Ay, si bailaras el *tiroliro*! —se extasiaba Priscila—. Serías vicetiple de mi Luchini.

Con nostalgia tarareaba:

—*Se va el caimán, / se va el caimán...*

Y desvelaba retazos de su pasado bohemio:

—Cuando íbamos de bolos, Luchini me llamaba Polvorilla porque gustaba a los borrachos.

Henar aprovechaba estas debilidades para volcarle sus ansias, igual que Guirnalda a su doméstica Petrasia.

—Tía, ¿serviré a España?

—Cuando te crezca el pelo.  
—¿Tengo acento de París?  
—Estás muy verde.  
—¿Y Luchini Berbén?  
—Te manda expresiones.

En un estudio próximo al lugar donde coincidieron por primera vez Luchini Berbén, Acacio y Barragán, entre la red de san Luis y el rascacielos de Telefónica, volvieron a fotografiarse los fundadores de la constructora El Alcázar para un periódico toledano del mismo nombre que Cheste mostró a Claudia en un rincón de la cocina.

—Una real hembra la Berbén —y silbó—, está igual que hace diez años, incluso imponente.

Claudia receló:

—Se camela a todas...

Cheste fue galante:

—Pero su dama de honor no la desmerece.

Y cuando extraviaba su mano reaccionó Claudia.

—¿Trae farmacia, Codina?

Cheste se presentaba en camisa con lorzas y sandalias de fraile sin calcetines.

—Traigo lo nunca visto.

Era una estilográfica americana, capaz de hermostrar la letra.

—De lo bueno, lo mejor —enfaticó.

Desde el dormitorio de la tonadillera arremetió Barragán contra las mercancías de importación. Claudia tradujo:

—La señora no recibe.

Cheste se engalló:

—Los jueves recibe...

Su hombría trastornó a Claudia.

—¡Mecachis, Codina!

—Me llamo Cheste.

Bramaba el coronel en aquel ventisquero:

—¿A que le caliento?

La amenaza precipitó al vendedor escaleras abajo, más rápido que el

recadero manco.

—La señora no lo recuerda —oyó decir a sus espaldas.

—Si los camerinos hablaran... —rezongaba Cheste.

En ese testimonio incorporado al álbum fotográfico de Adela, Luchini Berbén se sienta en un puf; detrás y de pie, Barragán y Acacio sobre un fondo de palmeras donde un negro con canotier y pajarita anuncia hojas de afeitar. Barragán, de gala y esmaltado de medallas, queda medio tapado por el gracioso sombrerito de Luchini Berbén, que, según el periódico, transmite la distinción de una firma que combina volúmenes y tonos con insuperable elegancia. Luchini lleva medias de nylon, tacones de aguja y un vestido negro sin mangas cortado al bias. Encima de las rodillas, un severo bolso de Displace con unos guantes de piel y, al cuello, una estola de zorros para prevenir ese frío de Madrid que no atenúan las fogatas de leña. El abrigo, entallado, reposa en un sofá donde Acacio también dejó el suyo —y el sombrero de Bravo— para presumir de figura. Mitad monje, mitad soldado, Acacio viste traje de Quirós, camisa y corbata de Rujas con alfiler de Diosdado, gemelos de Monteagudo, zapatos de Segarra y un pañuelo blanco, de Condemar, en el bolsillo superior de la chaqueta. La mano izquierda, a la altura del esternón, sugiere que fuma.

—¿Ves el pitillo? —preguntó el cazador anoche.

No abandonaba su memoria una confidencia de Mauro.

—Vaya rabieta con el pitillo —reprochó Sisinio.

—Dolía.

Todas las semanas el recadero de Luchini Berbén retiraba las confecciones de las costureras de Priscila y regalaba género de Auxilio Social y medicinas del Ejército.

—Siempre de la Ceca a la Meca —mascullaba el manco—. Hay tanta gazuza.

A través del recadero, Luchini Berbén encargó un surtido de uniformes de criada y Priscila convocó a las modistas Zoila y Zoraida para realizarlo. Estas hermanas, a las que apodaban Chinas por sus facciones, citaban con familiaridad a los actores del radioteatro y a los galanes de la pantalla.

—Las mujeres necesitamos vara para ir derechas —admitía Zoila, que era novia de un agente de la circulación—. Somos más retorcidas que el hombre.

—Peor que malas —apoyaba Zoraida.

Ante las modistas, Henar se desenvolvió con la solvencia adquirida en el consultorio de su tía, y Priscila confirmó a Ascen el beneplácito de las cartas:

—La nena será maniquí.

Ascen palideció, como si hubiera oído un insulto, pero Zoila y Zoraida agradecieron esta colaboración, porque Henar despertaba la gallardía de los chulos que posaban en las tapias de la calle Luchana con el palillo en los dientes.

—Viva España, cuerpo.

Incómoda con los piropos, Ascen dejó de acompañar a Henar en los recados. Pero antes de que pisara la calle, la revisaba de arriba abajo, le tasaba el dinero y le marcaba la hora de regreso.

—No te pares con nadie —aconsejaba en el pasillo—. Y a los hombres, desdén.

Algunos días se lo gritaba por el hueco de la escalera porque Henar volaba hacia la libertad igual que Guirnalda a los brazos del príncipe Adonis. Y con la avidez de sus veintitrés años, se embelesaba en el discurso de los charlatanes de feria, del sastre de las Américas y del moro de Regulares que despachaba perfumes de olor en el mercado de Barceló.

—Fantasía de Arabia —pregonaba el moro—. Fantasía de las mil y una noches.

El taller de las Chinas estaba en un sótano de la calle de Santa Brígida, caluroso en verano y helador en invierno. Allí, Zoila y Zoraida cosían a destajo para sacar adelante a su hermana Zulima, que, con trece años, andaba a gatas y tiraba dedales al vecindario.

—La pobre tiene ideas de casquero —señalaba Zoila a su novio—, pero más bondad que las personas.

Zulima berreaba cuando pasaban mujeres por la acera. Pero, si eran hombres, se volcaba el frasco de colonia.

—Lo llenamos con agua del grifo —aclaraba Zoraida— para que no nos arruine.

Cerca, había un teatro de revista y a las horas de función afluían los taxis. El arrastre de las faldas, las risas y las voces en la calle de Santa Brígida alumbraban en el sótano de las modistas el tul ilusión de la malagueña Guirnalda y de los escaparates de la Gran Vía.

—Dirán que no hay dinero —comentaba Zoraida de los espectadores—.

Lo que no hay es decencia.

Para llamar la atención de los transeúntes Zulima inhalaba el polvo de las pisadas y tosía como las tuberculosas.

—Mi novio dice —pontificaba Zoila— que todos los peces gordos se bañan en leche de burra.

Henar se desvestía hasta la enagua y los pillos la atisbaban por el ventanuco del taller, abierto a ras de suelo.

—Fíjate en las artistas —emplazaba Zoila a Zoraida—. ¿No te gustaría ser un pendón y morir en gracia de Dios?

Zulima se levantaba la falda y encandilaba a los vagos con sus pañales.

—Me hace tilín —asentía Zoraida.

Las Chinas se distanciaban para analizar la figura de Henar con el ojo entornado.

—¿Y enterrada en panteón?

Al activar la máquina de coser, cuidaban de que Zulima no se tragase los hilos.

—Y con *gorigori*.

Henar regresaba a la calle Sandoval a la hora fijada por Ascen. Le excitaba la pareja gimiendo en el zaguán o la mujer que se ajustaba la liga al muslo.

—Ya tengo puntas, papá —y se pellizcaba la cabeza ante el espejo del aseo—. Pero no chichas.

Una tarde encontró el portal cerrado y a Susi deleitándose con su fastidio.

—Hoy duermo en tu cama, madán.

Con la llave del portal en la mano libre de la muleta, exigía la rendición de Henar.

—Enséñame a hablar con Franco.

Henar consintió y entraron en la vivienda. Susi se descoyuntaba en los escalones por el vaivén de la muleta, pero rechazaba ayuda.

—Puedo sola.

Fatigadas coronaron el rellano. Y tan abúlica como Guirnalda con el sultán, Henar sondeó:

—¿Qué quieres decir al Caudillo?

Susi exhaló:

—Boniato.

Henar le arrebató la muleta y con ella la contuvo —igual que el domador del Circo Price a las fieras— mientras con la otra mano aporreaba la puerta.

Abrió Ascen, pasando las cuentas del rosario.

—¿Qué escándalo es éste?

Henar arrojó la muleta por el hueco de la escalera, corrió a su cuarto y echó el pestillo. Susi bajó los peldaños aferrada a la barandilla y desgañitándose:

—Al Generalísimo que vas.

Ascen mordía un pañuelo en la cocina.

—Qué vergüenza, por Dios.

Con su autoridad de guardia de la porra, el novio de Zoila encerró a Susi en la cocina de Priscila.

—No saldrás hasta que te arrepientas —le decía Ascen—. Y si no estás conforme, al cementerio.

Susi reivindicaba:

—Tengo valores eternos.

Ascen matizaba:

—Empeñados.

Priscila citó a Henar en su dormitorio. Y cuando el tibio destello de las farolas clausuró la jornada de restricciones eléctricas, Henar había embadurnado la espalda de su tía con un esmero superlativo, como si de su destreza dependiera su porvenir.

—Hija, qué manos —aduló Priscila—. Es como si san Antonio me abrasara la sangre.

Impulsivamente, la huérfana dobló las rodillas y agachó la cabeza para besar el cordón de su hábito.

—Seré buena, tía.

—Más bueno es el puré de san Antonio —palmoteó Ascen, que fisgaba detrás de la puerta.

Esa noche lo cenaron —no Susi, que se ovilló bajo la pila, acariciando los desconchones de la muleta—, y Priscila dedujo de las cartas novedades para su sobrina:

—Tienes un moscón en Abastos.

—Si estoy flaca...

—Se te declarará, aunque no le des pie. Es un caballero de corbata y sombrero.

El vaticinio envalentonó a Henar, que cruzaba la glorieta de Bilbao como un tornado que cerrase los ojos a los vendedores del cupón y la empujase por la calle de Fuencarral hasta el sótano de Santa Brígida, donde Zulima se

descomponía con las historias de afectos.

—Si te enamoras, estás perdida —previno a Henar la novia del guardia—. A las mujeres nos debían prohibir el amor.

Zulima daba volteretas hasta que sus hermanas amenazaban con cortarle el pelo al cero.

—¿Y vas a embarazarte y estropear la cintura? —porfiaba Zoraida—. Yo, con tu tipo, sería la Reina de Saba.

Zulima procuraba mantenerse erguida cuando visitaba el taller el recadero manco.

—No seas mosquita muerta y pesca militares —le decían Zoila y Zoraida—. Mandarás más que el Aga Khan.

Influida por sus consejos, Henar soñó que bailaba con el caballero legionario de las medallas públicas y las amputaciones íntimas que era amigo del Caudillo.

—El Generalísimo te recibirá en audiencia —aseguraba el militar—. Te dará pan y lumbre.

—Pero mi francés no es *comme il faut*.

El militar la cortejaba:

—¿Pruebas conmigo, bombón?

Arrepentida de veleidades, Henar concretó a las modistas:

—Seré la esposa cristiana de un hombre honrado. Y tendremos prole, como quiere Guirnalda.

—Se nota que no lo has catado —le rebatieron las Chinas con la ponzoña de Susi.

Sobre la máquina de coser estaba la fotografía de Henar con sus tías en el estanque del Retiro.

Las monjitas del asilo mostraban a la mujer de Barragán su retrato de boda.

—Fu, fu —decía ella.

Las monjitas intuían:

—¡Carmelita se reconoce!

Y la sentaban junto al aparato de radio del salón, donde el locutor se compadecía:

—En las familias dispersas, ¡qué triste es la Nochebuena!

En estas fechas en que ningún hogar español carece de pan y de lumbre y



el ángel del Señor promete venturas a los hombres de buena fe, Guirnalda, la malagueña de cabellera de ébano, añora la tierra de María Santísima.

—¡Ay, mi Perchel! —suspira.

Guirnalda había embarcado en el puerto de Cádiz para casarse con Adonis, heredero del trono de Bizancio, pero las tormentas desviaron su rumbo y retrasaron tanto su travesía que, cuando al fin pisó tierra, se la daba por muerta.

—¡Malagueña salerosa!

Desvalida y desorientada, cayó en poder de un negrero que la humilló sin recato. La fama de su belleza alertó al sultán, que la citó en su gabinete. Ante la posibilidad de ver a Adonis, Guirnalda decidió arriesgar su pureza. Mas una vez en el palacio del sultán, le extrañó que nadie supiera de su novio, ni siquiera la doméstica Petrasia, que cuando le peinaba la cabellera de ébano con la mano salvada de las cimitarras exclamaba:

—¡Ay, mi pichona!

Guirnalda pasaba las noches defendiéndose de los zarpazos del sultán y llorando la defección de su novio. Una madrugada de nieve, escuchó imprecaciones y bajó a las mazmorras. En una celda, Adonis maldecía al cabrón de su padre, que le había encarcelado para proceder sin escrúpulos con la que iba a ser su nuera.

—¡Orad por la incauta! —encomendaba Adonis a los hombres de buena voluntad.

Y esa voz del príncipe desgarrado por la ausencia de la mujer querida, la voz del enamorado sin suerte, consuela a Guirnalda en la Nochebuena de Bizancio antes de que el sultán y sus mamelucos allanen su camarín con propósitos protervos.

—*Esta noche es Nochebuena / y mañana Navidad* —cantaban las monjas del asilo después del serial de Guirnalda—, *con puré de san Antonio / y gachas para cenar.*

Estaban listos los uniformes de Luchini Berbén y a Henar le intimidaba entregarlos. Para darle confianza Priscila consultó las cartas, y de la emoción tartamudeó:

—Pronto vivirás en un palacio, como Guirnalda, y ni te acordarás de tus tías.

Henar pensó:

—De mi padre, sí.

Los uniformes —de diario y de fiesta— se introdujeron en una caja ancha con una correa que Henar colgó de su brazo. Por la entrada de servicio penetró en la morada de Luchini Berbén. Sentado en una banqueta de la cocina, Cheste masticaba el bocadillo que le había preparado Claudia con embutido enviado por el administrador Pedroche para aliviar el hambre de Madrid.

—Las camisetas de lana son hábitos de pana —disertaba eufórico—. Garantía de confort, precios de saldo.

Al ver a Henar se achispó, por lo que Claudia se la llevó al pasillo.

—¿Eres viciosa?

—Si estoy calva...

Claudia le instruyó:

—Habla cuando te pregunte la señora y bajando la vista.

Y con paso audaz y ademán severo la condujo al salón. Había un militar con Luchini Berbén, mas no era el Generalísimo, porque fumaba.

—¿Será mi pretendiente de Abastos?

Henar agradeció a Luchini Berbén que le salvara del escarmiento de la fonda. La artista lo aceptó mejor que Priscila, pero no quiso debatirlo delante del militar.

—Qué cotorra eres y qué escurría estás. Punto en boca y a mover ese cuerpo.

En un cuarto con dos camas y sin ventana, próximo a la puerta de servicio, Henar se desnudó para presentar el trabajo de las Chinas. En un descuido de Claudia, Cheste fisgó en el cuchitril. Henar se tapó malamente.

—¡Para el frío, camisetas!

Claudia hirvió de celos.

—¡Viejo verde! ¡Frescales! ¡Legionario!

Y privándole del bocadillo, lo expulsó a la calle.

—Tísica perdida —valoraba Cheste por las escaleras—. Dos albóndigas delante y detrás una almohadilla.

Luchini Berbén alabó que Henar pisara alfombras con la prestancia de la enamorada de Adonis.

—La chica tiene cartel, pero no de vedette —planteó al militar—. ¿Qué opinas, Barragán?

—No te fíes.

Sentada en una de las camas del cuarto sin ventana donde se había mudado, Henar pensaba junto a la sombra arisca de Claudia:

—Ahora me recomendará a Franco.

Pero Luchini Berbén le preguntó si le incomodaban esa habitación y esa cama, porque no quería que se la sirviera a disgusto. De este modo se enteró Henar de que eran para ella los trajes de criada que había exhibido como modelo.

—¿Lo saben mis tías? —balbució.

Priscila le había pronosticado un traslado de domicilio y en la cocina de la calle Almagro se encontraba ya su maleta.

—Priscila no falla con las cartas —sonrió Luchini Berbén.

Cegó a Henar el rencor a Susi.

—La coja me echó —y adoptaba el énfasis de Guirnalda—. No se lo perdono.

Al devolver a las Chinas la caja de modista, el recadero les comunicó la colocación de Henar:

—La juventud, igual que yo —sentenció—, de la Ceca a la Meca.

No se sorprendieron Zoila y Zoraida. Pero Zulima fingió dolores de tripa y durante una temporada no derrochó colonia ni se limpió los mocos en el delantal.

—Henar tiene planta de doncella —le argumentaba Ascen, que tampoco se resignaba a la ausencia de su sobrina—. Doncella de casa bien.

En las vacaciones de Navidad, Tino escuchó en Madrid el serial de Guirnalda. Desde el internado viajó en el transporte aborrecido por las beatas de la aldea, y todavía le conmueve la arrogancia de aquella locomotora envuelta en una estola de humo que surcaba el granero de Castilla como la nao de Colón la mar oceána.

—Mi alma es de fogonero —subrayó ayer a Adela y Sisinio.

Un cante erizaba la columna de vagones, el vaho cubría las ventanillas cerradas y la gente se apiñaba en los asientos corridos de madera, los pasillos y las plataformas.

—Una noche pasa pronto —decían.

Tras arrastrar por la meseta su cargamento dormido, el tren encajó en el

andén de la estación del Norte. Los impacientes saltaron del vagón en marcha, Tino sorteó a dos guardias que revisaban los papeles de un desamparado con la maleta revuelta. Alguien tomó su brazo más suavemente que el superior del internado cuando le sacó la mano del bolsillo.

—Ya te tengo —adivinó el recadero de su madre, sofocado de tanto ir de allá para acá.

Y le bastó levantar su única mano para disponer de un taxi más veloz que el automóvil del mulato charlatán, que les condujo por la Gran Vía, la calle de Alcalá, la fuente de Cibeles, el paseo de la Castellana y la estatua de Colón hasta un inmueble con un escudo de piedra. A Tino le resultó familiar la muchacha asomada al balcón del tercer piso, a la que educaba la desabrida Claudia:

—Es el señorito Florentino, Henar. Y aunque le hayas visto en tu pueblo, aquí le tratas de usted.

Tino procuraba recordar el nombre de esa chica cuando le deslumbró su madre al final de unas escaleras de mármol.

—¿Vienes, rey?

Tino podía decir como cuando la calesa rondaba por la cueva del herbolario:

—¿Quién vive?

La madre no acertaba con su edad. Pero, como le notaba crecido, rescató ropa de su talla entre la fabricada por las costureras de Priscila y se la probó en el dormitorio donde estaban la cama con dosel y el cuadro de mujer que adornaba la residencia del indiano.

—¿Qué serás de mayor? —preguntó su madre.

Aquel aldeano se había transformado en un pícaro que repetía la gracia del internado:

—Franco.

Su madre se enterneció:

—¡Angelito!

Y Demetrio Barragán Mínguez prometió:

—Serás mi asistente.

Eligió un disco de un armario y lo adosó a una plataforma.

—¡Ingeniería alemana!

Y al inclinarse sobre el aparato como para darle aliento, sonó un pasodoble.

—*¡Los voluntarios!*

La banda parecía estar allí, detrás de las cortinas del balcón, pero Barragán no le permitió comprobarlo.

—Recluta —ordenó—, paso ligero.

Al ritmo de los tambores y las trompetas, Tino trotó por la alfombra con la abnegación de cuando buscaba plantas medicinales en la aldea de su niñez.

—Mili chupada —aplaudía Barragán.

Y destacó la virtud fundamental del ingenio:

—Aquí siempre cantará tu madre. Aunque esté afónica.

Desde la cocina emitió su reclamo el animal cautivo.

—Claudia te enseñará los pavos —dijo su madre—. Los manda Rosita desde el pueblo, ¿te acuerdas?

Tino examinaba los dos ejemplares encerrados en un cajón con rejilla cuando atronó el vozarrón en la escalera:

—Están presos porque son buena gente. Si fueran malos, los habrían soltado.

El hombre quizá venía de una sesión benéfica porque vestía como un pobre de solemnidad.

—¡Frescales! —se excitó Claudia.

Cheste homenajó a Tino:

—¿No me reconoces, grumete?

Por las alpargatas recordaba al herbolario, pero cantó el cuplé mejor que él:

—*Soy una gatita blanca / que al quererla acariciar...*

Molestó a Claudia que quien había actuado para ella se prodigara.

—Prohibido cantar y bailar —se enrabetó—; y blasfemar y escupir y hacer aguas...

Cheste adoptó hipocresía clerical:

—En estas fechas de amor cristiano, Luchini Berbén se olvida de sus amigos.

Claudia arropó con una manta el cajón de los pavos.

—Se equivoca, Codina. Los Reyes Magos se acuerdan de usted.

Cheste desconfió:

—Tendré carbón, por malo.

La sonrisa de Claudia desvaneció sus temores.

—¡Ay, hombre de poca fe!

La insinuación electrizó a Cheste.

—Una chaqueta, aunque requiera sisa —suplicó—. Y mitones, como en la ópera...

Claudia hizo sonar la calderilla de su bolso.

—Nada de herejías, ¡aguinaldo!

Pero no entregó las monedas hasta que Cheste salmodió:

—Felices Pascuas y Próspero Año Nuevo y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

En aquel ventisquero de la calle Almagro, Tino estrenó cuarto para él solo y todas las noches recibió muchos besos de su madre en el carrillo de la bofetada del cura. Y en la festividad de Reyes, a punto de expirar las vacaciones, su madre le dio un billete de peseta como el que se apropió el superior del internado.

—Con muchos como éste —le dijo—, cuando seas mayor te comprarás una casita en el pueblo.

Y añadió:

—Para tus vacaciones.

Adela comentó ayer:

—Después de cuarenta años le haces caso.

El cazador clavó la vista en la lumbre mansa.

—Mi madre no quería que gastase aquel billete.

En el borde blanco figuraban unos números escritos a lápiz que le obligó a retener.

—La clave de su caja de caudales —apuntó Sisinio.

El cazador respondió:

—El teléfono de tu hermano.

Sisinio no dejaba de mirar la foto de Acacio con Luchini Berbén y Barragán.

—Tu madre quería protegerte —admitió.

Bajaba Acacio por la avenida de José Antonio en una mañana de niebla cuando a la altura de Chicote un ejército de ardillas acarició su espalda. Tenía enfrente a la Virgen de Fátima, y no derramaba gracia bendita desde un fresno, sino que despachaba boniatos en un puesto ambulante. Acacio quiso noticias de ese hijo perdulario del indiano que podía excluirle de la herencia del latifundio. Pero la Virgen no satisfizo su curiosidad, y le ordenó que

después de limpiar su pueblo de comunistas los persiguiese más allá.

—Cumple como los santos y no me hagas llorar —y se difuminó en la niebla con su mercancía aromática—. ¡Por la conversión de Rusia!

Acacio se enroló con los defensores del Occidente cristiano y en la oficina de la constructora El Alcázar, junto a los terraplenes del arroyo Abroñigal, expuso al coronel Barragán que, a instancias de su destino en lo universal, liquidaba su participación en la inmobiliaria y partía al infierno bolchevique con la División Azul.

—Los cojones —respondió el galardonado por méritos de campaña—. Tú de aquí no te mueves.

Y de un telefonazo bien orientado invalidó la inscripción.

—Un español no desobedece a la Virgen de Fátima —protestó Acacio.

—La Virgen de Fátima no me jode el negocio —alegó Barragán marcando otro número.

Y en la nueva conversación telefónica consiguió para Acacio un pequeño chalet con ilusión de jardín en el despoblado de Mateo Inurria, cerca de lo que había sido el Hotel del Negro, en la zona de Chamartín de la Rosa. Perteneecía a uno de tantos enemigos de la Cruzada que, enjuiciado y condenado a muerte, pagó sus errores con sus bienes antes de ser fusilado en una madrugada cenicienta con la bendición del páter:

—¡Al cielo con él!

La familia recibió el cuerpo del desafecto, y la inmobiliaria El Alcázar, el chalet. Acacio se lo contó a su padre a través del único teléfono que había en el pueblo. Estaba instalado en el pabellón del indiano, que, como fundador de la constructora El Alcázar, era informado regularmente de la evolución del negocio. Para que sus padres conocieran el chalet de Mateo Inurria, Acacio ponía a su disposición un automóvil como el pilotado por el chófer charlatán del indiano. Mas su padre aplazó la excursión: su madre no debía viajar hasta que la cigüeña de París trajese el hermanito contratado. Y le pareció a Acacio que habían transcurrido siglos desde que inauguró la placa a los Caídos y sus padres se comportaron en los soportales de la plaza como novios.

—No me lo perdonará nunca —afirmó Sisinio anoche—. Y yo tampoco se lo perdonaré.

Acacio había practicado senderos en el jardín de Mateo Inurria para que su padre los recorriese en bicicleta. Se lo debía a quien le paseó por el pueblo en una época tan distante que parecía soñada. Defraudado, meditó una respuesta

mientras oteaba por la ventana de la constructora el suburbio del arroyo Abroñigal.

—Maldito el que reniega de los suyos —señalaba la radionovela de Guirnalda.

Por eso rebajó su soberbia y cuidó del nacimiento de Sisinio: el ginecólogo de moda asistió a su madre en el mejor hospital de Valladolid, el periódico del Movimiento lo insertó en sus ecos de sociedad y la Sección Femenina donó una canastilla y decoró la habitación.

—Verano de 1941, Sisinio — le advirtió el cazador al arrullo de la lumbre —. Ahí empieza tu historia.

El bebé era un varón alto para la talla española, manifestaron los médicos. Y en los oídos de Acacio sonaban las reflexiones de Adonis ante la posibilidad de que su padre, el sultán, embarazase a Guirnalda:

—Es hijo del cariño y, aunque sea de tu misma sangre, te ha destronado.

Porque sus padres le privaban de esa condición de hijo único que había mantenido durante veintidós años, Acacio pretextó compromisos políticos para no acudir al bautizo de Sisinio.

—Estás tan solo —le susurraba Guirnalda— como los que dejaste huérfanos.

Pero Acacio presumía de no haber desamparado a los suyos. Porque si un intermediario del indiano depositaba los viernes un donativo para las beatas en la peana de san Antonio —y las circunstancias frenaban el espíritu danzarín de la imagen situada a la izquierda del altar mayor de la iglesia, que no quería terminar como había solicitado Sacri en el convento de las monjas, con las extremidades en aspa y más alanceada que san Sebastián—, asimismo Acacio remitió dinero a sus padres a través de Pedroche y abrió una cuenta a Sisinio en la Caja.

—No viene mucho a vernos —decía su madre a las beatas en la tienda de Celi—, pero es tan patriota...

Al arrullo de la autarquía, los padres de Acacio proyectaron invertir las remesas de su hijo. Sara quería un automóvil con chófer, igual que el indiano. El padre, pensando en el porvenir de Sisinio, sugería un camión de transporte de mercancía, aunque de tanto oír que las jornadas en la carretera eran agotadoras se inclinó por un autobús de viajeros que enlazara los pueblos de la comarca.

—Con bicicletas no se monta un negocio —aventuraban en el casino—. Si



acaso, en América.

—Un auto te da empaque —coincidían las beatas—. Y con chófer, la recaraba.

A la concesión de la línea se optaba mediante un concurso que no se celebró: el coronel Barragán dialogó con el vicesecretario y éste, con el gobernador, que transmitió al indiano el feliz resultado de la gestión a través del mismo teléfono por el que se enteró Acacio. Y cuando éste se lo dijo a su padre, supo que ya habían pensado en un conductor. Acacio temió que fuese el hijo del indiano, su rival para el tesoro del latifundio. Pero al enterarse de que el candidato era su primo Mauro, respiró tranquilo.

—Reniegas de la muchacha honesta y sencilla de tu niñez —lamentaba la sirena de las ondas—, la madre de tus hijos.

En la alta noche, cuando los luceros encandilaban al soñador de imperios o se desplomaba la nieve en los puertos de Castilla y los separados por la geografía o el penal se unían a través de la radio por la canción dedicada, Acacio recordaba la carta que envió a su prima antes de ir a la guerra:

—*Me hallará la muerte si me espera...*

No había visto a Celi desde que inauguró la placa a los Caídos en la parroquia del cura celoso. La recreaba en la ventana de la cocina, en el mostrador de la tienda, delante del armario de dos lunas del desván o bajo la encina soñadora, embebida en su discurso sobre el tesoro del latifundio o la decadencia de la Patria. Mas no se arriesgaba a pedir su mano —de rodillas, como ante la Virgen— para no sufrir de ella el desprecio que le tributaba el pueblo por su matanza de 1936. Y un coñac de mejor calidad que el ofrecido por Celi a los comisionistas diluía sus remordimientos en un sopor, del que despertaba para cuadrarse en el cuartel o en el despacho inmobiliario del coronel Barragán, peinado con brillantina y enfundado en la camisa azul.

—Arriba España —era la bienvenida que enardecía a los paralíticos y espantaba a los gorriones.

—Arriba España —saludaba Henar al coronel Barragán cuando le calzaba las zapatillas en el gabinete de Luchini Berbén.

En un hueco abierto junto a la entrada de servicio de aquel ventisquero, Henar compartía cama con la muchacha de la limpieza. Claudia, por ser su jefa, estaba en otra cama, con mesilla de noche. A falta de ventana,

ventilaban la habitación con la corriente de la escalera cuando atendían a proveedores o mendigos.

—No os descuidéis —recomendaba Claudia—, que por ahí vienen las pulmonías.

En verano las criadas se aliviaban con el fresco que circulaba por los bajos, pero en invierno, como no tenían mantas ni calefacción, se acostaban vestidas y encima echaban ropa.

—El frío de Madrid no se te va —notaba Claudia—. En pleno agosto, tiritas.

Los domingos, que era el día de salida, las criadas se lavaban en un barreño con agua calentada al fuego, salpicando las baldosas de la cocina. Para el aseo diario mojaban la cara y las manos en el grifo de la pila. Y, según estaba pactado, utilizaban el retrete de la portera.

—Me lo hago, me lo hago —y la cocinera corría desde el tercer piso hacia el cuchitril del bajo.

La cocinera dormía con su familia, pero almorzaba con Claudia, Henar y la muchacha de la limpieza después de que Luchini Berbén lo hiciera en su gabinete.

—Nosotras empezamos a comer cuando ella hace la digestión —censuró un día.

—Con los reyes es al revés —defendió Claudia—. Primero se envenena el pueblo.

La cocinera guisaba para sus compañeras las patatas que el recadero trasladaba en el carro desde las huertas de Arganda. Luchini Berbén tomaba carne, pescado o huevos y, por la noche, una sopa y una rodaja de merluza o una tortilla francesa. Ni fruta ni dulce engalanaban su mesa, porque los botes de leche condensada que el asistente de Barragán conseguía en el cuartel se repartían los jueves a los mendigos en la escalera de servicio.

—No hay mejor postre que los misterios del rosario —declaraba Luchini Berbén cuando visitaba el asilo de las monjas.

Con la misma unción que al Nazareno de Medinaceli, besaba a Carmelita, la esposa de Barragán, postrada en una silla de ruedas en la primera fila.

—Fu, fu.

Y le dedicaba una saeta, un taranto o un taconeado en las baldosas del salón de actos que la reconciliaba con los inquisidores de su adulterio y engrandecía su leyenda de protectora de los desvalidos.

—Con lo que sufren los artistas —se pasmaba Claudia—, y ella sonríe más que la Virgen.

Al poco de entrar Henar, Luchini Berbén despidió a la muchacha de la limpieza. La sorprendió a media mañana en el ventanal del salón pelando un huevo duro. Al ser descubierta, se lo metió en la boca. Claudia y la cocinera le instaron a que lo arrojase. La chica lo devolvió intacto y eso le salvó de un castigo superior. Luego hizo su maleta vigilada por Claudia y se fue sin informes.

—A pasar debilidad se aprende —sentenció Claudia—. Buen porvenir te deseo.

Y mientras lavaba el huevo en la pila y lo dividía en raciones para limosna de los hambrientos, alabó la benevolencia de Luchini Berbén, pues en otra ocasión la expulsada salió con la maleta y, al doblar la esquina, los falangistas de Acacio la raparon.

—Le pusieron la cabeza igual que el culo de una gallina —reía Claudia—, y no se arrepentía.

La nueva criada vino de Campaspero, recomendada por el administrador Pedroche, y era deficiente. Luchini Berbén confió su educación a Henar, y eso activó los celos profesionales de Claudia y los rencores de la muchacha, que le daba patadas en la cama.

—No le gusta lo que sueña —se resignaba Henar.

Una tarde, Barragán la colocó al lado del aparato musical. Sin explicación previa lo puso en marcha y la voz de la señora retumbó:

—*Pobre chica / la que tiene que servir. / Más valiera / que se llegase a morir...*

Como Luchini Berbén no despegaba los labios, la deficiente salió a buscar a la cantante.

—Ésta oye lo que quiere —se reía Luchini Berbén.

Por curiosidad fueron tras la atormentada, que sembraba de destrozos su ruta.

—Es una dinamitera —desdeñó Barragán—, que se largue.

Incapaz de desvelar el enigma, la muchacha se había sentado a la mesa de la cocina con las manos en la cabeza y un murmullo ronco. Como se resistía a ser echada, Barragán se desabrochó el cinturón del uniforme. La cocinera aplicó un paño con vinagre en los arañazos abiertos por la hebilla. La deficiente aguantó con igual temple la curación que el castigo. En su maleta

metió Henar la foto de ambas un domingo, cogidas del brazo en el tiiovivo de Rosales.

—Vaya tropa que me mandan —renegó Luchini Berbén.

En la mañana de los jueves, Henar recibía de Claudia un cazo con monedas para que diese un real a cada necesitado. En una ocasión, entre los agolpados en la puerta de servicio, Cheste no respetó la cola.

—¡Gangas de señora, gangas!

Ondeaba bragas y sostenes como bandera de paz para ganar la meta, y los pobres le echaron escaleras abajo. Claudia le amonestó desde el rellano:

—¡Frescales!

La presencia de Luchini Berbén calmó el tumulto. Con deje andaluz sentenció:

—El arte amansa a las fieras.

Y meneando el cazo de las monedas como unas sonajas, recitó *El Piyayo*:

—*A chufra lo toma la gente / pero a mí me da pena / y me causa un respeto imponente.*

Con similar unción escuchaban las beatas en la tienda de la aldea el discurso del padre de Adela desde el desván:

—*Admirose un portugués / de ver que en su tierna infancia / todos los niños de Francia / supiesen hablar francés...*

Su verso enrabetaba al cura celoso y seducía al apoderado de la Caja, que descabalgaba a la entrada del ultramarinos con el saludo de ritual y, como los ilusionistas del circo, extraía de su sombrero un billete de peseta. Celi se aseguraba de su validez al trasluz y lo enseñaba a las beatas.

—Con un papel como el que veis —peroraba el bancario— se alimentan las fortunas.

Y Sisinio, ya con tres años quizá, le oía desde ese rincón del mostrador donde el padre de Adela había adivinado el susurro de la bicicleta del viajante y recitado las aleluyas del pedido antes de retirarse al desván, como quien levita al cielo, para desvincularse de la pejuguera de reponer mercancía, despachar y cobrar.

—Las pesetas buscan a los hombres —dictaminaba el apoderado—. Hay que situarse en su camino.

Cuando los mayores sentaban a Sisinio junto a la jarra de las monedas, ahí

donde Celi habilitó un cajón para los billetes, una gravedad de adulto serenaba su rostro, como si hubiera barruntado la importancia del lugar que alcanzaba.

—Los grandes millonarios americanos siempre respetaron la peseta — aseguraba el apoderado de la Caja.

Con paciencia de cazador, Sisinio ansiaba el momento en que Celi tomaba en su mano derecha las monedas con que el cliente pagaba la compra y las vertía en la jarra. Con esa misma mano revolvía en el montón y rescataba un puñado que extendía sobre la palma. Y con el gesto de limpiar las lentejas, seleccionaba las monedas que debía devolver al comprador y echaba las sobrantes en el frasco.

—*Arte diabólica es* —divulgaba el padre desde las alturas—, *dijo torciendo el mostacho...*

También asombraba a Sisinio la manipulación de Celi en el cajón de los billetes, que entreabría para elegir a ciegas el adecuado y cerraba con un golpe de la tripa antes de que las beatas —o cualquier indiscreto— atisbaran su contenido.

—El dinero necesita respirar —insistía el apoderado de la Caja—. Dentro de casa, se ahoga.

Creció Sisinio en ese ambiente, y cuando la arcaica jarra de las monedas fue reemplazada por una máquina registradora, le gustaba teclear y mover la manivela del nuevo aparato para que se le revelara el lecho de monedas y billetes con el pitido característico.

—El comercio es mi vida —confesó Sisinio anoche—. Me chifla el tejemaneje.

Y buscó en el bolsillo del pantalón ese billete idéntico al que tenía en su sombrero el apoderado de la Caja.

Al paso alegre de la paz, los que, como Acacio, habían trocado el caqui de campaña por el azul de Falange edificaban barrios para los mutilados de la guerra sobre los desmontes arrebatados a sangre y fuego a los rojos.

—Acacio es mi mano derecha —afirmaba Barragán—. Me atiende en cuerpo y alma.

Y lo decía porque, sin aquel fusilero de su batallón, ni el indiano ni Luchini Berbén habrían aparecido en su vida.

—Ese chaval es oro molido —insistía Barragán en la tertulia que convocaba en un café de la Puerta del Sol a primera hora de la tarde del sábado.

Era cuando los trabajadores de la resucitada España regresaban al hogar con la satisfacción cristiana del deber cumplido y la recompensa de la paga.

—Comienza la semana inglesa —dogmatizaba el cura de la radio—. Tu primer pensamiento, para Dios.

Ellas se encomendaban a la peluquera y la modista; ellos se lavaban por partes en la palangana, se afeitaban en el recipiente calentado en la cocina, envolvían el tórax de ex combatiente en la camisa blanca recién planchada y, estrenando la ración de tabaco, se recostaban en la balconada del metro para seleccionar entre las mujeres que desfilaban a su alrededor —por la mirilla de su vista de águila— a la que pudiera garantizarles las prestaciones de su madre en una de las viviendas construidas por la sociedad de Barragán.

—Centinela, alerta —sostenía el coronel ante las noticias de los maquis—. A la antiEspaña, ni agua.

De la misma opinión era el caballero que, escoltado por dos policías si venía andando desde su despacho de la Dirección General de Seguridad o entre manifestaciones de disponibilidad absoluta de sus subordinados cuando descendía del coche oficial, entraba en el local de la Puerta del Sol después de que hubieran servido las consumiciones a sus contertulios.

—Retaguardia cubierta —decía—, tranquilidad cierta.

Como si un regidor le impulsara a escena, Cardenal traspasaba el cortinaje y se dirigía a su sitio a la manera de Luchini Berbén cuando emergía de bastidores en la apoteosis que cerraba el espectáculo y bajaba la gran escalinata del escenario sonriendo a los mozos situados en los peldaños. Pero Cardenal hacía el trayecto de espaldas, para sobresalto de algún desprevenido al ver caminar a alguien al revés que los demás.

—¿Y nunca chocó? —preguntó Sisinio mientras le imitaba.

Sucedía en un segundo y la mayoría de los clientes ni se daba cuenta. Ya en el rincón de la tertulia, Cardenal tanteaba la silla como un ciego y buscaba en el respaldo de la pared la salvaguarda del tiro en la nuca. Junto a la pistola del pecho sacaba un ramillete de habanos y del bolsillo del chaleco, un mechero de oro. Pero el encargado del café le adelantaba la llama:

—Honor que me hace —y de la emoción le temblaba el pulso.

Cardenal barría la sala con su vista de lince y con su mano derecha

golpeaba la palma de su izquierda. La sacudida, que estallaba como las bofetadas de sus interrogatorios, ponía inmediatamente a sus órdenes al limpia y al camarero. Y mientras aquél le aplicaba de rodillas la excelencia del charol, este otro le presentaba en bandeja el coñac de marca y el bicarbonato.

—Saludarle es un premio —se cuadraba el encargado— y servirle un lujo.

La trinca de Brunete le daba la bienvenida con la música del pasodoble *Marcial*. De los tres que compartieron trinchera con Acacio a las órdenes de Barragán —para que en compensación a los sinsabores de la contienda recibieran un sueldo vitalicio en una oficina del Movimiento—, Ladis vocalizaba la melodía que Caíto silbaba y Fernan tamborileaba.

—*Cardenal, eres el más grande, / se ve que eres madrileño...*

Cardenal ensartaba con dos dedos el tronco de la copa, la acunaba, tomaba un chupito, la descansaba en la mesa, apuraba el vaso efervescente y prohibía el homenaje por un principio consustancial a su labor de policía:

—Anonimato, señores.

Rodaba la conversación entre los contertulios igual que el toro abanto recorre el ruedo sin que lo encelen los capotazos, hasta que Cardenal implantaba silencio con un enérgico mandoble de su bocamanga. Por la abertura de la chaqueta asomaba la mano y, conforme al curso de su relato, el pelotón de deditos bronceados de nicotina. Con ellos enumeraba a los que, tras cruzar clandestinamente la frontera española, caían en las redes de su espionaje, con moratones en brazos y piernas.

—Gajes del oficio —aducía.

Cardenal mantenía a los detenidos en posición militar de saludo durante horas y cuando estaban a punto de desmoronarse de fatiga, miedo o hambre, les chillaba al oído la cuestión capciosa. Si alguno rehusaba delatar a sus camaradas, Cardenal escondía sus deditos, ocultaba su mano, encogía el puño de almidón y con un repliegue de la bocamanga orientaba la atención de sus contertulios al zapato manejado por el limpiabotas.

—Mi argumento —decía.

Y lo asentaba sobre el soporte para describir cómo oprimía el pie descalzo del rebelde y restregaba la suela igual que si apagara una colilla, apretando y retorciendo lo que aplastaba —y arrastrando al limpiabotas tras los vaivenes de aquel zapato sumiso al discurso de su amo—, para inculcar al torturado que estaría mejor muerto que en las cárceles de Su Excelencia.

—Tu primo Mauro no tiene antecedentes —reveló a Acacio cuando éste lo postuló para la contrata del autobús—. Pero ha entrado en caja.

—Es hijo de viudo —opuso Acacio.

—Le nombro asistente —intercedió Barragán.

—Ojalá tu primo te supere —retó Cardenal a Acacio—. En tu pueblo fuiste blando.

Acacio defendió su ejecución de cinco civiles:

—¡Un repóquer!

—Pero no de ases.

Aduló el periodista Camaño con su esquila de medallas piadosas:

—Olé, Cardenal, que haces cantar a un mudo.

Y ante la sugerencia, Ladis, Caíto y Fernan silbaron y tamborilearon el himno nacional.

Amanecía abril con el desfile de la Victoria y, al sentir ráfagas del himno nacional por la ventana abierta del dormitorio, Luchini Berbén cloqueaba por el ventisquero con sus chinelas de fantasía.

—¡La colgadura! —apremiaba.

La cocinera apartaba las patatas de la lumbre.

—¿Hacemos torrijas?

Si Luchini Berbén no se pronunciaba, la cocinera deducía al reponer el guiso en el fogón:

—Es que el Caudillo no pasa por aquí.

Claudia y Henar rescataban la bandera española de una caja de modista y ataban las cintas de sus extremidades a los barrotes del balcón de la calle Almagro.

—Aunque no pase por aquí —desafiaba Claudia—. Que se nos vean las ideas.

Henar buscaba la retransmisión del acontecimiento en el dial del aparato.

—Nos encontramos en el aeropuerto transoceánico de Barajas —enfaticaba el locutor.

Luchini Berbén escogía un traje desmayado de color y zapatos de tacón bajo para saludar con modestia y propiedad al primer soldado de España.

—Fragancia de Puig y Leche de Islandia —exigía para completar el atuendo.



Designada vigía, la muchacha de la limpieza se apostaba en el balcón de la colgadura.

—Al primer revuelo —ordenaba Luchini Berbén—, rechistas.

La desterrada tiritaba con la brisa del Guadarrama mientras Luchini Berbén se maquillaba.

—Me olvidé de Polvorilla —se recriminaba Luchini.

Y el recadero corría a la calle Sandoval para recomendar a Priscila la exhibición de la bandera.

—Mi misión es diplomática —se consolaba el hombre—. Hay tanto herniado...

Y se cruzaba con Susi y sus necrófilos de Arapiles cuando la muchedumbre abarrotaba las inmediaciones del paseo de la Castellana.

—En vanguardia, la fiel infantería —anunciaba el recadero—; y cerrando la marcha, el Tercio a paso de cagalera.

La referencia de los participantes de la parada avivaba en la cocina la nostalgia del pasodoble.

—Y el Caudillo en el arengario —completaba el recadero—. ¡Vista de águila caudal!

La centinela presentía el comienzo del espectáculo cuando los agentes impedían circular al autobús.

—¡Señora, señora!

Luchini Berbén y sus criadas se comprimían en el reducido espacio del balcón.

—Viene con el pendón de guía —se extasiaba Claudia.

Luchini Berbén aportaba las revelaciones proporcionadas por sus prismáticos:

—¡En coche descubierto!

Por las copas de los olmos propagaba el aire primaveral un prestigio de clarines.

—Y con trompetas —añadía Luchini Berbén.

El tacto de los caballos en el adoquín del pavimento se confundía con los aplausos.

—¡La Guardia Mora! —interpretaba la cocinera.

El alboroto de los corazones sencillos brillantaba la avidez de los ojos.

—Atravesó la glorieta de Bilbao...

Y con la imaginación impulsaban a la comitiva hacia la plaza de Colón.

—Ya viene, ya viene —auguraba la cocinera, como cuando corría al retrete.

El locutor excitaba el fervor de los incondicionales:

—Atención, españoles.

En la espalda de los radioescuchas culebreaba la ansiedad.

—Decid conmigo.

Triplicar el nombre del gerifalte evocaba una carrera de obstáculos.

—Tranco, tranco, tranco...

El locutor invocaba:

—Centinela de Occidente...

Y el cortejo coreaba:

—¡Cuidado con el relente!

Las apiñadas en el balcón no se cansaban de vitorear al personaje presentado.

—De civil aguileño e impasible pemán...

Como si dirigiera una saeta al Cautivo de Medinaceli, Luchini Berbén se descaraba ante Dios y ante la historia:

—*Quinto levanta, / tira de la manta...*

Sus criadas y el público sin graduación de las cercanías jaleaban el arrebató patriótico:

—¡Arsa! ¡Ea! ¡Digo!

Y al transmitirse el nombre de la responsable del vítor, la multitud exaltaba a la ilustre dama de las variedades:

—¡Olé, Luchini Berbén!

Por tierra, mar y aire circulaba el clamor que con la bendición del cielo descendía a los infiernos del réprobo.

—Trento en alto, bastones del imperio —describía el locutor—, desde el recto a las estrellas...

Hasta el más confinado confín restallaba el aplauso al Caudillo estático entre los jinetes moros de blancas capas.

—¡Qué apuesto! —elogiaba Claudia recordando las fotos de los periódicos.

Al alejarse el séquito, las colgaduras desaparecían de los balcones y el autobús reanudaba su itinerario.

—Así es la felicidad —se resignaba Luchini Berbén—, un parpadeo.

Claudia tartamudeó ante lo que descubrían sus ojos entre el gentío de la

calle Almagro:

—¡Codina!

Achatado y canalla, Cheste pregonaba el surtido de una bandeja colgada a su cuello:

—Chocolatinas, caramelos, chicle americano, piedras de mechero, piedras.

Un tarambana le empujó, y el contenido de la bandeja roció la acera. Cheste gateaba para recuperar la mercancía cuando tropezó con una muleta.

—¡Una, grande y libre!

Era Susi renqueante, que en la mano alzada por España sostenía un boniato.

Con la mano en alto recibió aquella tarde a Cardenal el encargado del café de la Puerta del Sol:

—¡Pantanos para el Congreso Eucarístico en la unidad de los mimbres y las brevas de España!

Pero su entusiasmo se enfrió porque Cardenal penetró en el local sin protegerse la espalda, se sentó sin inspeccionar su entorno y no reclamó con palmadas al limpia.

—¿Estará enfermo el Generalísimo? —se alarmaron los íntimos.

La amenazante zozobra azuzó el zumbido de las medallas de Camaño y galvanizó el desarrollo de la radionovela que retransmitía el aparato.

—¡No me mancilléis! —suplicaba Guirnalda a los mamelucos.

Un redoble pavoroso significó a los clientes del café la profanación de la doncella.

—¡Cuánto placer rezumas, cristiana! —se extasiaba el sultán de Bizancio.

Abyecta por su deshonor, Guirnalda se arrimó a la mazmorra de Adonis.

—No repares en minucias, chiquillo —avisó responsablemente—. ¡Ante Dios, soy tu mujer!

—Rezaré por tu alma —prometió Adonis tras enterarse de su peripecia carnal.

Pero la malagueña Guirnalda demandó algo más concreto que esa rogativa:

—¿Todavía me quieres, boquerón?

El piropo andaluz decoró el paisaje bizantino:

—¡Mi bienmesabe!

La interpretación del himno de la Legión por Ladis, Caíto y Fernan no

elevó la moral del policía, que sólo tras sorber la copa y eructar el bicarbonato y prender el habano con el encendedor del encargado y arrojar el primer humo, confesó el motivo de su pesar...

*¡Ay, morito pinturero, / vente a Málaga conmigo / para que te hagas torero!*

A la frontera de Hendaya afluían destacamentos soviéticos que, tras rendir al Ejército del Eje, se proponían derrocar al Régimen español con la colaboración de los derrotados por la Cruzada...

*Con mi gracia sandunguera / te libraré de las rejas. / Clávamela hasta las cachas, / que te darán las orejas...*

Cardenal se veía destronado de sus dominios de la Puerta del Sol, humillado en los calabozos donde él torturaba y, por designio de algún masón, amarrado a la bola del reloj de las nocheviejas para que su descenso le triturara como hacía él con sus víctimas.

—*No cantes más la Africana*—se arrancó Adonis—, *vente conmigo a Aragón...*

Vibró la bocamanga del policía, luego el puño, la mano y por último los dedos calculando invasores.

—*Y allí la jota que es gloria / nos cantaremos los dos...*

Deditos, mano y puño de la bocamanga se replegaron en favor del zapato justiciero. Pero no había estructura en que sustentarlo.

—¡Limpia!

Se alborotó el encargado porque no encontraba en su puesto de trabajo al requerido por Cardenal.

—¡Callen esa radio!

Al fin le localizó en el aseo de caballeros probándose una peluca y le condujo ante el policía con excusas por la tardanza:

—Es su primer día de trabajo y no conoce las costumbres del cliente.

Sobre la plataforma que le tendía el limpia de la peluca ladeada, Cardenal plantó la arrogancia de su discurso: desde la frontera francesa bajaban los demócratas, arrasaban Aragón, La Rioja y Castilla y ponían cerco a Madrid. Pero el Ejército capitaneaba un movimiento de salvación de la Patria.

—Uno, dos y tres —arengó—, por España y su Caudillo.

Y con tanta bravura impulsó el ariete de su oratoria sobre los cien mil hijos de san Luis que disparó la pierna al rostro de quien le embetunaba.

—Te cacé.

Con los brazos en cruz se desplomó el limpiabotas sembrando su instrumental por el salón.

—Es voluntad de Dios —admitía Adonis en los calabozos del palacio de su padre.

El café enmudeció. A la sorpresa, siguió el temor de que tras un individuo corriente se escondiera un vencido. Acuciaron las medallas de Camaño como la campanilla de la extremaunción:

—Me quedo con tu cara, hereje.

Todos suponían que los pretorianos de Cardenal apresarían a su antagonista. Pero Cardenal permanecía impassible y sin despeinarse mientras el limpiabotas enderezaba la peluca, contenía la hemorragia de la nariz y recogía sus bártulos con la soltura del acostumbrado a desdenes.

—Le sirvo yo —se ofreció el encargado.

Cedió la pajarita y con la camisa remangada se postró ante el zapato violento. Pero Cardenal esgrimía deditos, mano y bocamanga para rechazarlo.

—Que venga el de antes.

El agredido se acercó con los ojos bajos. Ni con peluca engañaba al policía, que cuando lo tuvo arrodillado comentó al observar el cerco granate de su nariz:

—Hasta tu sangre es roja.

Las medallas de Camaño se regocijaron con el donaire y Ladis vocalista, Caíto silbador y Fernan, de percusionista en la mesa, regalaron al policía su versión del pasodoble *Manolete*.

—Cardenal, presente —vitoreó Acacio capitaneando el aplauso acobardado de los parroquianos.

No se sumó al homenaje el limpiabotas, afanado en eliminar del calzado del policía la huella de su cara proletaria. Por eso Cardenal le atronó la oreja:

—¿Vienes a matarme, Cheste?

Y agarrándolo por el cogote, lo atraía y expulsaba en vibrante confrontación.

—Ya no vendes chicles, camisetas, gomas guarras...

El interpelado acogía la serie de artículos como una acumulación de cargos.

—Ahora te pillo con esta mariconada en la cabeza...

De un manotazo voló la peluca a las rodillas de Camaño, que la retuvo con tintineo de medallas.

—En mi tertulia y frente a mi despacho oficial...

El sabueso de Camaño olfateaba material subversivo en la peluca de Cheste.

—¿Qué pretendes?

Con la cara entre los zapatos del policía, Cheste murmuró:

—Comer.

Cardenal avisó al encargado:

—Echadlo, si no queréis líos.

La humillada figura del limpiabotas lamentó:

—Me quitaron piedras, chicles —pasó la manga por la nariz—, hasta piruletas.

—Iba cuesta abajo en la vida —informó el cazador anoche a Adela y Sisinio—. Mala suerte a raudales.

—No es amigo ni familiar —se embarulló el encargado ante Cardenal—. Hizo una demostración de lustrado para señora, caballero y cadete.

Cardenal encendió un pitillo y paseó la llama del mechero de oro por el rostro del limpiabotas.

—¿Eres Cheste o Codina? —preguntó.

Con la lumbre examinaba la herida de la nariz, las orejas, la boca, el cabello escaso.

—Antes de la guerra —apuntó el cazador—, Cheste estrenó zarzuelas con mi madre, pero los empresarios no lo querían porque decían que desafinaba.

—¿Cantarás? —le conminó Cardenal.

Mantén la llama del mechero cerca de la cara de Cheste y un silencio poderoso se adueñó del café.

—No sé dónde le pilló la guerra —continuó el cazador—. Tenía antecedentes.

El policía brindó la faena a sus contertulios:

—Quiere comer y se va a enterar.

Estaba la cabeza de Cheste entre los zapatos de Cardenal, como a la espera del descenso de la guillotina sobre su cerviz.

—Ponme más betún.

Se adensaba la capa negra sobre el calzado del policía cuando Cheste enarboló el cepillo. Pero Cardenal tenía un capricho, que sus contertulios festejaron:

—Con tu lengua.

La tertulia del café de la Puerta del Sol concluía a media tarde. Cardenal y su esposa —siempre de hábito violeta— entraban en algún teatro cuando ya había empezado la función, por su seguridad. Camaño oraba en la iglesia de las Calatravas por los infieles de Pasapoga —entre los que figuraba la trinca de Brunete—, y en la oficina de la censura, donde dormía, apretaba sus medallas hasta herirse cuando captaba un desliz en las galeradas de prensa.

—Con un millón de indulgencias me aseguro el purgatorio —decía cuando le pagaban un vermú.

Barragán y Acacio regresaban al cuartel a la hora en que la electricidad iluminaba los hogares. El vehículo tomaba la avenida del Generalísimo y el páramo de Fuencarral hasta el barracón donde el centinela se cuadraba ante el coche con banderín. El avance del militar y el falangista por los pasillos alertaba a los hacinados en las bancas donde se comía el rancho para admirar el espectáculo transmitido por la sábana blanca suspendida del techo.

—¡Compañía, el coronel!

Al bramido castrense respondía la tropa con estrepitoso remover de asientos. Era el olor de su uniforme, y no las estrellas de su bocamanga, el distintivo del coronel. Su menuda estatura —tan privilegiada desde que el Caudillo la puso de moda— ocupaba el centro de la primera fila, frente al estandarte del aguilucho. Retumbaba el himno nacional y, como una sombra chinesca, Acacio levantaba la mano delante de la sábana blanca. Los espectadores le imitaban y después del himno se sentaban con ruido. Gritaban las gargantas civiles, menos heroicas que las militares, cuando se oscurecía la sala. Y una catarata de aplausos celebraba la aparición en la pantalla del Gordo y el Flaco.

—¡Los tontos!

Con Stan Laurel y Oliver Hardy el intrépido escopetero se enternecía tanto como con la efigie de Celi.

—¡Mi princesa Guirnalda!

En aquellos sábados en que no había película en el cuartel por torpezas del distribuidor, falta de luz o reparos de censura, Acacio y la trinca de Brunete se acoplaban a ritmo de bugui o samba con las chicas de Pasapoga en el hotelito de Mateo Inurria, un libertinaje de fin de semana del que Acacio emergía mohíno en la mañana de lunes, cuando su conciencia en pecado le

recordaba a esa prima de su pueblo que, destinada a ser madre de sus hijos, se alejaba de él por su pureza.

—¿De qué empresas eres capaz, cristiano? —difundía por la radio el espíritu crítico del sacerdocio.

Y Acacio se reconocía sin los galones de los hijos del Cid, que jamás doblan la rodilla. Porque, de ser un pelayo de epopeya, habría atravesado la sierra de Guadarrama y las rectas de Ávila hasta llegar al atiborrado ultramarinos donde aún se obsequiaba con una copa de coñac al viajante de la meseta.

—Soy caballero y cruzado —aseguraba Adonis por la gran cadena de emisoras.

—Tuya y de nadie más —y Celi suscribía las palabras de Guirnalda a su novio—. En cuerpo y alma.

Algunas tardes, y así como el pescador nota el tirón de la caña cuando el pez muerde el sedal, al tender el puente de su trenza a su esquivo primo Celi se sentía correspondida y, con la vivacidad de su padre ante el rumor de la bicicleta del comisionista, salía a la plaza para ver subir por la cuesta con barba crecida y el petate a la espalda al demacrado por las privaciones en la contienda rusa. Pronunciando su nombre un millón de veces, lo arrimaba a la lumbre de la cocina mientras despejaba de nieve las hombreras de su capote, le cosía los botones o le preparaba un refrigerio.

—Cuida a tu novio, muchacha —amonestaba la radio—, él te hará esposa y madre.

A semejanza de la Magdalena, Celi posaba su cabellera sobre el cuerpo de su amado y le ungía con sus lágrimas. Y Acacio encajaba el anillo de pedida en el anular de la mano izquierda de su prima tras haberle suplicado con la dulzura del príncipe Adonis que esa ceremonia significase su alianza ante Dios y ante los hombres en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad. Celi aceptaba el compromiso, las campanas redoblaban y el cura celoso planteaba en el sermón de esponsales:

—Novia, tu ilusión se llama Acacio. Acacio, tu responsabilidad se llama Celi.

En el atrio de la iglesia los recién casados recibían parabienes de los que presenciaron tras los visillos los fusilamientos del molinero Damián, del



médico y del maestro. Alrededor de esa picota en la que Acacio mantuvo la tradición de escarmentar al disidente de cualquier siglo se disponían las mesas del banquete, y ahí donde cayeron el cochero y el herbolario, los invitados brindaban por la felicidad de los novios, a los que Pedroche proclamaba herederos del latifundio.

—Colorín, colorado —decía Adela cuando la música cerraba el serial.

Se marchaban las beatas, que habían abarrotado la tienda como cuando los cuñados recitaban versos, y Celi apagaba el aparato de radio que su madre proyectó regalar al médico fusilado por Acacio. Y en un anaquel de la tienda permanecía mudo —y con el cartel manuscrito de «prohibido tocar»— hasta que la malagueña Guirnalda encendía su maravilla de nuevo.

—*Viva María, / viva el Rosario, / viva Santo Domingo / que lo ha fundado.*

Dos pisos por encima de la tienda, en el desván del armario de dos lunas donde resonó el zumbido de las ondas durante la guerra civil, el padre desgranaba las rimas que el cura celoso le había encargado para la conmemoración del 15 de agosto:

—*Como soy tan pequeñito / y tengo tan poquita voz / sólo me atrevo a decir / viva la madre de Dios.*

Y Celi se desazonaba. Muerta su madre, de ella dependía el hogar y el negocio, la educación de Adela y el cuidado de su padre y de su hermano. Se despertaba antes que nadie, fregaba la vajilla de la cena, arreglaba las habitaciones, limpiaba la cocina y atendía las peticiones —de estambre, velas o garbanzos— de las beatas.

—Si Acacio no te rescata —se mortificaba—, serás la esclava de todos.

Nadie en el pueblo mencionaba ese nombre que Celi no despegaba de sus labios, y a esta conspiración atribuía que a su primo no le apeteciera volver.

—Con tanto desagradecido, qué pinta aquí.

No preguntaba por él a sus tíos cuando los veía con Sisinio por los soportales de la plaza. Mas si Sara se acercaba a la tienda con el pretexto de alguna compra, su corazón repicaba.

—Siempre esperas noticias de Acacio.

Aunque de tenerlas, quizá su tía se las callase para cobrarle viejas querellas.

—Se cortaría la lengua antes que dárme las.

Ajeno a esta guerra, su tío se reunía con su padre en el desván. Celi oía mover el armario de dos lunas, el baúl y las sillas —para simular el decorado

de la obra en la fiesta de la Virgen—, y la voz de su padre recitando aleluyas marianas con el tono de cuando solicitaba al padre de Acacio pimentón — picante como el de Padrón— o azafrán —donde las toman las dan.

—*Bendita sea tu pureza / y eternamente lo sea / pues todo un Dios se recrea / en tu celestial belleza...*

Con los versos que bajaban del ático revivía Celi su adolescencia; y la angustia ante la caducidad de la vida, que la devoraba con más rapidez de lo que se tarda en decirlo, le impulsaba a desbordar el cauce donde la desarrollaba.

—Cumplí años sin darme cuenta —admitía—. Pronto los chicos no me mirarán.

Las beatas hablaban de muertos y de emigrantes mientras Mauro acariciaba los anaqueles con la gamuza tarareando una copla flamenca: Vega y Zarza estaban en Bilbao con su prima Lita; Raquelín, en Burdeos; Cande, en Valladolid, y Sacri, en Cádiz, donde se ejercitaba en un convento para su misión africana. Apenas quedaban supervivientes de su quinta en este cementerio de vivos y lo acusaba el apoderado de la Caja, cada vez menos interesado en aquella plaza abandonada por los negocios. Así que cuando Celi cerraba el establecimiento y subía a la vivienda se deprimía por las expectativas malogradas.

—Cojo lo primero que me ofrezcan —resolvía— y me voy de este pudridero.

A mediodía anunciaba el reparto de correo la trompeta de Cástor —que con enorme enfado del cura celoso había cambiado el oficio de monaguillo por el de cartero—. Y como nunca había carta de Henar, Celi deducía que no le perdonaba su amor por el que había matado a su padre.

—No digas que Acacio nos separó —argumentaba Celi—, porque Acacio ya no me quiere.

—Pero tú continúas queriéndolo —podía decir Henar—, aunque sabes lo que me hizo.

Se le avivaba la nostalgia de su amiga cuando llevaba a su padre a la olmeda e intervenía en la tertulia de los mayores luciendo el abanico de las cigarreras sevillanas o, en un alarde de agilidad, trepaba a la copa de la encina soñadora con Sisinio y le contaba hazañas de su hermano Acacio, veintidós años mayor.

—No lo niegues, Sisinio, porque es cierto y hay testigos —y Adela se

levantó de la mecedora para dejar el álbum—. Otra cosa es que lo olvides.

—Me acuerdo más de Mauro —dijo Sisinio—. Me montaba en sus hombros y luchábamos contra los gigantes.

—Mauro siempre fue muy chiquero —indicó el cazador con la vista en la lumbre—. Antes y después de todo.

—Más hermano mío —se enredó Sisinio— que mi propio hermano.

—No empieces con la murga —le reprendió Adela.

Entre Sisinio y Acacio había más diferencia de edad que entre Celi y su padre. Y la pequeña de la casa, Adela, tan enganchada a Fina y Techu como Celi lo estuvo a Henar —Fina, muy aspaventera; Techu, simplona—, se evadía de sacrificios.

—Luego —puntualizó Adela anoche—, la esclava fui yo.

Pero entonces Celi se enfurecía con la indolencia de su hermana:

—Eso, vete con las amigas y déjame con todo por hacer. Soy vuestra criada.

—La devoción es lo primero —voceaba Adela, que de mocita adoraba la liturgia.

Y en el atrio de la iglesia donde el cura celoso había despotricado antes de la guerra contra los bailes y las películas, Adela representaba con Fina y Techu —Fina, sublime; Techu, ordinaria— el diálogo de la Virgen de Fátima con los pastorcillos portugueses.

—*El trece de mayo* —iniciaba el cura celoso; y las tres coreaban la copla.

—¿Disteis una serenata a la gallina?

Adela palideció:

—No me la resucites, Tino.

—¿Tan mala era?

—Peor que un nublado.

El cazador encendió un pitillo.

—¿Y el Melindres?

El cadáver del perro apareció una mañana junto al saco de lentejas donde hizo su última guardia. Unos voluntarios de la cuadrilla de Pedroche lo enterraron en la olmeda con gran congoja de Mauro.

—*Adiós, muchachos, compañeros de mi vida* —cantaba, borracho, en la taberna de Visi.

Los gemelos Tricinio y Cancio se empeñaron en distraerlo, y desde entonces iban al estadio de Zorrilla la tarde del domingo o, si no había fútbol,

al Campogrande.

—La famosa línea media del Real Valladolid —Sisinio aportó la picardía —: Jones y Losco, y al revés te lo digo, para que me entiendas.

Mauro regresaba tarde de esas excursiones y, con frecuencia, bebido. Celi saltaba de la cama y le ayudaba a desnudarse y Mauro refunfuñaba en el jergón con la cara muy encarnada hasta que se dormía.

—He visto a Tino —murmuró una noche.

Celi recordó al bastardo de Luchini Berbén, aquel pícaro de ojos enormes que no le reveló el paradero de Acacio. Y nuevamente se sintió presa entre esas paredes que eran testigo de su consunción.

—¿Qué se cuenta el angelito?

Mauro no quiso referir el lance a su hermana, y el cazador justificó esa displicencia:

—Aquella noche no dejé hablar a nadie. Ni a él ni a los gemelos de Peñafiel.

—¿Habías comido lengua? —rió Adela.

Tino encontró a Mauro en el paseo del Campogrande con los gemelos Tricinio y Cancio. No le costó identificar a quien le había paseado por la aldea sentado sobre la barra de la bicicleta y tocando el timbre. Pero temió que a Mauro no le apeteciera remover aquella relación de infancia porque se había hecho mayor, fumaba como los hombres y, a diferencia de él, ni le mandaba un cura ni estaba interno ni iba rapado ni descubría las rodillas con el pantalón corto, sino que vestía traje y la camisa blanca cerrada al cuello.

Sonó el silbato que concluía el recreo, y Tino debiera haber formado fila con los suyos a la velocidad del rayo porque así le gustaba a la Virgen del colegio. Pero supuso que charlar con Mauro le daría tanta importancia como los paquetes de comida de su madre y se arriesgó a intentarlo.

Caía la tarde, helaba el viento y Tino desobedeció la convocatoria de sus educadores. Remoloneó, con la esperanza de hacerse invisible, y como una nube de recuerdos se acercó a Mauro, igual que cuando se interesaba por un percance de la bicicleta o actuaba de caja de resonancia —«¡la conspiración!»— ante el trote del carruaje del indiano o el fatigado ascenso de la camioneta de línea.

Al verlo venir, Mauro cortó la charla con los gemelos de Peñafiel, tiró el

pitillo al suelo e incluso se detuvo. Pero, cuando dibujaba la sonrisa de bienvenida, Tino cruzó a su lado mudo y con la cabeza gacha.

Tino sentía a su espalda el reproche o el desconcierto de Mauro. Incómodo con su cortedad, se incorporó el último al grupo de escolares. Para pasar desapercibido entró por la retaguardia, pero el superior se percató de su maniobra y le sacó a empujones de la formación.

—Golfo.

El cura retorció su oreja, y como Tino era más alto, su cuerpo se doblaba con la cara contraída.

—Mala entraña.

Tino no reparaba en los insultos del cura ni en la rechifla de los compañeros, sólo deseaba que Mauro no presenciase esta reprobación que le forzaba a caer de rodillas. Mas, para vergüenza de Tino, Mauro se hallaba tan próximo como cuando Acacio le hundió en el trigal, y dolía más su mirada que el tirón de orejas.

—Bastardo —había dicho Acacio entonces; y años después lo repetía el sacerdote en el Campogrande.

Cerraba la noche. El superior estimó suficiente el escarmiento y de un puntapié devolvió al díscolo al anonimato de la fila. Entonces Tino creyó oír al herbolario:

—Anarquía es salud.

En furtiva ojeada le pareció recibir simpatía y no repulsa del grupo de Mauro.

—Y la enfermedad, dinero.

Los escolares partieron al colegio, y Mauro y los suyos, en dirección opuesta, con la libertad de los adultos. Tino se rezagó y aprovechó que el superior estaba de espaldas para escapar de la fila.

—Anarquía es salud —repetía.

De una galopada alcanzó al grupo de Mauro, pero no se unió a ellos, por la misma aprensión que le había atenazado en el paseo. Como un espía siguió su recorrido, y si Mauro y los gemelos entraban en las tabernas, Tino permanecía a la puerta, angustiado de que Mauro pudiese mencionarlo con la mueca burlona de Cande.

—La amenaza de perderlo —confesó anoche el cazador— me incitaba a valorarlo.

Cuando Mauro, Tricinio y Cancio montaron en el taxi, ya de retirada, Tino

clavó la cara en el cristal de la ventanilla.

—¡Anarquía es salud!

Y hubiera recitado muchas referencias a su pasado compartido para interesar a los pasajeros, que se protegían de la helada en el automóvil. Condescendiente con Tino, Mauro propuso a los gemelos de Peñafiel:

—¿La última?

En la misma taberna de la que habían salido pidieron unos vasos, y Tino, que era el único con pantalón corto, acaparó la conversación. Les describió la convivencia en el internado como una guerra y presumió de aguantar los castigos. Sin acariciarse la oreja dolorida, contó más hazañas que las extraídas por Mauro de las novelas del baúl.

—No tengo hogar ni patria —se sinceró.

Mauro reverdeció sus libros:

—¡El zorro del desierto!

Elocuente por la bebida, Tino fanfarroneó:

—Me las pagará ese cura.

Y con el billete donde constaba el teléfono de Acacio, abonó la ronda.

—Vente a Peñafiel —le sugirieron los gemelos—. Duermes con nosotros y mañana te largas.

—No paro hasta América —respondió Tino.

—¿Cómo irás? —preguntó Mauro.

—En el cine lo verás.

Los gemelos entraron en el taxi. Mauro y Tino continuaban en la acera, sin decisión para despedirse. Tino saltaba de frío, con las manos en los bolsillos, pero fortalecido de codearse con los mayores. Mauro dijo de improviso:

—El Melindres murió.

Y azorado se metió en el coche.

—Murió —redundó Tino, como en los viejos tiempos.

—Nos veremos en Wichita —Mauro asumió el eco de las novelas del baúl—. O en el rancho de don Goyo...

Arrancó el taxi y Tino anduvo por las calles apagadas, atribulado por no acordarse del teléfono de Acacio. No tenía dinero ni permisos, sólo la obsesión de tomar el primer tren en la estación del Norte. Tiritando por el barrio de las Delicias le halló la policía y le condujo a donde no quería regresar. El edificio le recibió sin la preceptiva campanada del portero contrahecho. Todos dormían menos el superior, que, en el despacho donde le

dio la bienvenida, decretó su expulsión del colegio.

—Mala yerba —criticó.

Pero no le pegó ni le sacó las manos de los bolsillos. Su madre, que ya estaba al tanto de su fuga, se haría cargo de él al día siguiente en la capital de España. Sonaron las dos de la madrugada en la aterida ciudad castellana. Durante su última noche en el dormitorio comunal, Tino aulló en homenaje al Melindres. Era el grito que había reprimido cuando el superior le maltrataba en el Campogrande.

Y su voz sacudió la conciencia de Mauro, que, en su jergón de soltero y al calor de la lumbre de la cocina, se avergonzó de disfrutar de la camaradería de los gemelos de Peñafiel y de los cuidados de Celi mientras Tino viajaba de polizón por Castilla, más solo que un cartujo, y el Melindres yacía en el sótano de la muerte.

—Soy un enchufado —sollozaba.

—¿Y encima con duelos? —se encrespó Celi—. Pues quien te entienda que te compre.

Y con la sensación de que todos atentaban contra su libertad, subrayó a Adela:

—Ahí tienes a tu hermano, con una tajada de padre y muy señor mío que vomitará en el corral y se meará en las gallinas y mañana ni aparecerá por la tienda ya que se largará tras el Melindres porque no le funciona bien la cabeza, y se enfriará y habrá que avisar al médico, hija, ya no os aguanto, me paso la vida tirando de vosotros como una mula.

—Con lo que rezo por ti, hermana —le animaba Adela—, irás al cielo sin pasar por el purgatorio.

—Era un asquito de niña —admitió Adela al evocarlo anoche—. Sentenciosa y pedante.

—¿Qué años tendrías? —especuló el cazador.

Sisinio adelantó:

—Diez más que yo.

Era el otro interlocutor de Celi desde que lo sentaban junto a la jarra de las monedas.

—Espías a tu prima —acusó el cazador.

Sisinio replicó:

—Vigilaba el negocio.

Celi y Mauro sabían que el primero al que con vocase Acacio cedía al otro las cargas familiares. Así que cuando la trompeta de Cástor proclamaba el reparto de correo, salían de la tienda a escuchar el veredicto. Pero Acacio no daba señales de vida a sus primos porque bastante tenía con levantar España, con lo que Celi se retiraba doblemente decepcionada —porque si Acacio no le buscaba colocación es que no la amaba— y Mauro fumaba con Cástor en las escalinatas de la picota y luego examinaban juntos el surtido de alimentación, ropa y menaje del establecimiento.

—¿Qué pagarían por esta riqueza en una capital? —enfaticaba Cástor—. ¿Cuántos miles de pesetas?

Y erguía el cuello martirizado por el cura celoso para abarcar de un vistazo los estantes con botellas y los sacos de lentejas, arroz y alubias, todo tan variado y copioso que constituía un bazar para la clientela de la cartilla de racionamiento. Sólo por impresionar a Celi, hubiera comprado el almacén; mas Celi no lo habría vendido ni por todo el oro del indiano ya que, como se recordaba insistentemente, ninguna debilidad debía retenerla en aquella aldea.

—A un forastero, todo —pensaba—; pero a un vecino, ni las gracias.

Y dejaba a Cástor con el deseo de su cuerpo en los ojos lo mismo que a Eladio, el albañil de la cuadrilla de Pedroche, que colocaba su mano donde ella la posaba para consultar los precios en la hoja anotada por su padre. Como si el roce le espoleara, Eladio cerraba el trato con un puñetazo sobre el mostrador que sobresaltaba a Sisinio y a las monedas de la jarra. Y, con la sonrisa herida por el colmillo de oro, disparaba el atrevimiento:

—¿Vamos al cine de Valladolid?

—Ni lo sueñes —y Celi revisaba su alivio de luto, sus medias de lana, sus zapatillas—. Con esta pinta.

—De princesa Guirnalda.

—Menuda diversión tienes conmigo. ¿No sabes que estoy en gracia santificante?

Y cuando Eladio se marchaba con Mauro a la taberna de Visi y luego a la obra en curso —el apuntalamiento de la fonda, el retechado de la escuela o la construcción de un garaje y un pabellón para herramientas en el latifundio—, Celi decía a Sisinio:

—Como amigo lo que quiera, pero como hombre, sólo Acacio.

Y se estremecía con la sonoridad de los versos de su padre para la función



de la Virgen o con el susurro de las bicicletas de los viajeros y se identificaba con la pena de amor de Guirnalda que le remontaba al Madrid de Chicote, donde imaginaba a su primo de juerga con las coristas.

—Las mujeres hermosas —se condolía—, con los que ganaron la Cruzada.

Se recordaba tiznándose la cara, midiéndose la trenza y agitando el abanico de su abuela para espantar aquella tentación masculina de ojos de artista.

—Y yo que te he dado mi juventud...

Para olvidar los fantasmas barría o acariciaba el anaquel con el plumero. Y cuando la radio traía nuevos episodios del príncipe de Bizancio y su desventurada Guirnalda, se apostaba junto a la puerta para avistar, antes que nadie y sin error posible, al pródigo que huyó de su aldea durante la guerra entre hermanos.

—Qué te hice para que no me ames —se afligía cuando la pena le impedía dormirse.

A la manera de la picota, que contemplaba desde la tienda con la misma insatisfacción que su padre, ella era el centro de todas las miradas y ayudaba a todos menos a sí misma, condenada a no tener vida propia.

—Si no vienes, iré por ti —prometía en la madrugada ardiente, sofocando la voz para que no se despertase su hermana.

Otra mañana, ante el armario de dos lunas del desván, rectificó:

—No le esperes o te morirás de asco entre los cuatro viejos que te tocará cuidar.

Prescindió de la trenza y clavó un moño a su coronilla, como la cruz de un calvario.

—¡Estoy de rebajas!

Desazonada de que la vida no le concediera la libertad de Henar, se decía:

—¿Por qué ella y yo no?

Y concretaba sus anhelos en la palabra que encarnaba su ambición:

—¡Madrid!

La ciudad del adoquín y del tranvía, madrastra del oso y el madroño, albergó a Tino cuando lo rechazaron en el internado. En el domicilio de la calle Almagro se debatió su futuro. Barragán proponía alistarle en el Ejército, pero su madre lo matriculó en una academia de mecanografía de la calle Sagasta.

—Mi angelito tiene la mili hecha contigo —avisó al coronel—. Mejor en una oficina.

Pronto Tino dejó de ir a clase y se juntó con los descarriados de los billares que fumaban en los terraplenes y los domingos concertaban pedreas con grupos de otros barrios.

—No pegaba golpe —reconoció el cazador anoche—. Vivía en la calle, como un golfo.

Cuando Henar salía de recados con uniforme y cofia, se lo encontraba delante de las tabernas o en los puestos de pipas o jugando al fútbol en los solares. Al principio no se hablaban, hasta que una tarde coincidieron en el portal y, antes de que ella tomase la escalera de servicio y él, la de los señores, Tino le comentó:

—Tu padre quería que yo fuese a la escuela. Si le hubiera hecho caso, sería ingeniero o funcionario.

A partir de entonces, Henar le saludaba con los ojos, para no comprometerlo. Poco a poco, no tuvo reparo en abordarlo cuando estaba acompañado para decirle, por ejemplo:

—Claudia me ha reñido.

Tino no reaccionaba, pero sus amigos sí, cuando Henar se daba la vuelta.

—Es una pesada y no tiene culo.

Otras veces, Henar le aguardaba en una esquina a que se librase de gente.

—Estaba segura —le decía cuando se acercaba.

—Segura de qué.

—De que vendrías. Soy bruja.

Un día Henar se exasperó:

—Dile a tu madre que me quite de la plancha. Me dan los siete males.

Los pobres que recibían la limosna de Luchini Berbén en la mañana de los jueves recelaban del grupo de Tino. Les creían ladrones y se asustaban si les seguían.

—Gamberros —los insultaban.

También desconfiaban de ellos las gentes de categoría superior que esa tarde alternaban en la casa de la calle Almagro, y de las que se ocupaba Claudia.

—Tú no tienes rango para tratar a estas personas —dijo a Henar—, si hasta ayer comías en un pesebre.

La estrella de esas reuniones vespertinas era la Esclava, el personaje que

departía con Dios en la fachada del cine Chamberí aunque no proyectaran películas de argumento religioso.

—Le viene, le viene —se comunicaban sus apóstoles con el calambre del presentimiento.

Tino la había visto por las calles de Eloy Gonzalo o Martínez Campos con su corte de devotos y un discípulo predilecto, que era gordito albino, del que caminaba del brazo para no caerse de tanto mirar al cielo a la espera de que Dios le manifestara su voluntad de dialogar sembrando de picotazos su cuerpo. Entonces la Esclava marchaba rascándose hasta el cine para desahogarse en el altar de costumbre, igual que el aquejado de colitis busca un retrete.

—Mirad qué ejemplo —exclamaba el gordito para que el vecindario pidiese indulgencias desde las ventanas.

Si la Esclava recibía el aviso celestial lejos de su área de operaciones, sus acólitos formaban a su alrededor una especie de biombo para que ella gimiera y jadeara, libre de la curiosidad de los malsanos. Como la charla lo mismo podía durar minutos que horas, sus fieles se entretenían rezando hasta que la Esclava despertaba con la cabeza pesada y el trasero resentido.

—Cuando el éxtasis se prolonga —detallaba el gordito—, deja las bragas negras.

Barragán había sugerido que en las sesiones de los jueves Luchini Berbén recitara a Muñoz Seca, pero la Esclava prefirió el martirologio. Camaño, que deseaba introducirse en el círculo de la Esclava, se encargó de leerlo.

—Alabado sea Dios.

Con el collar de vírgenes sobre la camisa de hábito, Camaño se dirigía al atril. Con la bandeja de embutidos en la mano derecha, Henar entraba en el salón. Camaño posaba el libro en el atril, Henar depositaba en la mesa la bandeja preparada por la cocinera. Camaño empezaba la lectura, los invitados probaban el embutido. Y mientras los devotos comían la matanza de Pedroche, los leones devoraban a los cristianos.

—Me gusta la historia de Lucía —orientó la Esclava—. Cuando presenta sus ojos en una fuente.

—El más macho es Orígenes —afirmó el gordito—, que por pureza se voló la hombría.

Henar y Tino, como dos camareros, complacían los deseos de los invitados.

—Es teatrera —decía Henar de la Esclava—. Si la veo de noche, no duermo.

En un ataque de celos, Claudia previno a Luchini Berbén de la familiaridad entre Tino y Henar, y la madre colocó a su hijo en su compañía de verso, más viajera que estable.

—Mi angelito voló —dijo Henar al retrato de su padre.

—No volví a pisar una academia ni a escribir a máquina —contó anoche el cazador a Adela y Sisinio.

Henar visitaba a sus tías en la calle Sandoval los domingos por la tarde, que era el día de libranza de Susi. Les dejaba el paquete semanal de alimentos, medicinas o ropa y satisfacía la curiosidad de las mujeres por Luchini Berbén:

—Sólo canta delante de Franco.

Una pausa admirativa escoltaba la formulación del nombre providencial.

—¿Y el indiano? —preguntó Ascen una vez.

—Le paga caprichos.

—Ahí hay gato encerrado.

—Ni gato ni gata —Priscila corrigió a su hermana—. Como no hubo boda, se tienen cariño.

—Y ahora un militar —ponderó Ascen—. Pero esa mujer ¿no se cansará de novios?

La esposa desairada de Barragán inspiró la meditación de Priscila:

—A la pobre Carmelita ni el viático la recuperó. Desde que le entró el obús, ni comía ni tosía ni hacía de vientre. Aquí la tuve, como un pasmarote.

Aparecieron las Chinas, y Zoila, la novia del guardia de la porra, fue expeditiva:

—Si me da un soponcio y mi novio, en vez de cuidarme, me pone los cuernos, lo mato, aunque vaya de bonito.

Berreó Zulima, sensible a los laberintos del afecto.

—A su amante también me la cargo —añadió Zoila—. Y aviado va Dios si me pide cuentas.

—El matrimonio es para toda la vida —apoyó Zoraida—. Si te gastan de joven, que te aguanten de vieja.

Priscila llevó a Zulima al pasillo para que no se destemplara con la

conversación.

—¡Que viene Susi! —la asustaba.

Moría la tarde, y Henar rehusaba por timidez la peseta rubia que le daba Ascen, a escondidas de Priscila.

—Pero ¿te paga doña Luchini?

—Dice que no le alcanza.

—Entonces, toma.

Menos animada que cuando descubría la vida en los alrededores de la glorieta de Bilbao, Henar regresaba a la calle Almagro cerrando los oídos a los piropos en las esquinas donde chalaneaban el amor y el estraperlo. Subía por la escalera de servicio y se encontraba con la sequedad de Claudia, que, por ser mayor y sin familia ni amigas, no salía. Henar rescataba el uniforme para la cena y afrontaba la semana con atonía.

—Recuerda —le decía Claudia mientras se encendían las farolas— que polvo eres y en polvo te vas a convertir.

Poco después de que hubiera advertido a Luchini Berbén de la amistad entre Tino y Henar, Claudia determinó:

—Desde mañana, limpiarás.

Varias muchachas habían sucedido a la deficiente de Campaspero y ninguna se había consolidado.

—A los ojos de Dios —justificó Claudia—, todos los trabajos son iguales.

La única ventaja de este cambio de uniforme y de tareas era que, por primera vez desde que estaba en Madrid, Henar disponía de una cama para ella.

—Que no me olvido de ti, que no —recitaba acariciando el retrato de su padre.

Luchini Berbén apoyó la decisión de Claudia, aunque había contratado a Henar para otro trabajo. Henar sondeó con sus tías la posibilidad de regresar al piso de la calle Sandoval, pero Ascen se interesó más en su relación amorosa con el hijo de Luchini Berbén y Priscila le comunicó que Susi la reemplazaba en la mesa y en las friegas.

—Igual que una hija —agregó, mientras examinaba el envío de la calle Almagro—. Y ni me noto la espalda.

En protesta, Henar no acudió donde sus tías durante dos semanas y cuando miraba el retrato de su padre decía:

—Llévame contigo.

Claudia se quejó de su comportamiento a Luchini Berbén, y al domingo siguiente Henar paseó por calles desconocidas. No podía dar sensación de desorientada sin crear equívocos y se tragaba las lágrimas cuando la piropeaban los hombres.

—Bonita, que por ti no llueve.

Había unas chicas de su edad junto a una boca del metro y frente al reloj de una iglesia, que le recordó la del cura celoso. Henar se mezcló con ellas, como si estuviera citada.

—Pareces paleta —la interpeló Vicenta—. Por lo parada, te digo. ¿De dónde eres?

Y le presentó a Carmen, Gloria y Natividad, que se reunían en un baile de la glorieta de Quevedo con unos chicos que hacían la mili.

—No tengo dinero —adelantó Henar, añorando las propinas de su tía Ascen.

—No seas antigua —disculpó Vicenta—. Pagan ellos.

La orquesta arropaba a un vocalista amanerado cuando un muchacho del grupo la invitó a bailar. Sería de la edad de Tino, se llamaba Jesús y era de Cartagena, donde tenía novia. Pero no la echaba de menos porque en el cuartel se distraía con la instrucción y los desfiles.

—Hasta la teórica me gusta.

En el cuartel, indicó, veían películas del Gordo y el Flaco. Henar no conocía el cine y Jesús le propuso asistir a la sesión destinada a la familia de la tropa. Entonces, por esquivar a Natividad y su pareja, que les importunaban con sus bailes de fantasía, Jesús rozó a Henar. Inmediatamente ésta se declaró cansada y se fue de la pista. Carmen y Gloria coreaban con el cantante:

—*Qué felices seremos los dos.*

Menos espiritual que Carmen y Gloria, Natividad les contó al siguiente sábado que su novio la tocaba dentro de los portales. Henar recordó las maniobras de las parejas en la escalera de sus tías y las de Damián y Asunta en los bajos del molino y lo risueña que aceptaba esos chismes en la olmeda, para enfado de Celi. Ahora, los escuchaba con desagrado.

—Nadie carga conmigo —pensaba con fatalidad—. Soy un saco de huesos.

Y como Celi en la olmeda, dio un codazo a Natividad para que callase delante de los chicos.

—No seas sosa, mujer —le recriminó Vicenta—. Ninguno es un mal partido.

De camino al cuartel de Fuencarral, en el corazón de Henar se posó el presagio.

—Algo va a pasar —murmuró—. Lo veo venir.

Estaban en una explanada azotada por el viento. Al divisar en la carretera solitaria el automóvil del mando, el cabo formó la guardia. Levantaron la barrera de acceso al cuartel y bajaron del coche un militar y un falangista. Tras ellos, penetró el grupo de Jesús.

—Tu coronel es el novio de mi señorita —le informó Henar—. Las casualidades de la vida.

—¿Quién es tu señorita?

Y al decirlo, Henar se sintió venerada por Jesús.

—Tú picas alto.

El grupo se situó en las primeras sillas, con otros civiles. Los soldados daban voces y chistaban. Jesús les exigió modales. Cuando tocaron el himno nacional, Jesús ayudó a incorporarse a Henar y le dijo que alzara el brazo mientras él se cuadraba.

—¿Y ése? —se alarmó Henar.

Detrás de la gran cortina blanca que caía del techo, un falangista miraba al público con la mano extendida. Henar luchó por mantenerse en pie con el brazo en alto y sin despegar la vista del asesino de su padre. Cuando acabó el himno agradeció que se apagase la sala para llorar sin testigos. Pero Jesús descubrió su crisis.

—La Patria emociona —le expresó con simpatía.

En el tranvía de vuelta, mientras Carmen y Gloria cantaban muy suave *Mirando al mar, soñé / que estabas junto a mí*, Jesús confesó a Henar que desde el primer día le había parecido de sentimientos delicados.

—No me atreví a matarlo —admitió Henar.

Jesús se afianzó en su convicción.

—Qué tierna eres.

Atravesaban el descampado de Chamartín de la Rosa cuando Henar volvió al soldado sus ojos húmedos.

—La plancha me chupa las fuerzas —se sinceró—. Soy un saco de huesos.

Jesús le contó que Acacio aparecía en el escenario al sonar el himno para que los soldados imitasen sus gestos, a la manera de un profesor de gimnasia.

—¡Teatrera! —recordó que llamaba a Celi cuando exageraba.

Y lo repitió aquella tarde cuando tropezó en la escalera de servicio de la casa de Almagro con el bulto de un perro o un muerto. A su socorro acudió Claudia con una rapidez sospechosa, como si estuviera aguardando tras la puerta.

—Es Codina, borracho como una cuba —alertó a Henar—. Con una peste que tira para atrás.

Luchini Berbén cloqueó con las chinelas hasta la cocina y al reparar en el estado de su compañero de la farándula, se compadeció:

—¡Cachetes de mi alma!

Barragán recomendaba desde el salón:

—No te vuelques, Lucerito.

Cheste dramatizó:

—¡Echadme por el Viaducto! ¡Soy un escombros!

Se alborotaron las gargantas femeninas y Claudia amagó una azotaina.

—¿Cómo puedes vivir sin ilusiones? —le amonestó Luchini Berbén—.

Vas a enfadar a san Antonio...

Y con el lenguaje de los ojos obligó a Claudia a servirle un plato de sopa.

—No te doy limosna, Cachetes, porque te la gastarías en Valdepeñas.

—Madrid queda más cerca...

—¡Saborío!

—Soy una llaga, pichona.

—Las manitas, Cachetes.

Cheste se arrodilló.



—¡Mi salvadora!

Silabeaba como si masticase arena, y aunque estaba harapiento, herido y maloliente por su rifirrafe con Cardenal, se envaró por imperativo hidalgo, simuló encasquetarse el sombrero y agarrar las solapas de su traje y, tras un taconeado, inició el dúo de *La del manojo de rosas*:

—*Hace tiempo que vengo al taller / y no sé a qué vengo...*

Luchini Berbén continuó de falsete:

—*Eso es muy alarmante, / eso no lo comprendo...*

El calambre del arte envaró al decaído.

—¡Tetazas!

La diosa de las tablas le moderó:

—El pasado no vuelve, Cachetes. Finiquitado y sepulto. Soy la mujer nueva del glorioso Movimiento.

Mas, por lo que pudiera pasar, expulsó de la cocina a Henar y Claudia.

—Pero los viejos compañeros son una excepción. Pide por esa boca, Cachetes.

Y cuando con la docilidad de un perro, Cheste le enseñaba la lengua y la dentadura embetunadas por Cardenal, compareció Barragán.

—¡Lucerito!

Luchini Berbén se distanció de Cheste y explicó a Barragán:

—No es lo que te figuras.

El coronel había reconocido al limpiabotas del café.

—¡A la antiEspaña, ni flores! —y desenfundó el arma reglamentaria—.  
¿Quién es usted?

Cheste parodió la misma zarzuela:

—¡Mussolini!

Y pretendió huir por la escalera de servicio.

—*Le voy a dar* —apuntó Barragán.

—*No estoy pocho...*

Luchini Berbén suplicó sensatez. Barragán se retiró con la pistola en la mano.

—Me matará —temblaba Cheste.

—Nadie te tocará —le serenó Luchini Berbén—. Si prometes formalidad, volvemos a entonces.

—¿Recitaré?

—Con esa boca, imposible.

Cheste escuchó sin pestañear la propuesta de Luchini Berbén:

—En la compañía puedes hacer de todo, igual que antes. Pero lo que quiero es que no te separes de mi angelito.

Cheste despegó los labios del tazón de sopa.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

A falta de respuesta exacta, Luchini Berbén basculó sus chinelas de fantasía.

—Qué generosa es la señora —reflexionaba Claudia—. Le dio cena y trabajo.

—De puro fina te clareas —se reconcilió Barragán.

—A papá no le salvó —pensó Henar.

*Perdonad, madre abadesa, / que en hora tal os moleste; / mas para mí, asunto es éste / que honra y vida me interesa.*

Los actores de la compañía de Luchini Berbén clavaban la punta del zapato en el suelo y Tino, desde la concha del apuntador, les recordaba el parlamento que olvidaron. Pero el público no percibía la treta, embelesado en el drama.

*Esa agua limpia y serena / que atraviesa sin temor / la barca del pescador / que espera cantando el día...*

En otro tiempo, la concha alzaba su perspicacia en una alameda o una alcoba; pero, al primer movimiento de la orquesta —con el clarín del pasacalle vibrando en el extremo de la batuta que tras la repicante intervención de los timbales agitaba a los violines—, caía el telón sobre el decorado y la concha plegaba su joroba hasta disimularse en la superficie allanada del escenario.

*Yo no puedo / querer a un chispero / que finge embustero / palabras de amor...*

Sobre el espacio concedido a la concha se instalaban las muchachas del conjunto y bordeaban el andamio de la pasarela sin mirar la hondonada de los músicos, de donde brotaba el pasodoble de las mantillas, de *El último romántico*, que Luchini Berbén cantaba enjoyada y con sonrisa de plata encima de una calesa donde los utileros hacían de jacas:

*Es la prenda que más quiero / la prenda más preciada / lo mismo que el emblema / glorioso de mi España...*

Aquella Luchini Berbén que propagó por las ocho capitales de Castilla la Vieja los cuplés de *La gatita blanca* que tanto gustaban al herbolario volvía a inscribir su nombre en la fachada de los teatros. Pero no para cantar la habanera de *Los sobrinos del capitán Grant* con unas fumadoras entre las columnas de un café colonial y a la orden del maestro desde el foso de la orquesta:

*Cuando a los aires el humo sube / parece hermosa, flotante nube...*

Después de trece años de ausencia de las tablas, Luchini Berbén era empresaria de unos actores de verso que, en los sofás de comedia o en los patios de armas de los dramas históricos, recitaban *Los amantes de Teruel* o *El trovador*.

*Mírame aquí prosternada, / ven a calmar la inquietud / de esta mujer desdichada: / tuyo es mi amor, mi virtud... / ¿Me quieres más humillada?*

De niño, Tino jugaba en el camerino de su madre con la colonia y las pinturas de los cómicos. Ahora, descartado como estudiante tras la experiencia del internado, figuraba como apuntador del elenco que divulgaba por la Península el repertorio romántico español.

*Capitán de los tercios de España, / señor capitán...*

Vislumbraban horizontes de grandeza las naves colombinas, brillaban aceros y donaires en las recreaciones de capa y espada, relampagueaba en la noche de azahar trianera el octosílabo amoroso. Pero dentro de esa tortuga empotrada en el escenario para aliviar la amnesia del intérprete, Tino sólo estaba pendiente de que los zapatos de la reina, el traidor o la virtuosa recabasen el socorro de la frase perdida hincando la puntera sobre el suelo de la habitación conyugal, el salón del trono o el despacho del profesional eximio.

*A vuestras plantas postrada, / señor, de mi orgullo loco / pídoos perdón.*

—Anuncias el espectáculo con el cartel al pecho igual que cuando vendías chicle —dijo Luchini Berbén a Cheste—, y me vigilas al angelito durante la función y después.

—¿Te sobran zapatos?

—Como no sean del angelito...

—¿Qué número calza?

—Está en la edad del pavo.

Por entonces, Mauro desaparecía de la tienda a la velocidad con que Celi lo hacía de joven para revisar en los espejos del desván la trenza que colgaba por su espalda. El taxi de Peñafiel se lo llevaba, pero ahora Tricinio y Cancio no sólo utilizaban el vehículo los domingos para ir al fútbol, sino que casi todas las tardes recogían a Mauro, ante la decepción de la tía Sara, que identificaba el petardeo del tubo de escape con la presencia de su primogénito.

—El niño —decía a su marido, desentendiéndose de Sisinio—. Ya está aquí el niño.

Y cuando, tras haber circulado por las afueras, el taxi de los gemelos de Peñafiel regresaba a la plaza —sobresaltando de nuevo a Sara—, Mauro restituía alguna herramienta de la tienda.

—Mi hermano ya encontró su media naranja —sondeaba Celi a Eladio sobre estas escapadas de Mauro.

—Tú eres la media naranja que me recomienda el médico —se postulaba el albañil.

—No sabía que estuvieras delicado.

Y Eladio le cantaba:

—*¡Ay Tani, Tani, morena...!*

Una tarde, Mauro y los gemelos de Peñafiel volvieron antes de lo habitual y Celi se turbó. No había parroquianas, Adela, Fina, Techu y el cura celoso escenificaban milagros en el atrio de la iglesia, y el padre aplazaba su composición mariana en verso para enfocar con un catalejo los dominios del indiano por si descubría al gran señor sentado con los mastines en el porche del pabellón, ya que sus muchos años, eso decían las beatas, no le permitían tomar las riendas del carruaje de caballos nerviosos ni recorrer las carreteras de Castilla tras las coristas.

—Déjalo todo y ven —dijo Mauro a su hermana.

Tricinio, Cancio y el pequeño Sisinio, encaramado junto a la jarra de las monedas, se encargarían del despacho mientras ellos daban un paseo hasta el puente de piedra.

—El trayecto del indiano —recordó Celi.

Y al vislumbrar en la excursión un pretexto para una confidencia de Mauro, le venció la curiosidad.

—Tú decides.

Al fin iba a enterarse de la conspiración de su hermano. Se palpó el traje y

el moño de solterona, subió a su cuarto para calzarse los zapatos de hebilla que le vio Acacio, bajó las escaleras taconeando, miró a Mauro para saber si estaba conforme con su aspecto y, ya en la plaza, le guió por la cuesta. Pero Mauro, más colorado que nunca, le señaló el taxi, festejado por los chiquillos.

—Vamos en coche.

Celi recordó la insidia de su tía Sara de emplear a Mauro en la línea de autobuses que proyectaban comprar. Y supuso que con ese objetivo se entrenaba Mauro por las tardes en el taxi de los gemelos de Peñafiel.

—¿Conduces tú?

Mauro abrió la puerta trasera con una reverencia y pronunció la cortesía de las lecturas del baúl:

—Milady.

Celi había utilizado la camioneta de línea, pero era la primera vez que subía a un automóvil. Tenía veinticinco años. Con la impavidez de Guirnalda ante las cominerías del mundo, aguantó los aspavientos de los niños en el cristal de la ventana. Y las ínfulas de primogénita anidaron en su recomendación:

—Despacito y buena letra.

Con dos vueltas de manivela, Mauro contagió el corazón de Celi de la trepidación de la carrocería. Mauro tomó el volante congestionado. Celi desahogó su pánico cuando su hermano soltó el freno y arrancó:

—Jesús, María y José.

Pero se calmó porque el conductor la transportaba con la suavidad de un cisne. Los chiquillos los escoltaron en la plaza y el padre saludó con la mano por la ventana del desván.

—¿Te mareas? —interrogó Mauro.

El automóvil rebasó la fonda, la carbonería de Braulio, el casino sin pulso y el convento de las reposteras; y si al principio Celi, por desconfianza del chófer, se aferraba al asiento delantero como a un salvavidas para no desequilibrarse en esta pista rodante donde las fachadas y los árboles perdían su fijeza ancestral, cuando se convenció de la pericia de Mauro reclinó la espalda y elucubró a la manera de Guirnalda con Adonis:

—¿Querrá verme Acacio?

Y se imaginaba ante el recepcionista del latifundio que la obsequiaba con un ramo de rosas.

—Estoy de luto —había previsto argumentar ante una proposición subida

de tono.

Pero en ese centro de peregrinación de su ansiedad durante la guerra, que en la cerca de alambre enredó sus aspiraciones de conseguir, al menos, las señas de su primo, ni los celadores ni los mastines se interesaron por el taxi de Peñafiel.

—Si me lo pide —rectificó—, soy suya.

Con el trotecillo resabiado de la calesa, se acercaron a la cueva del herbolario, el molino de Damián y Asunta y la olmeda. En el puente de piedra sobre el río, Mauro frenó de forma brusca. Y, aunque el pavimento estaba húmedo, el coche no patinó.

—¿Qué tal lo hago?

Giró la cabeza hacia su pasajera y Celi se tapó la cara. Tenía tres años más que su hermano, y esta independencia de Mauro se adelantaba a la suya y la condenaba a vestir santos entre las cuatro paredes de la tienda, la casa y el pueblo.

—Siempre ganáis los hombres.

Mauro atribuyó el desconsuelo de su hermana a la emoción de saberle emancipado. Y reprochó:

—Siempre lloráis las mujeres.

Celi se remontó a aquella tarde de julio en que Acacio se marchó a la guerra sin despedirse cuando ella hubiera querido secundar sus victorias o morir por la misma bala, porque no entendía la vida sin él.

—Por qué soy tan desgraciada —protestó Celi con la resignación de Guirnalda.

No hubo respuesta de Mauro, que volvió la cabeza al rato para cerciorarse de que su hermana ya no lloraba.

—¿Lo hago bien? —reiteró.

Asintió Celi y Mauro enroscó la manivela. El automóvil entró en la aldea. Pero, como si hubiera notado una avería, Mauro lo detuvo ante la fonda. Con el aire de los señoritos del casino bajó del coche y por el desfiladero sucinto, casi una grieta, accedió a la rotonda del pilón sin agua. En el zaguán del convento, Jonás se santiguaba muchas veces.

—Me hacen pinche y sin catarlo —le dijo—, lo mismo que Mamblona el mudo.

Mauro regresó con un dulce de las monjas perfumado por la gasolina de sus guantes. La gratitud de Celi se expresó en una sonrisa: el regalo de Mauro

la rejuvenecía, quizá debiera colgarse la trenza...

—En este oficio hay que oír el motor —disertaba Mauro mientras Celi lamía el pastel, igual que de cría.

Comenzó a llover. Mauro arrancó el taxi y coronaron la plaza del ayuntamiento al son de las campanadas del ángelus. Los chiquillos alborotaron desde el refugio de los soportales y Tricinio y Cancio asediaron a su alumno.

—No se me caló —tranquilizó Mauro a los gemelos.

En la ventana del desván, el padre declamaba, con el catalejo enfilado:

—*Oigo, patria, tu aflicción / y escucho el triste concierto / que forman tocando a muerto / la campana y el cañón...*

Aquel jueves Henar se disponía a repartir el cazo de monedas entre los pobres agolpados en la puerta de ser vicio. Pero Claudia prefirió que limpiase el ventanal del salón, donde esa tarde merendaría el séquito de la Esclava.

—Que brille, por si pasa Franco.

Era una mañana de septiembre, el cielo sin nubes permitía divisar la sierra que Henar cruzó en la camioneta cuando vino a Madrid. Por el ventanal del tercer piso de la calle Almagro el otoño le anticipó su bienvenida.

—Me da miedo —receló.

—Mosquita muerta —menospreció Claudia abandonando la sala.

Henar hundió un paño en el cubo de agua, colocó un almohadón en la base de la ventana y posó la rodilla derecha sobre él. Al alzarse del suelo, dominó la altura de los tejados. Asió el marco con la mano izquierda, elevó la otra pierna y se situó de rodillas ante el vacío.

—Si me mato —pensó—, estaré con papá.

Cerca del cielo y acariciada por la brisa, supo que con un empujón se convertía en pájaro. Y le gustó la idea de no pisar la tierra.

—¡Cuidado! —contestó Tino detrás de ella, como en la radionovela de Guirnalda.

Y tuvo que sujetarla porque se rendía, conmovida de la ayuda insólita.

—Mi angelito de la guarda...

—Te vas a matar.

—Si no quiero vivir...

Se soltó de Tino y, sin mirar abajo para prevenir el vértigo, pasó el paño

por el cristal. Descendió una pierna, luego la otra y, plantada en tierra, escurrió el paño en el cubo, lo mojó de nuevo y repitió la operación de remontarse.

—Soy un saco de huesos —se excusó.

—Es por la plancha —bromeó Tino.

—La plancha y la desesperación —afirmó muy seria—. Ni la caridad me acoge.

Pero, con él a su lado, estaba más segura que con Jesús en el baile de la glorieta de Quevedo. No debía confiarse, porque al secar el cristal con periódicos, las hojas se rasgaban, Henar quedaba colgada de la bola de papel, cada vez más deshilachada y reducida y, si el frío agarrotaba su mano y se le caía la bola, había que retirarse de la ventana con rapidez para no ser denunciada por los transeúntes y presenciar desde otra atalaya su descenso lento y voluptuoso.

—Me voy a hacer a ti —y tras decirlo, se ruborizó.

—Si no paro en casa...

Henar bajó la cabeza.

—A mi padre le gustas.

Claudia no se detuvo a calificar lo que Henar había limpiado con tanto riesgo. Corrió la cortina, delante puso una sábana blanca y, enfrente, sillas. Del cuartel de Barragán venía una película de la Virgen de Fátima y la Esclava, derramando su perfume de cera, llegó con el gordito albino más pronto que otras veces.

—Un descuido de un segundo —pontificaba la Esclava como si hubiera visto a Henar encaramada a la ventana— y toda la eternidad ardiendo.

Tino colocó a los invitados según decía su madre. Habían empezado el rosario cuando repicó el timbre de la puerta principal y ante Henar desfilaron Acacio, Camaño y los soldados del cuartel de Barragán con el material cinematográfico.

—¡Paso al séptimo arte! —tronaba Camaño con brioso repique de medallas.

Acacio no reconoció a Henar con el uniforme de criada. Pero ella vio la espalda del que había matado a su padre y mientras se proyectaba la película le temblaba la mano con la que preparaba los embutidos de Pedroche.

—Es mi oportunidad —se repetía.

Con dedos cautos recorría el filo del cuchillo y lo hundía en el corazón del



criminal o le rebanaba el cuello.

—Muere, pérfido —exclamaba Adonis al pelear con el mameluco del sultán.

Y tras una ejecución que aplaudiría el mundo, le daba igual arrojarse por la ventana del tercer piso que ahorcarse con la cadena del water o pudrirse en la cárcel.

*Mejor quisiera estar muerto / que verme toda la vida / en este penal del Puerto / Puerto de Santa María.*

Resonaba en el patio la carcelera del Puerto y en el salón de Luchini Berbén, la película de Fátima. Bajó la cocinera al retrete de la portería. Henar salió de la cocina con el cuchillo.

—Como hiciste con mi padre, asesino.

Pidió las fuerzas que le quitaba la plancha para culminar sus propósitos. La dulce voz de la Virgen la condujo al salón. No le fallaría su instinto, sabía desenvolverse en la oscuridad y cumpliría su venganza.

—Sin dudarlo, ataco.

Con la mano izquierda en el picaporte, levantó el cuchillo con la derecha. Tino abrió a quien deseaba entrar y Henar se le vino encima.

—¡Angelito!

Y se desplomó junto al cuchillo con el que no mató a Acacio.

—¡Milagro! —corearon los pastorcillos lusitanos.

La cocinera, que regresaba del retrete de la portera, tocó el corazón de Henar, miró su pupila y la arrastró a su cuchitril. Con la puerta de servicio de par en par, por si el aire del rellano la despabilaba, de lo hondo de aquel espacio secundario compitió con la altisonancia de la película la carcelera del Puerto.

*Adónde irá este barquito / que cruza la mar serena.*

Tino comunicó el percance a su madre y se suspendió la sesión de cine, para desencanto de los devotos.

—¡Un patatús!

Mientras Barragán telefoneaba al capitán médico del cuartel de Fuencarral, Acacio palpaba el cuchillo sin saber que iba destinado a su yugular.

—¡Es la hija de un rojo! —recalcó.

—No estaría a mi servicio si no fuera leal —alegó Luchini Berbén.

Precedida de Camaño y su collar cantarín, la Esclava invadió las dependencias de la servidumbre con su séquito pío. Su olor, tan difícil de

ventilar, se mezcló con el del embutido de Pedroche, predominante en la cocina.

—¡El viático! —urgía.

La cocinera se arrodilló.

—Por lo que más quiera, sálvela.

Henar deliraba en lo oscuro:

—¡Si Acacio mata, yo no!

Siempre bien informada, dictaminó la Esclava:

—El Maligno aprovecha lo que Nuestro Señor desprecia.

Camaño no se atrevía a depositar sus medallas sanadoras en el lecho de Henar.

—Morir en brazos de la Virgen —aseveraba el gordito albino— tiene indulgencia plenaria.

Para cumplir el servicio militar como asistente del coronel Barragán, Mauro llegó a Madrid un sábado de octubre. Acacio le había apalabrado una pensión en un inmueble de la calle Alcántara desde cuya azotea acababa de lanzarse una criada. Su cadáver, tapado por la patrona con una sábana, yacía en el patio interior del edificio. Los curiosos poblaban la escalera, los niños alborotaban en el rellano, y Mauro, que aconsejado por Tricinio y Cancio adelantaba su viaje para disfrutar del domingo en la capital, no fue atendido conforme al rango de su recomendación.

—No estamos para pamplinas —le avisó un chulito—. Pues menuda bofetá se ha dao.

Era en la sobremesa. Mientras Acacio asistía a la tertulia de Cardenal en el café de la Puerta del Sol sin saber que su primo ya estaba en Madrid, los hombres de la pensión comparecían a medio rasurar o con las mejillas enjabonadas porque la tragedia había interrumpido el afeitado de la semana inglesa. Unos daban por concluida la siesta que no habían iniciado y otros renunciaban a salir ya que la policía quería interrogar a los vecinos.

—Diviértase en la Gran Vía —le orientó una gallarda—. Aquí nos acapara el luto.

Después de cerrar el acceso al patio donde la muerta aguardaba al juez, la dueña de la pensión voceaba en los corrillos:

—Todo el mundo a su cuarto, que ya declararán en su momento.

Y al reparar en Mauro, que cargaba con su maleta desde la misma zona de Atocha donde en su día desembarcaron Ascen y Henar, descartó alojarlo:

—Ni transitorios ni estables.

Mas cuando Mauro se confesó pariente de quien le había reservado una habitación —y que a esa hora alababa tanto a su primo ante los contertulios del café que la trinca de Brunete interpretó *Yo tenía un camarada*—, la patrona varió de comportamiento y le estrechó las manos, entre la algarabía de las llaves que colgaban de su delantal.

—¡Me ha tocado el gordo!

Aunque, en vez de alegrarse, sollozó.

—Tengo a mi hermano en capilla.

Sin secarse las lágrimas, escogió una llave del manajo, agarró la maleta de Mauro y explicó por el pasillo que la suicida era soltera y estaba embarazada.

—Pecados de caballeros —sentenció.

A la habitación de Mauro se entraba por otra en la que un hombre roncaba. La patrona maniobró en la cerradura sin que el durmiente se alterase.

—Es sordo —aclaró.

Con repicar de llaves se introdujo en el cuarto destinado a Mauro, arrimó la maleta junto a una palangana y dejó a su huésped en una oscuridad apenas aliviada por un respiradero que permitía tocar la pared del patio, pero no distinguir el bulto de la suicida.

—¡Las capitales! —justificó Mauro.

Y en el mar de tinta de su habitación, proclamó a la manera de Núñez de Balboa ante el Pacífico:

—¡Madrid!

Borrosamente percibía los islotes de la cama y la mesilla. Quizá había un crucifijo en el cabecero.

—¡*La cuna del requiebro y del chotis!*

Sintió el tamborileo del chaparrón. Asomó la mano por la tronera y la retiró extrañado.

—¡Suena a lluvia y está seco!

Pero repitió el argumento exculpatorio:

—¡Las capitales!

La gallarda desafió en el pasillo:

—Te recogí en la basura y me cortaste la leche.

Y su pareja galleó:

—¡Soy chulo de toriles en la Chata y en las Ventas!

Los gemelos de Peñafiel le habían aconsejado que abrazara a una pata de la cama el asa de la maleta para que no se la robasen. Más tranquilo después de hacerlo, sacó pan y mortadela y se sentó en la colcha a merendar.

—¡Esto es vida!

Su rostro sanguíneo brillaba de júbilo. Oía la respiración del sordo y, más lejos, el zumbido de lluvia.

—¿Quiere hablar con su primo?

La patrona le ofrecía usar el teléfono a cambio de lo que se proponía pedirle.

—No me lo agradezca, porque soy su servidora.

El aparato colgaba de la pared del pasillo. Ayudada por la vela que sostenía Mauro, la mujer quitó el candado que inmovilizaba el disco, estiró los labios y marcó los números escritos en un papel, que descifraba penosamente.

—Ante Dios y ante la historia —y encajó el auricular en la horquilla— los importantes se vuelven imposibles.

Echó el candado de nuevo y se llevó la vela, por lo que Mauro regresó a su habitación a tientas. Y en el sonido que recordaba a la lluvia aunque no hubiera nubes ni humedad en la pared apreció signos de ultratumba.

—¿Será que la suicida se arrepiente? —y en su confusión rozó la palangana.

Decía el cura celoso que las ánimas del purgatorio rogaban a la puerta del cielo:

—¿Dan posada al peregrino?

Y al sentarse en la colcha se le heló el corazón, porque no encontraba el pan y la mortadela.

—¡Rayos y truenos!

Indagó en la mesilla y debajo de la cama, donde conservaba la maleta.

—Su ración a escote —manifestaba el chulo en el pasillo—. A cada quisque lo suyo.

Se trasladó al cuarto del sordo y le alarmó que no estuviera en su cama.

—A la muerta no le vale —precisaba la gallarda—, pero a nosotros sí.

Y cuando buscaba la merienda en el catre de su vecino, alguien entró en la habitación.

—¡Cáspita!

Precipitadamente volvió a su cuarto repitiendo lo que preguntaba Tino a la calesa del indiano:

—¿Quién vive?

Repicaba la lluvia, ese fenómeno incomprensible en el atardecer sin nubes.

—Conseguí pan blanco.

En la mano de la patrona, una loncha de mortadela coronaba la punta rebanada del pan, igual que en su bocadillo.

—Hágame el favor de matar el hambre —le exhortó la mujer—. Se lo doy tirado.

Y al acercarse a Mauro, desplazó la palangana.

—No veo mi llave —se excusó Mauro.

—Son las restricciones.

Mauro aludió al repique:

—Por fin, llueve.

La patrona desdeñó:

—De ilusión también se vive.

Mauro empezó a toser y se abrigó los hombros con la colcha. La mujer se sentó a su lado.

—En la cárcel de Porlier y con pena capital. ¿Me entiende o no me entiende lo que le quiero decir?

Culebreó el rastro de una linterna. Quien la manejaba venía con prisa, sin cuidarse de dónde ponía el pie. Al golpearse con la palangana lanzó una blasfemia y la patrona replicó:

—Me destemplas.

El tipo exigió:

—La cartilla de la muerta.

La mujer respondió:

—Mi hermano es antes.

El hombre sacudía el pie lastimado:

—En la cárcel, come.

La patrona alegó:

—Pero le falta el aire.

Y canalizó su angustia a Mauro, que no dejaba de toser:

—No verá el día de mañana, a no ser que su primo lo indulte, menuda encomienda.

Mauro preguntó:

—¿Su hermano es rojo?

El hombre iluminó la cara ardorosa de Mauro.

—Adoquín tenías que ser, paleta —y se frotaba la zona resentida—. Desertor del arado.

Y se marchó cojeando mientras la patrona argumentaba a Mauro:

—No es desafecto; viste hábito y paga la sepultura de la Purísima. Pero atrévase con el pan.

El chulo planteaba:

—¿Te abanico la jeta?

Y sugería la gallarda:

—Diquela mi chasis.

Unos tipos con una vela ocuparon la habitación del sordo. La patrona les saludó:

—Tres iguales para hoy.

E inmediatamente solicitó:

—¿Caídos?

Retumbó la cadena del aseo común.

—¿En el Rastro?

Con un ceremonial similar los contrabandistas rendían cuentas en la aldea al administrador Pedroche.

—No pago pretensiones —zanjó la patrona—. ¡La leche que le han dado a la mortadela!

La gallarda presumía:

—Estoy de dulce.

Y el chulito respondía:

—¡Salada!

Había cesado la lluvia y se retrasaba el juez de guardia. Mauro siguió tras la patrona. Con el auxilio de la vela, los reunidos en el cuarto del sordo limpiaban una montaña de lentejas volcadas sobre un periódico encima de una silla.

—Mortadela y pan blanco —elogiaban.

Coqueteó la gallarda:

—¿Qué das por un beso?

Y contestó el chulito:

—Achicoria.

—¿Y por mi cuerpo?

—Penicilina.

Mauro se internó en la oscuridad del pasillo. Necesitaba la llave de su cuarto para evitar más robos.

—¿Y leche condensada?

Sentía la ansiedad y el miedo de cuando se dirigió con Acacio al latifundio del indiano o tras la bicicleta de su tío.

—Nasti de plasti.

Las puñaladas de aire trasladaban conversaciones de insomnio sobre el nuevo heredero del trono de Bizancio que Guirnalda había dado a luz en mazmorras análogas a las habilitadas en la fonda de la aldea durante la guerra.

—¿No quería matarse? —chilló una mujer—. Pues anda y que la ondulen.

Los mamelucos del sultán de Bizancio imitaban a Herodes por razón de Estado.

—Como una ametralladora —comparó Mauro el rebote de la lluvia—, como una máquina de coser.

Cada vez más cerca, un narrador describía, al compás del repique, una peripecia parecida a la de Mauro:

—Cuando el forastero arribó al penal de California le quitaron las provisiones.

El campanilleo alternaba con el recitado.

—En el foso del puente levadizo yacía la muchacha de cabellera tan negra como su suerte.

Inoportunamente Mauro tosió y cesaron la declamación y el repique. Una cuchillada de luz rasgó el pasillo y de un cuarto salió un tipo con batín y bufanda.

—Pagaré —dijo.

Y volvió a su habitación sin cerrar la puerta, lo que permitió a Mauro observar el interior: había maletas, un hornillo y una máquina de coser. Sobre una cama grande, una mujer con un bebé cambiaba de calcetines a dos niños.

—La mortadela huele que alimenta —afirmaba la patrona en otro punto de la pensión.

Uno de los niños comenzó a representar lo que contaba el hombre del batín, que, en la mesa del fondo y con la colaboración de una vela, producía en un artefacto el sonido de lluvia que intrigaba a Mauro desde que llegó a la pensión.

—Al amanecer ejecutarán al forastero —vaticinó el hombre del batín—. Es la ley del penal de California.

Parapetándose en las maletas, el niño disparaba con una pistola y le herían balas.

—El forastero se rebela contra un destino que le condena.

Para dormir al bebé, la mujer se expresaba en otra lengua. Parecía signorina.

—El pan está empezado —comentaba la patrona lejos—, pero la mortadela es oro.

El niño descubrió a Mauro:

—Ríndete, infiel.

La mujer le reconvino:

—Calla, Rocco.

A la voz del niño, el hombre del batín se levantó de la mesa de trabajo como el tahúr que, ante el reto del rival, suelta los naipes sobre el tapete y apura la copa. Y señalando la máquina de escribir, repitió a Mauro:

—Pagaré.

Rocco le animó:

—Júralo, Flanagan.

El hombre le tranquilizó:

—Por el penal de California.

A través de las novelas de su padre, Mauro se sentía preocupado por lo que el hombre grababa en la máquina.

—Cuando me paguen —dijo a Mauro—, cobrarás tu deuda.

Mauro advirtió:

—No quiero pasta.

Y encarándose con quien escribía la historia del penal de California, reclamó:

—Salva al forastero.

Quizá el hombre del batín esperaba de Mauro una reivindicación diferente, porque se amilanó:

—¿Lo conoces?

Y de los labios de Mauro brotó el aroma de la olmeda:

—De tus libros.

Sobre la penumbra se desplomó el silencio. En la mesa de trabajo parpadeó la vela. La mujer avanzó hacia Mauro con resolución, sorteando las maletas.



—¿Qué libros?

Mauro se sinceró:

—Los que quemamos durante la guerra.

Y enumeró a los héroes conocidos en el limbo de su vida, bajo el mostrador de la tienda o en la encina soñadora:

—El capitán Cebollí, el escudero Berlinches, la princesita menuda, la bruja Retuerta...

—El caballo Comitiva —exaltó Rocco.

—Don Matías de Candamia, Inesita Tomelloso, Gutapercha, Romojaro, Afín de Madapolan...

El llanto del bebé rompió la tensión.

—Mi marido pone inyecciones —la mujer acunaba al crío—. Pregunte en el barrio.

—Intravenosas e intramusculares —se alivió la cara del hombre—. La epopeya de la existencia.

—Los desheredados de la Tierra —Mauro enalteció sus lecturas—, con hambre y sed de justicia.

—¿Vienes a que te pinchemos? —le cortó la signorina con su acento extranjero—. Porque tengo el puchero a punto.

Mauro se consideró sin méritos en aquella dependencia consagrada a la redención de la humanidad.

—Mi padre es Flanagan —presentó Rocco acariciando una pelota de trapos—. Y yo soy Zarra.

Su hermano, con un pie sin calcetín, recitó de carrerilla los cinco futbolistas de leyenda:

—Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gaínza.

Y tras el esfuerzo tosió agónico, con lágrimas en sus ojos grises.

—Es Peppino —dijo Rocco a Mauro—. ¿Y tú?

Mauro cazó el nombre de su infancia:

—Robinsón.

Flanagan le examinó con la vela.

—En tu aldea puedes ir desnudo —enfaticó—. Pero en Madrid necesitas un traje.

Sobre la mesa había tres cortes de tela que colocó en su antebrazo para que Mauro eligiera.

—¿De negocios?

Mauro respondió y el hombre sondeó su implicación:

—¿Caídos?

Mauro reiteró lo que decían sus vecinos:

—En el Rastro.

El hombre ponderó:

—Pues sí que está fuerte el Séptimo de Caballería.

La signorina protestó en su idioma; y tradujo:

—Más valía que te callaras, Flan, que se te entiende todo y un día vamos a tener un lío.

Reapareció la electricidad como el fogonazo de un cohete y desde algún lugar atronó el parte radiofónico:

—Histórica cosecha de camuesa. El Caudillo felicita a los nietos de don Pelayo.

—*¡Cuán gritan esos malditos!* —bromeó el hombre ante la contrariedad de la mujer.

Mauro completó la estrofa oída a su padre:

—*Pagarán caro sus gritos...*

Nadie redujo el volumen del aparato. El hombre depositó los cortes de tela en la mesa, se despojó del batín, retuvo la bufanda y formuló el lema de la guía comercial:

—En una semana lo vistes y lo pagas en un año.

Con una cinta midió espalda, brazos y piernas de Mauro.

—Si no tienes dinero —matizó—, en especie.

Tras el parte, resaltó el himno nacional. Rocco y Peppino levantaron el brazo y Mauro les imitó. Los tres tosían.

—Mercancía legal —pidió el hombre—, no de estraperlo.

—Y bien conservada —la mujer posó sobre la mesa el puchero.

—El puré de san Antonio —pregonaron los niños.

El hombre apagó la vela con los dedos y bajó al suelo la máquina de inventar hazañas.

—Guirnalda deshonorada y Adonis en capilla —criticó—. No hay justicia en el penal de Mr. Frank.

—¿Frank? —se turbó Mauro.

Rieron los niños ante el disgusto de la mujer.

—¡Qué cosas les enseñas! —recriminó mientras distribuía en los platos el contenido del puchero.

El hombre se ciñó el batín.

—¿No sabes quién es Frank?

Y sacó del cajón una carpeta con papeles.

—Abajo la dictadura —leyó Mauro.

Con prevención, los niños aventuraban la cuchara en el líquido transparente.

—Robinsón —aconsejó el hombre—, vuelve a tu pueblo.

La mujer se situó ante los niños con los brazos en jarras.

—Hacemos marionetas —dijo a Mauro— para que coman.

Con grata voz inauguró la sesión:

—*Funiculí / funiculá...*

Y cedió turno al hombre del batín, que cantó con la mano derecha levantada:

—*Cosacos de Kazán, / que sobre el caballo van / sin temor y sin desmayo...*

—*Cosacos de Kazán* —se extasió Tino en la taberna de Visi, igual que cuando reproducía de niño las palabras de su amigo.

Y Mauro repitió lo que le había dicho Flanagan cuando le mencionó al forastero del penal de California:

—¿Lo conoces?

Aquel 15 de agosto de 1963 estallaban en la taberna de Visi las carcajadas y los brindis del final de las comidas.

—*¡Cosacos de Kazán!* —exclamó Tino—. Cheste lo interpretaba en los cumpleaños o al final de una gira.

Unos parranderos arrastraron a Sisinio al futbolín. No había un alma en la taberna de Visi.

—*Cosacos de Kazán* —insistió Mauro—, *que en la guerra son un rayo / y en la paz, un huracán...*

—*Katiuska* —siguió Tino—. Cheste contaba que la representó antes de la guerra con el maestro Sorozábal.

—*¿Dónde irán?* —murmuró Mauro; y tarareaba la música, sin decir la letra.

—Cuando Cheste se ponía un gorro y la cantaba y bailaba, parecía un ruso. Eso afirmó Tino aquella tarde de agosto a su amigo de la niñez. Y

alumbrado por el fulgor de los ideales clandestinos, alzó el puño a corta altura de la mesa.

—¡Viva Rusia!

Mauro miró alrededor, y con los ojos encendidos y la cara brillante chocó su puño cerrado con el de Tino, como si estuvieran librando un pulso.

—¡Viva la perspectiva Nevski!

La taberna abarrotada impedía a Visi controlar el comportamiento de sus clientes.

—¡Viva la patria del proletariado! —susurró Tino.

Debía replicar Mauro, pero una evocación menos jubilosa ensombreció su semblante.

—Dijiste que Cheste era pequeño.

—Si doblaba las rodillas en el baile —Tino estaba eufórico—, se le perdía de vista.

Sobre el rostro de Mauro divagaba la influencia que le forzó a reiterar:

—No muy alto y con bigote, dijiste.

Los compañeros de fútbol abroncaron el desacierto de Sisinio. El gato arzobispal de Visi se sobresaltó un segundo y volvió inmediatamente a dormirse.

—¿Qué te pasa? —se extrañó Tino.

Costaba entenderse en aquel alboroto. Pero Mauro había resuelto el enigma.

—Es el que dices, me juego una mano.

Y reveló:

—Cuando hablabas de Cheste, tenía la sensación de haberle conocido. Ahora estoy seguro.

Su rostro, habitualmente encarnado, estaba pálido.

—Yo hacía la mili...

Mas como en vez de continuar permaneció en silencio, con la barbilla temblando, Tino tomó la iniciativa del relato.

—Cheste cumplió a rajatabla el encargo de mi madre. No me dejaba solo en el trabajo ni en la ciudad donde actuábamos.

—*Habla usted como un abismo / de ciencia y como hombre ducho. / Hace mucho tiempo, mucho, / que pensaba yo lo mismo.*

Cheste le desveló esa matanza de la picota que ningún represaliado ignoraba.

—*Deponed tan necio engaño; / después del funesto día / en Córdoba con su tía, / mi hermana ha vivido un año.*

—La última vez que vi a Cheste —dijo Tino— fue cuando representamos el *Tenorio* en Madrid.

Y en el hervor de la taberna de Visi, aquel 15 de agosto de 1963 Tino refirió el suceso.

—Estrenamos la víspera de Todos los Santos y el incidente se produjo en la tercera función.

—*Acude al cielo, Mejía / y no fue por culpa mía / pero la justicia llega / y a fe que ha de ver quién soy...*

Don Juan se asomaba al balcón, donde le aguardaba una barca para cruzar el Guadalquivir. Se oscurecía el escenario, y Tino y Cheste, desde el agujero del apuntador, no podían apreciar si el actor solicitaba ayuda con el característico movimiento del pie.

—*¿Quién es? / Por aquí; salvaos. / ¿Hay paso? / Sí, arrojaos.*

Y antes de que cayera el telón ocurrió lo impensable.

—¿Una desgracia? —se aturdió Luchini Berbén.

Aún sin aclarar el día, había sonado el teléfono de la calle Almagro y Demetrio Barragán Mínguez se sobresaltó:

—¡Generala!

Pero no llamaban del cuartel anunciando maniobras.

—¿Qué ocurre, Acacio? —Luchini Berbén sostenía el auricular—. ¡No me asustes!

El dormitorio de la pareja estaba tan desordenado como el gabinete de don Juan Tenorio.

—¿En la comisaría?

Barragán deducía de las muecas de su mujer el relato de su interlocutor.

—¿Cómo que tiene que declarar?

Luchini Berbén pasó de la perplejidad a la indignación.

—¿Yo también?

El coronel le arrebató el teléfono.

—¡Cuádrate, Acacio! Y no molestes a estas horas, ni por Dios ni por España.

Y colgó. Pero Luchini Berbén, desvelada con la información, se levantó de

la cama y llamó a la criada:

—¡Henar!

Anoche Henar se había acostado antes de que llegase Tino.

—Despiértalo.

Y Luchini Berbén se abrazó a Barragán porque no sabía si Tino estaba en casa o en comisaría.

—Hablaré con Cardenal —le consolaba Barragán—. Y en El Pardo se enteran, vaya si se enteran.

Tino apareció soñoliento. Barragán oteó por el balcón, igual que don Juan antes de escapar por el Guadalquivir.

—No me asustes, angelito —la madre indagaba en los ojos semicerrados de Tino—, no me asustes.

Barragán recorría la habitación con la zancada de don Juan Tenorio cuando burlaba a sus perseguidores.

—*Llamé al cielo y no me oyó, / y pues sus puertas me cierra...*

En ese momento de la representación, desde los andamios de los tramoyistas comenzaron a caer unas hojas.

—... *de mis pasos en la Tierra, / responda el cielo, y no yo.*

Algunos espectadores de butacas y palcos buscaban esos papeles y otros los devolvían al escenario, donde irrumpían los soldados enemigos de don Juan.

—*Justicia por doña Inés.*

La voz de Tino se impuso al estrépito de la sala:

—*Pero no contra don Juan.*

En alarmante incongruencia, la Policía Armada entró con los soldados y el cadáver de don Luis Mejía escapó hacia bastidores.

—¡Arrea! —dijo Cheste.

Y con las botas de la policía a dos metros, buscó el mutis como un clásico de las tablas:

—*¡Mi reino por un caballo!*

Entre fustazos de los guardias y gritos del respetable se desplomó el telón cuando Cheste ya no estaba en la concha del apuntador.

—Un escándalo, hijo —recalcó su madre—. Por estas cosas nos quitan la licencia.

Y paseaba desde el dormitorio a la terraza sacudiendo las chinelas de fantasía.

—*¡Santo Cristo! ¡Estoy despierto! / ¡Me echan un muerto...! ¡Ay, es él! / Prima, ya sé de Miguel; / ya sé cómo está. ¡Está muerto!*

Apostado en el balcón, Barragán aguardaba el coche militar. Había amanecido sobre Madrid, sonaron ya las descargas de los fusilamientos y el clamor del elefante en el Retiro, pero todavía el sol no estrenaba el cielo.

—Media compañía detenida —repitió Luchini Berbén.

En los pasillos del teatro la policía golpeaba indiscriminadamente, algunos civiles enarbolaban pistolas y los brazos se alzaban en adhesión o súplica.

—*Es el Dios de la clemencia, / el Dios de don Juan Tenorio.*

Tino salió a la calle y corrió tras Cheste. Desconfió de alcanzarlo porque se desplazaba con agilidad, pero al doblar la primera esquina le esperaba anhelante.

—Paisano.

Y agarrándolo del brazo, deslizó en su oreja:

—Toma lo mío.

En una pensión de los barrios bajos le dio su maleta para que la escondiera en el piso de su madre. A nadie se le ocurriría investigar en la vivienda señorial de la calle Almagro.

—Presente ingrato, futuro venturoso —susurró al delegarle su patrimonio.

Tino se enorgulleció. Era la primera consigna que acataba. Alzó el puño y evocó al herbolario:

—Anarquía es salud.

La frase transmitía algo entrañado en su experiencia, pero Cheste no lo valoró.

—Y ahora olvídate —le ordenó antes de hundirse con su destino en la noche.

Impulsada desde Vicálvaro, la mañana se afianzaba entre las nubes de otoño; un sol incipiente prometía misericordia a la Tierra y los hombres.

—Díselo a Cardenal muy clarito —remachó Luchini Berbén a Barragán—. De prohibiciones nada.

Barragán se enfureció:

—De este atropello se enterará el Generalísimo. Y Oliveira Salazar. Y Su Santidad Pacelli.

El coche militar avisó con un bocinazo.

—Dos, tres toques —recordó Adela.

—Y Pilar Primo de Rivera —Barragán enumeraba personalidades

influyentes—. Y Cantinflas...

Mauro abrió la puerta del vehículo a su superior. Barragán voceó a Luchini Berbén, que le despedía en la terraza:

—Si yo fuera el Generalísimo, ¿sabes dónde los llevaría a todos, Lucerito?

Bajo la cama de Tino reposaba la maleta de Cheste.

—Al paredón.

Como si le hubieran dictado unas señas, Mauro bramó:

—A la orden.

Luchini Berbén pasaba de la terraza al dormitorio cuando le sobrevino el pálpito.

—¿Y el Cachetes?

En la maleta confiada a Tino, el fugitivo Cheste almacenaba novelas de quiosco, ligeros, palomitas, camisetas y barras de paloduz.

—Si no lo han detenido, caerá pronto —supuso Luchini Berbén—. Es de la cáscara amarga...

—Tu madre acertó —interrumpió Mauro en la taberna de Visi—. Era carne de Cardenal.

Pero cuando trasladaba aquella mañana a Barragán al cuartel de Fuencarral, Mauro no conocía aún a Cheste.

—*Isabel y Fernando* —mascullaba Mauro—, *el espíritu impera*.

Mauro había salido a su hora de la pensión de la calle Alcántara. De camino a la calle Almagro, donde recogía a su coronel, se cruzaba con un tipo con un colchón a la espalda. El tipo siempre era el mismo, pero el colchón no.

—*Moriremos besando / la sagrada bandera*.

Sus compañeros de reemplazo practicaban la instrucción en los páramos de Fuencarral, cuando Mauro tocaba la bocina del automóvil en la calle Almagro.

—Dos, tres toques —indicó Adela—. Y si estaba contento, la *copita de ojén*.

Aquella mañana el coronel Barragán viajó en un silencio hosco que prolongó en su despacho del cuartel mientras Mauro vertía el chocolate en el cazo, partía el chusco en rodajas y las disponía en un plato alrededor de la taza.



—*Entonemos el himno sacrosanto* —exultaba Mauro— *del deber, de la Patria y del honor.*

Como si se derrumbara una montaña se sentó Barragán a la mesa. Consintió que Mauro apartase carpetas y lapiceros para depositar el cuenco humeante y las sortijas de pan. Vigilado por el crucifijo de pared y los cuadros de Franco y de José Antonio, el coronel se atragantó con el pan, se quemó con el chocolate y sorbió la taza con un beso de final de película que le dibujó un bigote. Tras lo cual, y como venía haciendo desde que Mauro estaba a su servicio, se aflojó el cinturón, confeccionó el cigarro de picadura, lo prendió en la cerilla que le tendía Mauro, estiró las piernas como si fuera a tumbarse, aspiró la primera calada con la vista en el techo y admitió entre bocanadas de humo:

—La vida militar tiene sus compensaciones.

Mauro fregó en la cocina el servicio de la bandeja. Cuando volvió al despacho, flotaba el coronel en los vapores de la digestión con el uniforme condecorado por la ceniza del pitillo.

—Acércate, hijo.

El tono era grave, y a Mauro le tembló el trapo que colgaba de su mano derecha.

—Esta noche, en Madrid y a traición —manifestó el coronel—, se ha infiltrado la antiEspaña.

Mauro enrojeció y aguardó detalles. Pero como el coronel no ampliaba la noticia, aseó la mesa con el trapo y colocó las carpetas y los lapiceros. Entonces aulló Barragán:

—¡Firmes!

Mauro obedeció.

—¿Cuándo atacamos Rusia?

Mauro se ruborizó.

—Cuando mi coronel ordene.

—Tu coronel y el parte meteorológico —matizó Barragán entre el humo del tabaco—. La nieve es muy puñetera.

—También Rusia, mi coronel.

—Así se habla, soldado.

La llegada de Acacio relevaba a su primo de interrogatorios. Mauro se cambiaba de ropa y con un pedazo del chusco en el bolsillo del mono, del que iba picando a lo largo de la mañana, enjabonaba y aclaraba el coche oficial.

Volvía a vestirse de soldado para atender a Carmelita, la legítima de Barragán; en el automóvil la desplazaba desde el asilo a la modista y al domicilio de algunas amigas —bajando y subiendo a pulso la silla de ruedas— y la paseaba por el Retiro a ritmo de procesión y con las ventanillas tapadas, como el indiano en la calesa.

—Fu, fu —podía agradecer ella.

Y Mauro cantaba pensando en su padre y sus hermanas:

—*Para ser conductor de primera...*

Poco a poco, Acacio empleó a su primo en tareas de la constructora El Alcázar, si bien lo mantuvo de uniforme y en el vehículo militar para amedrentar a los deudores. Por desmontes de basura transportaban en una cartera los recibos de los alquileres. En la primera visita no ejecutaban a los morosos pero, con dos cobros pendientes, acudían con la policía, y de nada valían los ruegos de los desahuciados ante el perfil disuasorio de Acacio, esa severidad de ceño fruncido que mostró en el cuartel la mañana siguiente al escándalo del teatro.

—La antiEspaña no descansa —masculló a Barragán.

Estaba sin afeitarse tras haber pasado la noche en el despacho de Cardenal, enfrentándose a la conspiración de los cómicos de Luchini Berbén. Pero Barragán no admitió excusas.

—Mi mujer y su hijo son sagrados —le adelantó—. Si les molestáis, os capo.

Y agregó, con un puñetazo en la mesa:

—El Cuerpo de Policía de don Francisco Franco Bahamonde se queda sin huevos.

Acacio subió al coche de Mauro disgustado por la bronca de Barragán, y en la zona de chabolas caminó entre los vertederos de cascotes, retador y sordo a las súplicas de los humildes. Sorteaba una zona encharcada cuando le lanzaron un tiesto desde un balcón, y estaría descalabrado de no haberse interpuesto el hombro de su primo, que, del impacto, se desmoronó sobre el barrizal.

—Yo levantaré el brazo por ti, camarada —le prometió Acacio cuando lo retiraba del campo de batalla.

En la Casa de Socorro vendaron al herido y le prohibieron conducir vehículos, por lo que los dos primos regresaron en taxi al cuartel. Mauro miraba por la ventanilla.

—Nunca fuiste un valiente —empezó diciendo Acacio.

Mauro aceptó el reproche de quien lo conocía desde la cuna. Acacio le había enseñado todo lo que no estaba en las novelas del baúl y Mauro le correspondía con esa fidelidad del escudero a su jefe que implica una entrega incondicional de la persona. Estaba a merced de quien le había sacado del pueblo para traerle a Madrid y todo lo concerniente a esa servidumbre, como la lesión del hombro, entraba en el precio. Mauro levantó la vista y se ruborizó porque su primo le miraba raro.

—Caballero mutilado —se enterneció Acacio—, estás hecho un Cristo.

El carro de los traperos, los niños en la alcantarilla y el perro a la puerta de la chabola.

—Melindres —recordó Mauro.

La historia seleccionaba a sus héroes y Acacio lamentaba no haber caído en vez de su primo. Pero un combatiente como él, con el pecho abierto a las balas de Rusia, no merecía un final prosaico en un suburbio de Madrid. Condenado a compartir su existencia con los cinco cadáveres de la picota, necesitaba una muerte de leyenda para acreditar su vida. Agradeció a Mauro su presencia, no sólo en las ocasiones grandes, sino en las menudas. Y añadió:

—Te diré por qué el tiesto te ha tocado a ti y no a mí.

Un anciano sorbía de una fuente. Mauro temió que Acacio le devolviese a la tienda de pueblo ahora que no podía conducir vehículos.

—Es la primera vez que lo cuento —empezó Acacio—. Algo sospecha el coronel, pero tú eres el primero en saberlo.

Se encendieron las mejillas de Mauro. Una gitana bañaba a su niño en un charco.

—Hoy me he salvado de milagro —y entornó las pestañas, como cuando fantaseaba ante Celi en la olmeda.

Estaban a las puertas del cuartel. Los primos se apearon del taxi. Dos mendigos que se peleaban huyeron.

—¡Quién fuera pastorcillo lusitano! —añadió.

Formó la guardia en el descampado. Acacio retuvo a Mauro.

—¿Adivinas quién me protege?

Antes de que Mauro nombrara al Caudillo, Acacio le obligó a arrodillarse, para estupefacción de la guardia.

—La Virgen de Fátima —afirmó con la autoridad de cuando describía el

tesoro del indiano.

Mauro se lo imaginó en la aldea con las ovejas de Cande.

—Tú crees que la Virgen de Fátima está en un altar o sobre una nube porque eres un ignorante —vociferó Acacio.

El cuerpo de guardia se cuadró.

—Pues vende boniatos en la Gran Vía, a la altura de Chicote... Con cédula, supongo.

Mauro juntó las manos y parodió la estrofa:

—*El trece de mayo / la Virgen María / bajó de los cielos / hasta la Gran Vía.*

Acacio le interrumpió:

—Ni una palabra de esto a nadie, es secreto de Estado, júramelo por Dios y por España.

Al enterarse del accidente de Mauro, Barragán solicitó un sustituto que rescatara el coche de terreno enemigo y paseara aquella tarde a su esposa.

—¿Quién me da de desayunar mañana? —preguntó al brazo de su asistente.

Acacio propuso una batida contra los revoltosos del teatro y la trinca de Brunete se sumó a la expedición. Ladis, Fernan y Caíto invadieron a paso ligero el restaurante donde se habían citado, simulando fusilar a los comensales que no saludaban con la diestra alzada. Seguidos por unos camareros que pedían comprensión para las novatadas castrenses, ponían a cuatro patas a los clientes masculinos, les instaban a declamar episodios del *Tenorio* y los que sabían los versos eran considerados actores y remojados en los lavabos.

—¡Al agua, patos!

Consiguieron que el maître cantara el himno de la Legión y subieron a Mauro a una mesa —como cuando su madre le arreglaba ropa paterna— y le bajaron los pantalones para que se los pusiera con una mano.

—¡Viva la trinca de Brunete!

Comieron carne y bebieron vino, el restaurante les obsequió con un postre de cabello de ángel. Torpe con los cubiertos, Mauro les hizo reír imitando a los simios. Acacio le ofreció un habano de lujo y, a las primeras caladas, el techo del local se venció sobre él igual que el tiesto des de el balcón del insolvente. Acacio sostuvo su frente sudorosa en los lavabos. Todos le pedían que cantara, pero Mauro se negó.

—Apesta a barro —le recordó su primo.

Y en un taxi le envió a la pensión con dinero y un papel para la farmacia. Mauro dio a la patrona el papel y el dinero, atravesó la habitación del vecino sordo, que estaba vacía, y cuando se tumbó en su cama, nuevamente el techo cayó sobre él, por lo que vomitó en el aseo comunal. Al otro lado de la puerta se agitaba la patrona.

—Lo fusilan al amanecer.

Tendido sobre el brazo ileso y con el otro como un promontorio sobre el mar de sábanas, Mauro pidió:

—Sálvalo, Flanagan.

Y con los ojos cerrados aceptó la compasión de los huéspedes. La signorina depositó en su mesilla una estampa de san Antonio y Peppino midió con su palma la escayola. La patrona concretó:

—Vendrá el practicante.

El rumor de su visita poblaba los pasillos y el rellano de la escalera, como cuando se suicidó la criada. Unos se asustaban:

—¿Está detenido?

Y otros se despreocupaban:

—Desengancharon el trole.

Con una expectación parecida a la que provocaba entre los niños y la peonada de Pedroche el recitado de los pedidos en la tienda, el médico fusilado por Acacio entró repartiendo los papeles de una carpeta.

—Instrucciones para las ejecuciones —recitaba—. Si las sigues, sobrevives.

Mas al quitarse los lentes, recordó a Flanagan, con Rocco de ayudante.

—En las casas se produce la rebelión de las masas —arengó a su auditorio.

La patrona trajo una jofaina con agua y una toalla. El practicante reclamó:

—¡Penicilina!

Los más próximos trasladaron la demanda a los que se estacionaban en el pasillo, de éstos pasó a los arracimados en la escalera y se introdujo en la guarida de la portera que, al levantar el frasco en sus manos con la unción del cura celoso al alzar la hostia, exclamó:

—¡El indulto!

Y por la misma correa de transmisión volvió el antibiótico a la habitación de Mauro. El practicante cubrió de algodón un plato, lo regó con alcohol y la llama del mechero deslumbró a los testigos que vocearon su emoción a los

que se apiñaban en los pasillos y en el rellano y recibían desordenadamente la descripción de las operaciones.

—Dios divide al orbe en ricos y pobres —adoctrinó el practicante—. Es la primera causa de fusilamiento.

En un cuenco de metal mediado de agua calentó una jeringuilla y una aguja. Al hervir, lo retiró, y con la energía del bravucón en la verbena, comentó a su ayudante:

—Si quieres apagar un fuego, más vale ahora que luego.

Seguidamente clavó la aguja en la tapa del envase y llenó por la mitad la jeringuilla.

—¡Preparados!

Su advertencia bajó por las escaleras a la calle, donde el chulo de toriles recomendó:

—Hasta la bola.

Y la gallarda secundó:

—Sin descabello.

El practicante prendía la aguja con dos dedos, igual que una banderilla.

—¡Listos!

La patrona maniobró con Mauro. En pared encalada rebotaría la descarga.

—¡Apunten!

Como una cuchillada penetró el cantar de una saeta y Mauro sintió el timbre del pinchazo.

—Arriba España.

Al frente de la trinca de Brunete Acacio asaltaba la pensión. Cayó un niño, arrastraron a un viejo. Tembló el empapelado de las paredes, cerró una ventana, enmudeció la radio y por el canalón del patio resbaló una rata. Con la mano en alto y rechinando las mandíbulas, la patrona dio la bienvenida al comando:

—*Cara al sol...*

Mauro despertó cuando Acacio le enchufó la linterna del chulo de toriles.

—No sabes beber.

Y a semejanza del tornado, que tras zarandear el área de su influencia deja la huella de su vibración en un plantel de desechos, cayó el silencio sobre la pensión batida por Acacio. Se adensaban las tinieblas, y con el retorno de la paz y su monotonía de costumbres, la insidia de la col hervida pregonaba la cena en las habitaciones donde los huéspedes se refugiaron de la invasión

falangista. Pero, por cautela, se resistían a la convocatoria de la cocina y no salían de su cobijo para llamar a las puertas de los perezosos como en noches más felices, cuando encabezaban la procesión de los hambrientos al comedor murmurando lo que recordaba una letanía:

—Santa Rusia, acuérdate de nosotros, pecadores.

A Mauro le pesaba la cabeza y le avergonzaba mostrarse en pijama. Acacio examinó el colchón. Mauro recordó al hombre que todas las mañanas cargaba sus espaldas con uno diferente. Consternada ante el barullo de sábanas, la patrona insinuó:

—Falsa alarma...

Pero la evidencia del delito yacía en el somier. Era una carpeta con papeles, como la de Flanagan.

—Fusilados de la dictadura —leyó Acacio.

La patrona huyó por el pasillo con repicar de llaves.

—¡Ni la caridad salva a mi hermano!

Acacio enarboló la carpeta:

—¿Quién la puso aquí?

Mauro mintió:

—Los que me robaron la merienda.

Acacio le conminó:

—Vamos donde Cardenal.

—Es la primera vez que lo cuentas —dijo Sisinio anoche.

La mirada de Adela sobresalía del cobijo de la manta.

—Treinta años después —confesó el cazador— han prescrito las denuncias.

Mauro le había referido la historia en la taberna de Visi aquel 15 de agosto de 1963.

—Un discurso susurrado —especificó el cazador—. Mauro estaba con el pecho inclinado y la vista en el mantel de plástico, pendiente de mover con sus dedos las migajas...

—Si no me hubiera ido al fútbolín...

La cocinera fregaba los platos.

—Costaba entenderse en aquella barahúnda...

Detrás de la puerta que el secretario dejó entornada al anunciar la visita de los primos, estaba el hombre más temido de España sentado ante una mesa de despacho y con la camisa blanca remangada hasta el codo. Cuando colgó el teléfono y se levantó para saludarlos, Mauro quedó decepcionado por su baja estatura, pero le deslumbró el fulgor de sus zapatos, de bailarín de claqué. Empezó a explicarse Acacio, pero Cardenal no le permitió hacerlo allí, sino en otro cuarto, al que se llegaba tras un laberinto de pasillos y escaleras. El nuevo espacio era austero, con una mesa, una silla, una luz alta y una ventana abierta a un patio. Cardenal y Acacio conversaban en la ventana mientras Mauro buscaba un rincón donde pasar desapercibido.

—Tengo sueño, me duele el brazo —se decía—, ¿qué hago aquí?

Tras un golpe de nudillos que no se contestó, empujaron la puerta. Dos individuos arrastraban a un tipo desnudo de cintura para arriba del que Mauro, desde el punto donde se hallaba, sólo distinguió el bigote. Los individuos le sentaron frente a la mesa y trataron de enderezarlo, porque el tipo, más que sentarse, se derrumbó. Tenía las manos esposadas a la espalda, lo que no favorecía su equilibrio. Mauro apretó contra la pared el hombro sano y se ruborizó. En las novelas del baúl, la entereza del detenido triunfaba sobre las artimañas de los policías. Pero a aquel preso le costaba erguirse, lo contrario de Henar, cuando desfiló por la plaza de la picota entre los forajidos del pelotón de castigo, tan altiva y retadora como luego en la olmeda, ya sin la melena abundante.

—Esa chica es de mi pueblo —comunicó Acacio a Cardenal—. Su padre era rojo y está poseída del demonio.

Sus compañeras del servicio doméstico la habían visto caminar por el ventisquero de Luchini Berbén con un cuchillo de cortar fiambre cuando proyectaban la película de la Virgen de Fátima.

—Quiere matar a la Virgen —insistió Acacio— porque odia nuestra fe y nuestra Revolución Nacional Sindicalista.

—¿Tiene antecedentes? —se interesó Cardenal.

Para averiguarlo, la Esclava se presentó donde Priscila a la hora del almuerzo y, tal como iba vestida, Susi la envió a pedir limosna a la calle Almagro y luego al comedor de Auxilio Social. Pero cuando la Esclava se identificó, como si maullara, Susi levantó la mano de salvar a la Patria para defenderse de los pescozones de Priscila, que, retocándose el moño y



alisándose la falda del hábito, cayó de rodillas en el rellano de la escalera ante el oráculo celeste. Respaldada por Ascen, que contenía su emoción en un pañuelo, y ante la expectación de los vecinos por el espectáculo gratuito, Priscila suplicaba el perdón de la ofendida.

—No sabe lo que hace —excusaba a Susi—. Es mutilada.

Con el desdén de quien sólo está pendiente de las alturas, la Esclava medio derribó a Priscila y, sin que nadie la guiara, fue hasta el saloncito desplazando sillas con el vuelo de su falda pesadota. Como acostumbrada a los honores, en aquella habitación consagrada a la costura y al augurio de los naipes presidió la mesa. De su falda sacó un rosario, pero Priscila se anticipó, y al ritmo cojitranco de Susi hizo traer desde la cocina un plato sobre el que volcó el guiso de zanahoria y patata. Al oler la comida, la Esclava cambió el rosario por la cuchara que Susi le tendía después de haberla restregado en el delantal, y se rindió con una mueca.

—Primero la obligación y luego la devoción.

Eso respondió Cardenal cuando dejaron sobre la mesa del sótano policial una bandeja de comida, antes de que hubiera declarado el preso. Pero no insistió en devolverla al restaurante porque estaba pendiente del relato de Acacio sobre la poseída del diablo. Los policías también lo escuchaban, pero uno, al observar la mirada del detenido a la bandeja, se acercó a probar el guiso. Debía de ser un potaje, al policía le gustó y cedió la cuchara al detenido para que comiese. Éste no tenía posibilidad de recogerla al estar esposado, por lo que la cuchara cayó al suelo. El detenido se fue tras ella en su intento de atraparla. El ruido fue grande, pero no distrajo a Cardenal.

—Tú sigue con la historia —ordenó a Acacio.

Y Acacio contó que la Esclava, cuando terminó el plato de zanahoria y patata, requirió a Priscila para que autorizara el ingreso de Henar en un convento. Antes de aprobarlo, Priscila lo consultó con las cartas, pero al extenderlas sobre el tapete admitió que le estaba negado predecir el futuro de su sobrina, ya que Henar obraba por su cuenta desde hacía meses, no les visitaba los domingos, y era el recadero manco o Susi quien traía los obsequios semanales de Luchini Berbén.

—Así nos paga los sacrificios que hicimos por ella —argumentó Priscila.

Entre tanto, el policía que había probado el guiso intentó sentar al caído. No era impedimento su peso, ya que lo manejaba como una pluma, sino su falta de colaboración. Para ganárselo, el policía recuperó la cuchara, la

hundió en el plato, y cargada de garbanzos y unas hebras de verdura la condujo a la boca del detenido. Éste comió con la vista en la bandeja. El policía repitió la operación y consiguió así que se sentara. Mas se olvidó de darle de comer cuando Acacio expuso lo que decía la Esclava de la sirvienta de la calle Almagro:

—El Maligno se alimenta de lo que la poseída ingiere.

Bajo disfraz de parásito sorbía jugos y legumbres del estómago de Henar.

—La ciencia extranjera —ponderó Acacio— se pasma de lo que engulle el diablo.

Aguardó el detenido, con la mirada en el plato y no donde el policía se hallaba; pero fue sólo un momento, porque ante la actitud del que prefería escuchar a Acacio, se abalanzó sobre la mesa y, al no poder valerse de las manos esposadas, dobló el tronco para abreviar en el plato. Corrió a evitarlo el policía que le alimentaba, de un manotazo lo impulsó a la silla y llenó la cuchara mientras le reñía. Indiferente a lo que pudiera decirle, el detenido no desviaba la mirada del potaje.

—A la poseída, ni las mondas —exigía la Esclava a las criadas de Luchini Berbén—, que se las traga el demonio.

Y todos los jueves, antes de merendar en el salón el embutido de Pedroche, la Esclava se reunía con Henar en la cocina. Se sentaba en la butaca que le traía Claudia y a su lado se arrodillaba Henar, como en un confesionario, aunque sin aliviarse con la almohada de limpiar las ventanas.

—¿Has comido sangre? —le asediaba la Esclava—. ¿Corazón, hígado, riñones?

La cocinera protestaba:

—Si está hecha un palillo...

—¿Lacticinios, fruta, purés?

La cocinera contestaba por Henar. La Esclava, nimbada por su olor pringoso, aconsejaba:

—Si no haces de vientre, ponte lavativas.

Sus facciones masculinas transmitían sensación de inacabada, como si hubieran cortado su crecimiento en la adolescencia y de ello derivara un híbrido de niña y monstruo, algo parecido al enano de raza.

—Échalo de tu cuerpo —bramaba—. Que se achicharre en el infierno, el muy judas.

La Esclava confiaba en que, una vez depurada, Henar cobrase el rango de

los pastorcillos portugueses y España superase en milagros a Portugal. Por ello todos los jueves miraba las manos de Henar, por si le brotaban llagas, y rezaba para que recibiera en su pecho la lanzada de Longinos.

—No tienes marcas —se decepcionaba al examinarla—. No le gustas a Nuestro Señor.

Había garantizado a Luchini Berbén que si el proceso terminaba a mayor gloria de Dios, su fama como anfitriona de la estigmatizada superaría a la que obtuvo en los escenarios. Pero conforme pasaba el tiempo sin que el cuerpo de la joven respondiese a los apremios divinos se desentendió de su suerte.

—Soy el espíritu de la golosina —decía Henar al retrato de su padre—. ¿Qué va a ver Dios en mí?

—Come, reina mora —la cocinera la alimentaba bajo cuerda—, que eres de carne y hueso.

—¿Queréis pastas de aquí? —ofreció Visi remolcando su pierna.

—¿De las monjas? —se sorprendió el cazador.

—De las monjas, no. De aquí.

—Y orujito —propuso Mauro.

—Ya empezó Cristo a padecer —renegó Visi—. Hace nada que te fuiste y vuelves madrileño.

El gato arzobispal bostezó malhumorado.

—Trae la frasca, Visi —dispuso Tino.

Y cuando Visi se fue renqueante, dijo:

—Cheste no volvió a casa de mi madre ni a la compañía. Un trapero se llevó su maleta.

—Era ese detenido, estoy seguro.

—Pero Cheste no tenía nada que contar a la policía. Fíjate en el contenido de su maleta.

Regresó Visi con la bebida y Mauro apuró una copa de una sentada. Luego, advirtió a Tino:

—Lo que viene es peor que lo que has oído.

Anoche, en la cocina de Adela, el cazador contagió su angustia a los primos.

—Duro de hablar —insistió Mauro en la taberna de Visi, con la cara muy encarnada.

—Y de oír.

El orujo alentaba la confianza pero agarrotaba la lengua.

—Porque cuando uno cuenta cosas propias —subrayó Mauro—, es más duro de hablar.

—Y de oír —concedió Tino.

Sisinio comenzó su caminata por las baldosas de la cocina, Adela se abrigó con la manta y el cazador habló.

Mientras el esposado lamía restos de comida en su bigote, Cardenal llamó a Mauro asomando la mano por la guarida de almidón de su camisa. Prevenido por Acacio de su carácter medroso, Cardenal le tranquilizó:

—Tú no eres como ése —y señaló al preso—. Tú estás sirviendo a España.

—Pronto estoy lili —se congració Mauro.

Y atolondradamente, se explayó sobre los huéspedes de la pensión, su patrona, su hermano condenado a muerte, el chulo y la gallarda, interesados en repartirse la cartilla de racionamiento de la criada suicida, y los cofrades del cuarto contiguo, a los que culpó del robo de su merienda por dedicarse al estraperlo. Con la misma voluntad de divertir que empleó en el restaurante con la trinca de Brunete se aprestaba a narrar la visita del practicante, cuando Cardenal le cortó:

—¿Caídos?

Mauro dijo lo que había escuchado desde que estaba en Madrid. Cardenal reiteró:

—¿En el Rastro?

Desde el suelo donde estaba tumbado, el detenido decidió cantar, en un tono estridente:

—*Cosacos de Kazán...*

Y sólo decía eso, cada vez más fuerte, instigado por el dolor o el hambre o como si tratara de silenciar a Mauro.

—No calles —incitaban los policías a Mauro—. Sigue.

Envanecido, Mauro reanudó su confianza y con ello el preso elevó la voz:

—*Cosacos de Kazán...*

Cardenal y Acacio ojeaban las cuartillas encontradas en el colchón de Mauro.

—Ahí no terminó la cosa —Mauro se revolvió en la silla—. Y aquí viene lo más difícil para mí.

Mauro apuró el dedal de orujo. Tino masticaba una pasta.

—Yo les contaba que Flanagan me había puesto una inyección —dijo Mauro—, cuando Cardenal exclamó:

—Tú lo has querido —y dejó el hueco de la ventana libre.

Un policía le sostuvo del brazo sano, otro de las piernas y entre ambos lo alzaron sobre el vértigo de más de quince metros. Mauro oyó a sus espaldas el alarido del preso:

—¡Asesinos!

Y creyó que al amparo de la noche lo estrellarían en los adoquines del patio, como la suicida de su pensión. Pero la orden de Cardenal le salvó en el aire:

—Primer aviso y, al tercero, al corral.

Los policías le devolvieron a tierra y entonces se orinó, como cuando vio a Acacio matar a los paisanos en la picota. El líquido formó charco, y Mauro percibió en la carcajada de Acacio el alivio que producía la trinca de Brunete al finalizar sus bromas. Acacio garantizó a Cardenal que su primo revisaría su cama a diario para que no la convirtieran en escondite de propaganda. Cardenal lo aprobó y se despidió de todos.

—Presente —Acacio extendió la mano.

Había espacio en la habitación para soslayar al preso, pero Cardenal no lo evitó y, de camino a la salida, le dio una patada con el zapato de charol, como si fuera una pelota o una chapa.

—Toma betún —le dijo.

—¡Betún! —recordó Tino en la taberna de Visi—. ¡Era Cheste!

Entró la limpiadora, y los policías y Acacio se acodaron en la ventana, de cara al patio y dando la espalda a Mauro y al detenido, como si hubieran resuelto sus expedientes y nada quisieran saber de ellos. Cuando la limpiadora terminó su trabajo y se fue, Mauro se fijó en que el detenido meneaba la cabeza con los mismos calambres de la cola de la lagartija cuando se la separa del tronco y aún parece afectada por las órdenes que le transmitía el cuerpo al que ya no pertenece. Porque le pareció que movía los labios, se acercó a escucharlo. Instintivamente, el hombre se calló. Mauro preguntó:

—¿Le duele?

Y no logró saberlo porque Acacio surgió a sus espaldas como una tromba

de aire y se cebó con el preso a puñetazos y patadas.

—Me acordé —dijo Mauro a Tino en la taberna de Visi— de cuando Acacio te hundió en el trigo.

Mauro aludía a un verano de la niñez, en el terreno de los sembrados.

—Por eso dije tu nombre. En realidad se me escapó. Dije «Tino», solamente.

—Y Acacio te oyó.

—Al vuelo. Y preguntó al preso por ti.

Tino mordió una pasta.

—El preso estaba más preocupado de lo que yo pudiera declarar —valoró Mauro— que de lo que él dijera.

—¿Acacio me implicó?

—Te implicó. Decía que te habías significado entre la gente de teatro, que estabas fichado. Adivina.

—Debía de estar a malas con mi madre. O con Barragán, por la bronca que le echó.

Mauro le miró.

—¿Cuándo vas a convencerte de que no quería compartir contigo la herencia del indiano?

—¡Anda ya!

Las carcajadas de unos clientes de la taberna sepultaron la controversia de Tino y Mauro.

—El preso estaba sin fuerzas —continuó Mauro—, pero negó con la cabeza todo lo que podía inculparte. Varias veces.

—Y lo pagó...

A Tino le pareció que la taberna de Visi enmudecía.

—Cheste lo pagó.

Y Mauro retó con la vista a Tino:

—Seguro que era él.

—¿Seguro que era Cheste? —dijo Sisinio anoche.

En la cocina de Adela el cazador respetó el silencio de la taberna de Visi.

—Cheste era un blanco cómodo —el cazador hablaba por boca de Mauro—, estaba en el suelo con la espalda doblada, la cabeza casi a la altura de las rodillas. Por eso Acacio se plantó detrás de él y sacó un pitillo.

Sisinio dijo junto a la lumbre:

—La manía...

—Y durante un rato, fumó tranquilo —explicó Mauro a Tino en la taberna de Visi—. Luego, revolvió en las manos de Cheste, como si fuera a quitarle las esposas.

—Cheste tenía las manos a la espalda —recordó el cazador a los primos—. Acacio estaba detrás de él.

Sisinio se había colocado a la espalda de su prima, imitando la posición de su hermano.

—Acacio aplicó el pitillo que estaba fumando a la mano derecha de Cheste —dijo Mauro—. Quemaba la carne de la muñeca y retiraba el fuego, así por lo menos tres veces.

—Y Cheste aguantó —dijo Tino.

—Adivina.

Mauro encendió un pitillo y con la primera bocanada de humo reconoció:

—Yo no lo impedí.

Tampoco intervino cuando eran niños y Acacio agredió a Tino en el terreno de los sembrados.

—Me cohíbe la violencia —murmuró mientras crecía el jolgorio en la taberna de Visi.

Tino sirvió orujo. El gato arzobispal elevó los párpados. Sisinio encajó otro gol.

—Cuando Acacio le soltó la mano —comentó Mauro—, Cheste empezó a sacudirla como loco.

—¿Y Acacio?

—Decía: *¿No es cierto, ángel de amor?*, mientras Cheste, encorvado, resoplaba.

—¿Y los policías?

—En la ventana. Sólo actuaron cuando Acacio aferró la mano izquierda de Cheste.

—No sigas —pidió Tino a Mauro en la taberna de Visi.

—Cheste intuyó el horror —prosiguió Mauro— y se tiró de la silla y se arrastró a la puerta. No sé de dónde sacó fuerzas.

—No sigas —dijo Adela al cazador.

—Los policías se le echaron encima. Cheste quedó boca abajo, con las piernas inmovilizadas, y Acacio se sentó sobre él y volvió a tomar su mano.

—No sigas, Tino —suplicó Sisinio.

—Cheste pataleaba, giraba la cabeza a un lado y a otro. Pero estaba bien

sujeto. Y Acacio le quemó, claro.

—La izquierda —sondeó Tino.

—La mano izquierda por la zona de la palma y los dos brazos y la espalda y en el cuello. Y diciéndole siempre: *¿No es cierto, ángel de amor?*

—Hasta que terminó el pitillo.

—Hasta que los policías se lo llevaron a la ventana porque Cheste se desmayó.

Era un clamor la taberna de Visi. La cocinera se abanicaba junto al fogón apagado.

—¡Cheste me había oído decir tu nombre! —resaltó Mauro—. Y no quería que yo te delatara.

Había cerrado los ojos a la emoción del recuerdo.

—Le chamuscaron vivo y se hubiera matado por ti. Decía continuamente:

—Tino, no.

Con la incógnita del padre desconocido en la conciencia, Tino se conmovió:

—Todo un tipo, Cheste Codina. Cuesta abajo en la vida, sin dinero, sin trabajo, sin nada...

Mauro se enardeció:

—Sin nada, no —y su voz prevaleció sobre las conversaciones de la taberna en el ecuador del verano—. Con dignidad.

Visi respingó.

—La dignidad —insistió Mauro—. El patrimonio de los comunistas.

Adela balanceó la mecedora.

—Dignidad, dignidad... La palabra favorita de mi hermano.

Y ni el cazador ni Sisinio la rebatieron en la alta noche.

—Dignidad, sí —apoyó el cazador—. Esa palabra no se ha desgastado todavía.

Partió como un dardo la curiosidad de Adela.

—¿Tú también eres comunista, Tino?

Sisinio no quiso escuchar la respuesta.

—Me voy a dormir.

Bajó despacio los escalones y sólo cuando se cerró la puerta de la calle, Adela indicó al cazador:



—No va a dormir. Marcha a llorar.

Igual que Mauro, cuando se refugiaba en la tienda con el Melindres de las atrocidades del mundo.

—Sisinio es muy sensible —adelantó Adela—. En el cine lloró con *Bambi*.

Vieron la película un domingo en Valladolid —Sisinio tendría siete años y Adela, diez más— y a la salida del cine coincidieron con los gemelos de Peñafiel, que les trajeron en el taxi. Sisinio entró en su casa y Adela invitó a los gemelos en la taberna de Visi para agradecerles el cumplido. Por eso, cuando volvía, le extrañó encontrar a Sisinio en la picota.

—¿Te ha echado tu madre?

Y Sisinio meneó la cabeza:

—Buena ha armado tu hermana.

Aquella tarde Celi, como en tantas otras de domingo, había estado con su padre en la olmeda, y allí le dijo que había escrito una carta de felicitación a Mauro por haberse licenciado del servicio militar y que la había depositado en el buzón del ayuntamiento para que Cástor se hiciera cargo de ella. Y Cástor la confió al autobús de línea y el autobús de línea la paseó por los pueblos de Castilla hasta desembarcar en Madrid, donde partió en una saca a la central de Correos y de allí a la pensión de Mauro en el zurrón de un cartero, que preguntó a la patrona si uno de sus huéspedes era el destinatario.

—Mi hermano —susurró la patrona a Mauro al entregarle la carta— está en el Dueso.

La devoción a la col hervida guiaba la procesión nocturna de los huéspedes.

—Algarrobas y hostias —detalló.

Aún no había luz y por el ventanuco mal cerrado de su cuarto penetraba el frío. Mauro pospuso la lectura, se hundió en la cama bajo una tonelada de ropa y se durmió arrullado por la máquina de escribir de Flanagan. A la mañana siguiente, miró el remite, rasgó el sobre y extrajo la cuartilla.

—Sapristi —exclamó al terminarla, como si fuese una novela de aventuras.

Poco después, cuando procedía a la rutinaria inspección de deudores por los suburbios de Madrid, obedeció una de las instrucciones de Celi y entregó la carta a su primo, que la leyó con avidez, pero no la comentó, quizá porque no consideraba a Mauro el interlocutor adecuado desde su experiencia en los

sótanos de la policía o porque la noticia no le conmovía lo suficiente o porque, si todavía le importaba Celi, debía reprimir sus sentimientos, como los hombres.

—Escribiré a tu hermana —prometió— y serás mi correo.

Mauro guardó la carta de Celi debajo del jersey y esa noche recordó que su hermana quería que Henar estuviese enterada. Se lo comunicó a Barragán y éste, tras consultar con Luchini Berbén, le citó en el piso de la calle Almagro al domingo siguiente, por la tarde.

—Ten cuidado con esa chica —le había prevenido Acacio—, porque está poseída.

Ese domingo Henar cumplía veintiocho años y sus tías la invitaron a almorzar. Como la Esclava le había levantado todas las restricciones ante el desinterés divino por hacerla santa, Luchini Berbén se lo concedió, pero le recordó que debía estar de vuelta pronto para recibir a Mauro. Henar aceptó alejarse por un rato del escenario de sus angustias y con el conjunto enlutado que trajo a Madrid llamó al piso de la calle Sandoval y esta vez Susi le abrió la puerta con honores de princesa Guirnalda y las tías le miraron mucho las manos para rastrear la huella del Señor.

—Tenemos cocido, nena —se regocijaba Ascen—. Cocido.

En el saloncito, sobre un mantel con servilletas lucía la vajilla. De la cocina procedió el puchero que, zarandeado por la cojera de Susi en el trayecto hasta el comedor, fundió sus ingredientes en sabroso maridaje. Priscila agarró el cucharón para el reparto y, como si fuera a bendecir la mesa, entonó:

—*Bien me decía mi padre / mira lo que haces, pequeña, / que antes que verte perdida / te quiero ver bajo tierra.*

Templó la sopa los estómagos escarnecidos, y la sensación de que el puchero parecía inagotable para saciar prehistóricas carencias caldeó los ánimos en aquella estancia decorada por los rumores de las costureras, de forma que, cuando Susi trocó la sopera por la fuente de garbanzos para que los ojos de los comensales se deleitaran con la legumbre y el repollo, Ascen dobló la cabeza hacia atrás con la felicidad de la risa.

—*Antes que verte perdida / te quiero ver bajo tierra.*

Condescendiente con el jolgorio de su hermana, Priscila continuó el cuplé de cuando era Polvorilla en la compañía de Luchini Berbén:

—*Y bajo tierra en el metro, / del metro empleada soy.*

Susi se apalancó en el quicio de la puerta para escuchar la historia y Priscila la invitó a trasladar su plato al saloncito.

—*Del metro empleada soy* —cantaba Priscila—, *y aquí picando billetes / en una estación estoy.*

El vecino palmeó en la pared.

—¡Escandalosas!

Ascen justificó:

—Tenemos cocido.

Después de comer en la pensión, Mauro se afeitó en camiseta como los restantes huéspedes masculinos, y con el cutis deslumbrantemente sonrosado pisó la calle Alcántara con la carta de su hermana en el traje de Flanagan. A dos pasos estaba la plaza de donde partían las camionetas del fútbol, un negocio que Barragán le había planteado como el cuerno de la abundancia. Apostado con otros curiosos en una esquina, calculó cuántos formaban cola y el ritmo de partida de las camionetas, que no emprendían la ruta sin completar el aforo. Mauro montó en la última, la de los rezagados. Consiguió asiento entre los muchos que viajaban de pie y le azotaban el rostro con la gabardina o le proyectaban la ceniza de los cigarros. La camioneta mantenía una marcha que los impacientes consideraban lenta y estimulaban al conductor para que acelerase. En una avenida la camioneta moderó su velocidad, al quedar rodeada de peatones que se encaminaban al mismo punto. Bajaron del autobús y, en aquel descampado, revivió Mauro la emoción del fútbol con los hermanos Tricinio y Cancio en el estadio de Zorrilla. El gentío impulsó a Mauro hacia la hondonada del estadio. Al fondo de una ventana excavada en su pared, un tipo con un cigarro puro despachaba las entradas. Asaltado por los reventas y los vendedores de pitillos y pipas, y zarandeado por los que corrían a las puertas de acceso, Mauro volvió la vista. Pero le faltaba perspectiva para contemplar la arquitectura inmóvil de la camioneta, varada entre la piña humana.

—En el pueblo no hacíamos cocido —dijo Ascen—, ¿verdad, nena?

—Muchos garbanzos sueltos no es cocido —decretó Priscila.

—¡Qué poco comes! —Susi no separaba sus ojos de Henar—. Dios lo hace por ti...

Como una reliquia permanecía la fuente sobre el mantel de Priscila, no tanto para apurar los pocos garbanzos sobrantes sino para recordar que se había comido. Así, halagado el gusto y el estómago, sonó el timbre de la

puerta que Henar tantas veces abriera a costureras y menesterosos.

—¡El vecino!

Ante la amenaza, se suspendió la algazara. Ascen se malició:

—Querrá comer.

Susi cojeó por el pasillo. Priscila revisó su lengua en el espejito de mano.

—¡Vendrá con la cuchara!

Se cerró la puerta y ni siquiera sonaba la muleta de Susi. La mirada de Henar buscó una respuesta en el hueco del pasillo. Nada trascendía de aquella negrura hasta que por ella asomó el cabezón de Zulima, y detrás las Chinas con mohínes y detrás Susi, todas cómplices con Priscila y Ascen en sorprender a la festejada.

—¡Felicidades!

Burbujeaban los besos espumosos de Zulima.

—La huérfana del penal —lloraba Henar.

Las Chinas le regalaban un pañuelo y Henar se cubrió la cabeza con él. Pero Priscila propuso que lo luciera al estilo de las actrices y, a modo de ejemplo, lo asió por los extremos para abarcar sus hombros y reanudó el cuplé interrumpido:

*—Porque a cualquiera le pasa / lo que a esta pobre chica / que cuando ve un billete / pica, pica.*

Las Chinas batían palmas y Susi, arrinconando la muleta, se apoyó en Zulima.

—El glorioso Movimiento —aullaba cojitranca.

Ascen condujo a Henar al cuarto que ahora compartía con Susi. Allí sacó del armario de la ropa un billete de cinco pesetas.

—*Pica, pica* —cantó al dárselo.

Cuando regresaron al comedor, ya no estaba el cocido en la mesa.

—El obús —Ascen se moría de risa—, se lo llevó el obús.

Madrid se había echado a la calle en un día de cielo transparente. Mauro adquirió cigarrillos rubios a una lotera, encendió uno en la brasa de un transeúnte y cada vez que lo desprendía de la boca para lanzar el humo, escupía las briznas de tabaco que se adherían al labio, al tiempo que golpeaba el cigarrillo con el índice de la mano que lo sostenía.

—El mujerío —murmuró.

En los alrededores de la sala de fiestas, Carmen, Gloria, Vicenta y Natividad escuchaban a Henar la descripción del banquete de cocido.

—¡Henar! —gritó Mauro.

Y ella, al darse la vuelta con un giro de los zapatos sobre el pavimento de adoquines que zarandeó la columna de su cuerpo, se extasió ante aquel rostro encarnado, como la cabeza de un pirulí, en el extremo de un traje.

—¡Mauro!

Lo había reconocido al instante y repitió su nombre, excitada de encontrar ese rostro sanguíneo en una ciudad de pálidos y consumidos. Aquel asistente de Barragán, que desde el balcón de la calle Almagro apenas era una mancha, se había transformado en un caballero de traje de fantasía, y Henar se felicitó de ostentar una distinción equiparable en el pañuelo de las Chinas.

—Para tu casa iba —informó Mauro.

Henar ondeó la melenita.

—¡Casualidad!

Se dieron la mano y Henar se alejó de aquel grupo donde Gloria y Carmen cantaban *La perrita pequinesa*, Natividad cercaba a su arrolladora pareja y Vicenta sonreía con suficiencia.

—¿Tú bailas? —preguntó Mauro.

—Me defiendo.

Mauro sacó del bolsillo un cigarro, pidió fuego y echó el humo con furor.

—Pero pasear en coche te gusta más...

No le pareció descabellado a Henar que le diera una vuelta en automóvil quien ya lo hizo en bici.

—Prueba —dijo.

Con el avance de la noche por los desmontes del Canal, Henar sintió premoniciones.

—Comí cocido.

Y la huérfana del penal presumió de familia.

—Mis tías...

Pero se atolondró cuando Mauro la revisó de arriba abajo.

—No me mires, que estoy tísica.

—Yo te veo hermosa.

—Es que cumplo años.

Mauro dobló una rodilla.

—¿Te canto *Las mañanitas*, *A la lima y al limón*, *Francisco Alegre y olé*?

A Henar le pudo la risa.

—Otro día me dedicas *Madrecita del alma querida*.

Había entreabierto su intimidad y se agarró al brazo de Mauro con la inocencia que, de mayor, se añora.

—¿Y tu hermana, piel roja?

Fue entonces cuando Mauro confesó lo que había leído en la carta de Celi:

—Se mete monja.

Luchini Berbén accedió a que Henar asistiera en Valladolid a la formulación de votos y Mauro fue a aquella calle donde había recogido a su coronel todas las mañanas de su servicio militar; mas ya no de uniforme, sino con el traje de Flanagan, que en uno de los bolsillos guardaba la carta de Acacio a Celi. El coche del Ejército estaba aparcado donde él solía hacerlo, con otro conductor.

—Turuta —le voceó Mauro—, te queda más mili que al palo de la bandera.

Con su maleta subió al piso de Luchini Berbén por la misma escalera de servicio que bajaba la cocinera para hacer de vientre en la portería, llamó al timbre sin saber que por el simple hecho de abrir la puerta de la vivienda ventilaba la habitación donde dormía Henar, y se encontró con Luchini Berbén, que ordenaba preparar unos bocadillos con embutido de Pedroche.

—Una fruslería...

Luchini Berbén se interesó por su padre y sus hermanas y se alejó hacia las habitaciones principales tras dirigir un aviso a un hueco tenebroso —podía ser una carbonera o un sótano— del que Henar surgió insegura después de haberse pintado los labios en aquella lobreguez sin espejos.

—¿Y la pérfida Albión?

Detrás de Henar venía Barragán, y a Mauro le avergonzó formular la contestación preceptiva:

—¡Gibraltar español!

Luego arrimó la maleta de Henar a la suya y se sentó donde le dijeron, en un rincón al lado de la pila, donde había una banqueta que se empleaba para alcanzar las alturas de los armarios. Henar le habló ante la cocinera y Claudia del mismo modo que Celi en la olmeda, como al hermano pequeño que jugaba con el Melindres, y no con la rabia desvalida de cuando le comunicó que pensaba matar a Acacio.

—Henar es la mejor amiga de mi hermana la monja —dijo Mauro a la

cocinera.

Mauro y Henar estuvieron locuaces en el metro y en los primeros kilómetros de viaje, cuando la camioneta era un guirigay de ofrecimientos de merienda. Pero a medida que el vehículo ganaba distancia, les invadió el temor a las cuentas pendientes. Por la ruta de lo que sería la autopista del Noroeste, la camioneta bordeó la olmeda, la cueva del herbolario y el molino de Damián y Asunta, atravesó el puente de piedra sobre el río, dejó a su derecha el latifundio del indiano y, a la mitad del repecho, que ascendió premiosa, paró ante la fonda del escarmiento. No asomó la lengua burlona de Cande por las inmediaciones del viejo recinto de tortura ni los audaces del casino alzaron las persianas para espiar el desembarco del coche de línea a través de los tiestos de geranios. Junto a la carbonería de Braulio, una anciana permanecía con la mano de visera.

—¡Ah, del castillo...!

Estaba la tienda sin beatas y con olor a rancio. El padre, que jugaba con Sisinio junto al cajón de las monedas, se envaró igual que ante las bicicletas de los proveedores. En aquel espacio desacostumbrado a regocijos, el saludo a los viajeros precipitó el descenso de Adela por la escalera de comunicación entre el piso y el establecimiento. Aquella adolescente que rezaba con Fina y Techu por los alrededores de la iglesia se había ganado la obediencia de su padre en la casa donde siempre fue la menor.

—En unos meses —reconoció anoche al cazador— pasé de último mono a capitán general.

Durante la cena dijo que Celi, desde que frecuentaba a las monjas reposteras de Valladolid, se revistió de un pontifical de despiste, era la encarnación de la ausencia, discurría por la tienda y las habitaciones como si levitara, forzando a los demás a encargarse de lo que hasta ahora hacía. Comunicó su resolución de profesar pocos días antes de marcharse y no derramó una lágrima, se conmovió el padre, no ella, se alejó con una maleta tan pequeña que era incapaz de albergar todos sus años de vida y con dos monjas veteranas a sus lados, como si la condujera la pareja del cuartelillo. Se fue sin volver la cabeza. Secuestrada, pensó el padre, pero se lo desmentía la serenidad seráfica de Celi, que con la indulgencia de los grandes santos prometía velar por todos mientras los abandonaba. No se turbó ni cuando la tía Sara, batida por un mar de aflicción, anunció que su hijo mayor mandaría una carta.

—La trae Mauro —apuntó Henar.

—Tres leches le importa a Celi la carta de Acacio —bramó Adela—. Ya tiene mejor partido.

La sombra de Acacio sobrevolaba la picota cuando Henar se acercó al cementerio a la mañana siguiente. Cruzó la plaza donde habían matado a su padre y siguió hacia la escuela en la que había pasado la mayor parte de su vida. Al rebasar la iglesia halló la verja abierta y, tras ella, las tumbas. Braulio manejaba la azada. Henar no necesitó darse a conocer. En el rincón de los fusilados por Acacio no estaba la pequeña cruz de palo que Ascen compuso.

—No me olvido, no —dijo Henar al montón de tierra.

Cuando regresó, ya estaba levantado el padre de Mauro. Con esa torpeza del cuerpo entumecido al despuntar el alba que Mauro asociaba desde su infancia a la actividad de los cazadores, había despertado a su hijo y no paró de bostezar y lamentarse hasta que tocó la bocina el taxi de Peñafiel. Tricinio iba al volante y Cancio, de copiloto. Henar, Adela y su padre ocuparon el asiento trasero y Mauro, el transportín. La poderosa mano de Acacio ofreció a sus padres el automóvil del indiano —que apenas salía ya del latifundio— para que acudieran a la ceremonia con Sisinio. Durante el viaje, Adela siguió afeando la conducta de Celi, que le había endosado las obligaciones domésticas sin estar suficientemente entrenada y eso repercutía en la mala atención hacia su padre. Al decirlo apretó su mano para que le perdonara las faltas, y el padre, entrecerrando los ojos, murmuró a la tierra de Castilla:

—*Mi madre me dio la vida, / mi madre arrulló mis sueños, / cuando en mi infancia querida, / soñaba el alma dormida, / con horizontes risueños...*

Ofició el obispo y presidieron las autoridades locales. La iglesia florecía y los familiares de las postulantes se situaron en bancos de preferencia. Mas, cuando Celi apareció en el altar junto a sus compañeras, por mucho que aguzaron la vista Adela, Henar y Mauro no pudieron distinguirla, igualada con las demás en el uniforme. Al padre hubo que contarle lo que sucedía, pero al concluir la ceremonia se recuperó de su incapacidad, como si le estimulase haber colocado tan provechosamente a su primogénita. Así que, cuando un murmullo de ángeles aromó la sala y todos se arremolinaron en torno a las que venían en grupo, los familiares de Celi quedaron arrinconados por el movimiento colectivo, pero no el padre, que se las agenció para que su hija consagrada le besara primero. Tras los saludos y las cortesías, el



refrigerio se celebró en un claustro románico. Las monjas habían dispuesto tantas mesas como novicias. Sirvieron embutidos y los celebérrimos dulces.

—Con la misma sonrisa de bienaventurada rechazó la carta de Acacio — recordó anoche Adela—. Ni verla.

Mauro y Henar tomaron la camioneta hacia Madrid y Adela y su padre llegaron al pueblo en el taxi de los gemelos de Peñafiel. Al estar cerrada la tienda entraron por el corral y Adela fue a dar la luz. Todavía a oscuras, resonó el estrépito en las escaleras y, al alumbrar, vio a su padre tendido boca arriba. Porque intuyó la gravedad del golpe, ni lo trasladó a una cama ni pidió socorro a los vecinos ni recabó el diagnóstico del médico y la receta de una curación imposible, sino que se arrodilló a su lado y, en vez de mentiras piadosas, buscó para sus últimos instantes esa paz que la gente como él no encontró en los miembros de su generación ni en sus descendientes belicosos. Tragándose la angustia, arrimó a su pecho la cabeza del hombre que le había enseñado el paisaje de Castilla y la música del idioma, y acunándolo igual que a un bebé —ella que sólo conocía de la maternidad sus juegos con las muñecas— le devolvió esas ternezas que él pudo prodigarle veinte años antes, cuando la elevaba en sus brazos para que abarcase el universo de la olmeda por el mirador del desván. Pendiente de atenuar su dolor y complacer sus deseos, sostuvo el pulso de su agonía hasta que se le desvaneció, y fue al estrecharlo con ansia, como para apresar el aliento que escapaba de su cuerpo, cuando una bocanada de sangre se lo llevó para siempre. Con esta herencia sobre su piel y su vestido quedó confusa —también Bambi frente al cadáver de su madre ignoraba las dimensiones de su tragedia—, sin tener claro que ese despojo abrazado a ella fuese lo que empezaba a echar en falta. Mas cuando comprobó que les separaba un mundo, ya que mientras ella le infundía su calor su padre había traspasado la frontera del hielo, sufrió esa inicua discriminación de la muerte, que permite reconstruir el recuerdo del difunto, pero no su vida, y deja al superviviente desolado por la pérdida y víctima de los remordimientos, pues como se reprochaba Adela cuando aludía a este episodio, pese a volcar los cinco sentidos en aliviar las molestias de su padre, ni calmó el temblor de sus labios y el desvarío de su pupila ni descifró el mensaje que el moribundo se empeñaba en transmitirle desde el umbral del abismo, o incluso más allá, cuando con la indomable casta de los trovadores le reiteraba un nombre, una oración o acaso un verso.

—Con esa intriga me dejó —resumió Adela al cazador mientras por la

ventana se espesaba la noche.

En la sobremesa del domingo, sorteando las camionetas del fútbol, Mauro se acercaba al inmueble de la calle Almagro vestido con el traje de Flanagan y, charlando con el portero o sentado en un banco próximo con el pitillo en los dedos, aguardaba la aparición de Henar, que desde las alturas del tercer piso bajaba a mezclarse con los mortales aureolada por el aroma de un droguero que le había recomendado la cocinera. Si hacía buen tiempo, paseaban mirando los escaparates de los comercios, y en invierno engrosaban la cola de un cine de programa doble. Henar se resguardaba en la pared y Mauro ofrecía su espalda a la lluvia, ambos se miraban callados y, aunque no se agarraban del brazo, tampoco resultaba audaz que Henar sacara del bolso un pañuelo para limpiar la frente de aquel chico que soportaba sus plantones sin un reproche y se ruborizaba con el candor de los pastorcillos de Fátima.

—Siempre está colorado como un tomate —decía Henar a las Chinas—. Pero es buena persona.

Desde que la veía quedaba deslumbrado y llevaba su fascinación al extremo de no aprovechar la cola de los cines para abarcar su cintura, como los demás novios, sino que la trataba con una reverencia que no ponía a prueba su honestidad ni cuando ella, como distraída, vencía su cuerpo sobre él. Mauro la depositaba en la entrada de servicio del inmueble de la calle Almagro, y era su contacto final educado y breve, no fuesen a sorprenderlos la Esclava y sus acólitos. Pero una tarde calurosa de otoño, cuando el rescoldo del verano prolongaba su cadencia para desconcierto de animales domésticos y cultivos de terraza, en uno de esos momentos de debilidad que a ella le daban, cuando se le rendía como la palmera al viento, él se abalanzó sobre su figura con peligro de tirarla y trasladándola al interior del portal puso las manos en su pecho como si sujetase una pared.

—El chico no es rico, pero sí honrado —explicaban Zoila y Zoraida a Zulima.

Y de los labios de Zulima afloraba la espuma, como cuando imitaba el motor de los coches.

—El comercio más importante del pueblo es suyo —enfaticó Ascen a Susi.

Desde ese contacto, Mauro se sintió autorizado a tomarla del brazo para cruzar la calle y Henar abordaba con desparpajo asuntos hasta entonces

vedados de su conversación con los hombres, por ejemplo las ligas que se vendían en las mercerías para que no se cayeran las medias. Ahora no se veían sólo los domingos, sino a diario, porque Mauro trabajaba para Barragán casi tantas horas como Henar para Luchini Berbén. Despuntando el amanecer, como cuando hacía la mili, Mauro dejaba la pensión de la calle Alcántara, se acercaba a la de Almagro y trepaba por la escalera de servicio, pero no necesitaba llamar al timbre de la cocina porque ya Henar había recibido el pálpito, igual que la Esclava el cortejo celestial, y le facilitaba la entrada con una prontitud que hubiera anhelado Cheste, le sentaba en la silla de junto a la pila y ante la hosca Claudia le entregaba el bocadillo con embutido de Pedroche. Mauro juntaba las rodillas para que le sirvieran de mantel y Henar le contemplaba devorar como un tragasables, a una celeridad disparatada consumía el bocadillo, y Mauro, en la despedida furtiva, a veces con la mano demasiado larga, como censuraba Claudia, retenía para el resto de la jornada la rocosa delgadez de aquel cuerpo fajado que descartaba la posibilidad de ser curvo, doble, pimpante o dulcísimo porque siempre se asemejaba a un frontón, el rompeolas donde Mauro estrellaba sus espumas de un chispazo.

—¿Por qué te has fijado en mí —se interesaba Henar— si soy un saco de huesos?

—Adivina —respondía Mauro.

—Es que no me has mirado bien. Porque no tengo nada de lo que apetece a un hombre.

—Adivina —repetía Mauro.

Y antes de estampar el beso en su mejilla, siempre esquivando, Mauro decía «te quiero», la frase que Henar nunca oía a la primera porque, si se daba por enterada, como dudaba de la sinceridad con que se había dicho, exigía pronunciarla otra vez, y en esta ocasión rebotaba en su rostro igual que el fustazo del aire, pues no pasaba de ser una arbitrariedad masculina que ni constituía novedad ni debía valorar.

—A cuántas no dirás lo mismo todos los días, cuando las visitas para reclamar la deuda y se la perdonas, que me han dicho las Chinas que muchas se hacen las frescas con el cobrador para no pagar el recibo y terminan de animadoras en las salas de fiestas o en las esquinas, más pintadas que un coche y fumando tabaco americano como las estrellas de cine.

La insistencia de Mauro obtuvo un resquicio para solazarse cuando Henar

bajó hasta la mitad la cremallera lateral de su vestido y la mano de Mauro entró por el pasillo de aquel cuerpo y se paseó por su lencería mientras Henar miraba a derecha e izquierda para que no les sorprendieran terceros. Estaban sentados en un banco del Retiro, no en la relativa discreción de los portales, y en la cara rubicunda de Mauro se reflejó su descarga más íntima que por un momento le anonadó, y ella tuvo que apartar de su hombro la cabeza de él, igual que hacía con el Melindres, sin enterarse de lo que había sucedido, hasta que brilló la mancha en el pantalón de Mauro como el lucero en el firmamento, y entonces Henar se enfureció de que Mauro se espatarrara en el banco con la intención de fumar un pitillito y le urgió a un remedio pronto y eficaz que, como no estaba a su alcance, tuvieron que posponer, al menos hasta que se hiciera de noche. Aguardaron en el parque como dos pasmados, ella furiosa y él cubriendo con la mano la mancha hasta que la oscuridad de la naturaleza les amparó, como a tantas parejas pobres, y evitando la denuncia de las farolas se solaparon bajo los alerones de los edificios y por un itinerario de calles poco transitadas, que hubieran sido cómplices de sus galanteos de no forzarles a elegir las su deslíz, desembocaron en la de Almagro. Ante el portal de Luchini Berbén Henar echó a correr, humillada o bravía, sin beso en la mejilla ni apretón de manos, y Mauro regresó a la pensión con una sensación ambigua, tonificado tras la eyaculación, pero incómodo, como si debiera rendir cuentas o padecer un correctivo por el derrame. Ya el pantalón no estaba húmedo, aunque en él se dibujaba el contorno de su infamia, y Mauro llamó a la puerta de su sastre.

—Robinsón —le anunció Rocco.

Mauro tenía dos camisas blancas, unos pantalones, unos zapatos, una corbata, un jersey de pico y el traje de Flanagan que llevaba puesto ese domingo, y no disponía de dinero para ropa porque de la paga semanal de Barragán destinaba más de la mitad a la pensión y el resto a invitar a Henar, y andaba por la vida con la convicción de que lo que vestía le duraba eternamente. Flanagan aplicó una crema ocre sobre la mancha y le riñó por vivir igual que una cigarra, y mientras sus consejos caían sobre el afligido Mauro como en otro tiempo lo hacían los sermones del cura celoso y sobre su rostro horneado planeaban la atrición y la compunción, la mancha no cedía, chico, qué calidad de cuerpo, elogiaba Flanagan, si no que ahora era preciso borrar la pasta impuesta porque se habían formado dos manchas en el espacio de una, por lo que Flanagan mojó en el lavabo la zona incriminada, la

restregó con el jabón de fregar los cacharros, la aclaró y escurrió y al fin tendió los pantalones sobre una cuerda portátil que enlazó entre el barrote de su cama y el picaporte del armario con la reprobación muda de la signorina.

—Así deben pasar la noche —enseñó Flanagan a Rocco y Peppino—, absorbiendo su humedad, que es corrosiva de las poluciones.

A la mañana, los pantalones estaban en el suelo y una de las hojas del armario, abierta. Pero, en el claroscuro del alba, Mauro vio borrado el reguero, alegremente se embutió los pantalones, aunque no estaban secos, y abandonó la pensión tan campante. El aire matutino despejaba el frescor de sus piernas, Mauro se felicitaba del arreglo que había tenido su aventura y se reconocía deudor de Flanagan, mas su alegría se esfumó cuando entró en la cocina de Luchini Berbén al rito del bocadillo y Claudia le riñó por comparecer orinado.

—¡Frescales!

El rojo rostro de Mauro se prendió de la mirada incendiaria de Henar y en todo el día no despegó la cartera de los recibos de la zona de la mancha. Al regresar a la pensión pidió ayuda a Flanagan, que le consoló con un frasco de polvos azules de importación adquirido a alto precio a los del tinte. Pero su eficacia tardaba en mostrarse un día, al menos.

—Dios escribe con renglones torcidos...

Algo así dijo el padre Galicia cuando Mauro y Henar le solicitaron confesión. Les había recomendado la Esclava y el sacerdote fue al grano. Escuchó los reproches de Henar al temperamento de Mauro y la incapacidad de Mauro para embridar su vehemencia y, antes de dar la absolución a Mauro, enfocó su vista donde el demonio había depositado su influjo.

—En el pecado —sentenció— está vuestra salvación.

Henar declaró:

—Quiero ser una esposa cristiana.

Interrogado por la mirada del sacerdote, Mauro afirmó:

—Y yo su cónyuge.

La noticia alborotó el taller de las Chinas.

—¿Os casáis?

Zoila y Zoraida recabaron el modelo más precioso del muestrario de París, mientras Zulima, transida por una sensación inefable, se esmeraba en una práctica que le traería disgustos:

—No escupas a los curas —le decían las hermanas—, que te va a castigar

Dios.

Priscila consultó en la baraja el porvenir de esa relación y Ascen preguntó a Henar:

—¿Lo has pensado?

Susi sospechó:

—¿A qué tanta prisa?

Luchini Berbén se enterneció:

—¿Cuándo se casará mi angelito?

Y amparó con su dinero y su fama una propuesta para la que el padre Galicia ofrecía su iglesia y su ministerio. A partir de entonces, se encauzó por senderos canónicos un amor que amenazaba con pervertirse en la Casa de Campo o en la pensión de la calle Alcántara.

—El casado casa quiere —pregonaba la radio.

Tras la boda, Henar pensaba seguir a las órdenes de Luchini Berbén y prefería que Mauro dependiera laboralmente de Barragán y no de su primo. Le veía en un automóvil, transportando mercancías o personas, y no a pie por los barrancos de los suburbios, arriesgándose a que le rompieran la cabeza. Mas ni siquiera de esta forma y juntando el sueldo de ambos tenían dinero para un piso. Barragán les ofreció alguno de los impagados, pero Henar rechazaba todo lo que estuviera relacionado con Acacio, y ésa fue la razón de que también rehusara acomodarse en la pensión de la calle Alcántara, a la manera de Flanagan.

—No me pidas imposibles —emplazó a Mauro—. Con tu primo, cruz y raya.

Tampoco podían erigir su hogar en la casa de la calle Almagro porque Claudia no se jubilaba todavía y ni Henar ni Mauro aspiraban a una habitación diferente de la del cuarto sin luz de la entrada de servicio. No quedaba otra opción que la decidida por Henar un domingo, mientras miraban zapatos en el escaparate de Segarra. Cerca de donde Acacio encontró a Luchini Berbén al terminar la Cruzada, Henar exclamó perpleja de que no se le hubiera ocurrido antes:

—Mis tías.

Vivir en la calle Sandoval sería más barato que cualquier alquiler, no estaba lejos de Luchini Berbén y para Henar representaba volver al lugar que la acogió en Madrid y de donde había tenido que irse. Se instalarían en la habitación de Ascen, que pasaría a dormir con Priscila, y Susi iría confinada

al fregadero.

—Tarde o temprano la mando al cementerio —prometió a Mauro—. Por éstas.

Después de dos años de noviazgo y alguna peripecia con los papeles, Mauro y Henar se casaron en la parroquia del padre Galicia el jueves 26 de julio de 1951. Mauro tenía veintinueve años y Henar, treinta y dos. Las Chinas vistieron a Henar y Flanagan, a Mauro. Lo más laborioso para las costureras fue el velo del traje de novia. Mauro colgaba de la solapa de su chaqueta un clavel blanco, que contrastaba con su piel rojiza. Adela fue la madrina y Tino, el padrino. Zulima zascandileó por la iglesia, ni las Chinas ni Ascen lograron reducirla, y tampoco el monaguillo del padre Galicia, que era malicioso. En primera fila resplandecían Luchini Berbén y Barragán, éste de uniforme de gala, y detrás, los tíos de Mauro, con Acacio y Sisinio, éste con bombachos. Priscila auguró en los naipes una felicidad sin sombra para los novios. Celi remitió una carta muy larga con bendiciones y alguna reticencia. Al salir de casa de Luchini Berbén para la iglesia, Henar lloró ante el retrato de su padre. No hay más foto que la del grupo en el atrio de la parroquia —conservada en el álbum de Adela—, ya que los novios, por superstición de Henar, no posaron en el estudio del retratista. Celebraron el enlace en un merendero del Canal con música de gramola y pollos de granja. Sin levantarse de la mesa, Luchini Berbén sobrecogió con la copla:

—*La vecinita de enfrente / solterita se quedó...*

Mauro había ensayado ante la familia Flanagan —esforzándose en que Rocco y Peppino comieran la sopa— lo que en el merendero se atrevió a ejecutar puesto en pie, y tras el preámbulo obligado:

—Para mi princesa Guirnalda, *Madrecita*.

Henar se emocionó con la dedicatoria y Ascen de ver emocionada a Henar. Las Chinas bailaron tangos con Luchini Berbén y Zulima tocó la bragueta del monaguillo. Sisinio dio una calada a un pitillo, la patrona de la pensión se desencajó la mandíbula de una risotada, Flanagan y Barragán analizaron el desembarco de Normandía y Tino recitó, especialmente para Mauro, el romance arcaico:

—*Me siento caduco, / me miro al espejo, / ya voy para viejo / y estoy solterón; / parece mentira / no haberme casado / con lo que yo he amado / con ciega pasión.*

Circularon chistes, canciones y burlas. Hubo lágrimas y sonrisas. El pasado

fue peor, les animaban los íntimos, ahora había que seguir la corriente. Pronto vendrían los hijos y, tras ellos, los nietos. La vida iba tan rápida que no daba tiempo a pensar.

—*En esto he pasado / mis días dichosos, / mucho hacer el oso, / mucho enamorar, / y hoy no tengo esposa / por mi suerte perra / ni hijos ni suegra / que me hagan rabiar...*

Un abucheo acompañó la retirada de los novios a su luna de miel en el realquiler de la calle Sandoval. Nunca estuvo Mauro más colorado.

El niño nació dos años después de la boda. Henar rompió aguas cuando aún no había salido de cuentas y auxiliada por una comadrona famélica expulsó una especie de gusano tan encarnado como su padre que no perdía su placidez ni al faltarle el alimento. Lo bautizaron en la iglesia del padre Galicia con el nombre de Mauro, pero por su aspecto tostado lo llamaban Morito. Todos los con vocados para la boda volvieron a reunirse en el merendero del Canal. Consumieron pollo de granja, sonó la música de gramola y ni en sus más disparatadas fantasías podían presentir los agoreros que aquella jornada de esparcimiento acabaría en tragedia.

Como a media tarde, el Morito necesitaba comer y, conforme habían previsto, Henar volvió a casa. En compañía de Ascen, bajó acunando al Morito por la acera de su derecha de la calle de Bravo Murillo. Lejana al principio y afianzándose poco a poco, escuchó la campana de los bomberos, que habían abandonado su cuartel de Ríos Rosas. El vehículo poblado de cascos refulgentes despabiló al Morito cuando circuló a su lado, y a Henar se le paró el corazón porque le pareció que torcía hacia su calle. No se equivocaba, porque ya desde la glorieta de Quevedo había público en los balcones, y hasta el cruce de Fuencarral con Sandoval fue enterándose del suceso a través de algún testigo. Hubo que acelerar la marcha porque el Morito se impacientaba de no comer, y Ascen recuperó la angustia de sus primeros paseos por Madrid, cuando Priscila la enviaba a buscar gangas para quitársela de encima.

—Nuestra calle está maldita —dijo—. Primero un obús y ahora el incendio.

Todos hablaban de una mujer medio desnuda en un balcón porque el acontecimiento la sorprendió en la siesta, que suplicaba el socorro de los



bomberos con una voz cada vez más asfixiada por el humo del piso, la furia del fuego y la lluvia de tizones. Aumentaban los curiosos cerca de la calle Sandoval y estaba el asfalto encharcado. Henar se introdujo en la muchedumbre abrazada al Morito y sentía a su espalda la rémora de Ascen, y cuando las autoridades le impidieron avanzar apeló a la necesidad del niño. Un guardia la encerró en un furgón de policía para que maniobrara a gusto, pero Henar temía que se le hubiera cortado la leche con la referencia de la joven despertada por las llamas que desde el balcón amagaba con arrojar al vacío. Con prevención, Henar enchufó al Morito a su pecho y, cuando tanteaba si comía, le espantó el comentario sobre la joven que pretendía escapar del incendio:

—Si es coja...

Por atisbar, dejó al Morito sin comer y, ante la protesta del niño, se encajó en su boca e inclinó la cabeza para vigilar el proceso. Pero le descontroló la voz de Ascen sobre el clamor del gentío:

—¡Se ha vengado!

Se despegó del Morito y se arregló rápido para saber qué iba a ser de Mauro y de ellos, si su cobijo había ardido. Pero el Morito quiso sustento y Henar se resignó a desnudarse otra vez y fue entonces, con ese retorno a la normalidad que solicitaba el pequeño, cuando se le expuso de golpe el panorama de haber perdido todo lo que poseía en este mundo, el traje con el que vino a Madrid y la polvera y el camisón y los patrones de moda de las Chinas y la sartén y las patatas de mañana y el jersey de pico de Mauro y las mudas del Morito. Y se frenó al acordarse de lo que decían las Chinas, que una madre no debe llorar cuando alimenta a su hijo porque le crea mala sangre, y Henar sentía subir por su pecho la desolación de cuando mataron a su padre.

—Vamos fuera.

El mismo guardia que le había facilitado acomodo, la desalojaba; y cuando Henar, medio tapándose, pisó la calle, vio a su enemiga con el aspecto del diablo en el infierno, carbonizada y con los ojos como brasas. Iba sin muleta y dos policías sujetaban los alfileres de sus brazos.

—Roja piojosa —escupió Susi.

Lo dijo sin mirar a Henar, con la vista en el suelo, concentrada en avivar el encono que había movido su mano, no fuera a debilitarse ese impulso y con él viniera el remordimiento y prevaleciera la visión del daño sobre la

obstinada justificación de su yerro.

—Roja piojosa —reiteró.

Henar la situó insignificante y frágil, consumida por el frío, el hambre y la violencia en una prisión perdida de la geografía española y sin obtener de los seres libres no ya amor o cariño, sino la piedad de una carta; y aunque se la imaginó años más tarde, tras cumplir condena, pidiendo limosna donde no la persiguieran por vagabunda y sin otra cama que la proporcionada en su agonía por el hospital de pobres, no se compadeció de su historial negro, que se lo había labrado a conciencia, sino de ser víctima de ese odio gratuito que, sin entretenerse en analizar sus causas, Henar deseaba devolvérselo, ahora que la sabía indefensa y castigada por la ley, para que le amargase cada día de su vida, minuto a minuto y hora a hora, hasta el momento de su muerte. De modo que, cuando Susi penetró en el furgón de la policía entre la conmiseración y la chufla del gentío, Henar le gritó con toda su alma:

—Maldita seas.

Y lo repitió, cada vez más encanallada porque la indignación la rebajaba al nivel de su rival.

—La cárcel es poco para ella —comentó a Ascen con la rabia de cuando quería matar a Acacio.

Luchini Berbén veló por todos: Mauro, Henar y el niño se hospedaron en la habitación de la servidumbre de la calle Almagro, Claudia se trasladó al cuarto de la plancha con la muchacha de la limpieza, y Priscila y Ascen entraron en el asilo de beneficencia, donde continuaron con el trabajo de costura, que se tornó más exigente desde que los usuarios de la ropa supieron que vivía con ellos la responsable de que las prendas no se ajustasen a sus medidas. Una sola persona se mantuvo al margen de estas reivindicaciones o, al menos, no debía interpretarse como queja el saludo que invariablemente emitía a quien se ponía a su lado:

—Fu, fu.

# Odisea

Al rebasar el puente de piedra sobre el río, el automóvil de Madrid redujo velocidad y continuó cada vez más despacio y a tirones, igual que si perdiera sangre, hasta que a la entrada del latifundio se paró. De un empujón se abrió la puerta trasera y el pasajero salvó la cerca sin la oposición de los guardas.

—Acacio venía solo —reveló Adela anoche—. Y si se retrasa un minuto, no lo pillas vivo.

Su presencia justificaba el recelo de los miembros del casino y de las beatas de la parroquia ante las visitas al latifundio de médicos y autoridades locales. Estaba tan extendida en el pueblo la sensación de que el indiano se moría, que no sorprendió que, al poco de llegar Acacio, doblaran las campanas de la iglesia, como si le hubieran aguardado para certificar la defunción.

—Ya entregó su alma a Dios —rumorearon las beatas—. Como no cuesta dinero...

—El alma a Dios y la fortuna al diablo —sentenciaron los socios del casino.

Era antes de mediodía. Unos y otras formaban corrillos en los soportales de la plaza y en torno a la picota, según costumbre, cuando el estruendo del campanario —que forzaría a la maestra a desalojar el aula por la imposibilidad de prolongar la clase— les alertó. Espontáneamente se dirigieron al latifundio y en el trayecto se les incorporaron los procedentes de la olmeda y las cuevas del río y los que desmontaban de furgonetas y carros para ir a pie.

—Doscientas, trescientas personas —calculó Adela—. Una manifestación.

A ellos se agregó Sisinio, después de cerrar la tienda, y, tras él, los que debatían en el ayuntamiento si la bandera del balcón debía situarse a mitad de su izado y con crespones. Un concejal que, aburrido de la discusión, se entretenía con el espectáculo de la plaza, les comunicó la marcha de los mayores carretera abajo y el júbilo de los escolares por las vacaciones inesperadas. Inmediatamente el alcalde suspendió la sesión, avisó al cuartelillo y con tanta habilidad se mezcló entre sus paisanos que, pese a empezar en la cola, figuró en cabeza de los que se estacionaron en la valla de

alambre del latifundio, custodiada por los imponentes mastines.

—Nos mueve la caridad y no el interés —precisaban los miembros del casino.

No había entre los reunidos una jerarquía superior al alcalde, por lo que éste se adelantó a recibir la novedad de los guardas. Intentaba conseguir por sus galones la información que personalmente no se había ganado, ya que nadie del latifundio le tuvo al corriente de la evolución de aquella enfermedad, y si se encontraba allí no era sólo para controlar la agitación del vecindario sino por temor a que algún quisquilloso denunciara su ausencia.

—Descartamos ilusiones —aducían las beatas—. Aunque la extremaunción resucita.

Pero la declaración de los guardas fue inequívoca. Al cabo de ochenta años, el propietario de aquella residencia y de aquel baldío, de los pueblos más ricos de la provincia, de ganados, industrias y artesanías, de una suma ingente de billetes que no trasvasó a la Caja y de un importante volumen de acciones en la inmobiliaria más próspera de Madrid —aunque toledana de nombre— había abandonado definitivamente ese dormitorio en el que, durante cuatro lustros, ninguna dama reemplazó a Luchini Berbén.

—Con todo el dinero que tiene y se muere sin un beso —meditaban las beatas.

No cruzó el alcalde la frontera formada por perros y celadores, que le hubiese conducido a la dependencia donde las criadas amortajaban el cadáver, sino que retornó a su despacho para servir a España y a sus mandos. Y los que, al margen del afecto o la repulsa que inspirara el indiano, sintieron la tranquilidad de haberse desembarazado de dudas sobre su salud, se dispersaron sin incidentes.

—Nosotros a lo de siempre —aceptaban los del casino—. No somos la historia de España.

Mientras afrontaban la cuesta del pueblo o reanudaban la faena —y era una mañana de primavera tardía, limpia de nubes y con el sol picando—, las campanas de la parroquia desplomaban su recordatorio fúnebre sobre las casonas apelmazadas y deslizándose por el tobogán de la carretera lamían la extensión del latifundio y prolongaban su cadencia por los árboles de la olmeda y el río, sobresaltando el vuelo de los gorriones y la rutina de establos y corrales.

—La Iglesia pierde un banquero y nosotras, las limosnas —lamentaban las

beatas.

Era ese redoble de campanas el más sonoro pesar por el hombre que se iba al otro mundo con la discreción que le distinguió en éste. Y cuando la esquila se difundió en los periódicos de Castilla la Vieja sin cortejo de deudos ni mención a la edad, con el nombre del fallecido bajo la cruz lapidaria como descarnada exclusiva del recuadro enlutado, en la sala grande del casino, que pese a la calefacción no resultaba confortable, los contertulios reincidieron en la cuestión que les inquietaba desde que el indiano se estableció en la aldea: porque un individuo tan poderoso, al que se atribuían miles de hectáreas y un número infinito de monedas de curso legal escondidas en sus dominios, pero no en la Caja, para desesperación de sus ejecutivos, carecía de pariente al que traspasar sus bienes.

—El indiano sospechaba de todos —corroboró Adela—. Por eso era millonario.

Pero si el indiano se extinguía, su imperio no. A la inhumación asistieron más coches de los que frecuentaban las veladas previas al Alzamiento en las que Luchini Berbén cantaba pasodobles patrióticos. El alcalde figuró en aquella corte sin relevancia alguna, aunque todo se desarrollase en el ámbito de su influencia. Y si alguien creyó que la muerte permitía transgredir esa norma tan arraigada en los hábitos del indiano que constituía la apoteosis de su hermetismo, el féretro se cerró desde que albergó al difunto, con lo que nadie, excepto sus sirvientes, pudo conocer el rostro de quien toda su vida lo había ocultado.

—No es que se tapase la cara —desmentían las beatas—. Es que no quería vernos.

—No valemos ni para que nos mire un muerto —concluyeron en el casino.

Acacio presidió las exequias, que se efectuaron en Valladolid y no en el cementerio del pueblo, acaso para negarle la misma tierra que a sus víctimas del 17 de julio de 1936 o porque ese camposanto aldeano no merecía acoger carne de primera calidad, una opinión defendida por los que nunca comprendieron que aquel potentado, a la vuelta de su excursión colonial, se asentase en un territorio tan rácano, al que no estaba atado por vínculos familiares.

—Para preferir esta miseria le darían el oro y el moro —sostenían en el casino.

—Un amor no correspondido —fantaseaban las beatas— explica su

voluntad.

Además del coche fúnebre, había otro con coronas y otro de respeto en el que sólo viajaba Acacio, en un alarde de subrayar su investidura antes de que la certificase el testamento cuyas cláusulas había inspirado y en el que cualquier modificación introducida por el indiano le habría sido consultada por el notario y los abogados cómplices. Ahora Acacio debía gestionar sin restricciones la riqueza que había anhelado desde chico, porque no existía ese descendiente imaginado por los chismosos del casino que reclamara su parte.

—Si legó algo a mi madre —el cazador reiteró la advertencia—, no consta en ningún papel.

—¿Y si Acacio lo quemó? —preguntó Adela.

—Nadie puede demostrarlo. Por eso mi madre y Barragán vinieron al entierro.

Nadie, pues, con más derechos que Acacio sobre el patrimonio del desaparecido; nadie le fue fiel tantos años ni estaba más autorizado a ostentar esa condición adoptiva que confiere legitimidad de hijo a quien no la posee.

—Con más títulos que nadie, pero ninguno le honra —argumentaban en el casino.

Muchos se decepcionaron de que este episodio en el que habían cifrado el inicio de una era diferente y, quizá, más venturosa, no gozase de esa potestad transformadora que cándidamente le atribuyeron. Desde que el guarda notificó su fallecimiento —y disipó la zozobra que suscitaba su agonía—, la noticia perdió enjundia. Y la ceremonia del sepelio descubrió, por si hiciera falta, que ni las beatas de la parroquia ni los miembros del casino pintaban nada en ese entierro, ya que no se les requería ni como plañideras.

—Nuestro vecino más ilustre se larga de tapadillo —se quejaban las beatas.

—No pagará en el más allá lo que aquí debe —aseguraban en el casino.

Corría el año 1955. La orden misionera de Celi evangelizaba África y la empresa teatral de Tino españoleaba América. La defunción del indiano coincidía con las obras de la autopista del Noroeste, esa reivindicación histórica de la carretera contra el ferrocarril que debía reanimar a los pueblos marginados por los caminos de hierro. Todos los domingos de cielo azul, motoristas de las localidades próximas e incluso algún automóvil, en vez de proseguir hacia el Noroeste o el Norte de la Península por la ruta de la encrucijada, aparcaban en la plaza y admiraban la fachada de la iglesia.

—Pasó la moda del tren y el coche vuelve a pitar —se felicitaban las beatas.

Nadie había fomentado esta afluencia de curiosos, era un milagro que aquella plaza, insípida desde que no registraba los juegos de Vega, Zarza y Raquelín, fuera visitada por quienes, con un mapa de bolsillo y una máquina de fotos, se extasiaban ante una picota que, en los dos últimos siglos, sólo atraía la evacuación de los perros.

—Se la quedarán los yanquis —vaticinaban en el casino—. Compran la extravagancia del planeta.

Sara figaba por la ventana de su dormitorio cuando, a semejanza de aquella noche de julio en que se trazó el destino de su primogénito, se disparaba la alegría de los forasteros borrachos. Pero este jolgorio no recordaba al de los falangistas del escarmiento ni Acacio se parecía al de veinte años atrás.

—Si nos retratan estos señores, será por algo —y las beatas se envaraban ante el fotógrafo.

Después de enterrar al indiano, Acacio acudió al ayuntamiento. Porque se sabía en entredicho, quiso que su primer acto público fuera ejemplar. Entró cuando el alcalde terminaba su horario, le estrechó la mano, le invitó a salir del despacho antes que él, cerró la puerta con llave y, sin explicación alguna, tal como le gustaba a su mentor, le dijo que no volviera por allí.

—Ni a recoger tus cosas —añadió sin chulería—. Las recuperarán sus dueños.

Acacio tenía treinta y seis años y, si alcanzaba la edad del indiano, le esperaban otros tantos de regir el municipio. Acompañó esta depuración con dos muestras de filantropía: financiar la renovación de la taberna de Visi y ceder terreno del latifundio para que los gemelos de Peñafiel montaran una gasolinera frente a la franja de cultivos de cereal y huerta.

—Se ha abierto el grifo y hay sedientos —propagaron en el casino—. Que se pongan a la cola.

Luego abrazó a sus padres y visitó el comercio de sus primos. Adela no estaba, pero sí Sisinio, ahí donde Celi le ubicaba de pequeño para que disfrutara con la jarra de las monedas. Cuando se acomodó a la penumbra, Acacio paseó sus ojos por los anaqueles de mercancías al modo de un torero en la vuelta al ruedo. Ahí estaban las copias de aquellas herramientas que utilizó en su día para sus obsesiones juveniles. Desfiló hasta el mostrador por



el sendero que formaban los recipientes de víveres. Y al cerciorarse de que no había testigos de sus palabras, prometió a su hermano con el énfasis de cuando describía a Celi y Henar el tesoro del latifundio:

—Te sacaré de pobre.

Sisinio había pensado que, si se portaba bien en la tienda de su prima, su hermano lo colocaría en Madrid, igual que a Mauro. El que Acacio se presentase en el pueblo como un indiano, con los bolsillos repletos y un proyecto de reformas, invalidaba sus planes. Sisinio carecía de valedores en la capital de España y Acacio, que pedía la colaboración de todos, no consentiría que su hermano se sustrajese a la empresa que él patrocinaba y emigrase a la ciudad de donde él venía.

—Nadie te ha dicho todavía que no —le aconsejó Adela—. No te apartes antes de que te retiren.

Sisinio confiaba en que, al convivir con su hermano, acabaría entendiéndose con él. Pero Acacio optó por residir en el pabellón del indiano y no en la casa familiar. Acacio le propuso una conversación sobre su futuro que nunca se celebró. Pero de su deseo de congraciarse hubo constancia cuando, a los pocos meses de desempeñar la alcaldía, ordenó que la casa de sus padres y la tienda de Adela tuvieran teléfono. Una centralita rudimentaria los conectaba en el latifundio con el resto de España y el extranjero...

Más de treinta años después, el teléfono proporcionado por Acacio sigue en una repisa de la cocina, sobre un tapetito immaculado y a una altura que no domina el español medio, como si Adela, al elevarlo sobre esa plataforma a imitación de las escayolas de las iglesias, resaltara el carácter sobrenatural del ingenio que anuncia la comunicación con su heraldo cristalino.

—El teléfono nos cambió —dijo Adela—. Fuimos algo más que un comercio.

A través del teléfono se relacionaban en esta nueva etapa de la historia de España abastecedores y comerciantes. Ni el padre de Sisinio desde una bicicleta ni el apoderado de la Caja sobre un transporte aún más lento podían competir con este prodigio que enlazaba poblaciones con sólo pulsar unos números. Por eso Sisinio planteó apoyarlo en el mostrador y junto a la caja registradora, donde era más fácil anotar los pedidos que en la repisa de la cocina. Pero Adela decidió instalarlo en su hogar —y a una altura incómoda

—, para que nadie se enterara de sus interioridades.

—La Adela se ha echado novio y no quiere carabinas —interpretó su tía Sara.

Esta versión triunfó en los primeros días, en que el teléfono de Adela trasladó sentimientos: desde Madrid, Mauro invitaba cada dos por tres a que escuchasen la respiración del Morito dormido o cómo cantaba flamenco mientras lo bañaban; y al caer la noche, Adela desplegaba un repertorio de suspiros, murmullos y sonrisas con su galán.

—El Pruden —aclaró Adela al cazador—. Un *souvenir*.

Cuando Luchini Berbén puso coto a las expansiones de Mauro y Adela espació sus pláticas amorosas, los vecinos del pueblo optaron por desahogarse en el teléfono de la tienda y no en el del indiano o en el de los padres de Acacio. De este modo, la zona que Adela pensó reservarse fue invadida, no ya por los comerciales, sino por cuantos necesitaban transmitir un recado a los hijos diseminados por Europa y América en el éxodo masivo de los españoles de entonces. Y como algunos días la afluencia de aspirantes fue tal que formaban una fila en la escalera entre la tienda y la casa —ahí donde se había desnucado el padre—, y otras veces Sisinio o Adela de jaban con la palabra en la boca a las parroquianas para localizar en la calle o en su casa o en la taberna de Visi al reclamado por el teléfono, Adela fijó un precio a estas servidumbres.

—Era otra fuente de ingresos —aclaró—, y a Sisinio le pareció de perlas.

Cuando el pretendiente recibía el permiso de Sisinio para telefonar, ascendía con ánimo los primeros tramos de escalera entre la tienda y la casa, pero a medida que devoraba peldaños y se aproximaba a la meta, veía más lejano el objeto de sus ansias, y una vez en la cima era evidente que aquel aparato resultaba inaccesible, por lo que se aupaba sobre una silla de la cocina o suplicaba a alguien de talla —alimentado acaso con la leche que comenzaban a repartir los yanquis entre nosotros— el favor de marcar las cifras imprescindibles para la operación, lo mismo que las beatas demandaban a un buen mozo que arrimase las velas a la peana del santo.

—El teléfono impresionaba —apreció el cazador—. Era conectar con el más allá.

El usuario secaba el sudor de sus manos antes de iniciar el proceso, se cercioraba de que el cordón del teléfono no se estrangulase, tecleaba con escrúpulo la serie de dígitos o solicitaba el concurso de alguien con vista y,

una vez abierta la audiencia, formulaba sus ansias de pie y erguida la cabeza, pero no con altivez sino como cuando hay que dar voces a un despistado — sin darse cuenta de que, al ser propio del teléfono acercar las distancias, era innecesario desgañitarse—. Al finalizar, entregaba el auricular al grandullón más próximo o, descoyuntando músculos y vértebras, lo acoplaba en la horquilla con el ademán del baloncestista ante la canasta; y, por hercúleo esfuerzo personal o gracias a un intermediario gentil, depositaba el importe de la conferencia sobre el tapetito blanco de la repisa, sin que el armatoste reaccionase al contacto de las monedas con la ligereza que los deslenguados del casino atribuían a san Antonio cuando le rozaba la limosna del indiano.

—No eran tiempos de charlestón, sino de bailes regionales —disculpó el cazador.

Fina, Techu y Adela pasaban las horas muertas sopesando lo que convenía declarar en ese bloque negro, intimidante como un tricornio y tentador como la cucaña, y ya diseñada la intervención, lo rodeaban con la prevención que se dispensa a un salvaje y la más osada se encaramaba sobre sus amigas, descolgaba el auricular, lo balanceaba entre sus dedos como si pringara y, una vez reducida su legendaria fiereza a un lamento, movía el mecanismo de la ruleta insertando el índice de su mano en los números del disco redondo que las otras le cantaban. Con agitado corazón aguardaban la comparecencia de quien era acuciado en su distancia por un pitido tenaz. Y cuando el interlocutor accedía —como si hubiera derrumbado una pared y los cascotes se derramaran por un pavimento metálico, ya que las palabras se empeñaban en salvar regiones, cordilleras, lagos y turbulencias atmosféricas a velocidad de cohete—, una de las tres, y sólo una de ellas, debía dialogar con él, según pactaron. Pero por una reacción típica de las naturalezas competitivas, cuando la designada iniciaba el diálogo, las otras dos pugnaban por sustituirla o completarla, creando segundas y terceras voces no sólo desajustadas con la primera sino ávidas de imponerse, y eso introducía tal discordia en el pedregoso intercambio verbal que provocaba cortes en la línea —saturada de por sí— y la sensación de que su oponente se desvanecía en el éter para que no le agobiaran. Con ello, aquella charla disparatada concluía las más veces de modo abrupto, pues Fina, Techu o Adela estampaban el auricular en su horma, molestas de no obtener los resultados previstos, y atribuyendo a irregularidades del invento el mal uso que hacían de él.

—Esto del teléfono es un chiste soso —y Fina se alisaba la falda con

displicencia.

—Mucha apariencia y poca sustancia —sancionaba Techu mientras escupía con saña las cáscaras de pipas.

Si en el curso de aquellas veladas se producía una llamada comercial, Fina, Techu y Adela citaban a Sisinio con desparpajo —o acortando su nombre en Sisi, lo que le rebajaba ante el público y afectaba a la seriedad mercantil—. Sisinio se investía de una gravedad cómica para sus pocos años, armado de lápiz y bloc anotaba exigencias y difundía órdenes sobre el fondo de carcajadas de su prima y sus amigas —regocijadas de que aquel botones luciese estrellas—, y al irse les arrojaba una mirada incendiaria, lo que a ellas les divertía más, al haber transformado a ese pánfilo en un cascarrabias. Ahí culminaban los enfados de Sisinio, pero en una ocasión se atrevió a criticar la conducta de las que por aventajarle en edad debieran dar ejemplo y Adela no lo consintió, bajó con él un tramo de es caleras y en un espacio equidistante del comercio y la vivienda para que ni Fina ni Techu ni las beatas captasen la riña, le recordó que ella actuaba en su casa como juzgaba oportuno y que precisamente por tener diez años más que él, le correspondía definir lo que estaba bien o mal, y él debía limitarse a obedecer, por ser menor, y a realizar sus funciones de asalariado, que en esencia consistían en ocuparse de todo lo que a ella, hija al fin de su padre, le aburría, como albaranes, taras y caducidades. Sólo le faltó incorporar a la regañina una ración de azotes o privarle de la tableta de chocolate o del membrillo de la merienda.

—El pobre mío se puso blanco como el papel —evocó Adela—. Me dio una angustia...

Sisinio tenía quince años y era su primera bronca laboral. No respondió con arrogancia ni cedió a la tentación de echarlo todo a rodar y largarse al fútbol de Visi, sino que, pensando en acumular méritos para deslumbrar a su hermano, siguió subiendo y bajando escalones a cada timbrazo del aparato —desde la tienda al piso y viceversa—, y no rechistaba si las voces de su prima y sus amigas cabalgaban sobre la suya, aunque después de aquel enfrentamiento, cuando Sisinio tomaba el teléfono, Adela, Fina y Techu le dispensaban el consabido desdén de las señoritas de pueblo por todo lo relativo a la prosa de la existencia —Fina, con declinar de pestañas; Techu, dándole la espalda—. Abajo, las beatas aguardaban la vuelta de Sisinio charlando de sus cosas o lamentándose, pero otras, más impacientes, se marchaban con la mercancía y pagaban luego o había que recordárselo.

—Las beatas son ladinas —respaldó Adela—. En un descuido, te la pegan.

Sisinio llevaba las cuentas del almacén como si en ello se ventilara algo más que una operación matemática o un testimonio de honradez. Nunca le había sucedido algo tan trascendental como regir un negocio y le hubiera gustado despachar periódicamente con Adela sobre novedades, gastos e ingresos, tenerla informada de lo que ocurría, no ya por lealtad de socio, sino porque se jugaba su crédito, pero a su prima le horrorizaban las conversaciones de este tipo, todos se daban cuenta de eso menos Sisinio, que, por esmerarse en el funcionamiento de aquel comercio, daba el callo mañana, tarde y noche. Con una dedicación tan absorbente, Sisinio se marginaba de las experiencias típicas de su juventud, pues cuando Adela compró discos de André Kostelanetz para bailar en la cocina con Fina y Techu —Fina, sin despeinarse; Techu, acalorada—, Sisinio se pasmó de que pu diera venderse un manojo de espárragos al son de un fox. Esa disipación del cuerpo —que él nunca había practicado— era inconcebible en un recinto comercial, y se escandalizó tanto como cuando reprochó a las amigas de su prima que interfirieran en sus gestiones telefónicas. El cabezota de Sisinio no asumía lo que le decían en la taberna de Visi o en el autobús de línea o en la encina soñadora de la olmeda, que esa tienda que él consideraba parte de su carne y de su sangre no era suya sino de sus primos, protegidos por las leyes y con autoridad para delegar, en Sisinio o en cualquier hortera, obligaciones y cálculos.

—Desde siempre creí en él —dijo Adela—. Supe que no me fallaría.

A mitad de los años cincuenta, y a la celeridad con que discurría la vida, Adela compartía los sueños de Sisinio de mudarse a una capital, concretamente a Valladolid, y se figuraba colocada en un establecimiento de discos o de moda, algo de más prestancia que su ultramarinos, y alojada en un pisito del barrio universitario con Fina y Techu —Fina, siempre de escaparates; Techu, en el mercado—, o quién sabe si con el príncipe valiente. Imaginación y lengua adobaban esas fantasías que no podía confesar a su tía Sara, pues estaba convencida de que desautorizaría el cierre o el traspaso de la tienda por la implicación de su hijo. Si en su día Sara se opuso al noviazgo de Celi con Acacio, ahora impulsaba a Sisinio a exigir categoría de dependiente, pues no debía ser catalogado y retribuido como mancebo quien determinaba reposiciones, compras y ventas.

—Tú mandas más que ella —le reconvenía—. Tenéis los papeles

cambiados.

Su padre aprobaba las palabras de su madre acariciándose por inercia el área del bigote extirpado. Pero Sisinio, una vez fuera de casa, expulsaba estos pájaros de su cabeza y no forzaba una situación que quizá fuera desigual, pero con la que en líneas generales estaba de acuerdo y, en el fondo de su alma, halagado y deudor —y solía expresarlo a su prima con una mirada que reflejaba la intensidad de su gratitud—, pues Adela le había concedido una responsabilidad de adulto cuando por ser un monicaco y no tener recursos ni estudios nadie se la daba. Por el desinterés que le profesaron su hermano y sus padres se había convertido en un resabiado —esa versión cazarra del enterado de la capital— y no se fiaba de los que le ofrecieron mucho, pero poca o ninguna ayuda le prestaron. Su prima podía traicionarlo y vender la tienda o cerrarla, como le recordaba su madre. Pero ya había demostrado ante todos que creía en él, y si tuviera que optar entre ambas mujeres, Sisinio no dudaría en elegir a quien le tendió la mano cuando él se asomaba —como se decía entonces— al universo de la producción.

—Mi prima es todo para mí —afirmaba en la taberna de Visi—. No puedo negarle nada.

Con poco más de veinte años, Adela se encontró sin padres y con unos hermanos dispersos, con unos tíos antipáticos, con un primo famoso en Madrid al que nunca veía y con ese otro al que había amadrinado en la pila y que se crió al lado de la jarra de las monedas y entre garrafas de aceite. Adela no quería atarse al legado familiar y Sisinio era mayor para seguir estudiando. Como siempre habían congeniado, Adela pensó que podían colaborar en la tienda. No lo consultó con Fina ni con Techu y una tarde de domingo se lo propuso a Sisinio. Lo buscó en casa de sus tíos, pero estaba jugando al fútbolín en la taberna de Visi. En aquel reducto de holgazanes que Visi pastoreaba igual que un sargento, Adela fue testigo de revanchas y desempates hasta que se hartó y a empujones sacó a su primo de la competición y de la taberna, lo arrastró a la olmeda, al pie de la encina soñadora le expuso su plan y lo que se antojaba arriesgado de admitir limó sus aristas, y dos seres separados por diez años y con un desarrollo dispar de sus inteligencias sellaron un pacto que les reconfortó, como el que halla luz después de la sombra.

—No te arrepientes de tenerlo contigo —resumió el cazador anoche.  
Adela disparó la vista al techo oscuro.

—Si no fuera por Sisinio, yo sería una esclava. Le quiero más que ni sé.

Para conducir por Madrid el taxi de Barragán, Mauro aprendió las calles y las plazas céntricas, los ministerios, las iglesias y las delegaciones sindicales y del Movimiento, la alcaldía, el aeropuerto, los restaurantes, los hoteles, bailongos y picaderos y las estaciones ferroviarias, de metro y autobuses de línea. Trabajaba de sol a sol, pero además, una noche a la semana distribuía a los desahuciados la penicilina que le facilitaba el coronel. Descansaba en domingo, aunque Barragán le empleaba algunos festivos en asuntos de la constructora El Alcázar, y en el horizonte planeaba la expectativa de la camioneta para el fútbol, una empresa que obsesionaba a su jefe. Si la ponían en marcha, tendría que fijar en laborable su día festivo. Mas, para consolarse, Mauro recordaba a Henar que ahora efectuaba en automóvil los trayectos que antes hacía a pie con la cartera de los morosos.

—La edad tiene sus leyes —dictaminaba—. No hay ancianos andarines ni chavales en sillones.

A los tres años de haberse casado ganaban igual dinero o menos, pues aunque no pagaban comida ni vivienda, debían amortizar lo que Luchini Berbén les adelantó cuando el incendio del piso de Priscila. Henar sumaba el salario de Mauro a la cantidad discrecional con que Luchini Berbén retribuía sus servicios de asistenta, y en la gran mesa de la cocina lo dividía, según las necesidades a cubrir y, como no le salían los números, se enfurecía de que Mauro no compartiese su angustia, sino que, en cuanto aportaba el dinero de Barragán y como si ya hubiese cumplido, fumaba despatarrado o bajaba a curiosear el tabuco del portero, que, por estar próximo a la jubilación, reclamaba un sucesor al que aleccionar. A Mauro le divertía la posibilidad de relevarlo y había comentado a Henar que, si le aceptaban para el puesto, tampoco pagarían casa y él se ahorraría ropa, al vestirse con el uniforme que le comprarían los inquilinos, y Henar continuaría con Luchini Berbén, pero sin tanta dependencia.

—Si tú sustituyes a Claudia y yo, al portero —proyectaba Mauro—, somos millonetas.

Lo que Mauro no contaba a Henar es que, si les tocaba en suerte la portería —y él reemplazaba el taxi por la mesa camilla—, podría leer las novelas que prestaba a bajo precio una tienda cenicienta y sin rótulo de la plaza de Santa

Bárbara, con un escaparate que parecía un vertedero y un interior con una estantería alabeada porque sostenía más peso del conveniente y unos cajones repletos de libros, en los que cuando hundías la mano extraías perlas como *Centinela abencerraje* o *Pólvora fue su tumba*.

—Ahí leí el *Robinsón* que contaba Acacio en la olmeda —confesó Mauro en la taberna de Visi aquel 15 de agosto de 1963—. ¡Qué solo está ese hombre!

Mauro curioseaba en esos cajones, no en la estantería, y se fiaba de su intuición o del dibujo de las portadas. Le fascinó descubrir un recipiente con más libros que el baúl de su padre, y con cara radiante se lo transmitió al tipo del guardapolvo y del lápiz en la oreja derecha que sobre una escalera de mano indagaba en la estantería como una araña. Pero éste no correspondió a su entusiasmo, y por más que Mauro se convirtiera en cliente asiduo, ya que visitaba el establecimiento al menos una vez por semana, el hombre le trataba con una frialdad que se agudizó el día en que conversaron de libros, pues como Mauro pudo inferir del contraste de opiniones, no había dos gustos tan opuestos: el hombre del guardapolvo citó a los autores de la estantería con la reverencia con que el padre de Henar los pronunciaba en la escuela, unos nombres que por ser dichos en unos pupitres ante una pizarra se le antojaban a Mauro aptos para escolares, mas no para mayores. De ahí que a Mauro no le interesaran esos libros, que calificó de infantiles ante la sorda irritación de su interlocutor, sino los que se amontonaban en esos envases similares al baúl de su padre, que estaban prohibidos para los chicos porque todo lo que tenía letra o mujeres en la portada se estimaba de adultos. Y cuando Mauro, encarnado de la emoción, elogió las dimensiones y el contenido de semejantes depósitos, hubo de callarse al comprobar que el librero de la plaza de Santa Bárbara desconocía la firma literaria de Flanagan —ni pestañeó cuando Mauro describió su existencia miserable en la pensión de la calle Alcántara— y no recordaba un solo título de las novelas del baúl.

—No sabía quién era Lobato ni Circunstancia Chica ni Sento Pedales —se escandalizó Mauro en la taberna de Visi—, y cuando mencioné a Beria, el espía ruso, me dijo...

Abrumado por la ignominia restregó su pecho sobre el mantel con lamparones.

—... Me dijo que Beria vivía en Birmingham.

Y repitió la especie en todos los tonos de la discrepancia.



—¡Beria en Birmingham! Esto me lo decía un vendedor de libros, no el recadero de tu madre.

—Así está España —suscribió Tino.

—¡Qué incultos son nuestros intelectuales! —y Mauro dio un puñetazo en la madera como si quisiera aplastarlos—. Porque tú pregunta a la gente normal de aquí, a Visi, con su pierna a la virulé, o a los que juegan al fútbol con Sisinio, si Beria vive en Birmingham, eso, pregúntaselo.

Y en la pausa que imprimió a su discurso parecía incitar a Tino a que procediese.

—Incluso ellos, que no son personas leídas, te dirán que es una equivocación, un patinazo, porque el que vive en Birmingham es Churchill, el secretario del general Franklin Delano Roosevelt, al que en sus ratos libres abastece de grosellas y le niquela el velocípedo.

Llenó las copitas antes de avasallar a Tino con su dialéctica.

—Pero no Beria, el espía ruso, que dirige una serrería junto al mar Negro, figúrate, en la otra punta de Birmingham, y está casado con Pasmosa, la rubia del ojo regañado.

Y se absorbieron en el orujo mientras Sisinio se vaciaba en el fútbol.

—Yo conocía la vida de Beria porque había leído *El oro de Mecagüen* —balbució Mauro, ya minado por el orujo de Visi—. Total, que discutí con el librero.

—Esto va a durar —les voceó Sisinio desde el fútbol—. Esperadme en casa.

Pero aquel 15 de agosto de 1963 Mauro había citado en la taberna de Visi a unos forasteros.

—Y el librero, en vez de hablarme de *Huracanes ardientes*, *El rancho de las calaveras* o *El forajido sin plata*, empezó a sonsacarme sobre... Adivina.

Tino insinuó:

—Beria, el espía ruso.

Mauro lo negó.

—El gachó del velocípedo...

Resplandeció la cara colorada de Mauro.

—No tienes ni idea, Tino. ¡Sobre Franco!

—¿Cómo Franco?

—Sí, me preguntó qué sabía yo del Caudillo, si se largaba con viento fresco o lo tiraban a un pantano por sabandija. Así me lo dijo, con la cara

muy seria.

—¿Y caíste en la trampa?

Mauro enrojeció.

—Bueno, me habría visto en el taxi con el coronel y pensaría que yo tenía contactos y podía informarle.

Tino recordó la locuacidad de Mauro ante Cardenal en el sótano de la comisaría, que el torturado Cheste intentaba acallar con su cántico.

—Y de repente... Nunca se me olvidará. Bajó de la escalera y quedó frente a mí. Era un poco más alto que yo.

Mauro regó las copas sin que Tino pudiera evitarlo.

—¿Estabais solos?

Los clientes de la librería rondaban la edad proveya por lo que Mauro les suponía lectores de las novelas que su padre había guardado en el baúl antes de la guerra. Pero le intimidaba abordarlos porque se comportaban con él con la misma esquividad que el responsable del local.

—El librero...

—¿Más gasolina, madrileños? —se entrometió Visi.

Mauro le tendió la frasca:

—Media.

—Las curdas de orujo son comatosas —opuso Tino en vano. Porque Visi se fue arrastrando la pierna y Mauro insistió:

—El librero me dijo y no te lo pierdas...

Y pulsó la atención de Tino.

—Dijo el librero de carrerilla y sin respirar: «Mi querido joven, mientras el Generalísimo Franco mande en los hombres y las tierras de España, Beria vivirá en Birmingham porque no tenemos relaciones con Rusia y países satélites».

Y, paladeando la cita, Mauro se abstraigo en su estampa de diez años atrás, cuando abandonaba el establecimiento de la plaza de Santa Bárbara con un libro debajo de la camisa —también de pequeño escondía en su pecho las novelas del baúl de su padre— para no tener una bronca con Henar, porque la hija del maestro no participaba de esta afición de su marido, la creía propia de chavetas, y le había prohibido inculcársela al Morito desde que le sorprendió leyéndole en la cuna *Revólveres sentimentales*.

—Al niño no le vengas con basuras —amonestó—. Tiene que aprender francés.

—¿Basuras? —interpeló Mauro a Tino aquella tarde del 15 de agosto de 1963 entre los golpes de las barras del fútbol—. ¿Es basura el amor de don Pedro a Lupita, cuando antes de morir en la horca por el robo de la reneta le dice: «Eres mi corazón de mohicano...»?

Y con la melancolía de su padre cuando seguía los juegos de Vega, Zarza y Raquelín en la picota, proclamó ante la llanura de Castilla que se divisaba por la ventana de la taberna de Visi:

—¡Ninguna mujer merece ese corazón!

La jornada laboral de Henar no precisaba de callejero, ya que se desarrollaba en la esfera tradicionalmente reservada a la servidumbre en casa de Luchini Berbén, que Henar manejaba al dedillo tras sus años de criada: la cocina, el espeso dormitorio sin ventana en el que se hacinaban Mauro, Henar y el Morito, y el cuarto de la plancha con el tendedero, donde Claudia y la muchacha de la limpieza compartían cama y mesilla de noche. Henar trabajaba sin perder de vista al niño, que, por lo general, dormía, mas cuando abría los ojos, constituía la diversión de sus compañeras.

—Tragaldabas —le decían por su apetito.

El domingo, después de que almorzaran los señores, Mauro y Henar se vestían de gala para efectuar visitas con el Morito. En el asilo de beneficencia constituyeron la comidilla durante más de un mes. Priscila y Ascen presumieron de nieto ante el resto de las asiladas, en el comedor los fotografió un ambulante y hasta Carmelita, postrada en la silla ortopédica en la primera fila, se animó más con el Morito que ante su retrato de boda, quizá porque ambos compartían el lenguaje de la onomatopeya:

—Fu, fu.

Algunas tardes de sábado, cuando Mauro volvía de dejar a Barragán en la tertulia del café de la Puerta del Sol —con la encomienda de recogerle a las dos horas para trasladarle al cuartel de Fuencarral o a casa, según—, veía al Morito enfundado en toallas y mantas, con el rostro congestionado por la herencia sanguínea de su padre y la exageración del envoltorio.

—¿Vais donde las Chinas? —preguntaba Mauro.

—*Oui, monsieur* —afirmaba Henar.

En el sótano de la calle de Santa Brígida, donde los peatones al pasar por la acera les privaban de luz, se formaban dos grupos: cerca de la puerta, el Morito y Zulima se disputaban el pedal de la máquina de coser o los retales que alfombraban el piso; y, debajo de la tronera, para aprovechar la claridad

de la hora, Zoila y Zoraida enseñaban a Henar los álbumes de la moda de París. Y lo mismo que el Morito volaba de unos brazos a otros entre homenajes, así Henar y las Chinas charlaban de uno y otro tema e incluso los mezclaban, pues Zoila podía señalar un modelo concreto de traje de chaqueta, muy adecuado para un *té dansant*, y Henar referir en ese instante que el Morito dormía casi toda la jornada, lo que demostraba su afinidad con el padre en lo calmado y pancista, y no sólo en eso, pues eran tan similares las conductas de los hombres de la casa —aseguraba Henar cuando Zoraida o la propia Zoila subrayaban con el dedo el rematado de un sombrero con plumita— que el Morito y el padre despertaban a la vez y sintonizaban en las operaciones de aseo, ya que cuando Henar limpiaba y mudaba al niño, Mauro, por una solidaridad inconsciente, se mojaba los brazos, el pecho y la cara en la pila de la cocina.

—Son siameses —enfaticaba Henar—. Fenómenos de circo.

Las Chinas le animaban a reverdecer su época de maniquí con la falda de una clienta.

—Pruébatela, mujer.

—Si soy un saco de huesos...

Pero se ceñía la falda al traje y revoloteaba junto a Zulima y el Morito mientras Mauro, en el domicilio de Luchini Berbén, prescindía de la gorra y de la chaqueta de taxista, se remangaba la camisa y, acodado en la mesa de la cocina con un pitillo en dos dedos de la mano izquierda, deletreaba el título de su última adquisición literaria y, a la manera de su tío cuando revisaba los albaranes, mojaba en su boca el índice y el pulgar de la mano derecha para pasar páginas y acceder al texto.

—Te cae de película.

—Si no puedo pagarla...

A las pocas líneas, Mauro, como lector avezado, anticipaba el argumento de la novela:

—Patricia Dalias robará el dinero de la Cooperativa y se enamorará de Nicky Consola cuando mate en duelo al sheriff de Laramie...

Aunque extasiado con las bravuconadas de Mixto Jim o Jabato Bastones, Mauro mantenía vigilante ese oído con el que su padre captaba la pedalada del cuñado a kilómetros de distancia, y al igual que la india Boticaria deducía de la palpitación del heno cuándo iniciaba su ataque la Caballería Ligera, Mauro percibía la llegada de su mujer y del niño con la misma precisión con

que Jeremías Sandoz, el pollastre de Frómista, calculaba desde el gallinero del teatro Calderón de Valladolid las medidas corporales de las coristas de Luchini Berbén que se encaramaban a la pasarela. Ante el inconfundible aviso, Mauro acataba el yugo familiar, doblaba el borde de la página que estaba leyendo, disimulaba el libro bajo la camisa, afianzaba el barreño en la mesa de la cocina y ponía agua al fuego.

—El Morito en el barreño —pontificaba Mauro— no sólo aprende los valores de la higiene, sino la importancia de los padres.

El remojón templaba los nervios del Morito, que cenaba y se dormía. Mauro encajaba la cuna de su hijo en lo más hondo del dormitorio para resguardarla de las corrientes de la escalera. Y al regresar a la cocina, en esa mesa donde había leído la novela angustiada de que le descubriera su mujer, Henar hojeaba sin ocultarse una revista de moda de las Chinas.

—El lujo de París —envidiaba Henar igual que años atrás, cuando Celi lucía la moda de Valladolid o Burgos en el dormitorio de su tía Sara.

Mauro se desalentaba:

—Las Chinas te calientan la cabeza.

No tardaban en acostarse en el cuchitril tenebroso que tenían por hogar.

—Duermo todas las noches contigo —observaba Mauro—, pero hace siglos que no te veo.

—Ni aunque hubiera luz me verías —admitía Henar—. Me chuparon las brujas.

—¿Vienes con el argentino Descontado y la mulata Silveria a tomar un whisky en Pelota's?

—A mí no me saques de París.

—Tú te lo pierdes, porque me voy con el niño en el caballo *Rosicler*, que más que galopar, vuela.

—Baja la voz, no le despiertes.

—¿Oyes cómo respira?

—El hijo es lo mejor que tenemos.

—No llores.

La carta de Celi llegó arrugada y con sellos exóticos. Cástor la separó del resto de correspondencia, la alisó con la mano y antes de iniciar el reparto se la dio a Sisinio, que, advertido de su singularidad, la encerró en el cajón de

los billetes para que ni Eladio la rozase ni la curioseasen las beatas. Adela estaba en la plaza, pero Sisinio no la apremió y sólo cuando se disolvió el corrillo de las beatas y Adela entró en la tienda, Sisinio liberó la carta de su escondite. Adela descolgó el teléfono y en esta cocina donde treinta años después se lo contaba al cazador, rasgó el sobre, extrajo la cuartilla manuscrita y al susurro de la lumbre afrontó el monólogo de la hermana misionera, que nunca había pasado más calor que en el bosque de su destino africano ni tanto miedo como con esas serpientes que deslumbrarían en Castilla, donde el alacrán acecha bajo la losa.

—Nuestro hermano Mauro, con lo melindroso que es, aquí no aguantaría ni un minuto...

En aquella colonia española, Celi predicaba la palabra de Cristo desde la pequeña iglesia de la misión y en la barraca de su casa conventual. La velocidad de su pensamiento imprimía a su escritura giros y vuelos. Adela se atascaba y depositaba la carta en su regazo.

—No la entiendo.

Era la carta de una ensimismada. Sus líneas enrevesadas, de oraciones subordinadas e imágenes atrevidas, no disipaban la incógnita alimentada por Adela desde que su hermana vistió los hábitos: esa mansedumbre y la impavidez con que ejercía su vocación encubrían su infelicidad. Adela se preguntaba: «¿Será que finge?». Y no pretendía desentrañar otro significado de aquel barullo de descripciones y opiniones.

—Habría que decirle que no está presa.

Antes de contarle por carta, Celi había acudido a un hospital de campaña, y no de enfermera, sino por la mordedura de una serpiente. La selva — explicaba Celi— es el reino de los animales en libertad y el hombre lo invade sin miramiento, se comporta en casa ajena con la altanería que no emplea en la propia y, si no respeta las costumbres de los anfitriones, se expone a una agresión. En medio del bosque, Dios le recordaba con ese picotazo la tentación de Eva. En el hospital le sacaron el veneno y se encontraba fuera de peligro, quejosa del ocio que le decretaron como terapia.

—Una prueba que el Señor me envía... Soy de Él para lo malo y lo bueno.

Adela se arrepintió de haber menospreciado el riesgo y el sufrimiento de su hermana. La imaginó indefensa en el mosquitero, a la luz de una lámpara de petróleo, y lloró esa exageración de vida tan distinta de la suya. De su tribulación sacó una idea:

—Si está enferma, la traerán.

Y, efectivamente, Celi vino a España a reponerse, pero no a las tierras candeales de su familia sino a un entorno más meloso y vegetal. En la provincia de Alicante había un sanatorio para las monjas que también acogía a los necesitados de la zona. Desde su nuevo internamiento, Celi mandó otra carta. Cástor la entregó en la tienda sin dilación y Adela la leyó en la cocina.

—Hoy no hay teléfono —alertó a Sisinio, privando al aparato de su montera.

Celi había dictado la carta ya que no tenía fuerzas para escribirla. A través de esa letra un poco bobalicona, porque era ancha y plantada como un inconveniente en medio de la página, supo Adela que su hermana padecía fiebres pulmonares y, como había oído hablar de la tuberculosis, se le dispararon las ganas de visitarla. En compañía de Fina y Techu —Fina, pintándose el ojo; Techu sin cambiar de pinta—, telefoneó por si existía riesgo de contagio. Y consiguió lo que parecía imposible. Porque confiaba en la responsabilidad de Sisinio, Adela tenía menos dificultades que Mauro para ausentarse de sus obligaciones. Pero la Esclava recordó en las sesiones de los jueves que Celi no había asistido a la boda de su hermano y tampoco al nacimiento de su sobrino, y eso bastó para que Luchini Berbén y Barragán dieran permiso a Mauro, Henar y el Morito para desplazarse a Alicante con Adela, y no por ferrocarril, que sería más molesto para el niño, sino en el taxi del coronel.

—Y no bajes la bandera —bromeó Barragán a Mauro—, porque te va a costar un huevo.

Celi estaba en cama, recostada en un almohadón, con una toquilla rosa sobre un sayal blanco, sin abandonar la sonrisa de bienaventurada pero con los ojos hundidos y la mano derecha yerta sobre la colcha. No se inmutó con los besos de Adela y Mauro y, como no permitieron pasar al niño donde los enfermos, se consoló con su foto. Mientras el Morito protestaba a voces en el pasillo, mal contenido por Henar, Celi alabó la lozanía de sus hermanos y, asediada a preguntas, describió la geografía, el clima, la misión, la escuela y la fauna y la flora de África hasta que una monja dio por concluida la audiencia.

—Enseguida se agota.

Mauro, Henar y Adela pasearon por un parque con el Morito hasta que tocó verla de nuevo. Tenía otro camisón y comentaba que algunas tardes le

subía una fiebre antipática que tardaría en desaparecer, según los doctores. Ahora Mauro cuidó del Morito para que Henar estuviera con Celi y, en contra del dictamen de los médicos y de las amonestaciones de las enfermeras, la vieja amiga consiguió que Celi saltara de la cama y apoyada en su brazo contemplara la explanada del hospital, donde Mauro y el Morito se despistaban con las voces de Henar. Mauro aupó al Morito, extraviado en aquella panorámica de ventanas, aunque obediente para saludar con la mano. Luego Henar recogió al niño para que Mauro se despidiera de Celi. Atardecía, Mauro vio a su hermana más hermosa que la puesta del sol y sintió rabia de alejarse a la capital áspera y fría del casticismo para trasladar señoritos al fútbol y a las salas de fiesta.

—Tienes el ansia de horizontes del Halcón de Misisipi —le profetizó.

—Soy misionera del Crucificado.

Aprovechando que Mauro se inclinaba a darle un beso, Celi pareció peinarle con la mano, como cuando le reñía o le daba la merienda, cuando montó en el taxi de los gemelos de Peñafiel y cuando murió la madre.

—A la Celi no la frena ni la diligencia de Kansas —confirmó Mauro a Adela y Henar.

Cuando se retiraban por el pasillo del hospital, Celi les envió un amago de bendición y la consigna de que el destino de todos, y también el de ella, estaba escrito.

—Es teatrera —dijo Henar.

Una monja calificó la visita de prematura porque la enferma estaba tan exhausta que le aconsejaban no forzar la memoria. Y añadió que si hubieran retrasado el viaje dos semanas, pasarían otras tantas o más, pendientes de sus hazañas.

—Está triste y sola —dijo Adela.

Y Mauro, pilotando el taxi de Barragán por carreteras levantinas, cantó la melodía de la tuna:

—*Triste y sola, / sola se queda Fonseca...*

—Celi no tenía término medio con tu hermano —apreció el cazador—: Del amor al odio.

Y cuando encendió el pitillo en el ascua de la cocina acusó la fatiga de la noche sin dormir.



—Celi es así —corroboró Adela—, o blanco o negro. Pero además, influye Acacio.

En ausencia de Sisinio y bajo la imposición de la madrugada, habían acercado los asientos y charlaban en un murmullo.

—Acacio es todo para mi hermana —destacó Adela—. Por eso cuando Mauro rompió con él en Madrid, se ofendió, como si se lo hubiera hecho a ella.

El 15 de agosto de 1963 —con Acacio en el latifundio como sucesor del indiano y la discordia prevista para media tarde en la plaza del baile con orquestina—, Mauro pronosticó en la taberna de Visi:

—Hoy Acacio me la busca.

No se inquietó el gato arzobispal. La cocinera se refrescó con el botijo.

—Y a mí también —bromeó Tino—. Por la herencia del indiano...

Mauro no le siguió el humor porque recordó a quien esa mañana le llamó por su nombre de guerra:

—Robinsón...

—Tiene mil cosas contra mí —insistió Mauro—: No estoy con él y Sisinio me apoya.

Adela basculaba la mecedora. Susurró la lumbre y el cazador consultó el reloj.

—¿Aguantas la noche, Adela?

—Eres más anciano que yo.

—¿Te hago un café americano?

—Sin posos.

Cuando Mauro pisó la librería de la plaza de Santa Bárbara después de aquella conversación sobre Franco y Beria, el hombre del guardapolvo bajó de la escalera con una precipitación que a poco se desnucó.

—Antes de irse —le secreteó—, pase por mi despacho.

Halagó a Mauro esta confianza que no le dispensaban los clientes asiduos, tan despegados.

—Tengo canela fina —prometió el hombre.

Ese día Mauro no indagó en los depósitos de mercancía literaria con la comodidad de otras veces. Falto de sosiego, apareció en el tugurio del librero sin haber escogido un título —aunque le encandilaba el escote de la heroína

de *Caravana nocturna*— y halló encima de su mesa *Tormenta en Wichita*.

—¡La Biblia en verso! —enarboló el volumen—. Cuando Carrascosa desenfunda en el Barranco del Potro...

El hombre del guardapolvo le contuvo.

—Déjese de fantasías y léala.

—Me la sé de memoria.

—No presuma, joven.

—Total, que para demostrarle que la conocía —contó Mauro a Tino en la taberna de Visi aquel 15 de agosto de 1963—, la abrí por la primera página donde dice eso tan bonito de...

Y aguardó a serenarse de la emoción literaria para declamar con solemnidad:

—*La heroica ciudad de Wichita dormía la siesta.*

—Llévesela —le animó el librero—. Las buenas novelas nunca se conocen del todo.

Mauro dudaba.

—Escóndasela en el pecho como un detente, disfrútela a solas y cuando me la devuelva cambiamos impresiones.

Aquella tarde de sábado la luz disminuía deprisa y los clientes manipulaban a ciegas y en sigilo, como hacendosas taquimecas, en la estantería y los cajones. Mauro palpó y husmeó el texto en la incipiente oscuridad y protestó:

—¡Está censurado!

El librero le escuchaba distraído.

—Han quitado lo de la siesta en Wichita —porfió Mauro—. Y no veo a Carrascosa ni al Sambo Guzmán ni a Belín Calabaza.

Y tendía la novela al librero para que lo comprobase cuando se produjo un ruido similar al arrastre de una silla. Como por arte de magia, la novela voló de sus manos y el librero aulló:

—¡Una, grande y libre! ¡Arriba España!

Sombra entre las sombras, entraba en la covacha el tipo del que Mauro se hacía lenguas porque en cuanto ponía el pie en la tienda los clientes habituales se desprendían de los libros que estaban seleccionando. Del mismo modo, la mesa del librero, que Mauro había visto llena de objetos delatores, apareció desnuda.

—Como Wichita al paso de Mecagüen —comparó Mauro en la taberna de

Visi—. Una superficie arrasada.

Tino demandó:

—¿Era uniformado o secreta?

El gato arzobispal se alteró cuando Mauro respondió con la experiencia de la edad:

—Secreta.

El policía, sin privarse del sombrero y de la gabardina, aludió a Mauro:

—¿Es de la cuerda?

—Y el librero —contó Mauro— repitió la frase con que la doncella de *Amor cheyenne* tranquiliza a su madre después de meter en su alcoba al rijoso de Pachín:

—Sólo quiere hacer pis.

El policía conminó a Mauro:

—Ahueque.

—Total, que volví a casa —dijo Mauro a Tino— y cuando estaba en la cocina fastidiado de no tener novela para esa semana... Adivina.

La canícula azotaba al pueblo en la sobremesa de aquel 15 de agosto de 1963.

—Noté un inconveniente en el pantalón y era... Todavía me admira cómo me metió la novela en el cuerpo.

Sisinio perdía al fútbolín por goleada y sus rivales se carcajaban sin moderación.

—*Tormenta en Wichita* —propuso Tino.

—Sí y no —sonrió Mauro—. En la portada decía *Tormenta en Wichita* y Carrascosa estaba con antifaz, soplando la pistola humeante, pero dentro había otro texto.

Tino inclinó la cara hacia Mauro.

—Ese hombre te daba un libro prohibido por la censura con una portada de novela del Oeste.

Mauro se ruborizó.

—Adivinaste.

—Y además, te cuento lo que decía el tuyo.

Y Tino recitó:

—*La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases.*

—Adivinaste —concedió Mauro, encarnado hasta la raíz.

—Un ortodoxo —definió Tino, sin más explicaciones.

Cuando Mauro regresó a la tienda con el libro leído —y ese día, quizá por envidia, los fieles de la librería ni le saludaron— el hombre del guardapolvo le adelantó:

—No actúo así con toda la clientela, sólo con los de la cuerda.

Surgió un conato de pelea entre los jugadores de fútbolín, que cortó Visi.

—De esta forma me ilustré —Mauro se despreocupó del incidente de su primo—. Como tardaba más en leer los nuevos libros, les busqué un escondite que no descubriera Henar.

Tino se acordó de cuando guardaba en la cueva del herbolario las monedas de su madre.

—Alternaba el libro de estudiar con el de divertirme —dijo Mauro.

Y alzó la mano para orientar a tres caballeros de tan sospechoso aspecto que gracias a la eficacia de la policía de Cardenal en detener a los enemigos del Régimen estaban en libertad sin cargos.

—Unos libros trataban de la lucha de clases —expuso a Tino— y otros, de las clases de lucha.

A la indicación de Mauro, los tres hombres rodearon su mesa con balanceo de forajidos, se detuvieron respetuosos y con la concordancia de un coro parroquial modularon el santo y seña de los conjurados:

—Robinsón, Robinsón tiene ideas de masón.

Brillaron anoche los ojos de Adela como los de Mauro cuando advertía al Melindres:

—¡La conspiración!

En 1986, veinte años después de aquella escena en la taberna de Visi, asombraba a Adela la vertiente cabalística del fenómeno expresivo.

—El lenguaje de la represión —le aclaró Tino—. La jerga de la clandestinidad.

Y como prueba adujo la réplica de Mauro —aquel 15 de agosto de 1963— a la bienvenida de los secuaces:

—Veremos, que dijo el ciego.

Una contestación que impulsó a identificarse a los tres militantes con frase del astracán:

—Henos aquí, los de Pravia.

Y esta referencia, contrastada en la geografía, la literatura y la historia, en certámenes publicitarios, charlas íntimas y funciones teatrales allanó las

suspicias de Mauro, que, considerándose entre colegas después de esa presentación, empinó la frasca de orujo con un castizo:

—¿Sopláis?

Ellos adoptaron un aire menos envarado, incluso uno se tambaleó para ser más didáctico.

—Ni una copa de más.

—Depósito saturado —el segundo se tocó la tripa.

—Stop —rehusó el tercero.

Para recapacitar con comodidad sobre objetivos y medios, Mauro sugirió:

—Sentaos, que es gratis.

Pero sus interlocutores no estaban dispuestos a ceder en cuestiones de procedimiento.

—A Dios rogando y con el mazo dando —objetó con mímica de carpintero el que siempre hablaba antes.

—No por mucho madrugar... —insinuó el segundo.

—*Time is money* —sentenció el tercero.

Ante el escepticismo del gato de Visi, Mauro ensayó otras vías de aproximación intelectual a la narcótica felicidad burguesa.

—¿Vinisteis en bólideo?

—Con familia numerosa —declaró el primero.

—Churumbeles como cascabeles —despotricó el segundo.

—Y la suegra —deploró el tercero.

Tras el anecdotario doméstico, evaluaron las características del contrincante.

—Son ciento y la madre —y el primero apiñó los dedos.

—Nos copa la tropa.

—Tururú.

Pero su importancia numérica no arrugó los ánimos ni influyó en la estrategia inmediata.

—Al cobarde, el culo le arde.

—El astado está avisado.

—Mu.

Acordada la comparecencia en manifestación, especularon sobre consignas y símbolos.

—El pueblo unido jamás será vencido —y el primero cerró el puño con cautela a la altura del bolsillo del pantalón.

—El que cede retrocede.

—Con un par.

Mauro ofreció contrastar estas opciones en un debate intersectorial y candongo.

—Cuando mi primo liquide la partida de futbolín —concretó—, echaré un vistazo.

—Es peligroso asomarse al exterior —le disuadió el primero.

—La tensión se dispara —calibró el segundo.

—Hosti tú —enunció el tercero.

Y con realismo socialista analizaron la previsible reacción de las autoridades.

—Más palos que a una estera —certificó el primero, meneando la mano derecha.

—Detenciones y bofetones.

—¡Ayayay!

Ante la exhibición represiva de équidos y defensas reglamentarias cursaron instrucciones:

—No la caguemos.

—La prudencia es madre de la supervivencia.

—Chitón.

Mauro enalteció la causa que les reunía:

—*Sursum corda!*

Ellos corearon:

—*Prosit!*

El primer conjurado apeló a la responsabilidad familiar para levantar la sesión:

—Se me achicharra la pari.

El segundo le apoyó:

—Cacarean los querubes.

Y el tercero culpó al sol:

—¡Azuzo Lorenzo!

Pero, antes de irse por donde habían venido, sondearon el parecer de Mauro:

—¿Capiscas, Robinsón?

Mauro se plegó a los imponderables:

—Capisco.

Agotado el orden del día y sin ruegos ni preguntas, los conjurados se despidieron:

—¿Das la venia?

Mauro deseó suerte a sus camaradas:

—Con Dios.

Ya les tragaba el sumidero de la historia cuando Mauro formuló la arenga:

—Tararí que te vi.

Y desde la calle remitieron *a capella* el mensaje subversivo:

—*Somos las chicas alegres que trajo Colsada para divertirles a ustedes...*

Sobre la mesa de la cocina quedó la bandeja de café.

—Sin posos —subrayó el cazador.

—Me encanta que me sirva un hombre —dijo Adela.

El cazador no devolvió la galantería y, sin concederse un respiro, afirmó:

—Cuando tu hermano entró en el Partido, yo estaba en Argentina con la compañía de mi madre.

—Qué año era.

—1956, 1957...

—Celi estaba en Colombia.

—Y Mauro, en París.

—Sólo aguantábamos en España Sisinio y yo.

—Y Acacio.

—Pero yo también quería irme, no te creas. Lo tenía muy atado con Fina y Techu.

—Entonces Mauro te propone que cuides de su niño.

—Durante los primeros meses, tres, seis, hasta que encontraran una colocación estable.

—No te imagino de niñera.

—Decimos niño, pero ya estaba criado y andaba, tenía tres añitos. Y además, yo no estaba sola, contaba con la ayuda de Sisinio y de los tíos, de Fina, Techu, Cástor, las beatas... Todos cortejaban al Morito. Aquí no había niños de su edad.

El cazador probó el café.

—Sisinio hizo buenas migas con él —detalló Adela—. Le sentaba donde la caja registradora, y cuando se aburría, le bajaba al suelo y metían la mano en

los sacos de arroz, lentejas, harina... Para qué quieres más diversión.

En el silencio sobrevenido, la melancolía puntuó el murmullo de la lumbre.

—El Morito fue buenísimo conmigo, aunque de tarde en tarde le daban unas barraquinas sin lógica y se tiraba horas llorando hasta que, igual que le habían venido, se le iban. Nosotros le dejábamos que se desahogase, le teníamos en la cocina, vigilado por Sisinio o por mí, y el niño la emprendía con sus juguetes, con una fuerza tremenda los arrojaba, y cuando se cansaba o se dormía había que pasar la escoba por los rincones.

Adela movió la mecedora y el cazador preguntó:

—¿Por qué fueron a París y no a Alemania o Suiza, donde iban todos?

—Idea de mi cuñada, que hablaba francés y no alemán —confesó Adela—. Las Chinas le pusieron la cabeza como un bombo.

—Mauro me dijo que el librero le dio direcciones.

Adela saboreó el café.

—Lo cierto y verdad es que salieron de aquí a la aventura y sin papeles.

—Como *espaldas mojadas*, que diría Mauro.

Adela se protegió con la manta.

—Tú sabes lo que pasó, Tino.

El cazador se sintió incómodo.

—Y tú también.

Adela reclamó la versión del cazador.

—Yo estaba en Buenos Aires —comenzó Tino—. Mi madre me lo contó por teléfono.

Adela calentaba las manos en la taza.

—Según mi madre, el secreta de la librería informó a Acacio de las lecturas de Mauro.

—Pero Acacio ya vivía en el latifundio...

—No del todo. Acababa de morir el indiano y Acacio estaba a caballo entre Madrid y aquí, y mantenía su colaboración con Cardenal.

Adela olía el café.

—Acacio leyó el informe del policía en la tertulia de los sábados, para poner en un compromiso a Barragán delante de Cardenal.

El cazador encendió un pitillo.

—Acacio venía a decir con su gesto: Lo denuncio aunque es mi primo; a ver si tú te portas igual con tu chófer.

—¿Acacio se había peleado con tu madre?



—Yo creo que no, que era rencor hacia tu hermano, por haberle dado la espalda, según él...

—Sigue.

—Barragán, que no era mal hombre, salvó a Mauro ante Cardenal, pero al volver de la tertulia, lo comentó con mi madre. Llamaron a Mauro para que rechazase la acusación de Acacio y Mauro no lo negó.

—Con lo que te gusta el cante —le recriminó mi madre—, y pierdes el tiempo en chuminás...

Barragán estaba abatido:

—¿De la antiEspaña, tú?

—Decía mi madre que Barragán tuvo el disgusto de su vida. Más que cuando el obús de su mujer.

—No hay derecho a esto —reprochó a Mauro—. Me porto contigo como un padre y estás en la trinchera de enfrente.

Tino sorbió café.

—Cuando Henar volvió con el Morito del taller de las Chinas —continuó—, mi madre le preguntó si sabía algo de las lecturas de su marido. Henar dijo que no le gustaban esas novelas.

—No os vamos a denunciar —reveló mi madre—, pero no podéis seguir aquí.

Henar no se turbó.

—De tu deuda me he olvidado —añadió mi madre—. Y de que te salvé la vida.

Mauro bañaba al niño en la cocina cuando Henar le dijo que los echaban de la casa. Mauro terminó de aviar al niño y después de darle la cena y acostarlo pidió a Barragán —con el énfasis del condenado a muerte cuando solicita la última satisfacción de su existencia— que le permitiese usar el teléfono.

—Esa misma noche —dijo Adela— Mauro habló conmigo. Y a los dos días se plantaron aquí. Todo lo suyo cabía en dos maletas.

—La víspera de irnos a París —declaró Mauro a Tino en la taberna de Visi el 15 de agosto de 1963— desperté al Morito y tomé la vieja escopeta de mi padre porque quería enseñarle la ceremonia de la caza, para que lo recordase de mayor.

Y anoche Tino suspendió el relato de las confidencias de Mauro porque Adela recurrió al pañuelo.

—No te preocupes por mí —murmuró Adela—. Sigue con la historia.

—Hay poco que contar —abrevió el cazador—. Mauro disparó a una bandada de gorriones, al Morito le pilló desprevenido y lloró tanto que no cazaron más.

—Pues vaya un plan.

—Pero Mauro estaba satisfecho de que su hijo fuera temeroso de lo que mata.

—Otro pusilánime.

—Reposó la escopeta, se sentó al lado del niño y actuó como Acacio había hecho con él.

—Le expliqué —dijo Mauro en el barullo de la taberna de Visi— por qué se mueven las nubes, por qué de día hay sol y no luna, cómo se forma el río y por qué crecen los árboles.

Giró la cabeza a la ventana.

—Estábamos por ahí —Mauro extendió la mano—, más hacia la olmeda que hacia el pueblo. El Morito ni se aburría ni lloraba ni quería dormirse. Me miraba como Fundamentos cuando contempla el ojo regañado de Pasmosa.

—Lo de Fundamentos también nos lo dijo —interrumpió Adela, ya más serena.

—Pero se callaría lo de Acacio por miedo a Henar. No te contó que intentó despedirse de su primo...

—Qué loco —sonrió Adela.

—Yo no había vuelto por el latifundio desde chaval, cuando el mangante y tú nos tirasteis piedras —confesó Mauro a Tino aquel 15 de agosto de 1963—. Pero esa mañana se me inflaron las narices, y la bilis que llevaba tragando me desbordó.

Una sesión de tortura en celdas policiales, la aparición de la Virgen en Chicote y la persecución de sus libros eran las tres experiencias que Acacio le había proporcionado en Madrid.

—Se me ocurrió visitarle con mi hijo en su enorme finca y preguntarle por qué nos echaba de España después de haber matado a mi suegro. Sólo eso.

Y rubricó su exposición con un puñetazo en la mesa.

—Sin Henar —precisó Tino.

—Sin Henar, para no complicar las cosas. Solos mi hijo y yo, igual que la

vaca Mantilla y su ternerito ante el carnicero Pedales. Sento Pedales.

Irremediablemente, el orujo distribuido por su mano zozobranante salpicó el mantel.

—Pero no encontramos a nadie. Los perros nos ladraron y como el Morito se asustó, nos fuimos.

—Tu hijo te libró de una paliza.

—Y a Acacio de una mano de hostias.

Regresó Sisinio al asiento que había abandonado por el futbolín y cambió el curso del relato.

—Mi último capricho antes de largarme —y Mauro abrazó por el hombro a su primo— fue ir a casa de éste. Adivina a qué.

—¡La bici!

—Eres el único que la quiere —dijo mi tío—. Acacio no viene por aquí y a Sisinio le aburre.

Y Tino siguió de oyente el recorrido que imaginaba de niño, cuando Mauro pedaleaba por la cuesta.

—Ssss...

Pero en esta ocasión, Mauro colocó a su hijo —y no a Tino— en la barra de la bici.

—Nos apeamos donde el puente de piedra —a Mauro se le trabó la lengua—. Y expliqué al niño lo que era este pueblo para mí.

Adela objetó, con el pañuelo apretado:

—Así no lo contó.

—Le daría vergüenza —disculpó el cazador—. Habló del Melindres, del molino de Damián y Asunta, de la cueva del herbolario... Y posiblemente de mí.

—Nuestra última comida fue odiosa —reconoció Adela—. Todos pendientes de que el Morito no notase la marcha de sus padres.

Desde la fonda, el coche de línea los trasladaba a Valladolid, de donde partía otro autobús a la frontera de Francia y de allí, otro hasta París.

—El Morito —recordó Mauro— se extrañó de encontrar las maletas a la puerta.

—Se me agarraba a la falda, a los brazos —evocó Adela—, parecía sospechar lo que nadie le había contado aún.

Por ello, cuando el coche de línea asomó por la cuesta, Adela se alejó con el niño sin volver la espalda.

—Fugitiva del sentimiento —calificó Mauro a su hermana pequeña—, como Olivia la comanche.

—Le tenía en brazos y con mi cara tapaba la suya para que no viese el autobús —describió Adela.

Habían pasado treinta años de aquel episodio que Mauro refirió en la taberna de Visi en 1963.

—Fue el chico el que nos dijo adiós con la mano —añadió—, conforme le habíamos educado.

Ya con el alta médica, Celi se obsesionó en recuperar los días de la convalecencia alicantina. Tras su etapa africana, fue destinada a Colombia, y esta vez no desempeñó su magisterio entre serpientes y mandriles de la selva, sino en un sanatorio de Bogotá, donde se convirtió en la predilecta de los médicos. Murmurando oraciones asistía al triunfo de la muerte o a la precaria recuperación del desgarrado por la cirugía. Sin alterarse pasaba la prueba de la mutilación de los niños.

—Con esa impavidez de mi hermana que te inducía a pensar que todo le importaba muy poco.

El jefe de Celi era Silvio, un médico más joven que ella, perteneciente a la clase alta bogotana, que estaba de guardia cuando los insurrectos asaltaron el hospital. Caía la noche, Celi se dirigía a la capilla y el grupo avanzó por el pasillo de camas reclamando al doctor. Aunque tenían fusiles, se comportaron sin brutalidad. Celi les plantó cara, y la apresaron. Pesaba lo que un pajarito.

—Prácticamente se puso en sus manos —especificó Adela—, como si fuera cómplice.

Celi les guió al botiquín, que saquearon, y como no les facilitó el paradero del doctor se la llevaron a la camioneta que les aguardaba en la calle, con el motor encendido. El coche arrancó y frenó súbitamente. Celi pensó que le concedían la libertad porque la consideraban un estorbo para sus acciones. Pero sellaron sus labios con un esparadrapo y ataron sus manos con una cuerda. Entre tanto, otros guerrilleros prendían a Silvio en su despacho del sanatorio. Celi lo vio incorporarse a la camioneta con las manos a la espalda y los ojos vendados.

—Penetramos en la selva por la ruta del interior —dijo Celi por carta—;

sólo los nativos la dominan.

En el trayecto, Silvio preguntó por la monja. Cuando se le dijo que iba con ellos, no se lo creyó. Celi, amordazada, no podía confirmárselo.

—Yo gruñía, tosía, pero en mitad de la selva ni se me oía ni Silvio me identificaba.

Los secuestradores buscaban en el hospital el auxilio de la ciencia y medicinas. Así se lo dijeron, y Silvio, que no estaba amordazado, lo tachó de falsedad. Pero Celi pensó lo contrario.

—No te pasean por la selva por gusto. Si no nos necesitaran, nos habrían pegado dos tiros.

Cuando la camioneta se detuvo, el grupo se adentró por la selva a pie, con orientación firme. Celi iba en la vanguardia del pelotón y Silvio, en la retaguardia. A Celi le quitaron las ligaduras, pero no el esparadrapo. Caminaba sin amedrentarse por el murmullo de los animales invisibles, sin rendirse al cansancio o al sueño.

—Lo bueno de entregarse a Dios —escribía en la carta— es que le haces responsable de ti.

Pararon en un campamento bien camuflado. Privaron de la venda a Silvio y su primera mirada fue para Celi. Privaron de la mordaza a Celi y pronunció el nombre de Silvio. En una tienda de campaña había dos guerrilleros heridos. A la luz de una lámpara de mano Silvio los examinó. Celi los atendía con el instrumental del botiquín.

—Uno mejoró conforme a lo previsto —dijo en la carta—, pero el otro se agravó y se desentendieron de él porque las tropas del Gobierno les pisaban los talones.

Quedó en brazos de la muerte por decisión del jefe del grupo, en un paraje donde no sería fácil encontrarlo.

—Desde ese día —escribió Celi—, se nos sometió a una vigilancia estricta.

Se les advirtió que no se permitirían negligencias ni inhibiciones. Todos estaban comprometidos, todos saldrían adelante o morirían, sin excepciones entre cautivos y carceleros.

—Éramos hermanos, correligionarios, camaradas, pero no nos daban armas.

A la semana cesó la ofensiva de las tropas gubernamentales. Era la paz, pero no la victoria. Los guerrilleros se preparaban para una resistencia prolongada y asignaron deberes a Silvio y Celi: Silvio, tareas mecánicas y

Celi, cocina.

—Patatas, arroz, judías —aclaró Celi—, lo imprescindible para sobrevivir.

Celi y Silvio tenían prohibido comunicarse, sus centinelas lo interpretarían como una conspiración. Sólo a la noche, al calor de la hoguera, el grupo discutía las altas ideas enunciadas en las grandes palabras. Ellos aspiraban a ganar para su causa a un médico nativo y bien situado. Silvio no mostraba curiosidad por sus argumentos. Pero a Celi le atraían.

—No se cansaba de preguntar —indicó Adela al cazador—, todo lo debatía, no se sujetaba a una fe.

Esas charlas removían su conciencia. Una extranjera como ella podía defender sin riesgo personal una revolución que desbancara a los usurpadores, pues sólo a costa de los desafortunados medraban los poderosos. Alimentada en convicciones radicales, su palabra denunciaba la impropiedad de su captura, ya que hubiera sido más coherente enrolarla con los insurrectos.

—El mundo se dividía para ella en cielo e infierno, en fariseos y veraces.

Compartía ideas y programas con sus raptores y, embalada en esa sensación de figurar que reprimió en el claustro, postuló la doctrina evangélica de que sólo con violencia se ganarían los cielos. Con su fogosidad sedujo a su auditorio.

—Ahí empieza mi historia con Silvio —escribió desenfadadamente a su hermana.

Pronto se le dio ocasión a Celi de justificar su tesis. En una de esas noches de arrebatos verbales, las tropas del Gobierno tendieron una emboscada. El vigilante de Celi cayó de un disparo. Sin dudarlo, Celi tomó su fusil.

—E imaginó a Acacio como el príncipe azul de la revolución pendiente.

Todavía le deslumbraba aquel primo suyo que bajó de la calesa para ejecutar el mandato del indiano, aquel Acacio imberbe y enardecido, amarrado al arma que le proporcionaría gloria y repudio. Y adoptándolo de modelo, intentó imitar lo que había contemplado desde la ventana de su cocina.

—Celi no manejaba ni la escopeta de papá —objetó Adela—, era una gran imprudencia.

La osadía pudo costarle la vida, pero sus adversarios se revelaron a tiempo como amigos. Celi se desmayó en brazos de los soldados que la rescataban. Y cuando abrió los ojos en el hospital donde prestaba sus servicios, vio en las

facciones de Silvio una solicitud que, con treinta y ocho años, nunca había despertado en un hombre.

—Acacio fue su primer amor, pero después de la guerra ni la escribía ni telefoneaba.

Tras su convivencia con el grupo revolucionario —del que sólo uno se salvó de la muerte, mas no de la prisión—, se resiente su fe. Sus superiores no se escandalizan, sucede en las víctimas de estos extraordinarios. Como en casos similares, la trasladarán a España junto a su familia. Mas, para Celi, obedecer equivale a cortarse las alas. Vislumbra en Silvio una perspectiva demasiado tentadora para rechazarla y abandona el hospital y el enclave misionero.

—Se fue a la luz del día y sin dejar señas. Como quien va a comprar el pan.

Porque temieron que hubiese sido secuestrada de nuevo, se llamó a las autoridades del Gobierno e intervino la embajada española. Las pesquisas no prosperaron. Pero una mañana de febrero, las religiosas de Valladolid telefonaron a la tienda. Adela subió al coche de línea con el corazón en un puño y penetró sin antesala en el despacho de la Superiora.

—Me puse en lo peor —explicó a Tino—. La cara de aquella monja era un funeral.

La Superiora le comunicó que Celi no estaba ausente ni herida o enferma, sino muerta para el Señor y renegada de su Iglesia. Tras despedirse a la francesa de sus hermanas en Cristo, había aparecido en las dependencias de la misión para proclamar *urbi et orbi* que quería disfrutar de su amor con Silvio y luchar por la igualdad ecuménica.

—*Con los pobres de la Tierra* —entonó complacida—, *quiero yo mi suerte echar...*

Vestía blusa y vaqueros de los que saldan en los colmados, calzaba unas sandalias de tiras y de su rostro destacaba no ya la sonrisa un tanto fatua con que se declaraba en rebeldía, sino el cerco de blancura dibujado en su frente por el aro de la cofia.

En su primera carta desde París, Mauro contaba que Henar y él se empleaban en la misma empresa. Ya que no tenían al Morito, al menos estaban juntos. Un destino provisional hasta conseguir el certificado de

residencia que les abriría las posibilidades de un país próspero. Se les notaba contentos.

—Era una contrata de limpiezas —informó Mauro en medio del desorden de la taberna de Visi—. Lo único malo, que se dormía poco.

Se levantaban antes de que se aclarara el cielo, cuando ningún coche se atrevía por la autopista del Sur. A tan temprana hora no había metro y un argelino les trasladaba en furgoneta a los grandes almacenes del Boulevard Haussmann.

—Mi hermano, que odiaba pasar la gamuza en la tienda —reflexionó Adela anoche—, se fue a limpiar a Francia.

Por su conocimiento del idioma, Henar y el argelino eran los enlaces de los operarios con el capataz. Mauro formaba una cuadrilla con un matrimonio portugués, ella embarazada. Cada uno en su lengua, pero se entendían.

—Antes de que se hiciese de día teníamos que concluir.

Henar y el argelino limpiaban los aseos. En cada planta del almacén había seis, tres para Henar y otros tantos para el argelino. Lo determinó el capataz, que les asignaba las tareas sin reparar en su estado civil o su nacionalidad.

—Estabas acosado por la faena —lamentó Mauro—, ni un instante para enderezar la espalda.

—Peor es una cadena de montaje —opinó Tino.

—Por ahí se andan.

Cuando acababan en el primer comercio, iban a otro. En el trayecto, Henar redactaba los partes.

—Nos pasaba como a Cenicienta, si rebasábamos la hora rescindían la contrata.

Cuando el atardecer se despeñaba por el Atlántico y la oscuridad sin estrellas de París arrojaba este trozo de Occidente, Mauro, Henar, el argelino y el matrimonio portugués volvían a otros almacenes.

—Éramos aliados de la noche.

La Providencia velaba por sus economías ya que visitaban el área de las compras cuando los comercios estaban cerrados. «Así ahorramos», decía el argelino, mientras la furgoneta escapaba por la autopista del Sur al mediterráneo del ocio, con unos pasajeros cansados y sin ganas de hablar. Aunque, en algún momento, en el asiento trasero, se oía decir a Mauro en su lengua:

—Estará desayunando.



Y Henar exclamaba:

—*Bon appétit.*

Más rápidamente que la furgoneta por la autopista se desplazaban los corazones de Mauro y Henar a la aldea de la hundida Castilla donde un niño no veía a sus padres cuando abría los ojos.

—Morito, Morito, con el dinero que estoy ganando te llamaré por teléfono y la tía Adela descolgará el aparato y con la mano libre te convocará, y si estás jugando en el suelo acudirás a gatas, cogerás el teléfono que es más grande que tu pecho y al oír a tu madre desde la *banlieue* sonreirás.

¿Qué idea se formaba en su cerebro de ese contacto? ¿Recuperaba la figura de su madre a través del auricular? Henar desarrollaba un monólogo sin que interviniera el Morito, pero al rato el niño, habituado quizá al tono de la voz, decía algo que Henar con el teléfono en la oreja y Mauro, pegado a ella, recibían a kilómetros de distancia como el suspiro de una princesa, y eso hacía que Henar reiterase a Mauro que no soportaba ni un segundo más sin el Morito.

—Esto no es vida —y sobresaltaba el oído de su cuñada con el ahogo del llanto.

Para que se animase, le decía Adela que el niño relacionaba a sus padres con el teléfono, de modo que siempre que sonaba el timbre creía que eran ellos y no entendía que otros usasen el mismo aparato.

—Pero la decepción no le apena —Adela se apresuraba a cortar el llanto de Henar—, Sisinio le proporciona la tapa de un cazo para que haga de taxista, la tía Sara le enseña los hilos del cesto de la costura y las beatas le pasean por la plaza sin que el crío las extrañe, es muy sociable.

—¿Está muy alto? —anhelaba Henar a través de las distancias, de las lenguas y de los millones de humanos que se interponían entre ella y su hijo.

—Cuando vengas no lo conoces.

Pero cuando fueron al pueblo, y sólo habían pasado seis meses, quien no los conocía era el Morito. Habían pagado el viaje con el dinero de una mudanza clandestina que Mauro realizó a un particular en la furgoneta de la empresa el domingo, por ser día sin vigilancia. El tren les dejó en la frontera y el autobús en Burgos —donde el bocadillo de la estación era más barato que en Hendaya—, y de ahí, al pueblo, con la esperanza de que Adela hubiera vestido al Morito con lo mejor de las Chinas en moda infantil.

—Dice Adela que el niño charla por los codos —sonreía Henar—, unos

discursos en francés, porque nadie le entiende.

—Y canta flamenco, como yo.

—¿Nos echará de menos?

Trepó la camioneta por la cuesta del pueblo, Henar iba pendiente de la ventanilla y Mauro se había colocado junto al asiento del chófer. En la parada de la fonda aquella insignificancia les aguardaba con Adela, Sisinio y sus padres. Henar se abalanzó por la ventanilla abierta, pero el niño la rehuyó y a Henar se le saltaron las lágrimas.

—Ya no me quiere.

Adela soltó de su mano al niño para que abrazase a su padre, pero el Morito se amohinó. Henar, más expeditiva, lo acercó a su cara, pero el Morito lloraba, se había desacostumbrado.

—Le extraña tu falda —intuyó Adela—. El niño no está hecho a esos lujos.

Henar la había adquirido a precio de fabricante en Galerías Lafayette, para algo tenía que servir limpiar Francia. Henar giró sobre su eje para lucirla, como en el sótano de las Chinas, y anunció que traía otra igual para su cuñada.

—Esos colores aquí no se ven —se asustó Adela.

Henar y Adela preparaban la comida en la cocina. El Morito, sentado en el suelo y ya reconciliado con sus padres, tocaba el tambor de la juguetería de Wagram.

—¿Qué sabes de Celi? —preguntó Henar.

—Dio la espantada —respondió Adela—. En el convento no la quieren ni en pintura.

Mauro y Sisinio paseaban por los soportales de la plaza fumando un pitillo.

—¿Y Acacio? —indagó Mauro.

—Está de alcalde —respondió Sisinio—. Va a construir una gasolinera para los gemelos de Peñafiel.

Henar cortaba cebolla. Limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo, preguntó:

—¿Cuándo vuelve Celi?

—Por ahora, no —dijo Adela—. Está con el colombiano.

Esa noche, sobre la mesa cubierta con mantel de gala aterrizó la satisfacción de la tortilla de patatas.

—A ver cómo dices *omelette* —Henar aleccionaba al Morito—. *Omelette*.

Adela reservaba para postre unos pasteles —con mucha nata— de la nueva

panadería.

—¿Os acordáis de la carbonería de Braulio? —dijo Adela—. Pues ahora venden pan y bollos.

Y con el aroma ultramarino del café que inundaba la cocina castellana de nostalgia épica, Mauro disertó sobre Francia con la fanfarria del trotamundos:

—París nunca se termina.

En la cama de los padres de Mauro, Henar amplió la referencia de Adela:

—Celi anda de revolucionaria, como el Che, con un médico colombiano que se llama Silvio.

—Una puñalada para Acacio —dedujo Mauro.

Se lo comentaban al oído para no despertar al Morito, que de nuevo dormía con ellos, en la cuna que utilizaron Mauro y sus hermanas.

—Dice Adela que las beatas nos consideran forasteros, igual que los turistas de las fotos.

—Dice Sisinio que Acacio se ha hecho de oro con las expropiaciones de la autopista.

Henar meció la cama del Morito.

—¿Cuándo vendrá con nosotros?

—Los hijos deben estar con los padres —aprobó Mauro.

—Yo me quedé sin padres y ahora sin niño...

—No llores.

—Celi en paradero desconocido —telefoneó Adela a Henar desde la tienda—. Manda carta sin remite.

No actúa aposta, añadió, si quisiera esconderse de nosotros no nos escribiría. Se habrá despistado, porque se le nota en el séptimo cielo. Como empezó con retraso, va de prisa a todo. Si nos dijera dónde para, cuando le enviáramos la carta allí, estaría en otra parte. Hoy en un sitio, mañana en otro, nada le dura excepto su amor con el médico, horas y horas con las manos juntas y con besos que restallan como platillos, eso escribe la casta esposa del Señor.

—Ese Silvio debe de ser la órdiga —exclamó Mauro—. De la noche a la mañana hizo esclava a mi hermana, jódete y baila.

En la pensión parisina, Mauro y Henar colocaban el auricular del teléfono entre los dos para enterarse a la vez. Henar preguntó:

—¿Sigue en América?

—O en las Quimbambas —contestó Adela—. De aquí para allá, pero con Silvio. Silvio es lo único fijo.

—¿Un idealista?

—El primero que la mira, bien lo sabes tú. Y mi hermana, detrás de él, como un corderito.

—¡Teatrera!

—Acacio, por lo que fuera, no le dijo las cuatro cosas y éste sí. Ahí está el secreto de lo que le ocurre y no en la conciencia antifranquista, como dice ella.

—¿Mandaban fotos? —preguntó el cazador anoche.

En el álbum de Adela no quedaba constancia de Silvio y Celi, pero sí de Mauro y Henar, a los que el cazador contempló delante de la Torre Eiffel, entre niños y palomas.

—La moda de 1957 —y Adela comprobó el dorso de la cartulina.

—Han pasado treinta años —dijo el cazador.

—Los domingos por la tarde damos una vuelta por el centro —contaba Henar a Adela por el teléfono de la pensión—. Pero sin el Morito sabe raro.

—Todo carísimo, me figuro.

—En París todo es caro —remachaba Henar—. Pero además somos pobres. Y además, ahorramos.

No era el problema de Silvio y Celi, que se movían sin la esclavitud del dinero y con una mochila por equipaje en trenes atestados y lentísimos, en camionetas abarrotadas de animales y de fusileros. Su aspecto no engañaba, nadie les pedía certificados de identidad o de residencia, eran nómadas, extravagantes, pacíficos y, aunque no tuvieran un duro, no les faltaba sustento ni techo para cobijarse. Pagaban con sonrisas y bellas palabras albergues, transportes y comidas frugales. Nada de pactar con el capitalismo.

—El médico es de buena posición, ¿no? —preguntó Mauro a través del teléfono.

—Pero Celi le ha dado la vuelta como a un calcetín, y por eso dice que los desvalidos heredarán su patrimonio.

—Que se acuerde de nosotros —apuntó Henar—, que además de obreros somos sus cuñados.

—La tía de América —propuso Mauro—, que compre al Morito un piso en Madrid.

—Y otro en París —dijo Henar.

En colmenas de suburbio, en caserones rústicos, en torno al fuego de campamento o junto a la chimenea de una comuna, compartían con sus camaradas unas ideas, unas músicas. Con ellos trataban de la revolución inevitable, se expresaban los hombres mientras las mujeres escuchaban, les servían, les sostenían en perfecto estado de revista, abnegadamente los preparaban para que abanderasen la humanidad sin deudas.

—Así eran —recordó Adela anoche—. Alguno con esas pintas vino por la tienda y le regalé una lata de sardinas.

Y sonrió, ausente.

—Me daba unas pesetas, le dije que gratis y, cuando Sisinio me riñó por dadivosa, el hombre me cantó, como los tunos.

—¿Qué te cantó?

Adela recurrió al pañuelo.

—*Adelita*.

—Unos revolucionarios que ponen flores en los fusiles del Ejército —despotricó el cazador—, menudos gilís.

La apreciación de Adela desveló intimidades:

—Muley era dulce.

En las madrugadas de conversación infinita sobre las eternas cuestiones, Celi se agazapaba junto a Silvio con la falda recogida, sumisa y devota, orgullosa de proyectarse en él.

—Él es obra de ella y dirá lo que ella quiere oír —el teléfono no interceptaba la palabra de Adela—. Y él la quiere a su lado para lo pequeño y lo grande, desde coserle un botón a redactar una protesta.

Celi era su secretaria, su asistente, su enfermera y su musa del futuro entrevisto: un conglomerado de razas y sexos, fraterno y oxigenado.

—Ella está en una nube, enamoradísima, dice que él es una inteligencia superior.

—Y le gusta —aventuró Henar desde la pensión de París.

—De eso ni mu.

Henar desempolvó el recetario de las Chinas:

—La engañará con la primera.

—Pero ella dice que cuando le ordena las ideas y le asea y le alimenta y le duerme, se siente mujer.

¿Qué pretende?, se había preguntado Adela al terminar de leer su carta.

¿También ahora finge? Hoy aquí, mañana allá, ¿no se cansa del trajín? Siempre colgada de Silvio, ¿no se aburre? Y si un día Silvio se larga, ¿dónde va Celi?

—Me echará de la tienda —temía Sisinio.

El cazador preguntó anoche:

—¿Así fue?

—Se le pasó por la cabeza —respondió Adela—. Pero tenía otras inquietudes.

Era mediodía, y como ni en la plaza ni en la cuesta ni en la tahona ni en el ayuntamiento habían visto a Sara y al Morito, Adela dijo a Sisinio que subía a la cocina a preparar un arroz blanco, y si entre tanto llegaban el Morito y Sara, que por favor se trajera al niño porque estaría con sueño y empachado, ya que Sara le atiborraba de dulces de la panadería nueva con el argumento de que no crecía.

—Sé yo más de críos siendo soltera que ella, que es madre de dos hombres.

Sisinio cerró el comercio y, con la excusa de que vigilaría por la ventana de la cocina el paso de su madre y el niño, hizo lo que más le gustaba, que era charlar de esto y aquello con su prima mientras ella elaboraba el almuerzo y él bebía a morro de la botella de cerveza. Pero aquel día hubo tiempo para apurar la botella y retirar el arroz del fuego, y cuando Adela tapó la sartén con el paño y calculó el reposo con el reloj, Sisinio interpretó su pensamiento y, antes de que Adela le apremiara, salió a buscar a los retrasados.

—Sara padecía trastornos, falta de riego —expuso anoche Adela a Tino—, las ausencias propias de los viejos.

Estaba nuboso, pero no llovía. Sisinio fue a su casa, donde se hartó de dar voces porque también su padre se había ido de paseo con Sara y el niño. Y como en el ayuntamiento le dijeron que no habían aparecido en toda la mañana, y tampoco se les distinguía por la cuesta ni se habían metido en la tahona, Sisinio regresó donde Adela, que, al verle con cara de circunstancias, guardó el arroz en el horno, se quitó el mandil, agarró el paraguas y se fue con él. Los hallarían en el sitio más inesperado y Adela repetía, muy molesta, que no daba más oportunidades a Sara porque ya la edad le jugaba malas pasadas.

—No se controlaba ni en casa, por eso Acacio había tanteado si la admitirían en la residencia de Valladolid —dijo a Tino—. Pero ¿quién se atreve a encerrar a unos padres que aún razonan?

Bajaron hacia el latifundio, donde los guardas les dijeron que los encontrarían en la olmeda. Más allá era improbable, ya que Sara había malcriado al Morito aupándolo en cuanto protestaba y por ello el niño se cansaba pronto. De eso se quejaba Adela mientras marchaba con Sisinio por el antiguo territorio de cereales y huertas, donde algún ciclista desde el arcén les saludaba con la mano.

—Menos mal que no llueve —razonaba Adela a su primo—, imagínate esta excursión empapados.

Estarían cerca del río y sin idea de la hora. Cuanto más lejos, más penoso sería el regreso. Adela se figuró al Morito desquiciado, con una de esas barraquinas violentas, y a Sara riñéndolo por jeremías.

—No lo sabe manejar —concluyó—. Ya se ha olvidado de lo que es un niño.

Desde la mañana Adela no veía al Morito. Más de cuatro horas fuera de su control, encomendado a una desvariada. La última vez que se lo consentía a Sara. Sólo había que agradecer que las nubes no descargaran.

—Dicen los doctores —aseguró Sisinio— que otoño y primavera desquician a los temperamentos lunáticos.

La luz del mediodía envolvía la olmeda de una capa como de celofán. Al cruzar el puente de piedra, Adela y Sisinio avistaron lo que parecía un elemento del paisaje, la figura de Sara de rodillas junto a los bajos del molino.

—Igual que las lavanderas de los belenes.

Estaba sola y absorta, no se movía ni cuando Sisinio la llamó. Corría mansa el agua, ni al discurrir por el molino adquiría resonancia para tapar las voces, pero Sara no reaccionaba.

—Ahí vino la angustia —confesó Adela al cazador—, en la amenaza que encierra la calma.

Un vehículo se les echaba encima. Adela y Sisinio se apartaron para que circulase y el coche frenó con espectacular arrastre de neumáticos en el puente de piedra, en el lado correspondiente a las cuevas. Sin pausa descendió el padre con la pareja de civiles.

—Sara se ha perdido con el niño —anunció a Sisinio y Adela.

—Ahí está —rebatía Sisinio.

El grupo bajó a la orilla del río a encontrarse con Sara, que no despertaba de su letargo. Los guardias abrían la comitiva, detrás iban Adela y Sisinio, ya recelosos, y cerraba el padre, asustado y torpe. Y a la altura de la posición de Sara se vio el cuerpo infantil enredado en los juncos, que le impedían ser arrastrado por la corriente.

—Siempre le recordaré así, flotando inmóvil.

Rompieron el espejo del agua las botas de los civiles. Entre los dos desataron el cuerpo del Morito, lo empujaron a tierra y trataron de reanimarlo.

—Más de una hora muerto, y Sara rezaba para que un milagro lo sacase del río.

Adela saltó de la mecedora como si le quemase el episodio. Tino preguntó:

—¿Qué contó Sara?

Adela depositó en la pila la bandeja con las dos tazas de café.

—Dijo que el niño quiso demostrarle que sabía nadar. Pero no es verosímil porque se ahogó vestido y con zapatos.

—¿Qué hizo Acacio?

—Quitó responsabilidad a su madre y a los dos días la internó en la residencia de Valladolid. Y al padre con ella.

Adela telefoneó a París desde la tienda. Ni Mauro ni Henar estaban en la pensión —a esa hora limpiaban bloques en la *banlieue* y no regresaban hasta poco antes de comenzar el turno de noche en la aristocracia comercial del Boulevard Haussmann— y Adela no acertó a transmitir a su oyente la importancia del suceso, porque la única persona de la familia que hablaba francés era Henar.

—Una noticia de esta clase no se da como un recado y sin saber el idioma.

En otra ocasión tampoco dio con ellos, pero su interlocutor alertó a Henar cuando volvió con Mauro. En la pensión no les permitían poner conferencias y Mauro y Henar consideraron que se arriesgaban a perder esa llamada si buscaban otro teléfono en la calle o en un bar. Por eso, cuando Adela lo intentó por tercera vez, Henar estaba al lado del aparato con la angustia ceñida a un hilo de voz.

—De milagro nos pillas —y alivió la tensión con una risa—. Anoche soñé barruntos.

Adela cerró los ojos y no se reprimió cuando emplazó a Henar a resistir la



noticia horrible. Había sido en la olmeda, pero el cuerpo ya no estaba en la aldea, sino con el forense de Valladolid, y Acacio había dicho que aguardaría a los familiares para el sepelio.

—Por la muerte de unos tíos no nos dan permiso —murmuró Henar—, es familiar de segundo grado.

Henar no estimaba otras opciones. Pese a su historial de tragedias, no concebía que se hubiese alterado el ciclo natural de la vida y una madre enterrara a su hijo.

—Ya son abueletes —oyó a Mauro junto al teléfono, resignado a la ley de la existencia.

—¿El tío o la tía?

Recuperada, Henar reforzaba la voz:

—No te he oído bien, ¿él o ella?

Aterró a Adela que de un momento a otro, en ese ambiente distendido, abordaran como si tal cosa las anécdotas del Morito, así que reclamó la presencia de Mauro, porque suponía a Henar peor preparada para la catástrofe.

—Ponme con mi hermano, anda.

Pero, quizá porque desde el primer momento sospechó y no quería exhibir sus miedos, Henar no cedió el auricular.

—Concreta ya, ¿qué ha sido?

Adela balbució:

—Acaba de suceder...

Sintió ansiedad al otro lado del teléfono, en aquel París inimaginable y enorme. Y, maldiciéndose y arrepintiéndose, lo expresó con llaneza:

—Escúchame bien, Henar, tu hijo se ha ahogado.

Y le sonó a trueno y tan teatral que lo tornaba increíble, porque estaba convencida de que ni el herbolario ni el molinero Damián, vigilantes de aquella orilla, aceptarían en su cofradía de difuntos a inocentes como el Morito. Pero ya no podía desdeirse y con gusto se hubiera cortado la lengua.

—Estaba con su tía en la olmeda...

—¿El tío o la tía? —porfiaba Mauro, perdido.

—Ha sido en el río, a la hora de comer —y se imaginó a su hermano y su cuñada colgados de sus palabras en el pasillo de una pensión extranjera entre huéspedes desconfiados—. Le había hecho un arroz blanco que tendré que tirar.

Con una pausa pretendió estimular a su cuñada. Pero como no contestaba, continuó:

—Un arroz con zanahorias porque se manchaba los labios de rojo y me encantaba limpiárselos.

La amargura le agarró la garganta y deseó que hablaran. Pero parecía cortada la línea.

—He tirado las zanahorias y tiraré el tambor y la ropa. Voy a tirar todo lo de él.

Entonces Adela rompió a llorar. Y sin que nadie le acompañase en el llanto o con la palabra, emprendió con el alma rota el panegírico de aquella filigrana de la naturaleza cubierta por las aguas, de aquel doncel de Castilla, regalo de las damas, apacible, risueño, rara flor de este páramo que no se merecía la humanidad. Pero los padres del ahogado no secundaron su homenaje.

—¿Sabes lo que es hablar a una pared, Tino? ¿Sabes lo que me decía ese silencio de Henar? —Adela mordía el pañuelo—. Que por más que dijese, no me libraba del reproche, porque si yo hubiera estado con el niño, que para eso me lo habían confiado, no habría muerto.

Adela colgó sin haber recogido una sola palabra de Henar y Mauro.

—Luego Sisinio trató del entierro con Mauro. Henar se había encerrado en el cuarto de la pensión y no quería salir. Estuvo con la baja varios días, muda y sin comer.

—Después de lo de su padre, esto —dijo el cazador anoche.

—Una alegría que le daba la vida, y lo que le duró.

—¿No vino al entierro?

—No. Sólo mi hermano, y no quiso ver muerto al niño. Y menos, con la autopsia.

—¿Dónde está?

—En el cementerio de aquí.

Adela reavivó la lumbre.

—Con sus abuelos.

El cazador emuló a Sisinio:

—Eres la memoria del cementerio...

—Cuatro años recién cumplidos —Adela volvió a la mecedora—. Tú me dirás si hay justicia.

—Nadie te inculpa.

—Lo veo ahora mismo ahí sentado con los juguetes y me contengo para no

tomarlo en brazos y frotarnos la frente o las narices, como los esquimales.

—No te tortures.

—Me digo que ya no está, pero todavía le oigo en su lengua de trapo o me da un susto detrás de la puerta; o noto su mano en la mía cuando voy a salir.

—¿Después de treinta años?

—Treinta y tres tendría hoy.

Y prosiguió con la vista en la lumbre, como si el fuego alimentara su obsesión:

—Y no lo soporto cuando me sonrío, no soporto su inocencia ni su bondad. Tino la dejó desahogarse.

—¿Por qué Dios me lo recuerda si no lo puedo tener conmigo?

Celi regresó al pueblo en noviembre de 1961 con blusa de manga corta, sombrero de segadora y sandalias, la imprevisión absoluta, dedujo Adela al verla en la parada de la fonda con el despiste de una extranjera y la arrogancia de una modelo.

—Hazte a la idea de una estrella de cine —describió Adela al cazador—. Así vino la monja.

Esa mañana se adelantaba el invierno, como ocurre en esta parte de Castilla después de Difuntos. Esto Celi lo sabía desde niña, y aquellos días había bajado el termómetro y el campo estaba helado. Pero Celi ni se inmutó, convencida de que la temperatura se adaptaría a su capricho, ya que si ella decidía ir sin medias en la primera quincena de noviembre tenía que hacer calor.

—Nada nuevo —acotó Adela—, todo giraba en torno de ella.

Tras varios meses sin carta —y la última, sin remite—, Celi pidió por teléfono que fuesen a recogerla al autobús tal día y a tal hora, incluso ofreció el número del asiento, un dato falso, ya que había otro usuario en la plaza de Celi. Y como Celi no volvió a telefonar y no existía modo de averiguar dónde se encontraba, Adela se puso en lo peor porque nadie podía engañar tan a conciencia. Pero Sisinio, Fina y Techu —Fina, conmisericordiosa; Techu, solidaria— prefirieron suponer que Adela se lo inventaba a que hubieran secuestrado otra vez a Celi. De ahí la conmoción cuando a la semana siguiente Celi aterrizó por sorpresa en el autobús, sin pedir excusas.

—Es su carácter, piensa que nos tiene a su disposición para recibirla o

despedirla.

Avisaron las beatas, Adela salió corriendo de la tienda y a distancia la distinguió porque nadie, salvo ella, vestía de verano en noviembre. Estaba rodeada de hombres y parecía leerles la cartilla.

—De pronto me vino a la cabeza todo lo que había olvidado de mi hermana.

Como si no hubieran transcurrido doce años desde que se marchó de casa, Celi se conservaba tal cual, invulnerable a las heridas de la experiencia. O lo aparentaba.

—Se presenta con esas trazas para deslumbrarnos —pensó en ese momento.

Casi diez años sin verse —Adela tenía treinta años, Celi, cuarenta y dos—, pero Celi identificó enseguida a su hermana. Dejó el corrillo donde sentaba cátedra y la abrazó sin exagerar la bienvenida.

—Volvía emparejada al pueblo de donde salió monja —dijo al cazador—. Una revolución.

Entre la gente del corrillo Adela buscó al médico colombiano. Había preparado a Celi y Silvio la cama de los padres, como hizo en su día con Henar y Mauro. Pero Celi, con una mochila por equipaje, sin borrar la sonrisa y manejando la expectación de los vecinos con el señorío de cuando formuló sus votos en Valladolid, la impulsó a caminar.

—Así me daba a entender que nadie venía con ella. Pero, por si no me había enterado, dijo:

—El mundo cambia, también los sentimientos.

Y subió la pendiente lo mismo que tantos condenados al tormento de la picota. Lejos de amilanarse, desafiaba con su atuendo a quienes pudieran censurar su trayectoria.

—¿No tienes frío?

Celi retó con su mirada más que con su respuesta:

—Allá es verano.

Con esa impavidez encaró la nueva etapa de la tienda y quedó claro que no iban a desconcertarle las novedades porque ella estaba por encima de minucias.

—Mi vida —alardeó— es una enciclopedia.

Sisinio ya no era el niño que se pasmaba con la jarra de las monedas, ahora despachaba mercancía a las beatas. Pero Celi se mantuvo fría cuando él salió

del mostrador a darle un beso.

—Tú siempre aquí —observó.

Y dirigiéndose a Adela, que vigilaba desde la penumbra, lanzó el dardo envenenado:

—¿Vendiste la tienda?

Era obvio que desaprobaba cualquier medida adoptada durante su ausencia, incluso la de haber empleado a su primo. Por ello Adela no se frenó y recordó a su hermana el lema de la revolución pendiente:

—La tienda es de quien la trabaja.

—No le consentía que me dictase las reglas —aclaró Adela anoche—, y me hice fuerte sabiendo que con mi actitud apoyaba a Sisinio, a quien estas rencillas desmoralizaban.

—Celos de destronada —valoró el cazador.

—Con Celi tenías que atacar para que retrocediera e intentara congraciarse.

Así ocurrió entonces, porque después de la contestación de Adela, Celi pasó del desdén al elogio de Sisinio y enumeró las veces que había encomendado al Señor a su primo benjamín.

—Yo fui la primera en sentarte ahí —reivindicó señalando la caja registradora.

Abanicándose con el sombrero subió la escalera. Pero Adela, que cargaba con su mochila, le impidió avanzar.

—Ahí murió papá.

Y deseó no repetirlo. Se imaginaba a su hermana revisando el punto donde pisaba o remontándose para contemplarlo con perspectiva. Pero no que, nada más decírselo, cayera de rodillas y con las manos en plegaria.

—Teatrería —habría dicho Henar.

Tras santiguarse, coronó la escalera con superioridad y penetró en el que fue su cuarto, donde ahora dormía Adela. Revisó la cama, el techo, las paredes, las cortinas de la ventana, como para tomar posesión de lo que no era suyo o sacar defectos a lo que tenía dueño. Era un sufrimiento escuchar sus sandalias.

—De Silvio hablaré luego —afirmó—, cuando Dios me dé fuerzas.

Plantó el sombrero y la mochila sobre la cama de su hermana que Celi creía suya.

—Me persigue —inició vacilante—. Por eso cuando te indiqué que fueras a buscarme al autobús pedí a Nuestro Señor que me desobedecieras. Tenía

que confundirlo.

Sisinio atendía con mansedumbre a las beatas que reclamaban ver a Celi.

—Me quiere —se creció—, está enamorado, no tienes ni idea de lo apasionado que es, si vieras cómo me abraza y qué extremos... Pero colorín colorado, le anuncié, sanseacabó.

Suspiró fuerte, como para expulsar esa desmesura.

—Me culpa de haber roto nuestra relación bohemia, dice que Acacio es mi verdadero amor.

—Pero si Acacio ni te mira.

Celi desdeñó el comentario de Adela.

—En su propia casa y delante de su madre le dije a Silvio sanseacabó, más no puedo hacer. Pero él no me suelta, me estruja por aquí y por allá, Dios mío.

—Chica, qué historia.

—*Pro* —negó—. Siete llaves al cuerpo pecador, Dios Nuestro Señor me lo receta. Silvio se vendría a nado, bailarían de coronilla si se lo pidiera, pero yo no quiero, si se presenta por aquí me escondo en la tumba de los papás o me largo a Valladolid o a donde Cristo dio las tres voces, y tú le atiendes con la mayor cortesía, que pique chorizo, que pruebe el tinto y los pasteles, y, en cuanto se haga la hora del autobús, lo remites a su país con un sello. Ya no soy suya, que se entere bien, sino del Crucificado. Voy a contárselo al cura, dime cómo piensa, si es moderno o carca.

—¡Cómo quieres que piense un cura!

—Le habrán dicho atrocidades de mí las hermanas de Valladolid, me supongo, costará persuadirlo. Pero si el Señor me reclama, yo no soy Pedro.

Tardó en visitar al párroco. Lo natural hubiera sido saludarlo en la sacristía después de misa y exponerle su pretensión en el atrio o en la olmeda. Pero Celi ni los domingos iba a la iglesia.

—¿Y si Silvio baja del autobús y me monta una escena delante de todo el pueblo? Con lo bravo que es y lo mandón que resulta, ahora me haces esto y lo otro...

Estaba en la tienda y, de repente, trepaba por la escalera y se echaba a llorar en su cama, como cuando Acacio se fue a la guerra, o permanecía junto a la caja registradora igual que una estatua, sin responder ni sonreír. Recordaba a su padre en ese mismo sitio, pendiente de que le reanimara la bici de los viajeros.

—Cuando rezo, no estoy para nadie —se justificaba.

—Nadie sabe que rezas.

—Porque no hay sensibles.

No se aguantaba sola ni acompañada. Vivir en un convento inhabilita para lo necesario. Y lo pagaba con el pobre Sisinio.

—Eres un desastre con el peso. Y qué sucia la escalera. Y no has repuesto guisantes...

Languidecía la lumbre, y Adela intentó recuperarla desde la mecedora.

—No es que a Celi le apeteciera volver a España con su familia, es que el colombiano la botó, como dicen ellos. En la casa de los padres de Silvio discutieron por Acacio. Silvio se encorajinó, la metió en el coche, la lle vó al aeropuerto y no se fue de allí hasta que la devolvió a la Madre Patria sin maletas, con la blusa y las sandalias que le vimos. Y mi hermana aún confiaba en que Silvio viniera a España a traerle el equipaje, porque era hidalgo...

Una mañana, después de misa, Celi sometió sus proyectos al cura: pretendía que le tramitase una pensión por sus años de pertenencia a la orden.

—Si no se la daban, removería Roma con Santiago y escribiría al Papa.

—¿Eso dijo al cura?

—Lo dijo por decir, porque no le creía capaz de conseguir algo. La solución a los problemas de Celi estaba en Acacio, y sólo había que ir al latifundio.

—¿Se atrevió?

—Si se lo piensa, no se mueve. Temblaba de que Silvio se enterase, fíjate qué demencia.

—Y triunfó.

—No me contó que iba a ver al primo y cuando regresó se apresuró a decirme, como una cría:

—Acacio me mira.

Por la mente de Tino cruzó la burla de la pastora Cande.

—Se la notaba coladísima por cómo la había recibido y lo cariñoso que se mostró. Acacio vivía lujosamente y repartía limosnas, pero estaba muy solo.

—No ha conocido el amor —dijo extasiada—. Nadie le cambia la ropa ni le da caprichitos.

—A los pocos días —siguió Adela—, Celi despachaba en la panadería nueva, otra cacicada de mi primo.

Era la panadería levantada sobre la antigua carbonería de Braulio. Celi procuraba cerrar antes que Sisinio para enmendarle la plana en la tienda sobre la manera de tratar al público. Aunque Sisinio era un veterano en el oficio, le corregía delante de los clientes, con lástima y dureza.

—El chico tiene madera y porvenir —decía a las beatas—. Pero soy la responsable de que no se malogre.

Y advertía, si alguna parroquiana mediaba:

—No lo hago por él, sino por su hermano Acacio. Sisinio no le alcanza ni a la suela del zapato.

Adela manoseó el pañuelo.

—Lo de irse al latifundio con Acacio fue después de que él le prometiera interceder con las autoridades religiosas y civiles de la provincia.

—Duele imaginar a Mauro y su mujer en aquella pensión de París —murmuró Tino.

Tino estuvo en aquel cuarto empapelado de florecitas, una colcha granate sobre la cama de barrotes, un armario ropero y el aseo con bidé y retrete separado del dormitorio por una cortina del mismo color que la colgada en la ventana.

—Me pongo en la desesperación de Henar —confesó Adela—, porque yo había hecho de madre con su hijo: le bañaba, le paseaba y jugaba con él a caballito.

El suelo era de baldosas coloradas, en cada mesilla de noche una estera y encima del cabecero una Virgen sobre nubes radiantes con ángeles negros.

—Con qué ánimo se vive desde entonces —meditó Tino—, si estás tan muerto como el que se fue.

Una tulipa tamizaba la luz proyectada desde el techo y dibujaba fantasías en la pared. De la bombilla nacía una grieta horizontal de corto recorrido.

—El Morito no se fue —afirmó Adela—, nos lo quitaron.

La lista de los servicios y las normas de comportamiento en un papel clavado por una chincheta a la puerta.

—Tanto da, Adela.

Henar no se acomodaba a la luz de la tulipa y le desagradaba la del aseo.

—No, Tino. Si el niño se te muere es ley de vida, aunque no te resignas; pero si te lo matan...



Mauro y Henar habían soñado con una habitación más amplia para acoger al Morito, con un sillón y una mesa para escribir cartas y comer en bandeja y repasar la moda de las Chinas.

—Si tuviéramos más espacio —te decían—, el Morito se quedaba con nosotros.

Entre la cama y la puerta cabía la cuna; pero si la ubicaban allí no podían abrir el armario.

—Entonces se nos ocurrió que durmiera en nuestra cama —contó Mauro—. Una noche, dejamos el hueco de una almohada entre Henar y yo, que era el espacio calculado para el niño, y acabamos en el suelo.

Fue tras la muerte del Morito cuando aquella habitación minúscula les pareció excesiva.

—Tan solos —reiteró Tino—, repitiéndose qué sentido tenía continuar en París después de aquello.

Flotaron sus palabras en el implacable murmullo de la lumbre.

—Lo único bueno —discrepó Adela— era estar lejos de donde había sucedido.

Cuando les visitó Tino, el pescadero de enfrente voceaba *Au bon pêcheur*, porque le sobraba género.

—Es más fácil olvidar el dolor donde nada te lo recuerda —aceptó Tino.

En las calles sin vida tras el cierre de los comercios, la inquietud de unos tacones altos en el empedrado.

—Pero no lo olvidas ni lo olvidarás jamás, Tino —se enardecía Adela—. ¿Tú sabes lo que es salir de esta casa y más allá de la parada de la fonda, cuando te acercas a la olmeda y al río, sentir la angustia que te obliga a retroceder, como si un viento de cara te impidiese avanzar?

La pensión estaba en una calle tranquila, por sus esquinas se colaba a ráfagas el rumor del metro.

—Si no lo has olvidado tú, menos ellos —replicó Tino—. ¿Te imaginas después de la muerte del niño con qué coraje se despertaban en la madrugada y se vestían a ciegas y circulaban en la furgoneta del argelino y repasaban las moquetas y los aseos de los grandes almacenes?

Superviviente de ese tormento salía Mauro de la taberna de Visi el jueves 15 de agosto de 1963 cuando por primera vez se refirió a esta experiencia.

—Recuerdo a Henar en la pensión —y se detuvo en aquella solanera—, con la frente en el cristal de la ventana del cuarto pero sin enterarse de lo que

veía, porque cuando le preguntaba:

—¿Qué miras?

Ella no soltaba palabra, apretando los labios si estaba a punto de hablar o con los ojos brillantes de las lágrimas cuando le martirizaba el recuerdo.

—Di algo.

Mauro reanudó la caminata en la sofocante media tarde de aquel 15 de agosto.

—Seis años hace del niño —subrayó.

Ya tocaba la orquestina en la plaza, pero no se veía gente ni intimidación de la Benemérita.

—Henar no tenía nada que decir ni quería decir nada ni iba a decir nada que yo no supiera —prosiguió Mauro—. Pero me hubiera venido bien oírla, por lo mismo que yo creo que le hacía bien oírme.

—Mauro no había hablado de esto mientras comíamos ni en la sobremesa —explicó el cazador a Adela—. El orujo le tiró de la lengua.

La estancia de Henar y Mauro en aquella pensión se colmó de reproches. Pensaban que si no se hubieran separado del Morito habrían evitado su muerte.

—Pero teníamos que irnos de Madrid —argumentaba Mauro a Henar—. Estábamos en la calle y sin colocación.

Y evocaba al coronel Barragán, lloroso y tronante por la traición, expulsándolos de aquel ventisquero.

—Fue por tu culpa —acusaba Henar.

Y mencionaba las novelas de la librería de la plaza de Santa Bárbara.

—Tú querías París —se defendía Mauro.

Y le recordaba sus visitas a las Chinas y sus ilusiones de pasarela.

—El ausente separó lo que estaba unido —resumió anoche el cazador—. Con sólo verse, se acordaban del Morito. Y eso, los dos solos en una habitación, es insufrible.

—¿Estaban de acuerdo en separarse?

—Convinieron en que cada uno actuaría por su cuenta. Mauro por un lado, Henar por el otro. El principio del fin.

Los domingos, Henar salía de la pensión a media mañana y no regresaba hasta la tarde. Paseaba por el Barrio Latino y el Jardín de Luxemburgo.

—La única persona que podía ofrecerle una colocación en España —comentó Tino— era mi madre.

Mauro frecuentaba a los conocidos del librero de la plaza de Santa Bárbara, y se le veía fumando un pitillo por los alrededores de las salas de fiestas de Montmartre, igual que hace años en Madrid, pero sin que se le apareciera Henar.

—Veleta —recordó Adela que habría dicho Celi.

En un banco de aquel jardín del Barrio Latino, Henar escribió a Luchini Berbén en una hoja de cuaderno. La carta, que no enseñó a Mauro, cruzó la frontera y se abrió paso por la meseta a su punto de destino.

—Mauro había prosperado en la empresa de limpiezas —dijo el cazador a Adela— y sustituyó al argelino como chófer de la ruta laboral.

Desde la mitad de la carretera se distinguía la furgoneta que había aparcado Mauro frente a la tienda, cercada por el correteo de los niños, vestidos de domingo aquel jueves 15 de agosto de 1963.

—Vamos a recoger los papeles —propuso Sisinio.

Se refería a los avales de la furgoneta.

—Tengo una idea mejor —objetó Mauro.

La carta de Henar reposó en el dormitorio de Luchini Berbén, amonestada por el plumero de Claudia y el recelo de Barragán, que la sopesó un día, la agitó como una bolsa de azucarillo que se sacude antes de abrirla y sugirió entregarla a Cardenal.

—La carta seguía allí cuando yo volví de gira —anunció el cazador a Adela—. Mi madre me invitó a leerla.

Aquella muchacha que había heredado de su padre la convicción de la derrota se proponía regresar a España y le suplicaba ayuda. Por supuesto, donde ella designara.

—Como en la carta no mencionaba a tu hermano —dijo Tino a Adela—, mi madre me envió a sondear si Henar volvería sola o con Mauro, porque si venía con tu hermano, mi madre iba a negarse.

La pensión estaba en una calle en pendiente cerca de la Place d'Orleans.

—No sé cómo me las arreglo para vivir siempre en una cuesta —le dijo Mauro.

—En la recepción olía a cremas, ese olor a mantequilla que tiene París — describió el cazador a Adela—. Tu hermano me abrazó con fuerza, más colorado que nunca.

—¡Camarada!

—No decía más, como extrañado de que estuviese allí. Abrió la puerta de

la habitación y me cedió la iniciativa. Había poca luz, así que no distinguí bien a Henar cuando se levantó de la cama para saludarme. Un saco de huesos.

—¡Angelito!

—Era su bienvenida clásica desde que coincidimos en Madrid, ella de criada y yo de hijo de mamá. Mauro añadió un chiste:

—¡Caído del cielo!

—No había otro sitio para sentarse que la cama. Lo hicimos Henar y yo. Mauro permaneció de pie junto al armario. Para caldear el ambiente, dijo a su mujer:

—Miras a Tino con ojo regañado, igual que Pasmosa a Fundamentos.

—¡Caso perdido! —deploró Adela.

—Nada oportuno —concedió el cazador—, y Henar, que aborrecía esas novelas, no le rió la gracia. Yo no estaba a gusto y ellos tampoco. Mauro no tuvo la cortesía de retirarse cuando comuniqué a Henar el mensaje de mi madre. Henar pidió tiempo para dar una respuesta y estuve dos días con ellos.

—¿Te alojaste allí?

—Se empeñaron en que no me marchara, pero como no había habitaciones libres, pedimos un colchón.

—Como gitanos...

—Como caballeros —rectificó Tino— cedimos a Henar la cama y Mauro y yo nos apretamos en el colchón.

—¿Te enseñaron París?

—Se lo enseñé yo. Recorrimos las calles, ellos no eran de museos. Y entonces lo comprobé.

Un relámpago de incertidumbre en Adela.

—Henar se quejaba de que los franceses le obligaban a repetir las frases.

—Los franceses son muy suyos...

—Pero es que Henar no sabía francés.

Rostro incrédulo de Adela.

—Decía una frase y si le faltaba vocabulario francés recurría al español. Y quería que allí la entendieran a la primera...

Henar volvió a España con Tino. En el desolado hangar de Austerlitz, Mauro arrastró la maleta de su mujer y soportó el viento helado del andén hasta que el tren arrancó.

—Ni un beso ni un abrazo, Adela. Es lo que más me impresionó de ellos.

Ni un gesto ni una palabra de cariño.

Adela manejó el pañuelo.

—También me impresionó que, por la noche, nada más apagar la luz en el cuarto de la pensión, Henar hablara con su padre. Las dos noches que estuve con ellos, lo hizo.

Adela meneó la cabeza.

—Nos acostábamos, ella en la cama, nosotros en el colchón, y por encima de nosotros se oía la voz de ella, como si su padre estuviera delante. Le preguntaba cosas y quedaba en silencio cuando se suponía que él hablaba. Así hasta que, antes de dormirse, le daba un beso. Y sonaba el beso.

—Estaba loca...

—A solas conmigo —continuó el cazador—, habló lo justo.

—No se fiaba de ti.

—Ni mi madre de ella: desde la calle Almagro, sin deshacer la maleta, la envió con sus tías, para que llevara las cuentas del asilo. Ya durmió allí la primera noche.

A la manera de Sisinio, Adela se levantó de la mecedora y, abrigada en la manta, recorrió la cocina.

—Aquí no escribió ni vino. No te diré que a ver me a mí, que la traté menos, sino a mi hermana.

—En cambio tu hermano viajó a España para rehacer su relación.

Adela volvió a la mecedora.

—¡Qué desatino!

—Al mes de habernos visto, me llamó por teléfono para saber de Henar.

Y a la mañana siguiente se presentó en Madrid. Tenía un aspecto penoso, estaba sin dormir y no se había afeitado, de milagro que no le hubiesen parado en la frontera.

—¿Cómo te arriesgas? —le reproché.

En el laconismo de Mauro se encerraba una concepción del mundo heterodoxa.

—Por ella —murmuró.

—Ella tenía preferencia —aclaró Tino a Adela—. Ni el Partido ni la revolución contra la dictadura.

Sin Henar ni el Morito, Mauro aguantaba mal París, la pensión de la Place

d'Orleans y las limpiezas.

—Me apremió tanto que le di las señas del asilo.

—¡La huérfana del penal! —se conmovió.

Y como si contara una novela del baúl, elucubró sobre Henar en un asilo de ancianos.

—¡Qué suerte más perra tiene esa mujer! Siempre sirviendo a los demás.

La solidaridad con la desvalida le encendía la cara, a punto de las lágrimas.

—Se encarga de la contabilidad del asilo —puntualicé—. No es una vida sublime, pero está mejor que barriendo almacenes.

—Sólo quiero verla —manifestó, más encarnado que nunca—. A no ser que te opongas.

—Yo no pinto nada en esto. Es ella la que no te necesita.

—Que me lo diga.

—La pones en un compromiso. Si la relacionan contigo, pierde el empleo.

Mauro receló.

—¿Lo dice tu madre?

—Lo dice cualquiera con dos dedos de frente. Tú estás fichado y Henar prefiere estar sola.

Mauro asintió impaciente, como ante cosa sabida. Y con vehemencia exclamó:

—¿Tú la quieres? Como novia, digo.

Adela interrumpió el relato del cazador.

—Para qué te preguntaba si no te iba a creer.

—Cuando se le metía algo entre ceja y ceja —apoyó Tino—, daba igual lo que se le dijera.

—¡Yo tampoco te hubiera creído! Si mientes más que el Bizco en su carro...

Se dedicó a enredar en la lumbre. Sin que se le viera la cara, recalcó:

—Entre Henar y tú siempre hubo algo. Más que entre mi hermano y ella.

Y añadió, lentísimamente:

—Yo creo que se casó con mi hermano porque no pudo hacerlo contigo.

Mauro tenía billete de vuelta para aquella tarde. Deseaba resolver sus diferencias con Henar. Estaba el día lluvioso, sin consuelo.

—Acompáñame —pidió.

Y el cazador no pudo negarse a la proposición de su amigo de infancia.

—Vas como un adefesio.

—No importa.

—Lávate la cara.

—Si no me besa...

—Le dices que vienes a intentarlo y que acatarás su decisión.

—Te lo juro.

En las afueras de Madrid, camino de Toledo, al fondo de un jardín salvaje que los internos disfrutaban en los días de sol, se alzaba el pabellón. Los grandes ventanales filtraban la tibia niebla de la mañana en el pasillo de azulejos.

—Ahí la tienes —dije.

Henar estaba sentada en un banco, junto a una anciana en una silla de ruedas.

—No me atrevo.

—¿Ahora con éstas?

—Era el Mauro tembloroso y asustado del Melindres —describió Tino—. Henar estaba de espaldas a nosotros y algo raro debió intuir, porque giró como cuando ondeaba la melenita en la olmeda. Al vernos, se incorporó bruscamente, con idea de marcharse, y en el movimiento tiró el costurero de alguna de las colaboradoras de Priscila. Rodó la tapa hacia nosotros y se esparcieron por el piso de baldosas dedales, agujas y carretes.

—¡Lo sabía! —dijo Henar—. Soy bruja.

Mauro se agachó para recoger el contenido del cesto. Y mientras atrapaba algún dedal y detenía el movimiento de la tapa y se afanaba en pescar algún ovillo y enrollar el hilo desprendido con la velocidad de la caída, no se le ocurría alzar la cabeza.

—Fu, fu —soplaba la anciana de la silla de ruedas.

Henar exageró sus atenciones con la inválida para no darse por enterada de que Mauro se había arrodillado como un perro junto a sus zapatos de gobernanta.

—No es nadie —decía a la anciana—. Cálmate.

En el pabellón sonó un timbre. Henar sonrió a la impedida sin obtener respuesta de ella.

—¿Vamos al comedor, Carmelita?

Y se colocó detrás de la silla de ruedas para desplazarla.

—Menú de hoy...

En ese momento Mauro surgió del humillante abismo donde recogía tijeras

y cintajos y tendió a Henar el cesto en testimonio de su buena disposición.

—Fu, fu —exhaló la inválida cuando la silla de ruedas emprendió su retirada con la prosopopeya de una carroza.

—Henar cruzó delante de Mauro sin reparar en el costurero —pues ni se lo quitó, ni le agradeció el detalle y ni siquiera le indicó dónde ponerlo—. Pero Mauro estaba empeñado en arrancar, al menos, una mirada de su mujer, por lo que se adelantó a ganar la puerta que ella debía atravesar con la anciana. La puerta tenía dos hojas y Mauro abrió la del picaporte. Pero como la puerta tendía a cerrarse, Mauro la retuvo con la mano que no sostenía el costurero.

—Qué poco carácter —se irritó Adela.

—En esa postura invitó a pasar a la caravana, pero con su amabilidad obstruía el arco de la puerta y la silla de ruedas no lo traspasaba a no ser que Mauro se retirase. Entonces Mauro abrió toda la puerta.

—Con una sola mano —anotó Adela— porque tenía en la otra el costurero.

—Una operación que Henar podía haber evitado diciendo a Mauro que no estorbase. Pero Henar no iba a pronunciar ni una sola palabra que facilitase un acercamiento.

—Castigadora.

—Y para no vernos, se volcó con la anciana esposa de Barragán: le arregló la rebeca, la atusó, le calentaba las manos entre las suyas. Y la anciana sólo decía:

—Fu, fu...

—Al finalizar su trabajo, Mauro se mantuvo a un lado de la doble puerta, colorado por el esfuerzo. Estaba firme y con el cesto de costura en la mano.

—Haciendo guardia.

—Henar reuló con el vehículo y consiguió penetrar en el edificio, pero tuvo que hilar tan fino que, sin proponérselo, tocó a Mauro. Lo había ignorado todo el rato, no había querido hablar con él, pero no tuvo más remedio que tocarlo al pasar por su lado.

—Lo mismo que rozar una pared...

—Pero tu hermano no era una pared. Fue el brazo izquierdo de Henar, cubierto por un jersey, el que rozó la camisa, no ya el pecho, de Mauro. Una insignificancia, apenas un segundo, pero Mauro no lo desaprovechó.

—Insensato.

—Tenía el alma en carne viva con el largo desprecio de Henar y estaba tan enamorado de ella, o eso decía, que al sentir tan próxima a su mujer después



de lo que le había costado conseguir ese contacto, se la jugó.

—Misión imposible.

—Henar no quería mirarlo, en cambio él no retiró la vista de ella mientras maniobraba con el cochecito y mientras caminaba hacia él. Así que, cuando la comitiva se coló por el desfiladero de la puerta y Henar le tocó, no pudo más y, con la certeza de que era su oportunidad y no iba a tener otra igual, susurró:

—*Je t'aime...*

—Pero Henar no bamboleó la melenita ni por la curiosidad de comprobar que Mauro estaba llorando.

—Todo un carácter.

—Así se perdió por el pasillo de azulejos. Tomé del brazo a Mauro y le dije:

—Vamos.

—Y no se opuso. Caminaba de forma mecánica, supongo que sin interesarse por el conjunto de desahuciados que se dirigían al comedor. Así salimos del pabellón y del asilo.

Adela volvió a pasear por la cocina, envuelta en la manta.

—En contraste, la calle tenía más vida, aunque en esas afueras de Madrid apenas pasaban coches. Yo no sabía qué hacer con él, si acompañarlo hasta la hora de su tren o dejarle solo. Bajábamos la avenida del General Ricardos cuando Mauro se dio cuenta de que continuaba en su mano el cesto de costura.

—Esta reliquia —dijo.

—Y al oírle sonreí. Pensé que en la devolución del costurero tenía un pretexto para repetir la suerte con su mujer. Incluso me detuve, por si deseaba que volviéramos al asilo. Pero Mauro siguió andando y casi inmediatamente tiró el cesto lejos.

—A tomar por culo —y se quitaba las lágrimas a manotazos—. A tomar por culo.

—Fuimos sus padrinos de boda tú y yo —resaltó el cazador—. Menudo fracaso.

Adela abrió el álbum.

—¡Qué vieja estoy! —y al dorso del retrato de los asistentes al enlace de

Mauro y Henar leyó—: 26 de julio de 1951.

—No te quejes, que la mayoría de los que aparecen en esta foto ya no viven.

—Sisinio dice que soy la memoria del cementerio... No me lo agradecerán los muertos.

—Más vale olvidar algunos recuerdos...

—Pero compartirlos une.

—También une un trago.

Adela cerró el álbum y se incorporó de la mecedora.

—Buena idea. ¿Qué te sirvo?

—Pídeme tú. ¿No te gusta que te sirva un hombre?

—Depende de lo que me sirva. No ando tan necesitada como para perder el sentido.

—Ellos lo pierden por ti.

—Tampoco soy tan vieja.

—Esta vez no quiero mentirte.

Adela colocó en la mecedora el álbum de fotos y la manta.

—Un orujo te hará más galante.

—A mi edad, no esperes satisfacciones.

—Ni tú a la mía.

—Y menos, tras un orujo.

Adela le mantuvo la mirada.

—Arriésgate.

—¿Con el orujo o contigo?

—Con la casa —afirmó Adela—. Está bien de precio y en buen sitio.

Mañana la vemos.

El cazador vio el reloj.

—Mañana es hoy.

—Seremos vecinos. Voy por el orujo.

—Sólo un chupito.

—Eso dicen las beatas y se lo pulen, así que no vamos a ser menos. Lo traigo ya.

—¿No lo tienes aquí?

Adela negó con la cabeza. Recordaba a su hermano diciendo con los ojos brillantes:

—Adivina.

También el cazador se levantó del asiento y se ajustó la ropa, dispuesto a pisar la calle.

—No me acompañes, Tino, que está aquí mismo.

—¿Es un escondite?

Adela puso una mano en su hombro.

—Lo guardo donde el cajón de los billetes.

—Como un tesoro.

—El tesoro del indiano —añadió Adela en las escaleras.

—Le habré dado tantas vueltas como tú para explicarme por qué ocurrió.

Y el cazador mojó los labios en el orujo.

—Tú, al menos, fuiste testigo —dijo Adela—. Yo no me perdono haber estado cerca y tener que enterarme por otros. Perdía el tiempo con mi hermana.

—Y sus curas, como dice Sisinio.

—Pusimos la mesa con la vajilla de mis padres. Presidió el secretario del obispo. A su derecha, en el lado más próximo al horno, Celi y yo. Enfrente teníamos al coadjutor y al párroco nuestro. Y en la otra cabecera, el ecónomo.

—Una reunión de las que ya no existen.

—Hace más de veinte años de eso, Tino, se dice pronto.

—Os faltó el piano...

—Al principio se comportaban tensos, en parte por falta de mundo, también porque temían una encerrona. Hasta que Celi abrió el horno y exclamó:

—¡El cordero!

—Tendido en una bandeja con patatas, cebollas y hojas de ensalada, lo instaló en el centro de la mesa. Doradito y crujiente.

—¡Cordero divino!

—Eso dijo el coadjutor, que era el más simple de todos ellos, y el secretario del obispo le afeó la irreverencia.

—Multa al canto —solicitó el ecónomo, porque no tenía otra vara de medir.

—El coadjutor suplicó una rebaja en la penitencia y Celi lo aprovechó en beneficio de su causa:

—Todos necesitamos la ayuda de Nuestra Santa Madre Iglesia.

—La petición de Celi era muy difícil de conceder —apuntó Adela—. Casi imposible.

—Una petición sin fundamento —corroboró el cazador—. Una extravagancia.

—Pero por intentarlo no iba a quedar y para eso organizaba la comida. Contaba además con el respaldo de Acacio, que iba a venir a los postres.

—Era un día de mucho calor.

—Un calor que no es normal aquí a mediados de agosto y a esa hora de la tarde.

—Sobre las seis de la tarde —calculó el cazador.

—El cordero había pasado bien y con el café circuló una botella de sidra y eso nos puso piripis.

—Nosotros también teníamos una buena papalina. Si no, no se justifica la humorada de Mauro.

—Entiendo que Mauro no quisiera comer con nosotras, pero no que se empeñara en visitarnos. Si odiaba a los curas...

—Lo decidió cuando llegamos a la furgoneta —dijo el cazador—, a la altura de esta ventana.

Adela miró, como si fuera a encontrar un piso más abajo a Tino, Sisinio y Mauro.

—Les damos un susto —propuso Mauro.

—Vamos por los papeles —aconsejó Sisinio, más sereno porque había bebido menos.

—En ese momento no tocaba la charanga —recordó el cazador—. Parecía aguardar algo, no era el descanso habitual entre una pieza y otra.

—Yo, con el jaleo de atender a tanto cura, no me enteré de si tocaba o no.

—Negociabais con esos hombres de comunión diaria y cielo garantizado.

—El ecónomo insistía en que el coadjutor pagase una multa y aquello parecía el juego de las prendas. Celi se reía, y más el párroco nuestro, tan coloradito como Mauro.

—Era muy raro aquel silencio del pueblo —destacó el cazador—. Pero cuando tienes dos copas, le quitas importancia.

—¿Qué hacía la gente?

—Estaba en los soportales, como esas veces en que se pone a llover y todos se cobijan hasta que escampa. Si algún niño se extraviaba por el redondel de la plaza, los padres lo llamaban enseguida.

—El peligro, supongo.

—El peligro —asintió el cazador.

—Nosotras, sin enterarnos, en el séptimo cielo.

—Y nosotros donde la furgoneta. Yo me culpaba de no haber salido antes de la taberna, porque con lo que habíamos bebido estábamos para el arrastre, y entonces Mauro lo soltó. Dijo:

—Vamos arriba.

—Hubiera debido echarse una siesta antes de promover bromas. Sisinio le recordó:

—Es una reunión muy importante para tu hermana.

—Mauro plantó una mano en la superficie de la furgoneta, con voluntad de lanzar un discurso, pero Sisinio se le adelantó:

—¿No oís?

—¿Tampoco lo oíais? —preguntó el cazador.

Adela se apretó la manta.

—Bastante charanga teníamos nosotras.

—Es que no era la charanga. Eran los manifestantes.

—Vamos a casa, por los papeles —Sisinio, intimidado, trató de llevarse a Mauro.

—Ojalá lo hubiera hecho —lamentó Adela.

—La Guardia Civil cortaba el acceso al pueblo desde la olmeda —detalló el cazador—. Por eso había me nos gente en la plaza.

—¡Estaba el pueblo aislado!

—Desde la olmeda, nadie podía pasar.

En esta mañana de otoño de 1986, el cazador reverdece la estampa de los paisanos congregados en la entrada al latifundio frente a los caballos de la Benemérita.

—Era la protesta de la autopista —confirmó anoche el cazador—. Cuatro gatos en una ratonera.

Hombres con blusa y zapatillas por el calor de agosto.

—Una tarde de agosto en la llanura de Castilla, bajo el sol.

A un lado los paisanos y al otro la Guardia Civil. La intimidación los separa.

—Estudiándose, odiándose, temiéndose, por los siglos de los siglos...

Adela suspendió el balanceo de la mecedora.

—A un lado, la dignidad —aventuró el cazador—; al otro, la represión.

Adela le acercó la cara.

—Comunista y chulito...

La alta madrugada prohibía elevar la voz.

—Si antes lo sé, no te doy orujo.

—La manifestación sucedía a las afueras del pueblo y nosotros queríamos incorporarnos a ella —sostuvo el cazador—. Pero había controles de policía y nos exponíamos a una detención.

—Vamos a casa —repitió Sisinio.

—Él no estaba implicado como nosotros, entendía sus ganas de apartarse.

—Si le hubierais hecho caso...

—Mauro dio una palmada en la furgoneta antes de exponer su plan. Estábamos achispados.

—El único sensato, Sisinio.

—Sisinio entró en vuestra casa por la tienda —dijo el cazador—. Nosotros, por el corral. Al saltar la empalizada, Mauro estuvo torpón.

—Había bebido...

—Aun así, encontró en la tienda el camisón gigante y la capucha —continuó el cazador—. Y preguntaba a voces si estaba guapo.

—No le oíamos —explicó Adela—, porque discutíamos si Celi debía pagar con su pensión la multa del coadjutor.

—Hasta que grité «toro».

—Entonces nos llamamos. Celi me preguntó:

—¿Hay encierro?

—No consta en el programa —aseguró el párroco.

—Se habrá escapado alguno —sugirió el secretario del obispo— y lo matará la Benemérita.

—Por curiosidad fuimos a la ventana —dijo Adela—. La calle estaba tranquila. Pero a nuestra espalda surgió el vozarrón:

—Alto a la Guardia Civil.

—El encapuchado estaba con la escopeta en el rellano de la escalera. Y decía:

—¿Dónde está ese toro?

—Se cortó la alegría de la sidra —informó Adela—. El ecónomo sufrió una lipotimia y el secretario del obispo se mareó al ayudarle.

—Un vodevil —recordó el cazador—: El fantasma en la puerta y dos desvanecidos.

—Supuse que era una broma —explicó Adela—. Pero cuando desapareció el fantasma y sonó el petardo, dudé.

—Ha sido en el corral —dijo Sisinio.

—El cohete del encierro —afirmó Celi.

—¿Quién dispara? —preguntó Acacio desde la calle. Encabezaba la cuadrilla del somatén, todos con escopeta.

—Te lo explico —prometió Celi.

—Y al bajar las escaleras de la tienda para reunirse con su primo —dijo el cazador—, se entrometió el fantasma.

—Estás presa, cristiana.

—Celi no lo reconoció —apuntó Adela.

—Con las manos en alto pisó la calle —añadió el cazador—. Detrás, Mauro se tropezaba en el camión.

—Paso a la Guardia Civil —gritó al somatén.

—Para la gente —observó el cazador—, era una escena típica de fiestas.

—Torero —jaleó alguien.

—Música —pidió otro.

—Recordaba esas películas en que el malo secuestra a la chica y se protege en ella para que no le dispare el sheriff.

—Me lo perdí porque tuve que atender a los curas. Me fastidiaba el egoísmo de mi hermana, que se desentendía de sus invitados. Menos mal que ayudaba Sisinio.

—Él me vio subido a la furgoneta. Aquí debajo.

—Y me llamó para que te viese.

—Me preocupaba que tu hermano se metiera en un lío, con todo lo que había bebido...

—Era tan miedoso —recalcó Adela.

—Nos sorprendió a todos.

—Cuesta creerlo.

—Pues así fue —y el cazador apuró el selecto orujo de Adela.

—Desde el estribo de la furgoneta —añadió— vi a Mauro, con la capucha calada y tropezándose en el camión, que daba vueltas a la picota enganchado

a Celi. Le seguía Acacio con el somatén. Una procesión cómica de no haber escopetas en cada bando.

—Suelta a tu hermana —ordenó Acacio.

—Mauro tenía más copas encima que todos los del somatén. Pero éstos parecían más rabiosos.

—Suéltala —insistió Acacio.

—Hubo risas en los espectadores de los soportales y eso influyó en Acacio. Era el alcalde y se burlaban de su autoridad. Así que levantó la escopeta.

—Ojito, que te caliente.

—Fue entonces cuando entré en la plaza.

—Y te echaron el alto.

—Ni me vieron. Porque por la parte de la bifurcación aparecieron unos manifestantes.

El cazador aceptó otra copa.

—Huían de la Guardia Civil, que vigilaba la olmeda. Y distinguí a los tres que había citado Mauro esa tarde en la taberna de Visi.

—Los tres caballeros...

—Gritaban algo y Acacio les amenazó con la escopeta. Tenía más miedo que ellos, que iban desarmados.

Adela sorbió su copa.

—Me sumé al grupo y Acacio se descompuso. No me había visto hasta ese momento.

—Y fue hacia ti.

—Se mascaba la pelea y, para evitarla, comenzó a tocar la charanga.

—Un pasodoble.

—Creo que no. Cantaba la chica, recuerdo. Pero no lo que decía ni la música.

—Con los curas, ni me enteré.

—Acacio me pidió que habláramos. Yo me separé de los manifestantes.

—¡Valiente! —exclamó Adela.

—Más lo fue Mauro, que se interpuso entre su primo y yo. En la vida lo había hecho, hasta aquel 15 de agosto de 1963.

—Vete, Robinsón —le gritó Acacio con la voz del personaje invisible de esa mañana.

—Y el miedoso de tu hermano, el hombre sin carácter —dijo Tino—, se encaró con Acacio.



—Con las copas de Visi.

—Con las copas, pero le hizo frente. Agarró de la cintura a Celi y dijo a Acacio:

—Déjala en paz.

—No te metas en eso —respondió Acacio.

—Y deja en paz al angelito.

—Veleta —dijo Celi.

—Mauro se lo había bebido todo —admitió el cazador—, pero soltó a Celi, se arrojó sobre Acacio y le quitó el arma.

—Sin pelea.

—En un segundo. Fue tan rápido que no pudimos intervenir.

—Mi heroico hermano, con su dignidad a cuestas.

—Tu heroico hermano elevó sobre su cabeza la escopeta de tu primo como si fuera un trofeo y aguardase el aplauso del público. Y me pareció que iniciaba un discurso.

—Estaba borracho.

—Estaba contento de haber desarmado a tu primo en el mismo lugar donde fue un asesino.

—Una provocación...

—Para el que disparó lo fue. Mauro se arrugó, soltó la escopeta de Acacio, luego la suya y cayó boca arriba, en las escalinatas de la picota.

—Donde mueren todos.

—Yo me arrodillé, lo abracé, me manché con la sangre que soltaba, un caño de sangre que no taponaba el camisón...

—Como yo con mi padre...

—Le quitamos la capucha. Ya tenía la vista perdida y la cara, que siempre fue encarnada, estaba blanca como la nieve.

Adela se levantó de la mecedora y empezó a pasear por la cocina, igual que Sisinio cuando le desagradaba una historia.

—Yo trataba de tranquilizarlo, pero él hablaba y hablaba...

—Su padre también murió hablando.

El cazador se acarició las mejillas.

—Me he repetido mil veces la escena, yo estaba mejor situado que nadie para oírle.

El cazador se puso en pie.

—Pero de todo lo que pudo decirme, sólo le entendí una palabra. Una sola

palabra.

Adela se detuvo.

—¿Qué palabra?

El cazador miró a Adela.

—Wichita.

Adela avanzó hacia él.

—¿Wichita?

—Wichita —repite el cazador al día siguiente—, en el estado norteamericano de Kansas...

En esta mañana de otoño de 1986, regresa el cazador a la tienda de Sisinio con la escopeta al hombro y, en la mano derecha, el cordel con el pájaro cobrado.

—Wichita, una ciudad de trescientos mil habitantes —anoche el cazador lució conocimientos enciclopédicos—. Maquinaria y manufacturas.

Igual que otro día del año, los miembros del casino alternan con las beatas de la parroquia en los soportales de la plaza.

—Industria textil y mecánica, química y petroquímica... Sobre el río Arkansas.

**Wichita**

—Wichita...

Un lunar en el mapa de carreteras de la vieja Castilla, a cinco kilómetros de la autopista del Noroeste, sobre una joroba de la meseta.

—El bienaventurado contempla la gloria eterna como si tuviera una nube en el ojo.

Y el médico flemático limpia las gafas que rompió su mujer al arrastrarlo cadáver.

—O sea, ni frío ni calor —el maestro aviva sus dedos de narrar historias—, ni chicha, ni limoná.

En dos sillones al abrigo de los soportales sitúa el cazador a estas dos figuras de su infancia.

—En la gloria eterna no hay verano ni invierno, por eso se recomienda a los ciclotímicos.

—Pero alguna vez habrá sol y luna y viento y lluvia y nieve —se encrespa el maestro—. La chispa meteorológica.

—El bienaventurado rehúye las perturbaciones atmosféricas —dictamina el médico—. Le temple la brisa del sur, que equilibra la presión arterial y no acatarra.

—¡Wichita! —les saluda el cazador.

Una aldea con un censo de mil vecinos, ayuntamiento, iglesia, latifundio, cementerio y un bosque de olmos junto al puente de piedra sobre el río donde la criatura se ahogó.

—En Wichita el alma se serena —pondera el maestro—. Ni amor ni odio ni celos mal reprimidos.

—Ni hundimientos ni bancarrotas ni apoplejías. Ni calamidades ni seísmos ni diarreas.

Una aldea históricamente determinante en las rutas hispanas. Una aldea con raigambre, que prefirió ser atravesada por la carretera a convivir con el ferrocarril.

—Una aldea —plantea el maestro— donde no corre el río ni tiembla la hoja ni graniza...

—Ni se encienden y apagan bombillas —acota el médico—, una ventaja

para los ciegos...

Y mientras el médico se encaja los lentes con los que no escribía recetas, el maestro se desazona:

—Pues si estamos en la gloria y nada se mueve y por tanto la historia detiene su curso, no volverá la epopeya a la patria del Cid.

Donde el atractivo de unos dulces de monja extiende la fama de la aldea a los más apartados cenáculos.

—Desaparecieron la epopeya y la mística —concede el médico—, pero también la dolencia y la deformación. Ya no hay mancos ni cancerosos y los doctores nos hemos liberado en nuestro trabajo del bisturí y el fonendo.

—Sin enfermedad, no hay muerte.

—Ni las prosaicas cominerías del organismo. Como estás en la gloria, el cuerpo no chincha.

El cazador se sienta a la entrada de la tienda de Sisinio y descansa la escopeta en la pared.

—Me figuro nuestra vida de gloriosos como una carretera —describe el maestro— que desde la iglesia pasara por la picota, el latifundio, el sendero de los sembrados y la olmeda y más allá del río y las montañas cruzara Madrid y Andalucía y el continente africano, visitara Asia, América y Oceanía e impulsada por mares y océanos recalase en Portugal, atravesase la frontera con España y por la red de contrabando del indiano acabase en la picota, donde reemprendería el mismo itinerario. Así, una y otra vez y por los siglos de los siglos.

—La eternidad nunca deja de ser —corroborra el médico—. A la manera de la circunferencia o la cinta en movimiento perpetuo.

—O aquel cuento sin fin ni principio del chófer del indiano —interviene el cazador—: *¿Quieres que te cuente el cuento del que soy y seré, quieres que te lo cuente otra vez?*

Y se rinde al cansancio de la noche en vela apoyándose en la pared de la tienda.

—Lo malo ya pasó —deduce—. Ahora estamos en la gloria. La gloria eterna...

Y aún le parece escuchar a Celi desde la ventana de la cocina:

—Angelito.

Con el comentario de hace treinta años, cuando lo denunció a la Guardia Civil:

—Ni su madre lo quiere, aunque es muy devota.

En este mediodía otoñal, las beatas se acercan a la plaza en carrerita. Con el devocionario y el rosario en la mano izquierda, marcan con la derecha el ritmo de la canción:

—*Por las escaleras baja el padre Juan / y baja diciendo: agáchate Pedro, / agáchate Pedro, agáchate Juan...*

No se distraen los perchistas gitanos que ejecutan volatines en la picota donde jugaban Vega, Zarza y Raquelín:

—*Funiculí, funiculá.*

Sin perder el compás, las beatas alborotan la tienda de Sisinio con el sabio meneo de sus cinturas de avispa.

—No te escondas, Melindres.

Desde el refugio del perro miedoso, el padre de Adela agita la jarra de las monedas.

—*Decir Cortés, Pizarro o Alvarado / contiene más grandeza y más poesía / de cuanta en este mundo se ha rimado.*

Todavía con atuendo de ciclista y antes de probar el coñac de los viajantes, el padre de Acacio le ofrece la petaca.

—Perdí las entendederas con el golpe en las escaleras —y el padre de Adela elige un cigarro.

—El mejor reconstituyente es un trago de aguardiente —recomienda su mujer.

—Yo, con el verso, tergiverso —dice el padre de Adela—. Por anverso y por reverso.

—Verso converso, verso perverso —Sara luce su vestido de vainicas y frunces—. El verso es la vaselina del universo.

—Los ricos disfrutan con los versos —el padre de Acacio vierte su experiencia de agente comercial—. La rima les hace cosquillas.

Los sacos de legumbres simpatizan en los anaqueles de la tienda con primores de calzado y vestido.

—¿Te fue bien la mañana, Tino? —se interesa Sisinio.

El cazador enseña el cordel con el pájaro.

—Ni para el Melindres.

La mujer que le bañaba y vestía de niño rasca la puerta.

—¿Hay alguien?

Descalabrado por la pedrada de Acacio, el herbolario muestra el rostro de

la perdiz machacada.

—Grumete.

En la lengua viperina de la pastora Cande brilla un caramelo aromático del médico.

—Bastardo.

Brujulea por los soportales el cura celoso mientras el campanario de la iglesia toca al ángelus.

—En la gloria eterna cesan las envidias y ni discutimos de política ni adoctrinamos a la fuerza. La mano que enseñó la letra con sangre, hoy pinta garabatos de fina estampa. Igual que don Nicanor tocando el tambor me tenéis para siempre, pero no aporreando el parche sino santiguándome a cada momento. En esta eternidad gloriosa, si intento otro gesto o amenaza con castigos, mi mano me desobedece y escandalizada vuela de mi frente al esternón y de un hombro a otro sin fatigarse, siempre de arriba abajo y de izquierda a derecha, a semejanza de los tronados que recaban la limosna de los fieles.

—Desde nuestra perspectiva de amas de casa —alegan las beatas—, a la gloria eterna le falta picante.

—Este movimiento de la mano por cabeza y pecho —prosigue el cura— alterna con el de mi derecha cuando planta el pulgar sobre mi boca y lo mueve del labio superior al inferior y de una comisura a otra como si cruzara nuestro puente de piedra.

Con la derecha se persigna y con la izquierda toca la campanilla del viático, que de niño manejó Cástor.

—Con una mano al tintín y la otra al tantán —se malician las beatas—, el cura se lo lleva todo.

Asoma Adela a la ventana de la cocina cuando es más encendido el debate de los miembros del casino:

—La gente concibe la muerte como una desgracia, cuando fue peor la vida.

—Nunca se había visto en España una generación que naciera pobre y muriera rica.

—Es la generación que fue de la Ceca a la Meca tras el plato único y el trabajo mísero.

—Una generación de culos de mal asiento: de los pueblos a la capital y de las capitales al extranjero.

—Y no por codicia de tesoros o aventuras, sino por huir del infierno de

España.

—Sin instrucción ni modales, porque la escuela era un lujo para quien nada poseía.

Los zíngaros practican sus acrobacias bajo el cielo encapotado cuando Adela reitera la invitación al cazador:

—¡A comer, Tino!

La perspectiva del cordero asado contrasta con épocas de penuria.

—Algarrobas, altramuces y sangre frita como platos del día —recuerdan los del casino—. Y un beso al pan cuando caía de la mesa.

—El mismo que siembra paté o caviar en la tostada sufrió el racionamiento de la cartilla.

—Y el que hoy invierte en Bolsa traía rotos los pantalones.

Adela pregunta al cazador:

—¿No tienes hambre?

El cazador responde a Adela:

—¿Te imaginas sin hambre?

—Antes se gozaba de la gloria al morir —reflexionan las beatas—. Ahora también en vida.

El portavoz del ayuntamiento discurre desde el balcón a los corrillos de la plaza:

—Los mares quietos, los cielos tersos, el aire automáticamente regulado en forma de céfiro... ¿Quién reclama otras políticas?

—Seguramente se quejan el profesional de la meteorología, el sector textil y los industriales del pay-pay —y el padre de Acacio lame el área del bigote extirpado.

—Y también el comercio minorista y su cortejo ciclista —y el padre de Adela se encampana—. Porque la venta se resiente cuando se hastía el cliente.

El padre de Acacio apura el dedal de coñac.

—Este pueblo no es lo que fue. Hasta la cuesta se acuesta.

Con la melancolía de cuando observaba los juegos de Vega, Zarza y Raquelín en la picota, admite el padre de Adela:

—La autopista limó aristas.

Los espectadores aplauden el arte de los zíngaros, pero es el portavoz municipal quien lo agradece inclinando el cuerpo.

—En España sólo sabíamos ser pobres —enfatisa—. Te lo decían los



turistas cuando compraban los dulces de las monjas.

Las frutas de Santa Hoz, las hoces de San Frutos, los hotosantos de Cruces...

—Por eso, a los que hemos vivido aquello, la riqueza desconcierta —razonan los más viejos del casino—. No estamos enseñados.

—Pero lo bueno se aprende rápido —objetan los intrépidos—. Mira a las nuevas generaciones.

—Dificultades, las justas, dicen, y sacrificios, los menos. Y el dinero, para hoy.

El padre de Acacio monta a su mujer en la bicicleta y parten al asilo de Valladolid. Adela suspira:

—Nunca me dio una vuelta.

Y le consuela el cazador:

—Con las vueltas que da todo, no necesitas bicicleta.

Las beatas reivindicán:

—Menos bicis y más autogiros.

Y por si hubiera duda, añaden:

—Todo menos el tren.

El portavoz del ayuntamiento eleva los brazos:

—¡Bienaventurados los ricos, porque estamos en la gloria!

Las beatas chismorrear:

—Ahora no es como cuando la lotería le tocaba a uno y los demás se quedaban mirando.

Una música apropiada redondea la actuación de los perchistas. Los contertulios del casino y las beatas sucumben a la tentación de girar por los soportales.

—¡A celebrarlo!

Visi descorcha champán en un tenderete.

—Desde que me curaron la cojera, sólo rabio por la opereta.

Y admite bajo su falda a su gato arzobispal.

—Tengo la zarza de Monti... ¡Dame polca!

Celi abraza a Henar.

—¿Bailas, fideo?

Henar abraza a Celi.

—Y tú teatrera.

El apoderado bancario descabalga de su ejemplar de la escuela vienesa. Le

cortegan Fina, lánguida, y Techu, movediza.

—*A esta mi dança traxe de presente / estas dos donzellas que vedes fermosas...*

Ambas se lo disputan. No sin dudas —*Cuál de las dos me gusta más*—, el bancario decide:

—Fina, para mí; Techu, para mi caballo.

Y Fina, excelsa, y Techu, sudorosa, devuelven en cuerpo y alma el crédito concedido.

—Me aplazas, me emplazas, me desplazas —se sublima Fina—. Me pólizas, me rubricas...

—Me sorbes, me enjugas, me sangras —se aplebeya Techu—. ¡Ay, cómo me tamponas!

—Traspásame —piden las dos.

—¡La elegancia del vals! —desbarra el portavoz cuando la enredadera del tres por cuatro trepa por la fachada del ayuntamiento—. *¡Per saecula saeculorum!*

—Amén —retumba el cura celoso como un golpe de bombo.

Y su voz asusta a Cástor, que ha visto contonearse a san Antonio en su pedestal de la parroquia, aunque sin pareja, por el voto de castidad.

—Ese santo mueve demasiado el culo —asegura al cazador—. Para mí, que es gay.

El cura celoso lo persigue:

—¡Libelista!

La mula educada en los recovecos del contrabando lo salva de una cachetina cierta.

—¡Constanza! —añora el cazador.

Y en el revoloteo de los que circundan la picota inhumana diluye su lamento:

—Mauro no llegó a la gloria...

Asustando a los bailarines de la plaza, irrumpe el automóvil de Acacio, que barre con la escopeta el perímetro de su ojeada.

—No me lo pidáis dos veces.

Igual que Dios en su infinita misericordia, especula sobre el número de caídos.

—A éste salvo, a éste condeno.

Y propaga la consigna:

—¡Fátima con Acacio!

El espectáculo del matarife inspira al maestro:

—*Esta España inferior que ora y bosteza, / vieja y tahúr, zaragatera y triste...*

Y el médico, sin perder la flema:

—*Esta España inferior que ora y embiste, / cuando se digna usar de la cabeza...*

—Acumula capital pero no pasa a la historia. Nunca está a la altura de las circunstancias.

—La ley no se hizo para ella. Jamás iré a la cárcel.

Con el sombrero en el entrecejo, a imitación del indiano, regresa Acacio a su latifundio mientras la música amaina y sobre la plaza se posa la melancolía de otoño.

—De tanto mirar el dinero —murmura el maestro—, hemos perdido pupila.

—Es la atonía de la felicidad —diagnostica el médico.

El bancario derrama su savia sobre Fina y Techu.

—La riqueza acorcha.

Fina y Techu se relamen.

—Y empalaga.

—Cuando murió Mauro —recuerda el cazador—, todos estábamos más vivos. Más pobres y menos libres que ahora, pero más vivos...

—A nuestra generación se le agota el fuelle —se apiada Adela—. Tanto sacrificio para esto...

—Mauro lo consideraría un milagro —advierte Sisinio.

—El milagro de Wichita —pregona el portavoz municipal—. Una aldea castellana ha desterrado la pana y se torna americana.

—Así es nuestra epopeya —dice el cazador—. Fuimos el alquitrán de la nueva España. Pedíamos la luna y nos dieron una carretera.

—Pero una carretera con derechos humanos... —puntualiza el portavoz.

—Nos dejamos la piel, y también la vida, a cambio de una autopista. Si rascas la piedra, salta el héroe.

Adela propone al cazador:

—Si no quieres el cordero, picamos algo de embutido y después vemos tu casa...

El cazador cierra los ojos.

—*No se engañe nadie, no, / pensando que ha de durar / lo que espera...*

Sisinio se sienta a su lado.

—Duerme —le dice.

El cazador susurra:

—Anoche tuve un sueño.

La donosura de su madre zumbaba en sus oídos con unas seguidillas:

—*Por ser la Virgen de la Paloma, / un mantón de la China / te voy a regalar...*

Y Acacio y Celi coreaban:

—Ni su madre lo quiere.

El portavoz municipal arrulla el descanso del cazador:

—*Después de tanta hazaña / a que no puede bastar / cuenta cierta...*

—Que duerma tranquilo —dice Adela.

—*En la su villa de Ocaña / vino la Muerte a llamar / a su puerta...*

Sisinio contempla un billete al trasluz.

—Vosotros, para haceros ricos —dice—, no tuvisteis que cambiar el mundo, sino crear más pobres.

El maestro apoya esta reflexión:

—*Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad.*

El médico completa:

—*Antes yo me reía de todo, y ya no me río.*

Y levantándose de los sillones, pausadamente se pierden por los soportales.

—A cada rico que entra en la tienda, le acompaña un pobre —Sisinio se abanica con un billete—. Y a veces, dos.

El flamante autobús, que sustituye al desvencijado coche de línea, sube la pendiente y frena donde la antigua fonda.

—¡El forastero! —piensa Sisinio que habría dicho Mauro en homenaje a las novelas de su padre.

Desde la parada viene andando el negro con el que habló el cazador en la olmeda.

—¡Mustafá!

Sisinio le repite las palabras de su hermano Acacio cuando se proclamó alcalde:

—Te sacaré de pobre...

Al no ser nativo y carecer de papeles, el emigrante de raza negra es obsequioso.

—Poca caza hubo.

Sisinio le regala el pájaro cazado por Tino.

—Ni para el Melindres.

El forastero mastica con su dentadura reluciente:

—¡Melindres!

Y se encamina hacia la bifurcación de la carretera meciendo el cordel.

—Si te hablo del perro cobarde o de la gallina Obdulia —medita Sisinio—,  
no me entiendes, Mustafá.

La brisa de otoño trae remolino de lluvia sobre el paisaje castellano.

—Pero es lo que heredas.

*Madrid, 2000-2005*

## Sobre el autor

Manuel Longares nació en 1943 en Madrid. Ha publicado las novelas: *La novela del corsé* (1979), *Soldaditos de Pavía* (1984) y *Operación Primavera* (1992) —que constituyen el ciclo titulado «La vida de la letra»—, *No puedo vivir sin ti* (1995), *Romanticismo* (Alfaguara 2001), que obtuvo el premio nacional de la Crítica, y *Nuestra epopeya* (Alfaguara 2006). Es autor de dos libros de relatos: *Extravíos* (1999) y *La ciudad sentida* (2007). Ha traducido el libro de sonetos de J. V. Foix Sol, *i de dol* (*Solo y dolido*, 1993).

© 2006, Manuel Longares  
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-9969-7  
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera  
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué  
Conversión ebook: Newcomlab, S.L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.  
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

[Nuestra epopeya](#)

[Aldea](#)

[Limbo](#)

[Penal](#)

[Odisea](#)

[Wichita](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)